

LA BIOGRAFÍA **NO** AUTORIZADA

AMLO

MITOS, MENTIRAS Y SECRETOS



temas de hoy.

FRANCISCO CRUZ

FRANCISCO CRUZ JIMÉNEZ (México, 1956) es un sólido periodista que se ha formado en algunos de los medios de comunicación más importantes de México: en sus primeros años como reportero colaboró con el vespertino *El Noticiero de Toluca* y con *El Heraldillo de Toluca*; fue corresponsal en Colombia, Texas y Miami para Notimex, donde también fungió como subdirector de edición y redacción; colaboró con el periódico *Reforma* como gerente de información política de Infosel; en *El Universal* fue director de contenidos del portal de Internet; en *Diario Monitor* fue coordinador general de información y, hasta octubre de 2007, editor general del periódico *El Centro*.

En 1997 recibió la Presea Estado de México José María Cos en periodismo.

Es autor de *El Cártel de Juárez* (2008), *Tierra narca* (2010), *Las concesiones del poder* (2011) y coautor de *Negocios de familia. Biografía no autorizada de Enrique Peña Nieto y el Grupo Atlacomulco* (2009), todos publicados bajo el sello editorial Temas de hoy.

LA BIOGRAFÍA NO AUTORIZADA

AMLO

MITOS, MENTIRAS Y SECRETOS

LA BIOGRAFÍA NO AUTORIZADA
AMLO
MITOS, MENTIRAS Y SECRETOS

THE SEATTLE PUBLIC LIBRARY

FRANCISCO CRUZ

temas 'de hoy.

Diseño de portada: Lizbeth Batta Fernández
Adaptación de portada: Marvin Rodríguez
Foto de portada: AFP Photo / Héctor Mata

© 2012, Francisco Cruz Jiménez

Derechos reservados

© 2012, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial TEMAS DE HOY M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570 México, D.F.
www.editorialplaneta.com.mx

Primera edición: marzo de 2012
ISBN: 978-607-07-1055-1

El contenido de este libro es responsabilidad exclusiva del **autor** y no refleja necesariamente la opinión de los **editores**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Índice

	A MANERA DE DEDICATORIA Y AGRADECIMIENTO	9
	INTRODUCCIÓN	11
Capítulo I	UN PASO ADELANTE, TRES HACIA ATRÁS	25
Capítulo II	UN ROSARIO DE CORRUPCIÓN	47
Capítulo III	TRIBULACIONES MAYORES	74
Capítulo IV	TAPAS LOS UNOS A LOS OTROS	102
Capítulo V	LOS MAL PORTADOS	127
Capítulo VI	TRAICIÓN AL SOCIALISMO	150
Capítulo VII	SECRETOS Y MENTIRAS	174
Capítulo VIII	HIERBA MALA	201
Capítulo IX	LA HISTORIA NEGRA	223
Capítulo X	RIVAL INEVITABLE... EL LADO OSCURO DE PEÑA NIETO	241
Capítulo XI	LA TIERRA DE LOS ILUSOS	288

A manera de dedicatoria y agradecimiento

A Félix Santana Ángeles y a Lupita. A Agustina. A Mireya y a Sharon. A Víctor Flores. A Laura Zúñiga Orta por leer y releer mis textos, por sus observaciones. A Miguel Alvarado. Al Grupo Político del PAN en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal (ALDF), que a través de su personero Óscar Carmona —asesor del diputado Federico Manzo Sarquís— me acusó, falsamente, de corrupción. Era apenas la salida de *Las concesiones del poder. El tráfico de influencias que ha marcado al sexenio...* de Calderón. Ninguno se atrevió a dar la cara. Todo lo hicieron a través de un tercero: Salomón Albíter Macedo. Mi agradecimiento al Juzgado Primero de lo Familiar —a cargo de Teófilo Abdo Kuri—, que ordenó congelar mis cuentas bancarias sin darme oportunidad de responder y dejándome, al mismo tiempo, en la indefensión. Por último, mis gracias sinceras a los dos empleados del juzgado, quienes desinteresadamente y exponiéndose al despido, el 20 de agosto me alertaron sobre el juicio que en “secreto” se llevaba en mi contra para que, al menos, pudiera decir algo. Sin esta alerta, jamás me habría enterado. Hay innumerables testigos que, de marzo a diciembre de 2011, me vieron vivir enclaustrado preparando este nuevo libro. En ese tiempo recibí a innumerables amigos y, entre otros, avisos de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, pero jamás del juzgado, por lo que si algunas “notificaciones” obran en mi expediente fueron simuladas.

FRANCISCO CRUZ JIMÉNEZ
Febrero de 2012

Introducción

ELABORAR UN TRABAJO sobre Andrés Manuel López Obrador en plena época electoral conlleva riesgos. Así, éste, que debió ser una aventura como mis libros anteriores —*El cártel de Juárez*; *Negocios de familia*. *La biografía no autorizada de Enrique Peña Nieto*; *Tierra narca*, y *Las concesiones del poder*. *El tráfico de influencias que ha marcado al sexenio*... de Calderón—, se convirtió en un camino tortuoso y una peligrosa tentación.

Si contar con información crítica sobre López Obrador es necesario, obligado es también presentar la de un partido, el de la Revolución Democrática (PRD), que ha tirado por la borda un valioso capital político. Esto a pesar de que en ciertos momentos de 2005 y 2006 dio la impresión de haber superado viejos conflictos y estigmas de la izquierda y, con un nuevo caudillo, aparentó regresar a sus orígenes y se aprestó a impulsar la alternancia, el verdadero cambio político.

Durante su rutilante ascenso, el PRD reconfiguró el sistema de partidos, puso a la democracia en el centro del debate, obligó a los empresarios a exhibir sus amplios espacios en el Partido Acción Nacional (PAN), aglutinó a las diferentes corrientes y partidos de la izquierda —que hasta antes de 1988 no habían alcanzado votaciones significativas— y llegó a colocarse como la segunda fuerza política. No obstante, después de 2006 se desdibujó de nueva cuenta y se resquebrajó.

Los resultados de 2009 son la evidencia: 12 por ciento de la votación nacional. Se regresó a niveles que la izquierda había tenido entre 1979 y 1986. En 1982, por ejemplo, cinco partidos reunidos en torno a la candidatura presidencial de Arnoldo Martínez Verdugo recibieron 10.25 por ciento de los sufragios.

Cuándo y cómo habrá una refundación del PRD, de la izquierda o de aquellos que piensan en la nueva izquierda, la socialdemocracia, la izquierda re-

publicana, los social liberales o la izquierda social, a ellos corresponde. El hecho es que el partido que los convocó en mayo de 1989 es un enfermo agonizante y con patologías múltiples. Y Andrés Manuel, un candidato vulnerable.

Pero eso es adelantarse:

El 27 de abril de 2005, el presidente Vicente Fox intentó, por primera y única vez, sacudirse el peso negro de la historia. Nervioso porque los acontecimientos lo rebasaban y porque se sentía traicionado por el general Rafael Macedo de la Concha, procurador general de la República, tomó un papel protagónico para desactivar el enjuiciamiento y encarcelamiento de Andrés Manuel López Obrador, entonces jefe de Gobierno del Distrito Federal.

Una semana antes, dos diputados locales del PAN, Gabriela Cuevas Barrón y Jorge Alberto Lara Rivera, se le adelantaron y depositaron una fianza de 2 mil pesos para evitar que Andrés Manuel fuera enviado a la cárcel. Fox nunca pudo recuperar ni la autoridad ni la credibilidad perdidas.

Tarde como llegó siempre a todo, ese día 27, en un mensaje televisado de cinco minutos, el Presidente hizo un compromiso: “Mi gobierno a nadie impedirá participar en la próxima contienda electoral”, la de julio de 2006. E hizo público lo que era un secreto a voces: el despido, vía renuncia voluntaria, del procurador Macedo —primer militar que llegaba a ese cargo, y uno de los baluartes del foxismo— y del subprocurador Carlos Vega Memije, artífices del desafuero de AMLO.

Ambos se habían comprometido a hacer del desafuero un proceso terso con repercusiones políticas mínimas, a que López Obrador terminara en la cárcel y a que el asunto fuera olvidado por los mexicanos, acostumbrados precisamente a eso, a olvidar. Pero el asunto creció, el torbellino de información envolvió al país entero, lo dividió, y los observadores de todo el mundo, incluidos los mexicanos, descubrieron el sesgo político de la operación.

Para muestra está lo ocurrido el 6 de abril, cuando el diario estadounidense *The Washington Post* expresó que la maniobra política en México podría minar la democracia y marcar un retroceso en su evolución. Y *The New York Times* advirtió que el proceso electoral había tomado el aire de los viejos malos tiempos. En Europa las críticas fueron similares.

López Obrador se había convertido en líder indiscutible. Era la figura más relevante del Partido de la Revolución Democrática y el eje de las izquierdas mexicanas. El michoacano Leonel Godoy Rangel y el sudcaliforniano Leonel Cota Montaña, quien lo sustituiría en la dirigencia nacional perredista en 2005, eran simples gerentes-administradores de la estructura burocrática partidista. Eso mismo pasó con Martí Batres Guadarrama en el PRD-DF.

Andrés Manuel se había instalado en el imaginario colectivo. Su popularidad irritaba no sólo al gobierno foxista y a la dirigencia panista que encabezaba Manuel Espino Barrientos, sino a la elite empresarial, a los intelectuales de derecha, al Partido Revolucionario Institucional (PRI) y a buena parte de los propietarios de los principales medios de comunicación, entre los que sobresalían Emilio Azcárraga Jean, de Televisa, y Ricardo Benjamín Salinas Pliego, de TV Azteca.

Erigida en Jurado de Procedencia, el 7 de abril de 2005 la Cámara de Diputados le quitó el fuero constitucional a López Obrador y dio luz verde para juzgarlo. ¿El motivo?: el gobierno de la Ciudad de México autorizó la habilitación de un camino en un predio privado ubicado en la zona de Santa Fe. Los dueños del terreno presentaron una denuncia, la cual pasó de los tribunales a la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) y al Congreso.

Desde las nueve de la mañana de aquel día, López Obrador congregó, en el Centro Histórico de la Ciudad de México, a 350 mil personas. A la una y cinco de la tarde, desde la tribuna de la Cámara de Diputados, lanzó un “yo acuso” contra Fox y el presidente de la Suprema Corte, Mariano Azuela Güitrón, a quien responsabilizó “de supeditar los altos principios de la justicia y de la Constitución a meras consignas políticas”.

Durante ocho minutos, tiempo que duró su discurso en el lugar secundario que le asignaron el PAN y el PRI en el salón de plenos del Palacio Legislativo, Andrés Manuel prefiguró las ideas que abanderaría durante los siguientes años. Así, estableció la marca de su discurso contra las elites del poder político y económico “que tienen mucho miedo a que el pueblo opte por un cambio verdadero, y ese miedo cobarde de perder privilegios los lleva a tratar de aplastar a cualquiera que atente contra sus intereses”. Después calificaría a estas elites como “la mafia en el poder”.

La multitud en el Zócalo aguantó hasta que, al atardecer, en uno de los capítulos más negros y vergonzosos en la historia reciente del Congreso de la Unión, 360 diputados de los partidos Revolucionario Institucional, Verde Ecologista de México (PVEM) y Acción Nacional le quitaron la inmunidad. Los 127 votos en contra y las dos abstenciones apenas se recuerdan. De no haber sido por la movilización pacífica, la medida habría dado pie a que el Senado tomara decisiones radicales y decretara la desaparición de poderes en el Distrito Federal.

En medio de la tempestad y la descalificación, la legitimidad del proceso del desafuero fue cuestionada porque el gobierno era juez y parte, y porque casi nadie creía que el desacreditado Poder Legislativo actuaba con au-

tonomía y justicia. Al contrario, la interpretación fue correcta: hubo certeza de que a los diputados los movía castigar a un político de oposición que había osado desafiar al sistema. Y López Obrador pareció ser el único en leer bien la realidad.

Se ausentó unos días de la Jefatura de Gobierno y tomó él mismo la bandera de su defensa. Convocó a campesinos, obreros, vendedores ambulantes, taxistas, amas de casa, estudiantes, académicos, investigadores, economistas e intelectuales. El viernes 1 de abril de 2005, la Sección Instructora ya había resuelto que perdería el fuero, pero dejó la estocada final al pleno que se reuniría una semana más tarde, el jueves 7 de abril.

La decisión provocó una serie de movilizaciones —incluida una en el Zócalo de la Ciudad de México, a la que asistió más de un millón de personas y que se conoció como la “Marcha del silencio”— y recorridos en los que López Obrador visitó, ya sin fuero, varias ciudades del país. En algunas de las giras estuvo acompañado por los líderes de *Los Chuchos*, la tribu más numerosa del PRD: Jesús Ortega Martínez, Carlos Navarrete Ruiz, Jesús Zambrano Grijalva y Guadalupe Acosta Naranjo.

Tanto por la presión popular como porque no existía materia jurídica para destituirlo, López Obrador regresó a su cargo. Como “premio” a su trabajo en aquel proceso por el que Fox tenía razones para sentirse burlado, dos meses después el general Macedo fue degradado y desterrado con su designación como agregado militar de la Embajada de México en Italia.

Lo que siguió también es historia. En la calificación del proceso que culminó con los comicios de julio de aquel año, el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF) concluyó que sí hubo guerra sucia y campaña negra contra López Obrador, que el Consejo Coordinador Empresarial (CCE) violó la ley y que Fox estuvo a punto de descarrilar la justa electoral; sin embargo, al mismo tiempo reveló la corrupción de un Poder Judicial que dio carta abierta para delinquir porque no castigó ningún ilícito. En otras palabras, el sistema le ganó al candidato de la Coalición Primero los Pobres.

Acostumbrado a los golpes de sus adversarios, este político, originario de Macuspana, Tabasco, parecía conocer el camino por el que transitaba. Así alcanzó la cumbre de la popularidad desde la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, durante la cual inauguró los segundos pisos del Periférico —considerados la obra más importante de su administración—. Y, con sus conferencias matutinas en las oficinas del viejo Ayuntamiento —conocidas como las “mañaneras”, porque las iniciaba puntualmente a la seis y cuar-

to de la mañana todos los días—, manejó a lo largo de cinco años la agenda informativa nacional.

El horario no era una casualidad; fue una promesa que hizo el mismo día de su toma de protesta como jefe de Gobierno. Un despacho informativo de la Agencia de Noticias del Estado Mexicano (Notimex) así lo consignó: “Andrés Manuel López Obrador inició sus actividades a las 6:00 horas, como lo prometió [...] para evaluar las condiciones de la metrópoli en materia de seguridad pública”. A esa hora establecía sus primeros acuerdos con Bernardo Bátiz Vázquez, titular de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF), y Leonel Godoy Rangel, secretario de Seguridad Pública.

Aún hay quienes consideran que ha sido el mejor gobernante que ha tenido la capital mexicana. Tal percepción no es subjetiva: en 2004, la encuesta CityMayors2, con 400 nominados, entre ellos los gobernantes de París, Roma, Hiroshima, Estocolmo, Copenhague, Turín, Atenas y Baltimore, lo nombró el segundo mejor alcalde del mundo. En ese entonces no había político más popular en México. Las bases estaban puestas para que, seis años después, Marcelo Ebrard Casaubón calificara como el mejor alcalde del mundo.

En el camino, López Obrador se había convertido en el mayor crítico del rescate orquestado por el presidente Carlos Salinas a través del Fondo Bancario de Protección al Ahorro (Fobaproa), que dio paso al Instituto de Protección al Ahorro Bancario (IPAB). Sucesor del salinismo, Ernesto Zedillo daría pruebas posteriores sobre cómo se utilizaría este mecanismo para “socorrer” a unos cuantos. En los hechos, la administración zedillista convirtió en deuda pública los pasivos del fondo que, según datos oficiales, se ubicaban en 552 mil millones de pesos. Los mayores y casi únicos beneficiarios fueron los banqueros. Como nadie, López Obrador documentó, publicó y denunció los multimillonarios negocios sucios realizados al amparo de un esquema para favorecer a las familias dueñas de los poderes político y económico del país y que ahora pagamos todos los mexicanos.

En tal escenario, el proceso para quitarle el fuero a López Obrador, primer obstáculo de gran envergadura que afrontó en la sucesión presidencial de 2006, resultó providencial: lo hizo aparecer, con fundamentos sólidos, como víctima de una conspiración encabezada por el PAN y el PRI, cuyas figuras más visibles eran la del ex presidente Salinas y las 30 familias más ricas del

país, lo que López Obrador ha llamado “la derecha neofascista, los oligarcas que pretenden adueñarse de los destinos de México y detentar el poder hasta el año 2030”.

Con la victimización creció su popularidad a niveles insospechados. Su intención de mantener una lucha desigual contra el sistema lo situó por encima del tres veces candidato presidencial Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano y todavía más arriba de desaparecidos luchadores políticos de la época reciente: el empresario panista sinaloense Manuel de Jesús Clouthier del Rincón —*Maquío*—, el doctor Salvador Nava Martínez —cabeza del Frente Cívico Potosino o navismo—, el sindicalista ferrocarrilero Demetrio Vallejo, el ingeniero izquierdista veracruzano Heberto Castillo Martínez y el viejo y reconocido comunista Arnoldo Martínez Verdugo, cuya campaña presidencial de entre finales de diciembre de 1981 y el primer semestre de 1982 fue considerada la primera gran incursión electoral de la izquierda mexicana.

Andrés Manuel se ganó el respeto no sólo por la lucha político-social en su natal Tabasco, sino porque durante su periodo como dirigente nacional perredista, del 2 de agosto de 1996 al 10 de abril de 1999, su partido se convirtió en la segunda fuerza electoral: en las elecciones del 6 de julio de 1997 consiguió, por ejemplo, 125 diputaciones federales —25 por ciento de la representación en la Cámara de Diputados— y 16 escaños, de 128, en el Senado.

Los candidatos perredistas obtuvieron 25.7 por ciento de la votación en el país. Para septiembre de ese año, el PRD gobernaba 231 municipios, con 9.3 por ciento de la población nacional, 71 de los cuales rebasaban los 25 mil habitantes. Con todo, lo más importante fue la elección de jefe de Gobierno del Distrito Federal. El PRD lopezobradorista arrasó con un millón 861 mil 444 sufragios —48.11 por ciento—. Concentró 45.22 por ciento de los votos para la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, logrando 38 de los 40 escaños de mayoría. Empezó a gobernar a 8.5 millones de mexicanos en la entidad más poblada del país.

Sus méritos con las bases engrandecieron su figura política de tal suerte que en 1998 el PRD ganó algo que, hasta entonces, parecía imposible: las gubernaturas de Zacatecas y Tlaxcala. Al año siguiente, antes de terminar López Obrador su periodo como líder nacional, el partido también se hizo con la de Baja California Sur. No cabe la menor duda de que todo fue obra del intenso trabajo y capacidad organizativa de Andrés Manuel.

Ante un amplio sector del electorado mexicano, en particular los pobres

y la clase media baja, López Obrador —nacido en una familia trabajadora— forjó una imagen de político creíble y congruente. Había superado ampliamente a personajes como los también ex priistas Porfirio Muñoz Ledo, el diplomático y ex gobernador tabasqueño Enrique González Pedrero, y el ex comisionado federal para la paz en Chiapas y ex regente Manuel Camacho Solís, cuyas esperanzas estaban —y están— puestas en el futuro de su discípulo y amigo Marcelo Ebrard.

Su influencia actual parece menor a la de 2006 debido a varios factores: no existe la polarización de aquel año, puede verse con claridad la agudización de las confrontaciones internas en el PRD y han aflorado las acusaciones de corrupción partidista. Sin embargo, López Obrador todavía divide las simpatías y se ha ganado un lugar en la historia contemporánea porque ha logrado sobrevivir a los ataques de las maquinarias gubernamental, panista, empresarial y priista.

Han pasado casi 2 mil días desde el 20 de noviembre de 2006, cuando un “derrotado” López Obrador se autoproclamó “Presidente Legítimo” y se ungió con la banda tricolor y el águila juarista en el Zócalo de la Ciudad de México. Hoy, con una estrategia moderada y un discurso “amoroso” que contradice su historial, AMLO está de regreso, tan vivo como siempre, y es candidato presidencial de los partidos de izquierda: de la Revolución Democrática, del Trabajo (PT) y el nuevo Movimiento Ciudadano o ex Convergencia.

No hay asombro aunque en 2006 se cansó y recansó de advertir que jamás volvería a ser candidato presidencial. El discurso recorrió al país entero, quizá un poco más allá, por una razón: en México no se permite la reelección y porque él, justamente, se había autoproclamado “Presidente Legítimo” de México.

Atribuible al ex zar de los transgénicos y empresario regiomontano Alfonso Romo Garza, y desde los micrófonos de los noticieros que conducen Carmen Aristegui, en MVS Radio, y Joaquín López-Dóriga, en Televisa, el discurso amoroso atrapó a una sociedad mexicana acostumbrada a verlo como un hombre belicoso. En el fondo, sugieren los especialistas, tiene dos significados fundamentales. El primero, muy objetivo: atraer a los dueños del dinero, el poder económico.

El acercamiento con los empresarios regios —que servirían para tender puentes hacia otros magnates— se puso en marcha entre junio y julio de 2011. Sus primeros resultados se palparon en octubre siguiente, cuando unos 2 mil de ellos, todos norteros, convocados por la Fundación Despierta México A.C., le dieron la bienvenida en Monterrey. La periodista Mane

Pérez Expósito escribió: “Entre los asistentes, destacaron apellidos como Romo, Canales y Sada. Según Fernando Canales Stelzer —hijo del exsecretario de Economía y exgobernador Fernando Canales Clariond—, Alfonso Romo es quien ha tendido el puente regio, es uno de los más activos promotores del programa de López Obrador, su función ha sido moverse en sectores en los que normalmente el tabasqueño no llega fácil.

”Romo [yerno del inversionista Antonio Garza Lagüera] fue dueño de firmas como Seguros Comercial América y la cigarrera La Moderna, director de Gruma y reconocido por crear Seminis, la empresa de semillas más grande del mundo, hoy propiedad de Monsanto. Hasta hace poco más de una década, Romo era visto como uno de los más fuertes empresarios precursores de la biotecnología. Después de una fuerte caída que lo llevó a perder parte de su imperio en la agroindustria, en octubre pasado anunció la creación de Agradis, empresa que se dedica a la generación de biocombustibles.”

En aquel cálido e inédito encuentro, AMLO fue a decirles: “Si hubieran respetado nuestro triunfo, el ejemplo de cómo gobierna la izquierda hoy no sería Brasil, sino México”. Entre los asistentes distinguidos destacaron Tatiana Clouthier Carrillo, hija del extinto candidato presidencial panista *Maquío* Clouthier del Rincón, y Canales Stelzer, además de Romo Garza, visto como uno de los empresarios que más apoyo brindó a los Legionarios de Cristo —los del padre Marcial Maciel— y uno de los impulsores más fervientes del proyecto foxista.

Calificado como un acierto estratégico porque logró reproducirse y posicionarse desde los medios de comunicación masiva, incluidos aquellos que lo tenían “vetado”, el segundo objetivo es la reconciliación y la fraternidad a través de la “república amorosa”, una ofensiva para buscar acercamientos con aquella sociedad polarizada en 2006, que también se sintió agraviada por la larga toma del Paseo de la Reforma y otras calles del Centro Histórico de la Ciudad de México.

En un santiamén, la “república amorosa” se convirtió en un atractivo eslogan de campaña que, como se ha escrito a partir de diciembre de 2011, despertó la creatividad de usuarios de las redes sociales y se comentó en cada espacio informativo, hasta acuñar el “AMLOVE”.

¿Cambió López Obrador? Esta pregunta, a partir de la “república amorosa”, empezó a recorrer todo el país, porque, dirían los comunicólogos, se vio como una táctica única: cambiar la imagen que le construyeron, o se construyó, como un político radical que en los hechos representaba un programa sustentado en el antagonismo social.

La “república amorosa”, recuerdan los especialistas, es una nueva tendencia mundial para articular campañas que rindan frutos de largo plazo. López Obrador siguió los pasos de líderes izquierdistas latinoamericanos que han apelado al “amor” para resurgir en tiempos electorales. En otras palabras, AMLO, quien ha recorrido incansablemente el país durante los últimos seis años y ha reunido tras de sí a todas las tribus de la izquierda, ha moderado su mensaje, una metamorfosis que hicieron —antes que él— Luiz Inácio Lula da Silva, en Brasil, y Ollanta Humala, en Perú.

Lula y Humala, dicen, sustituyeron su discurso radical y polarizante por uno conciliador que apelaba a todos los sectores; después de sendos fracasos electorales, esa conversión los llevó al triunfo. Por su parte, el venezolano Hugo Chávez declaró que daría “una paliza de amor a la oposición”, y el primer ministro de Nicaragua, el ex guerrillero Daniel Ortega, cambió el uniforme militar de sus actos de campaña por camisetas blancas y adoptó, con lemas sandinistas, fragmentos de *Give Peace a Chance*, la famosa canción pacifista de John Lennon.

El nuevo Andrés Manuel que apela al “corazón” no pasó inadvertido para nadie: “El punto culminante de este acercamiento a las clases medias, al sector privado y al *establishment* ocurrió hace unos días al volver a pisar después de un lustro un plató de Televisa, la principal cadena del país y considerada por él hasta hace poco parte integral de ‘la mafia del poder’ que domina México. ‘Soy partidario de la reconciliación. Quiero inaugurar una nueva etapa con Televisa. Tenemos que sacar a este país adelante sin odios ni rencores.’ [...] Roger Bartra, antropólogo social de la UNAM, no cree en esa transformación ni augura mucho porvenir electoral al PRD. La posibilidad de una izquierda moderna de corte socialdemócrata en México fue destrozada por AMLO. Es consciente de que tiene que irse al centro y modernizarse pero no creo que en estos meses pueda rehacerse. Fueron las clases medias las que le derrotaron en 2006”, escribió Luis Prados en *El País*.

“Me atrevo a afirmar que ninguna persona, viva o muerta, ha recorrido todos los municipios del país salvo AMLO. Podrán acusarlo de todo, pero no de no haber construido su actual candidatura con trabajo, muy diferente a la anterior, que se construyó sí con trabajo, pero desde un cargo público y utilizando los medios”, escribió en diciembre de 2011 Roy Campos, especialista en *marketing* político y presidente de Consulta-Mitofsky, empresa privada de investigación de mercado y de opinión pública.

Por donde se le vea y con cualquiera de sus *nombres*, siglas, apodos o ca-

lificativos, este tabasqueño se mantiene como un personaje central de la política mexicana. Es un fenómeno social, un caudillo, un mesías, un salvador o un líder carismático con demasiados enemigos que en algún momento llegó a ser una opción real de poder. Hoy se le adula, se le debate, se le censura, se le cuestiona o se le golpea como en 2006.

Ante López Obrador las pasiones se superponen a las ideas. Su amplia y documentada hoja de vida guarda sus sombras y misterios. Puede decirse que, día tras día, durante casi 15 años ha mantenido ocupados, al punto de desquiciarlos, a los hacedores de opinión; ha irritado a buena parte de los intelectuales de derecha, ha cautivado a millones de electores y ha inquietado profundamente a los dueños del dinero.

Esos antecedentes le permitieron construir su liderazgo. No obstante, el plantón de 8.5 kilómetros que encabezó en Paseo de la Reforma y varias calles del Centro Histórico de la capital mexicana después de los comicios de 2006 lo hizo aparecer por primera vez como un político solitario en lucha contra la “mafia en el poder”. Y estuvo solo incluso entre los suyos, pues fue contundente el rompimiento con el tres veces candidato presidencial Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, situación que sacó a la luz otros problemas añejos de fondo, como la guerra interna por el control de los órganos de dirección del partido y del aparato burocrático. Lo hizo a pesar del abrazo de ambos en los primeros días de febrero de 2012. El abrazo dice menos de lo que recoge la historia.

Lo que está en juego no es nada despreciable: entre 2000 y 2011 el PRD recibió un financiamiento público por al menos 5 mil 568 millones de pesos para actividades ordinarias permanentes, de los cuales hasta 70 por ciento se ha utilizado en ocasiones para el pago de salarios y prestaciones. A esos recursos deben sumarse los que, cada año, reciben los comités estatales del PRD en sus respectivas entidades, además de los apoyos especiales que se entregan en estados y municipios en los que el partido gobierna.

Las cantidades son jugosas: por ejemplo, sólo en 2011 el perredismo mexiquense recibió 39.9 millones de pesos para actividades ordinarias permanentes, otros 71.8 millones para la campaña electoral, 3.5 más para la organización de procesos internos de selección de candidatos a puestos de elección popular y 798 mil pesos para financiar actividades específicas. En 2009, el PRD del Estado de México recibió, en total, 158.7 millones de pesos. Aunque no hay una regla escrita, desde que el PRD ganó sus primeras posiciones, la dirigencia decidió suspender prácticamente todos los apoyos del partido a los comités municipales y estatales, valga la redundancia, a los mu-

nicipios y estados en los que llegaron al gobierno. En 2011, el PRD del Distrito Federal recibió, para actividades permanentes, 72 millones de pesos, además de 2.1 millones para actividades específicas, contra los 70.8 millones del año anterior. Ese mismo año, el perredismo zacatecano recibió un financiamiento cercano a 16 millones de pesos, según los acuerdos que firmaron Leticia Catalina Soto Acosta, consejera presidente del Instituto Electoral del Estado de Zacatecas (IEEZ), y el secretario general Juan Osiris Santoyo de la Rosa.

La entrega de recursos ha sido constante: de 1997 a 2007 el PRD nacional recibió 4 mil 667 millones 303 mil 50 pesos de financiamiento público para sus actividades. Con todo, se trata de un partido que hasta agosto de 2011 acumulaba una deuda de 257 millones de pesos. En ese sentido, el autor de los libros *PRD: la élite en crisis*, *PRD: el rostro y la máscara* y *PRD: la izquierda ficticia*, Marco Aurelio Sánchez —militante activo que en 2002 intentó disputarle la dirigencia a Rosario Robles—, es enfático cuando se lo preguntan: “El PRD siempre ha sido deficitario, el desvío de recursos no es nuevo. No es que no sepa administrar recursos, sino que se los transan”.

El rompimiento López Obrador-Cárdenas tiene su historia. Por eso, en la lucha por la candidatura presidencial de 2006 ni uno ni otro hicieron un mínimo esfuerzo por debatir sus propuestas, que para muchos eran simples promesas, ni por discutir sus diferencias. La separación era definitiva. Los dos apostaron al caudillismo y a su liderazgo carismático.

Aplastado, Cárdenas se fue, pero su salida incrementó la confusión y no aclaró la ambigüedad ideológica del partido, sino que dejó la sensación de que los vicios se habían arraigado para siempre y, lo más importante, que había algo más de fondo.

Andrés Manuel había logrado desplazar a Cárdenas y para los perredistas era su nuevo caudillo. Sin embargo, la toma de Paseo de la Reforma y otras calles del centro de la Ciudad de México demostró que, en sus casi seis años como jefe de Gobierno, no pudo o no supo crear un liderazgo firme de partido, ni siquiera una coalición de tribus que le diera solidez institucional en 2006. La desunión ahogó a cada grupo; la convocatoria y la participación electoral masiva del 6 de julio y días posteriores se habían suscitado en forma individual.

López Obrador había construido su caso sobre la idea de un complot

para impedir su llegada a la Presidencia de la República. Tenía bases y elementos para demostrarlo. Además de las conclusiones postelectorales del TEPJF y de los elementos que quedaron regados por todo el proceso electoral de 2006 y desde 2004 con el desafuero, en la última semana de octubre de 2011, por ejemplo, la revista electrónica *Reporte Índigo* documentó cómo hasta Cuauhtémoc Cárdenas se sumó al linchamiento de *El Peje*. Sólo el tiempo dirá si el nuevo abrazo, el de febrero de 2012, tendrá algún impacto.

Pero las elecciones de 2006 también hicieron patente que una parte del electorado no fue a las urnas desalentada por la bulla mediática y desencantada por los videoescándalos que exhibieron a personajes cercanos a López Obrador: Gustavo Ponce Meléndez, responsable del manejo de los dineros públicos de los capitalinos, miles de millones de pesos, y René Bejarano Martínez, el tristemente célebre *Señor de las Ligas*.

No faltaron quienes recordaron que durante su toma de posesión, el 5 de diciembre de 2000, Andrés Manuel hizo un compromiso muy claro: “Nos proponemos alcanzar la meta de cero corrupción. La corrupción la vamos a combatir arriba, abajo, a los lados y en cualquier parte donde se practique”.

Lo cierto fue que López Obrador cometió errores y se vio involucrado en escándalos antes, durante y después del proceso electoral. Tantos problemas, además de la incapacidad para desligarse de ellos, finalmente minaron su liderazgo y destruyeron parte de su credibilidad ante los ojos de un amplio sector del electorado mexicano indeciso o acostumbrado al sistema.

La altísima popularidad de Andrés Manuel permitió ocultar, aunque a medias, el alboroto que desataron los videos grabados por el empresario Carlos Ahumada Kurtz. Esta situación hizo aflorar extrañas componendas en las dos cámaras del Congreso de la Unión, y cuestionables gestiones del gobierno capitalino. La fama de AMLO se usó, consciente o inconscientemente, para dejar de lado cualquier debate ideológico y programático en el interior del partido.

Inevitablemente salieron a la luz pública otros problemas: ninguna instancia del partido se encargaba de evaluar la congruencia entre la acción política y las actividades de los perredistas en puestos de elección popular o como funcionarios de gobierno. En septiembre de 2005, en Acapulco, el diputado Rómulo Reza lo ejemplificó: “Es como en el libre comercio, hacemos la plataforma, pero cada quien administra o dirige las políticas de los ayuntamientos como quiere, libremente, sin ninguna evaluación de nuestros órganos legislativos, de nuestros órganos electorales”. En otras palabras, así emergieron los vicios morales del PRD.

En lo que fue interpretado como un error atribuible exclusivamente a la arrogancia, ni AMLO ni sus operadores contaban con un “plan B” que les permitiera, de manera objetiva, defender un triunfo en las urnas.

En un artículo que publicó en la revista *Nueva Sociedad* en julio de 2011 y que tituló “México, el crepúsculo del PRD”, el historiador, sociólogo e investigador universitario Massimo Modonesi lo puso de la siguiente forma: “Las referencias a la crisis del PRD son un lugar común entre la opinión pública y, al mismo tiempo, conforman un rompecabezas para el análisis político. En los últimos años, este partido-movimiento que surgió de las entrañas del PRI y en 2006 quedó a las puertas de colocar en la Presidencia a López Obrador sufrió profundas mutaciones. Las multitudinarias protestas antifraude contribuyeron a ampliar su base popular, pero hoy el PRD se enfrenta a un empate catastrófico entre la Nueva Izquierda y el obradorismo, y este último tiende a proyectarse cada vez más hacia fuera del partido”.

Andrés Manuel es un intento por responder a una serie de interrogantes que, al margen de la intervención gubernamental y empresarial, o el documentado complot, señalan los factores que propiciaron la caída de Andrés Manuel López Obrador en 2006, y la degradación del partido que ayudó a fundar, el PRD, convertido en un amasijo de alianzas políticas, con el que enfrentará, el 1 de julio de 2012, al nuevo representante de “la mafia en el poder”, el ex gobernador mexiquense Enrique Peña Nieto, a quien la izquierda vislumbra como el rival a vencer.

Como en su momento ocurrió con Salinas, Fox o Calderón, Peña se ha vuelto una obsesión: es el enemigo inevitable. Entrenado desde mediados de la década de 2000 para ser candidato presidencial del PRI, el ex gobernador mexiquense tiene sus talones de Aquiles: por ejemplo, en los expedientes de la Procuraduría General de la República (PGR). Ahora en poder de AMLO. *Mitos, mentiras y secretos*, figura aquel diálogo entre dos narcotraficantes del Estado de México que se atribuyen la ejecución de los guardaespaldas de la familia Peña Pretelini en el puerto de Veracruz.

“La contienda en el 2012 es muy distinta para AMLO, ahora no parte de ‘gran favorito’ sino de gran ‘no favorito’; su opositor del 2006 aún lo considera adversario y ahora debe vencer a un candidato (Peña Nieto) tan popular como él fue antes, apoyado por un partido que gobierna 20 de los 32 estados del país y que ha demostrado eficiencia electoral; AMLO lo sabe y seguro tendrá estrategia para mejorar su imagen y sus posibilidades, lo único que no podemos hacer es ignorar la fuerza de un político como él que,

equivocado o no, ha mantenido un discurso consistente durante años y que conserva a millones (sí, son millones) de ciudadanos confiando en él, repito que no es favorito, no va arriba en las encuestas, apenas pelea por ser el segundo lugar, pero también apenas empieza la contienda y él ya tiene experiencia. Veremos si aprendió de sus errores y si repite sus aciertos”, precisó Roy Campos.

En efecto: veremos.

Un paso adelante, tres hacia atrás

LOS VIEJOS POLÍTICOS de traje elegante, corbata impecable y automóvil del año con vidrios polarizados, o aquellos modernos que eludían las reglas de etiqueta para usar botas vaqueras, habían sido superados por el tabasqueño Andrés Manuel, un hombre inflexible que halló en la izquierda su nicho de mercado.

Como muchos otros políticos de izquierda en México y América Latina, López Obrador no tuvo una vida holgada, pero logró cursar todos los niveles educativos, incluida una licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Y se mantuvo a flote hasta convertirse en una personalidad mediática y, luego, en un fenómeno social que ha dado tela de donde cortar.

Para muestra un botón: Blanca Gómez es autora de *¿Y quién es? Historia de un hombre enigmático*; George W. Grayson, de *Mesías mexicano: biografía crítica*; Luis González de Alba, de *AMLO: la construcción de un liderazgo fascinante*; Alejandro Trelles y Héctor Zagal Arreguín, de *AMLO: historia política y personal del jefe de Gobierno del DF*; María Teresa Lechuga, de *Perfil político-psicológico de AMLO como candidato*; Eduardo Ibarra, de *Tejedor de esperanzas*, y Jorge Zepeda Patterson, de “Andrés Manuel López Obrador. La revancha”, en *Los suspirantes 2012*.

En la pantalla grande también hay evidencias del fenómeno de AMLO: el cineasta Luis Mandoki lanzó *¿Quién es el señor López?* y *Fraude México 2006*, y Lorenzo Hagerman, el documental *0.56%*, el porcentaje oficial, si debe creerse al Instituto Federal Electoral (IFE), con el que Andrés Manuel perdió los comicios en 2006.

Los intelectuales de derecha lo han descalificado tildándolo de cacique populista y lo han linchado colgándole el epíteto de *Mesías Tropical*, el cual en 2006 le endilgó en un amplio ensayo —considerado por algunos académi-

cos y politólogos una interpretación psicológica personal y muy alejada de la realidad— el historiador y escritor Enrique Krauze.

Cada quien ha creado una imagen de él. Por eso le sobran apodos y calificativos, que van desde *Negrito*, *El Tabúr*, *Lesbo*, *El Americano*, *Piedra* o *El Comandante*, cuando fue líder del PRI en Tabasco, hasta el *Mesías Tropical*, en un intento por describirlo como populista, mesiánico, autoritario y caudillo. Los más sarcásticos lo llaman *El Legítimo* y sus detractores —ex colaboradores o seguidores de Carlos Salinas de Gortari— se refieren a él como López, a secas, o se mofan nombrándolo *El Rayo de Esperanza*.

Sin embargo, a partir de 2000 el país entero lo conoce como *El Peje* —extraño pez que vive casi exclusivamente en las aguas del estado de Tabasco, también llamado *pez lagarto*; es un ejemplar espinoso, de carne deliciosa, cuya cabeza recuerda a la de un reptil, lo que lleva a muchos a asumir que es una especie de eslabón perdido entre los saurios y los peces—, mientras que en su familia cercana le dicen *El Grande*, por visionario.

Su nombre completo es Andrés Manuel López Obrador, pero casi nadie lo llama así. Unos lo conocen por sus siglas AMLO. Otros, más en confianza, se refieren a él como Andrés Manuel; muchos se inclinan por la comodidad del López Obrador o señor López, y su primer círculo de colaboradores lo llama Presidente.

De cualquier forma, los problemas reales de este otro presidente, *El Legítimo* Andrés Manuel, emergieron durante 2006 después de la convocatoria para el plantón en Paseo de la Reforma. La falta de organización y el desdén perredista propiciaron que de la noche a la mañana algunos campamentos se quedaran vacíos. Del furor del desafuero, de la polarización y los cuestionamientos al proceso electoral, el PRD pasó al adormecimiento político.

El carisma de López Obrador no aguantó la prueba del plantón porque, por ejemplo, algunos de los campamentos de Reforma reservados para militantes del Distrito Federal estaban semivacíos, aunque en julio habían salido a votar por él poco más de 2.8 millones de personas. Por eso, desde los primeros días allí debieron ser acomodados o reubicados probados perredistas de otras entidades como Michoacán y Guerrero o el vecino Estado de México.

“Sólo había gente del DF a donde estaba López Obrador. Los contingentes de *Los Chuchos*, la tribu mejor cohesionada en el país, se esfumaron. Y los de Marcelo [Ebrard] se fueron yendo poco a poco, hasta quedar en nada. Había que esperar, pero nadie sabía qué esperar. Andrés Manuel dispuso y nadie refutó”, recordó una joven militante que aguantó los 45 días.

En la campaña presidencial promiscua de Felipe Calderón y los panistas hubo de todo: desde la coacción y el voto del miedo al apoyo decidido y abierto del gobierno foxista, las cúpulas empresarial y eclesiástica, así como el uso emocional de la mercadotecnia. Pero para cuando el plantón se levantó en septiembre de 2006 el movimiento se había desangelado y mostraba sus fisuras, además del virtual aniquilamiento de lo que había sido base de la estructura partidista.

Aunque en voz baja, había señalamientos respecto al desinterés perredista por la campaña presidencial de 2006, porque el candidato López Obrador trabajaba solamente con un equipo paralelo formado por gente de su confianza —entre ellos Octavio Romero Oropeza, Nicolás Mollinedo Bastar, José Agustín Ortiz Pinchetti, César Yáñez Centeno, Alberto Pérez Mendoza, Joel Ortega Cuevas, Dolores Padierna Luna y Claudia Sheinbaum Pardo—, que incluía a un grupo de reconocidos intelectuales.

Lo que también se vio e interpretó como una fractura en la que se suponía que era su fuerza principal, el perredismo, fue que AMLO se rodeó de viejos políticos ligados a su principal enemigo, el innombrable Carlos Salinas, entre quienes destacaban Manuel Camacho Solís, Socorro Díaz Palacios, Ricardo Monreal Ávila y Leonel Cota Montaña. Y en este bloque estaba incluido Marcelo Ebrard. Por más prestigio que tuvieran, los perredistas los miraban con recelo por sus antecedentes en el PRI, igual que al primer equipo de colaboradores.

Para los viejos izquierdistas, esta situación era imperdonable porque el círculo de ex priistas no representaba a la izquierda y porque, al margen de la escasa o nula trayectoria en el socialismo, no existía un compromiso histórico con el PRD. Así consolidaron una visión que ya tenían: que el de Andrés Manuel era un proyecto personalista, basado en la creencia de que él y sólo él podía acabar con la desigualdad, y que él y sólo él podía combatir y ganarle a la pobreza.

Al mismo tiempo había un reacomodo de fuerzas y de hombres en las fracciones o tribus perredistas. La convulsa dinámica no se detuvo ni para apoyar la resistencia civil pacífica. Y no todos se inclinaban a favor de López Obrador, pues los ex priistas se perfilaban como el grupo dominante en el plantón.

Mientras AMLO intentaba mantener vivo el plantón y armaba lo que sería su gabinete alternativo, o de sombra, para cuando asumiera la “Presidencia Legítima”, las tribus perredistas no perdieron el tiempo. El senador Carlos Navarrete Ruiz, coordinador parlamentario en el Senado, fortaleció

la corriente de *Los Chuchos*. Ocupado en sus tareas, López Obrador tampoco supo cómo maniobrar en la Cámara de Diputados y en la coordinación del grupo se impuso al cardenista Javier González Garza.

Si verdaderamente, como aseveró durante una entrevista en agosto de 2011, tenía conocimiento de que los dirigentes nacionales perredistas lo iban a traicionar, nada más él, López Obrador, lo sabe. Pero la realidad era una: carecía de un operador en la legislatura federal que entraría en funciones en septiembre de 2006. En el Senado, la bancada perredista tendría diez *Chuchos*, cinco del Foro Sol —conocido como *Los Amalios*—, dos de Alternativa Democrática Nacional (ADN) y diez externos, la mayoría lopezobradoristas. En la Cámara de Diputados estaba igual: 40 *Chuchos*, 13 del Movimiento de Bases Insurgentes, diez de ADN, diez de *Los Amalios*, ocho *Cívicos* y ocho del ala bejaranista de la Izquierda Democrática Nacional (IDN).

Desentenderse del tema o carecer de capacidad para maniobrar fue un grave error: el “Presidente Legítimo” —quien tomaría posesión el 20 de noviembre de 2006— se quedó sin operadores en las dos cámaras del Congreso de la Unión. El impacto se resentiría más tarde en la agenda legislativa. Pero el partido andaba en las mismas: *Los Chuchos*, como se conoce a Nueva Izquierda (NI), se posicionaron como la primera fuerza, seguidos por Alternativa Democrática Nacional, el Movimiento, Foro Nuevo Sol y *Los Cívicos*.

Muy relegada quedó entonces la IDN de René Bejarano Martínez —quien entre 2000 y 2005 se convirtió en el principal operador de López Obrador, a pesar de las reiteradas negaciones— y Dolores Padierna Luna. También habían perdido fuerza la Red de Izquierda Revolucionaria (Redir), el Movimiento de Bases Insurgentes (Movi), así como la Unidad y Renovación (UNyR), de la cual habían surgido el Movimiento y la Alternativa Democrática Nacional.

Para cuando AMLO fue ungido como “Presidente Legítimo”, su equipo descubrió con horror que las bases populares del Distrito Federal no le garantizaban ningún espacio en los cuadros de liderazgo de las principales tribus perredistas: las cabezas de *Los Chuchos* eran Jesús Ortega, Jesús Zambrano, Carlos Navarrete y René Arce. Este último colabora hoy con el PRI, y el equipo del mexiquense Enrique Peña Nieto intenta aprovechar y explotar su amplia base de apoyo en la Delegación Iztapalapa.

En Foro Nuevo Sol se veía claramente a Amalia Dolores García Medina, Raymundo Cárdenas, Juan José García Ochoa y Claudia Corichi García. En *Los Cívicos*, uno de los grupos más antiguos de la izquierda mexicana, estaban Mario Saucedo Pérez, Eliana García Laguna y Jesús Humberto Za-

zueta Aguilar. Por la Redir se hallaba José Camilo Valenzuela Fierro, y por el Movimiento de Bases Insurgentes, Raúl Álvarez Garín y Gerardo Fernández Noroña.

También se hizo más visible el modo de operar de un partido que reclamaba puestos gubernamentales y, al no conseguirlos, empezó a darle la espalda a su líder natural, el nuevo caudillo que no alcanzaba a consolidarse. A esto se sumó la casi nula presencia de la izquierda mexicana en las filas perredistas y la falta de una identidad partidista.

En resumen, Andrés Manuel mostró que en sus “seis” años al frente del gobierno capitalino no supo construir un liderazgo de partido y que éste iba a la deriva, esperanzado en el triunfo del carisma. Después de julio de 2006, el PRD se fracturó y se dispersó en lo que los investigadores denominan un abanico de movimientos sociales: formaciones políticas, agrupaciones culturales, organizaciones no gubernamentales, organismos defensores de derechos humanos, agrupamientos ecologistas, partidos emergentes, sindicatos, organizaciones de productores, grupos de colonos, asociaciones indígenas y más.

Algo, entonces, pasaba más allá del manoseo gubernamental y del documentado complot. Había problemas en el equipo que trabajaba para López Obrador y en la toma de decisiones de éste, o, acaso intencionalmente, se hicieron a un lado para que las tribus se disputaran el partido. Así, fueron menospreciadas cuestiones que con los meses se revelaron como factores clave en el traspie presidencial.

No se trataba sólo de la estela de dudas que dejaron tras de sí personajes como Gustavo Ponce Meléndez, secretario de Finanzas del Gobierno del Distrito Federal durante la administración lopezobradorista y a quien grabaron mientras apostaba en uno de los casinos más exclusivos de Las Vegas, Nevada. Sin duda, se trataba de algo más, porque, cuando el 13 de julio de 2003 Andrés Manuel nombró a Ponce Meléndez secretario de Finanzas, lo puso como ejemplo de honestidad: “[En lugar de Carlos Urzúa] he decidido nombrar al licenciado en Economía Gustavo Ponce, un servidor público honesto y con amplia experiencia en la materia, egresado de la Universidad Autónoma Metropolitana”.

Ponce y AMLO se conocieron en 1984 en el Instituto Nacional del Consumidor, cuando trabajaban para Clara Jusidman, quien años más tarde sería secretaria de Desarrollo Social en el gobierno de Cuauhtémoc Cárdenas. Ponce había llegado a la administración local en 1997 por una invitación expresa del titular de Finanzas, Antonio Ortiz Salinas, y por una reco-

mendación personal del tesorero Raúl Livas, de quien fue alumno destacado en la carrera de Economía, que estudió en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), unidad Xochimilco.

Tampoco se trataba de las generosas propinas de mil 800 dólares que Ponce acostumbraba dejar, ni de las llamadas telefónicas de 500 dólares que hacía en los casinos de Las Vegas, o de su flamante BMW. El mismo Cuauhtémoc Cárdenas había sembrado las dudas cuando declaró: “No creo que López Obrador haya pecado de ingenuo, porque él conocía a Ponce, ya que trabajaron juntos en la Procuraduría del Consumidor”.

El 2 de marzo del ya lejano 2004, a Cárdenas no le tembló la mano para mostrar el rompimiento, y así cuestionó la honorabilidad de Andrés Manuel: “Las imágenes que se vieron en televisión no corresponden a la de un funcionario de gobierno que pregona la honorabilidad y se dice democrático. Este caso tiene que investigarse a fondo y ver si hubo desvío de recursos para fincar responsabilidad contra el autor”.

Los señalamientos contra Ponce tenían connotaciones mayores porque apenas Andrés Manuel hubo tomado posesión como jefe de Gobierno se develó un escándalo de corrupción a través de la Tesorería: un fraude por 100 millones de pesos en el que fue involucrado tanto personal de confianza de la administración Cárdenas-Robles como trabajadores sindicalizados.

AMLO reaccionó. De inmediato presentó el primero de 16 bandos informativos centrado en la transparencia y el saneamiento de la Tesorería, con medidas para combatir los vicios y la corrupción histórica e investigar la desviación de recursos. El objetivo era uno: controlar las fugas y aumentar la recaudación para poner en marcha sus programas de apoyo a grupos vulnerables, gobernar de abajo hacia arriba.

López Obrador ordenó dismantelar un sistema corrupto —en el que ni Cuauhtémoc Cárdenas ni Rosario Robles se atrevieron a meter las manos—, que operaba desde hacía casi siete décadas y se sostenía por la colusión de funcionarios de la Tesorería con ejecutivos del sistema bancario. La limpia incluyó la renovación del personal de más alta confianza en la Tesorería y en las 40 oficinas recaudadoras.

Durante la primera etapa fueron cesados al menos 15 altos funcionarios de la Tesorería y sustituidos por igual número de lopezobradoristas. Entre los primeros nombramientos destacaron los de Jesús Martín del Campo, subtesorero de Administración Tributaria; Raúl Álvarez Garín, subtesorero de Catastro; Ernesto Prieto Ortega, subtesorero de Fiscalización, y Raquel Buenrostro Sánchez, subtesorera de Política Fiscal. Ponce llegaría más tarde

a la Secretaría de Finanzas, pero también propuesto personalmente por el jefe de Gobierno.

TORPEZA ABSOLUTA

Andrés Manuel apenas empezaba a limpiarse del caso Ponce cuando estalló un escándalo mayor: a René Bejarano Martínez, su principal operador político, lo videograbaron mientras recibía cuantiosas sumas de dinero de manos del empresario Carlos Ahumada Kurtz, naturalizado mexicano en 1991 y pareja sentimental de la lideresa nacional perredista Rosario Robles Berlanga.

Las apuestas del tahúr Ponce y los sospechosos dineros de Ahumada —que involucró al ex líder estudiantil, ex dirigente perredista en la Ciudad de México y ex funcionario en la administración cardenista capitalina Carlos Ímaz Gispert, así como al dos veces ex delegado y ex integrante de la dirigencia nacional perredista Ramón Sosamontes Herreramoro, también operador político de Rosario Robles— contradecían abiertamente, y con hechos, el discurso lopezobradorista de gobernar con honestidad.

Al margen de las maquinaciones salinistas, el caso Ahumada, la intervención de Diego Fernández de Cevallos, los agravios gubernamentales y la contratación de especialistas extranjeros en campañas de miedo, los escándalos tenían dañinos ribetes históricos. En medio de la batahola resultó claro que los gobiernos perredistas carecían de un sistema de vigilancia, control y rendición de cuentas, o que nunca prestaron atención al asunto; que había un evidente proceso de degradación del partido, y todo era opacado por la personalidad, el carisma y el protagonismo de Andrés Manuel y por la polarización social.

“La conducta de su ex secretario de Finanzas [Ponce] lucía muy lejana de la austeridad republicana juarista a la que tanto gusta invocar AMLO, mientras que la avidez por los billetes que apenas caben en el maletín de su ex secretario particular [Bejarano] extiende una sombra de duda sobre el gobierno de la esperanza”, advirtió la maestra e investigadora Rosa Albina Garavito Elías —una de las mujeres más respetadas en la historia de la izquierda mexicana, en un análisis que escribió para la revista *El Cotidiano* en 2005—.

No había, pues, congruencia entre el discurso y el trabajo público remunerado. Dicho llanamente, el gobierno perredista incurría en el mismo proceder fraudulento que tantas veces había cuestionado al PRI y denunciado: corrupción *a la antigua*. Por esos problemas, en marzo de 2005 la populari-

dad de AMLO se desplomó al menos 10 puntos porcentuales, e incluso hubo encuestas que le arrebataban hasta 15 puntos.

Garavito Elías fue sarcástica en su análisis: “Para afirmar la corrupción del régimen priista como pilar de la cultura nacional, la bisoña clase política perredista se remontó al tiempo de las cavernas de ese sistema, olvidó que la informática ya se puso al servicio de las transferencias electrónicas que no por invisibles son menos corruptas, pero que, al menos, les pudieron evitar el bochornoso espectáculo de exhibir las bolsas de supermercado, los maletones, las ligas que amarran billetes con aparente vida propia, las bolsas del saco habilitadas como anexos para la recepción del botín, las manos que parecen multiplicarse, los parlamentos con el corruptor que van desde el sólo soy una pieza del sistema y, como tal, prescindible, de Bejarano, hasta el co-torreísmo machista que, de buen grado, comparte el ex delegado de Tlalpan [Ímaz] con el hasta entonces seductor empresario”.

Luego se conoció que el 17 de mayo de 2001 Ahumada fungió como anfitrión en un encuentro entre Rosario Robles, ya ex jefa de Gobierno del Distrito Federal, y los tres contadores mayores de Hacienda de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal. El objetivo de esa reunión parecía claro: frenar un informe de auditorías.

Una investigación del periódico *Reforma* encontró que “el Grupo Quart financió al PRD durante las elecciones extraordinarias para gobernador de Tabasco del 5 de agosto del 2001. Y durante la jornada electoral Quart puso a disposición del partido vehículos, personal, apoyo logístico, teléfonos celulares y equipo de radiocomunicación, por medio del Plan de Apoyo a Tabasco. El grupo, encabezado por Ahumada, había obtenido hasta octubre del 2001 al menos 70 contratos en obra pública para el Gobierno del DF, por 480 millones de pesos”.

Pero Ahumada también había financiado campañas en las delegaciones Álvaro Obregón, Cuajimalpa, Azcapotzalco, Tláhuac, Xochimilco y Coyoacán. Ramón Sosamontes, el operador personal de Rosario Robles y uno de los protagonistas de los videos, declaró: “Sí, desafortunadamente Ahumada se convirtió en el *Frankenstein* y coloca al partido en una debilidad extrema. Ninguno de los líderes de las Corrientes Nueva Izquierda, Izquierda Democrática Nacional, Foro Nuevo Sol, Cívicos y Red de Izquierda Democrática son ajenos a la relación con Ahumada. Cada uno de ellos y de los integrantes del Comité Ejecutivo Nacional (CEN) en su momento acudieron a las fiestas que organizaba Ahumada y también a las que Robles los invitaba y asistía acompañada de Ahumada”.

La encuesta que *Reforma* publicó el 5 de marzo de 2004 fue ilustrativa: “El apoyo electoral a López Obrador sufrió bajas tras la difusión de los videos que incriminan a ex funcionarios del gobierno capitalino en actos de corrupción. Nueve de cada diez encuestados se enteraron de los videos que implican a funcionarios del DF en actos de corrupción. Cincuenta por ciento cree que AMLO sí estaba enterado de los presuntos actos de corrupción, mientras 49 por ciento cree que el dinero que recibió Bejarano en los videos se lo quedó él y 86 por ciento cree que el dinero que Gustavo Ponce apostaba en Las Vegas era del erario”.

Y siguen los reveladores resultados: “Nueve de cada diez capitalinos consideran que hay mucha corrupción en el GDF; 29 puntos cayó la imagen de honestidad de AMLO en el país y 16 puntos cayó en el DF; 13 puntos disminuyó en el país la intención de votar por AMLO en el 2006 y 17 puntos disminuyó en el DF; 20 puntos se redujo el apoyo electoral de AMLO entre los jóvenes menores de 30 años y los menos escolarizados en la capital”.

Además, había otros temas delicados. Por ejemplo, la seguridad en el Distrito Federal era un talón de Aquiles: la organización que había impuesto el jefe de la policía capitalina, Marcelo Ebrard, dejaba mucho que desear. Sólo de 2001 a 2002 el número de robos se había incrementado de 260 a 290, y el promedio diario de delitos pasó de 427 a 523. Asimismo, se mantenían los cotos de poder de *La Hermandad*, una mafia que nació en la década de 1940 y que controlaba a toda la policía capitalina. Su única retirada estratégica se había dado en los seis años de gestión de Arturo *El Negro* Durazo Moreno.

La Dirección de Asuntos Internos, ente responsable de combatir la corrupción policial, declaró en 2002 que había erradicado, en su totalidad, a las mafias enquistadas en los cuerpos de la Secretaría de Seguridad Pública, pero al término de la gestión lopezobradorista la realidad desmentía las triunfalistas declaraciones. Los grupos de poder estaban sólidos, y la policía, peor que con *El Negro* Durazo.

En ese contexto, AMLO cometió otro error el domingo 27 de junio de 2004, cuando desdeñó la “Marcha Blanca”, una gigantesca manifestación contra la inseguridad en la capital del país. Aunque admitió que el evento superó cualquier intento de manipulación, insistió en que hubo “mano negra o blanca” resultado de la manipulación de la derecha, el oportunismo del gobierno federal y el amarillismo de los medios de comunicación. El jefe de Gobierno apareció como un político insensible y tuvo que admitir que la percepción y la realidad de la gente eran otras.

La situación empeoraba por las muestras de que la selección de funcionarios públicos y dirigentes de partidos no era tan rigurosa como debería y más en el caso de Ponce, responsable de manejar los dineros del Distrito Federal. La única garantía era la palabra de López Obrador y sus deslindes, pero fue insuficiente: prevaleció la impresión de que al PRD lo aquejaban las mismas enfermedades endémicas que al PRI y al PAN.

Estos indicios pudieron y debieron diagnosticarse a tiempo, pues habían empezado a afectar la imagen pública de Andrés Manuel, pero los perredistas pecaron de soberbia y exceso de confianza.

Tal confianza invadía por completo a funcionarios del gobierno y a dirigentes del partido a nivel local y nacional. No faltó quien ya se veía despa-chando en alguna secretaría de Estado o en Petróleos Mexicanos (Pemex), que inclusive apartaban, por ejemplo, para “Octavio”, sin apellidos, aunque todo mundo sabía que se referían a Octavio Romero Oropeza, ex oficial mayor del Gobierno del Distrito Federal y amigo personal de AMLO.

Hasta antes de las elecciones de julio de 2006, las relaciones entre el PRD, nacional y capitalino, y López Obrador eran, por más que se empeñaran en disimularlo, de subordinación absoluta u obediencia ciega. Lo mismo ocurría en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal. El sometimiento tenía sus razones, y la principal era que todos estaban convencidos, más allá de lo normal, de que la izquierda tendría en el tabasqueño a su primer presidente de la República.

En esa época nadie se atrevía a contradecir a López Obrador por temor a quedar fuera de la repartición del presupuesto federal. Y todo mundo, es decir todas las izquierdas, quería comerse una rebanada del pastel que aún no estaba en el horno. Literalmente fueron a la cargada con la esperanza de hacerse con alguno de los puestos de gobierno que se abrirían al llegar AMLO a la Presidencia de la República. Por eso también callaron cuando se formó un comité paralelo de campaña.

Las Redes Ciudadanas tuvieron cinco coordinadores regionales y ninguno era perredista: Manuel Camacho Solís, Socorro Díaz, José Agustín Píncetti, Ricardo Monreal y César Ojeda.

Lo de los comités paralelos era una experiencia de Andrés Manuel como líder priista tabasqueño. En 1983, relata Jorge Zepeda en *Los suspirantes 2012*, el gobernador Enrique González Pedrero destituyó a López Obrador como presidente del PRI porque 15 de 17 presidentes municipales y el secretario de Gobierno demostraron que, a través de las organizaciones territoriales lopezobradoristas, aquél se había convertido en un secretario de Gobierno paralelo.

En 2006, ni Andrés Manuel ni su equipo cercano le echaron un vistazo a la historia reciente de las candidaturas presidenciales perredistas. Si lo hubieran hecho habrían notado que, en 1994, Cárdenas cometió el mismo error: formó un equipo personal de gente cuya lealtad estaba probada —Adolfo Gilly, Roberto Robles Garnica, Graco Ramírez, Lucas de la Garza, Carlos Lavore y Carlos Mandujano, entre otros—, e integró a la estructura organizada del PRD en un oscuro Comité de Campaña que, en ocasiones, se daba su tiempo para trabajar por sus candidatos.

Otro de los problemas serios de López Obrador empezó con su desdén por el primer debate de candidatos presidenciales, el 25 de abril de 2006. Él se justificó argumentando que sería dañino participar. No explicó sus motivos con claridad, por lo que su inasistencia se interpretó como producto de la soberbia. Así abrió la puerta para que resaltaran los puntos de vista del panista Felipe Calderón, quien para los televidentes estuvo muy por encima del priista Roberto Madrazo Pintado.

Aunque durante cinco años Andrés Manuel manejó la agenda informativa nacional con sus conferencias de prensa “mañaneras”, desde que se convirtió en candidato advirtió que haría una campaña a ras de tierra, sin gastar en medios de información, aviones ni helicópteros. Puso en marcha una cruzada contra la mercadotecnia de sus rivales: dio la primera vuelta al país en carretera organizando cientos de mítines y manteniéndose en las encuestas con diez puntos arriba.

En otras palabras, el tabasqueño que durante un lustro explotó los poderes mediáticos desde la Jefatura de Gobierno, hasta ser el político más popular de México, desdeñó a la prensa y sus alcances. Como dicen los especialistas: desatendió la importancia de la campaña mediática y desechó la asesoría especializada de consultores y estrategas en mercadotecnia. Con eso consiguió desvanecer su amplia e inicial ventaja en las encuestas sobre preferencias electorales.

A la distancia es claro que los calderonistas, con sus aliados en los poderes mediáticos, capitalizaron la oportunidad que les brindó la ausencia de AMLO en el primer debate. Esos panistas atraieron, incluso por miedo al supuesto comunismo lopezobradorista, la simpatía de sectores que no apoyaban a su candidato, de potenciales votantes indecisos y de los llamados electores cambiantes, que pueden hacer la diferencia en el momento mismo de la votación.

Al margen de los resultados y del triste espectáculo que ofrecieron cuatro candidatos y una silla vacía, y en el que hubo de todo, excepto debate,

López Obrador fue el gran perdedor porque desperdició la oportunidad de presentar sus ideas, de mostrarse como un verdadero contendiente en la carrera presidencial, de impulsar su causa y de promocionarse. El político que había sabido aprovechar la victimización no halló la fórmula para beneficiarse con ese primer debate.

Aquel 25 de abril nadie pudo conocer su proyecto ni el origen del movimiento social que dirigía, y mucho menos su verdadero objetivo: la transformación profunda del país. Además, antes y después del debate, su inasistencia lo hizo blanco de ataques de todos los calibres, bajo el lema de “la silla vacía”.

Como estrategia para cuidar su movimiento, Andrés Manuel no quiso exponerse a ser blanco de Calderón y Madrazo. Pero los resultados mostraron que la negativa fue un error porque hubo quienes recordaron que, hasta antes de Ernesto Zedillo, ésa era la justificación de los priistas para rehusar debatir, en su momento, con rivales de los partidos Acción Nacional, Popular Socialista, Auténtico de la Revolución Mexicana, Comunista Mexicano, Socialista Unificado de México o Socialista de los Trabajadores.

DESPOJOS DE LA GUERRA

El de la televisión debió ser un tema central porque Cárdenas, en 1994, quedó políticamente muerto luego de un debate presidencial. En las pantallas, el candidato perredista se exhibió como un político inofensivo y con muchas limitaciones. En los días siguientes, el panista Diego Fernández de Cevallos lo desplazó y subió al segundo lugar en las encuestas. La campaña cardenista naufragó en ese escenario no previsto.

A la luz de la historia, también parece claro que ni el candidato López Obrador ni sus asesores leyeron bien una encuesta sobre los presidenciables que, una semana antes del debate, dieron a conocer los periódicos *El Universal* de México y el texano *The Dallas Morning News*.

Los resultados indicaban que Andrés Manuel, candidato de la alianza Por el Bien de Todos, había caído. “El descenso registrado de 4 por ciento junto con el crecimiento del candidato panista Felipe Calderón de 2 por ciento han reducido la diferencia entre ambos de 10 por ciento registrado en marzo a 4 por ciento en la actualidad.

”En esta ocasión del total de la lista nominal (70 millones 582 mil 612) los ciudadanos que declararon que votarán aumentaron de 49 por ciento en

marzo (34 millones 585 mil 480) a 51 por ciento actual (35 millones 997 mil 132). El incremento se debe a un crecimiento de un millón 171 mil 671 para Calderón, de 698 mil 768 para Madrazo y un descenso de 846 mil 992 para López Obrador. Es decir que en esta ocasión el descenso en el porcentaje sí se debe a una baja en el número de votantes probables.

"El descenso de López Obrador se explica en parte por la baja en los independientes que votarían por él, que pasó de 40 por ciento de marzo a 29 por ciento actual. También bajó 4 por ciento el porcentaje de independientes que votarían por Madrazo, pero aumentó el de Calderón. Los grupos de edad en los que perdió más presencia López Obrador fueron entre los de 30 a 39 años que eran 34 por ciento en enero y 30 por ciento actualmente. Lo mismo sucedió con los encuestados de 18 a 29 años y mayores de 50. Tan sólo quienes tienen entre 40 y 49 años han aumentado su preferencia por el perredista.

"El porcentaje de mujeres que lo apoyan también ha bajado de enero a la fecha al menos como porcentaje respecto al total. También hay un importante crecimiento de 12 por ciento a 20 por ciento para López Obrador al preguntar por el candidato por el que nunca votarían. Hay que destacar que los votantes de AMLO consideran su segunda opción a Felipe Calderón [en] 34 por ciento. Es posible que algunos de los votos perdidos por el perredista se hayan trasladado al panista."

Desde diciembre de 2005 el equipo interno de Andrés Manuel estaba enterado del desplome de su popularidad. El miércoles 7, por ejemplo, se hizo público que había caído 7 puntos porcentuales en las preferencias electorales según una encuesta que llevó a cabo Covarrubias y Asociados por encargo del propio PRD. Los resultados, publicados en algunos diarios de la Ciudad de México, mostraron que el todavía precandidato perredista alcanzó 35 por ciento de las preferencias, contra 24 por ciento de Felipe Calderón y 16 por ciento de Roberto Madrazo Pintado. Para la encuesta fueron entrevistadas 9 mil 900 personas entre el 12 de noviembre y el 3 de diciembre.

AMLO agregó un pecado más a su lista al descalificar los resultados de las encuestas argumentando que estaban amañadas. Se peleó con prácticamente toda la prensa, minimizándola y apostando a que los ataques en y desde los medios no le harían daño.

Como una bola de nieve, a su inasistencia al debate se sumaron otros yeros: la falta de visión, el exceso de confianza y la soberbia que, a la larga, lo transformaron en un candidato vulnerable a cualquier campaña mediática.

Haciendo caso omiso de lo anterior, Andrés Manuel apostó por el todo

en su campaña por tierra, confiado en que su carisma de líder no se borraría de la mente de los electores. Era como decir: "El que sabe soy yo". La estrategia era buena, al menos en teoría.

Desde el 29 de julio de 2005, cuando solicitó licencia para separarse de la Jefatura de Gobierno, hasta el 10 de diciembre de ese año, AMLO visitó en precampaña los 31 estados y las 16 delegaciones de la Ciudad de México, además de las 300 cabeceras electorales federales; encabezó 325 mítines y sostuvo encuentros con más de un millón de personas de todas las regiones. Durante diez meses de precampaña y campaña recorrió 140 mil kilómetros de carretera para llegar a pueblos y ciudades, celebró 681 mítines y se reunió de manera directa con 3 millones 500 mil personas.

La historia dio una nueva lección a los perredistas. Si hubieran analizado las estrategias de campaña de Cárdenas en 1994, habrían descubierto que, para entonces y desde su época rebelde en el PRI, le había dado por lo menos cinco vueltas completas al país en 13 giras. Y su equipo de confianza, el paralelo que controlaba la verdadera campaña, esperaba que fuera la última.

Por si fuera poco, López Obrador dilapidó su energía en ataques personales contra Vicente Fox. Inolvidable sigue siendo el capítulo mayor de esa contienda verbal, cuando AMLO acuñó la desafortunada frase: "Cállate, chachalaca". Luego se jugó el resto de su futuro minimizando a su principal rival, Calderón, haciéndolo ver como un pelele. Los señalamientos fueron siempre claros. El último no dejó ninguna duda: "Calderón es un pelele, un títere de un grupo muy poderoso en México y que quiere seguir devorando el país. Lo digo con todo respeto, no es un asunto personal, políticamente hablando Calderón no tiene autoridad moral".

Ningún detalle era cosa menor. Sin embargo, Andrés Manuel y su equipo ofrecieron una respuesta tardía y pésima a los embates de la guerra sucia, y en particular a la campaña mediática que describió a AMLO como un loco, un autoritario, un intolerante y "un peligro para México".

Y cuando esa respuesta al fin llegó fue tibia, muy al estilo de la izquierda intelectual mexicana, es decir, dirigida a sectores en los que ya no impactaba y no al grueso del electorado que el 6 de julio de aquel año iría a las urnas. En algunas ocasiones se hizo evidente que, antes de encontrar la fórmula para aminorar los efectos negativos, López Obrador no quiso contestar a los ataques y descalificaciones, quizá sintiéndose invulnerable.

Algunas respuestas a las agresiones nunca surtieron efecto, mientras el empresariado lanzaba centenares de *spots* que repetían: "AMLO es un peligro para México" porque destruiría la economía nacional. Un organismo deno-

minado Ármate de Valor llegó a contratar anuncios que vinculaban, sin pruebas o inventándolas, a López Obrador con el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, calificando a ambos de intolerantes y violentos.

Sin embargo, ése también fue un escollo que debió haber sido previsto, pues desde el nacimiento del PRD tanto el salinismo como el zedillismo pusieron en marcha una campaña muy bien orquestada para presentarlo como un partido violento y opuesto al diálogo.

De la guerra sucia quedan recuerdos de los 654 muertos y de casos como el del presidente municipal de Aguililla, Salomón Mendoza, y otras personas que en 1990 fueron torturadas y presentadas públicamente como narcotraficantes, hasta que intervino la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) y se comprobó que eran inocentes. O el caso del 12 de diciembre de ese mismo año, cuando ocurrió la violenta represión contra perredistas que protestaban en la plaza Hidalgo del municipio de Tejupilco, Estado de México, por el fraude electoral.

Ni en el exceso de confianza de Andrés Manuel ni en su apuesta por la campaña terrestre —que en muchos casos sólo incrementó el fanatismo— el equipo paralelo encontró fórmulas para contrarrestar la abierta y decidida participación de actores externos como el Consejo Coordinador Empresarial (CCE) o algunas empresas que, de plano y por su cuenta, pagaban anuncios contra AMLO o repartían propaganda para no votar por él.

A esta operación se sumó hasta el *Doctor Simi*, Víctor González Torres, quien gastó poco más de 100 millones de pesos en mensajes publicitarios, la mayoría contra el político tabasqueño, mientras éste intentaba aclarar que no todos los empresarios participaban en la campaña negra.

En síntesis, el equipo paralelo nunca pudo armar un plan para combatir la estrategia, retórica, sí, pero muy efectiva, que siguieron el PAN, el gobierno foxista, los empresarios y Calderón para construir una imagen negativa y peligrosa del candidato perredista.

Para colmo, también desdeñó el Pacto de Chapultepec, un acuerdo impulsado por el poderoso Carlos Slim. Si bien el documento podía interpretarse como un intento de someter a los candidatos, Andrés Manuel dejó entrever que lo firmaría. Incluso planteó que le añadiría observaciones relacionadas con la justicia para los pobres. Pero no lo hizo y, como apuntan algunos allegados, si desde un principio tenía la intención de no firmar, debió haber sido claro. En lugar de eso, dejó plantados a los empresarios al menos en dos ocasiones, convencido de que solamente querían burlarse de él. Tampoco encontró la cuadratura para darle la vuelta a ese empresariado.

En esa estrategia territorial y de desdén, enfocada en visitar lo más que se pudiera por tierra, e ignorando a los medios, al equipo paralelo de Andrés Manuel le faltó colmillo para medir el peligro de retar a la iniciativa privada. La propuesta de gravar ingresos de los empresarios fue la señal para que éstos lanzaran su grito de enfrentamiento. Dicho de otro modo, los estrategas lopezobradoristas abrieron frentes de guerra por todos lados, pero jamás elaboraron planes alternativos por si alguno fracasaba.

EL PRECIO DE LA SIMULACIÓN

Autoconvencidos y con los puestos repartidos, los perredistas emprendieron una caótica, simulada y desigual campaña presidencial 2006. En algunas grandes ciudades ni siquiera la hicieron, hubo indolencia; y en ciertas zonas de Tabasco engañaron a López Obrador, argumentando trabajos intensos, cuando en realidad estaban en casa descansando y esperando el triunfo arrollador; en otros casos, las estructuras del partido eran inexistentes. Había, pues, una debilidad estructural y le dijeron al candidato lo que éste quería escuchar.

Ante las evidentes contradicciones táctico-estratégicas de cara a la campaña, el equipo lopezobradorista privilegió el tema electoral, dejando huérfanos a los movimientos sociales que no aceptaron renunciar a su relativa autonomía por la lógica del intercambio clientelar, el cabildeo o la transmutación partidaria de sus organizaciones. La consecuencia fue la desmovilización.

En muchas otras situaciones, Andrés Manuel se negó a escuchar. Por soberbia o por desconfianza, no le cabía duda de que sólo debía prestar atención a los miembros de su primer círculo, creyó que éstos le hablaban con la única verdad y que tenían todo bajo control. En el camino desdeñó la estructura partidista del PRD, que le habría sido de gran utilidad a pesar de sus inconsistencias y de su alejamiento de las causas populares.

Eso se sumó a otros problemas complejos que no se vieron sino hasta después, como la postulación de candidatos con poca o nula representatividad, pobre currículum y honorabilidad cuestionada. Y es que en el proceso de fundación del partido se descuidó el desarrollo democrático interno y se hizo de las candidaturas externas un espacio incondicional para quienes aseguraran votos, sin considerar trayectorias personales ni compromisos de gobernar o legislar en congruencia con el proyecto del PRD.

Ése fue el caso del priista Enrique Ibarra Pedrosa, aspirante a la guber-

natura del estado de Jalisco. Según se vio en ese momento, la única virtud de Ibarra era su compadrazgo con el ex gobernador zacatecano Ricardo Monreal Ávila, uno de los operadores políticos de Andrés Manuel. El mismo error se reprodujo en Morelos y Guanajuato, donde los candidatos panistas ganaron los comicios locales aquel julio de 2006.

Con esa dudosa política de candidaturas externas cocinadas al vapor, el PRD se alejó de los movimientos y las organizaciones sociales, además de que destacó por su pasividad en la dinámica de las alianzas. Por el contrario, la derecha, que incluía a los empresarios, llegó unificada al 2 de julio de 2006, cuando hubo elecciones en 13 estados para elegir a cinco gobernadores, 469 diputados locales y 583 presidentes municipales.

Las elecciones en Jalisco, por ejemplo, fueron un desastre. Con antecedentes y prácticas políticas ajenas a la izquierda, la campaña de Ibarra no levantó ni aportó más que pena al lopezobradorismo. El descontento del perredismo fue evidente desde el proceso para la nominación del candidato a gobernador, pues la invitación abierta a aspirantes ciudadanos canceló cualquier viso democrático. Los perredistas jaliscienses nunca hicieron campaña por Ibarra y, por consiguiente, tampoco por su candidato presidencial.

En ese sentido, en un amplio documento que publicó en 2006, titulado *México en su encrucijada: Un análisis de la elección presidencial*, el sociólogo, maestro en Administración Pública y doctor en Estudios Latinoamericanos Andrés Valdez Zepeda, también investigador de la Universidad de Guadalajara, denunció: "Si algo fue muy perjudicial y dañino para la causa de AMLO fue la cultura de simulación respecto del trabajo proselitista y de organización política que se presentó en torno a la campaña de la Alianza por el Bien de Todos. Un ejemplo de esta cultura de la simulación lo representan muy bien el caso de las redes ciudadanas, que fueron concebidas como estructuras para el proselitismo y promoción del voto complementario al trabajo de los partidos constituyentes de la Alianza.

"De esta forma, muchos de los responsables de las redes ciudadanas enviaban informes de un trabajo político que nunca se realizaba o que se efectuaba de manera insuficiente, pero que se reportaba como satisfactorio. Un ejemplo concreto de esto fue el distrito 9 de Guadalajara, cuyo responsable de las redes, Roberto Gutiérrez, reportó un listado de más de 17 mil simpatizantes del voto a favor de AMLO. Cuando el día de la elección, a través de un operativo de movilización electoral, se visitó a estos electores para asegurarse que emitieran su sufragio, resultó que la lista era apócrifa, inte-

grada por un antiguo padrón de perredistas o con nombres y direcciones inventadas.

”A esto hay que sumar el hecho de que muchos de los candidatos postulados por la Alianza por el Bien de Todos prácticamente no hicieron campaña, pues sólo buscaban beneficiarse del ‘efecto López Obrador’ para su causa personal; fueron realmente escasos los candidatos que se entregaron a las campañas, aportando recursos propios y esfuerzo al trabajo proselitista.”

Valdez Zepeda advirtió entonces un punto que ha pasado casi inadvertido: “El relativo bajo nivel de participación de los ciudadanos en las elecciones también influyó en el resultado adverso para la Alianza por el Bien de Todos, ya que tanto el PAN como el PRI tienen un mayor voto duro. Por su parte, los partidos integrantes de la Alianza son los institutos que menos tienen. Es decir, si la participación ciudadana hubiera sido mayor al 70 por ciento, seguramente el resultado hubiera favorecido a AMLO. Sin embargo, la participación fue tan sólo de 58.55 por ciento, muy por debajo de lo sucedido en las elecciones de 1994 (74 por ciento) y 2000 (62 por ciento). En este sentido, el alto abstencionismo, principalmente entre ciudadanos independientes y sin partido, generado por el alto nivel de confrontación y las campañas negativas, jugó en contra de las posibilidades de triunfo de AMLO”.

Por si algo hubiera hecho falta, durante el posterior plantón de Reforma apareció otra señal de alarma: Cuauhtémoc Cárdenas, cuya fuerza y herencia histórica lo hacen el personaje de mayor trascendencia en la vida reciente de la izquierda mexicana y líder moral del PRD —aunque él nunca ha entendido bien a bien el significado—, cabeza del llamado neocardenismo y tres veces candidato presidencial, nunca se sumó —es decir, no hizo absolutamente nada— a los llamados lopezobradoristas para anular las elecciones de 2006 y frenar el ascenso de Felipe Calderón.

Desde el principio fue evidente el desapego de Cárdenas respecto del movimiento lopezobradorista y su desinterés por el 2006. En octubre de 2011 la revista electrónica *Reporte Índigo* documentaría que Cárdenas participó en el complot para impedir la llegada de Andrés Manuel a Los Pinos. La indiferencia también se notó en su hijo Lázaro Cárdenas Batel, quien en ese momento era gobernador del populoso estado de Michoacán, donde el PRD —controlado evidentemente por los Cárdenas— se alejó de la campaña presidencial.

Si en diciembre de 1991 y en enero de 1992 dio instrucciones para rechazar cualquier tipo de negociación con el gobierno federal para no dar ni un paso atrás, y apoyó con entusiasmo el “Éxodo por la Democracia”, una

marcha de mil kilómetros hasta el Zócalo del Distrito Federal, que a partir del 23 de noviembre de 1991 encabezó López Obrador para defender el voto ciudadano en los comicios tabasqueños de ese año, denunciar el fraude y protestar por el proyecto neoliberal que impulsaba Carlos Salinas, en 2006 Cuauhtémoc Cárdenas se resguardó: se mantuvo discreto y lo más lejos posible del Paseo de la Reforma. Tal como lo había hecho en la campaña.

Pocos, fuera del círculo de mucha confianza, podían entender el distanciamiento, aunque tenían una explicación, si no lógica, al menos verosímil, y lo achacaron todo a contenidos no divulgados de los llamados videoescándalos que protagonizó y grabó Carlos Ahumada. En realidad el alejamiento empezó en 2000, cuando, antes de llegar a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, López Obrador criticó la administración cardenista.

Ésa fue una de las razones por las que Cárdenas perdió iniciativa política y vio pasar sin rechistar el proceso del desafuero de López Obrador. “Al no encabezar masivamente la defensa del gobierno perredista, y al lanzar su pre-candidatura dentro del PRD justo cuando arreciaba el ataque para conseguir el desafuero, hizo dudar a muchos si no es que estaba comprometido con Fox y el salinismo para jugar el papel de candidato sustituto”, escribió en mayo de 2005 el doctor e investigador Alejandro Álvarez Béjar.

Sobre el particular había caído una sospecha socarrona pues, para entonces, el panismo arrojaba a Cuauhtémoc Cárdenas. De hecho, Fox se adelantó a los adversarios del PAN y se encargó de hacerlo público cuando Cárdenas aceptó dirigir los trabajos para los festejos del Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución, tarea que le encomendó el mismo presidente Vicente Fox.

La mañana del martes 20 de junio de 2006, a dos semanas de los comicios presidenciales, Cuauhtémoc Cárdenas asumió la coordinación general de la Comisión Organizadora de la Conmemoración del Bicentenario del Inicio del Movimiento de Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana. Fox lo publicitó y se refirió a Cárdenas como “un ejemplo de congruencia con sus ideales y un gran luchador por la democracia”. Ante los presidentes de las cámaras de Diputados y de Senadores, así como de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, reunidos en el patio central del Museo Nacional de Antropología, Fox enfatizó que la contribución de Cárdenas al avance y la consolidación de la democracia “ha sido fundamental”.

En su discurso —a propósito del Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución—, Fox hizo un llamado a honrar los ideales de quienes dieron patria a los mexicanos, “asumiendo con decisión los retos que

plantea hoy la consolidación de nuestra democracia". Allí mismo, el secretario de Gobernación, Carlos Abascal Carranza, se comprometió a entregar los recursos necesarios para que Cárdenas pudiera trabajar sin problemas. De paso, Abascal despejó las dudas de si había o no una intención electoral, cuando recordó que la única vía de acceso al poder es el voto mayoritario.

Había, pues, una clara confrontación no sólo con Cárdenas sino con el cardenismo en general, la cual se hizo patente en octubre de 2006, cuando, en una entrevista para el periódico *Sol de México*, Rosario Robles Berlanga asestó un golpe seco: "López Obrador es muy hábil para evadir la autocrítica [...] Siempre establece estrategias que llevan al PRD a una fuga hacia delante, en lugar de reflexionar y discutir sus ideas.

"La primera evasiva de López Obrador a la autorreflexión fue en la discusión sobre la candidatura del sol azteca a la Presidencia. Con su posición de 'no me peleo con la historia', evadió el debate con [Cuauhtémoc] Cárdenas sobre el proyecto que el PRD debía presentar al país en la campaña [...]. Ahora que concluyó el 2 de julio su estrategia fue vamos a la lucha postelectoral; cuando resuelva el Tribunal Federal Electoral vamos a la Convención Nacional Democrática; cuando se hace la Convención, pues ya soy el 'Presidente Legítimo' y vamos a mi toma de protesta; cuando sea la toma de protesta el 20 de noviembre ahora vamos al 1 de diciembre a impedir que llegue el espurio [...]. AMLO va creando fechas y agendas que impiden un momento de autocrítica, de definición de hacia dónde va el PRD. El único que aquí ha decidido se llama López Obrador, aunque en el Zócalo haya un millón de personas. Esto es lo que no se quiere ver."

Sobre cuántos votos le habrían allegado Cárdenas y el cardenismo a AMLO, se puede especular; pero fue suicida desechar el capital político del líder moral perredista. Estados como Michoacán y Coahuila, por citar zonas en las que el apellido Cárdenas suena todavía al presidente Lázaro Cárdenas del Río —padre de Cuauhtémoc—, habrían aportado un poco más, quizá lo suficiente para dejar al gobierno, al IFE y al PAN sin elementos para recurrir al 0.56 por ciento del domingo 2 de julio de 2006.

Sólo como parte del anecdotario, y como señalé antes, en 2006 Andrés Manuel se amparó en su inmensa popularidad para enfrascarse en un pleito callejero con Fox, sin entender cuánto daño se hacía. En lugar de dedicarse a su campaña por la Presidencia, en marzo de aquel año, durante un mitin en el puerto de Salina Cruz, Oaxaca, acuñó el "Cállate, chachalaca". En marzo de 2006, la escritora Soledad Loaeza advirtió: "Nadie duda de que su insolente referencia al Presidente de la República, Vicente Fox, como chachalaca,

arrancara carcajadas en el auditorio, pero uno se pregunta qué entiende el candidato del PRD por liderazgo político". Ese año AMLO tomó otra de sus decisiones que serían fatales: se enfrentó a los medios de comunicación. Fue parejo, eso sí, puesto que arrasó con todos los medios y periodistas.

Un afán desmedido por centralizar la toma de decisiones, o el simple deseo de deshacerse de funcionarios o lastres de otras administraciones, ha propiciado también que el PRD sea un partido de rencores y venganzas. Es un secreto a voces: se sabe que existen, pero nadie habla de ellas. Y aunque la política responde a razones que no siempre se hacen públicas, casi todos los perredistas pueden dar testimonio de las deserciones y de los revanchismos.

Al final, el equipo paralelo de Andrés Manuel, el de sus hombres y mujeres de confianza, tampoco contaba con un "plan B" para demostrar el fraude electoral. Nadie estaba preparado para documentar, exactamente, cómo el sistema se había robado los comicios presidenciales de 2006. Por eso también imperó la imagen de un político necio, que no sabe perder. Y no hubo estrategia para mostrarlo como el líder de un movimiento social. Todos, parece, apostaron por el carisma, por el caudillo.

El PRD terminó reconociendo que el día de las elecciones nada más pudo cubrir 60 por ciento de las casillas instaladas. En la mayoría de los casos lo hizo con personal voluntarioso, pero inexperto en cuestiones electorales; en otros, con representantes que se dejaron seducir por los panistas.

Luego de las elecciones se supo que las personas encargadas de vigilar las casillas en las horas de votación en su mayoría fueron escogidas por personajes de los gobiernos estatales y por funcionarios del IFE, por lo que no eran confiables. Muchos simpatizaban con el PAN y a algunos otros los presionaron.

Ni AMLO ni su equipo paralelo se preocuparon —al menos eso revelan los resultados de los comicios y los análisis políticos posteriores— de contar con una estructura electoral competitiva, capacitada para cuidar el sufragio y lista para movilizar a los votantes cuando fuera necesario. En zonas del norte del país la cobertura de representantes de casilla no llegó siquiera a 60 por ciento.

Durante su X Congreso Nacional, celebrado en agosto de 2007, el PRD hizo un acto de contrición y admitió que sus fallas contribuyeron a perder las elecciones presidenciales de 2006. Por primera vez, el partido aceptó que sus errores debían ser objeto de reflexión para futuras contiendas.

Al aprobar en lo particular su documento de línea política, los consejeros nacionales perredistas reconocieron que hubo un exceso generalizado de

confianza, así como falta de presencia territorial y de estructura electoral en algunas zonas del país, lo que hizo necesaria la creación de estructuras alternas de promoción y defensa del voto que no se complementaron. “Las estructuras paralelas de campaña y de promoción y defensa del voto tuvieron poca comunicación, lo que ocasionó que muchas compañeras y compañeros de probada experiencia no fueran incorporados a la organización electoral”, precisó el apartado denominado “Autocrítica” del documento aprobado que fue enviado a la sesión plenaria.

Es probable que el máximo fracaso no esté en un instituto político que paulatinamente se ha ido desmoronando, sino en la capacidad y los alcances del nuevo caudillo que nunca supo cómo consolidarse entre los suyos, obcecado como estaba escuchándose a sí mismo. Y, por eso, quizá el mayor de los muchos errores que cometió Andrés Manuel López Obrador, el que le costó la elección de 2006, fue haber relegado la participación del PRD, aunque había razones suficientes para hacerlo. Por ejemplo, la descomposición del partido era evidente desde 1999, situación que se afianzó en 2002, con la llegada de Rosario Robles Berlanga a la dirigencia nacional.

Para cuando Andrés Manuel planeaba su entronización como “Presidente Legítimo” de México, rondaban como fantasmas las declaraciones de Arnoldo Martínez Verdugo —a lo largo de casi dos décadas secretario general del Partido Comunista Mexicano (PCM) y ex candidato presidencial del Partido Socialista Unificado de México (PSUM)— a propósito del nacimiento del PRD en mayo de 1989: “Durante años hemos participado en un gran proceso de democratización de la izquierda, en el curso del cual fuimos aprendiendo lecciones y superando errores. Para los comunistas, ir al PRD significa asimilar una realidad: el pueblo exige un gran partido revolucionario. Construirlo es una tarea para los marxistas”.

También rondaban las de Octavio Rodríguez Araujo, doctor en Ciencia Política: “En el PRD puede resultar que los priistas se izquierdicen y los comunistas se derechicen: que el PRD sea un híbrido, una izquierda no socialista. Y es que con la creación del PRD se hace realidad una aspiración histórica de los comunistas: ser un partido de masas a costa de lo que sea. Si yo fuera malo, diría que lo que ahora interesa a los ex líderes del PCM es saber qué secretaría del gobierno les tocará con [Cuauhtémoc] Cárdenas. Pero como no soy malo, no lo digo”.

Capítulo II

Un Rosario de corrupción

DURANTE LOS 15 AÑOS que siguieron a la fundación del PRD en mayo de 1989, la imagen de la izquierda mexicana fue la adusta, solemne y parca personalidad del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano. Además de la leve sonrisa que mostró en la campaña por la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, en 1997, su rostro no ha dejado nunca asomar sus emociones. Esa figura y el apellido de su padre fueron sello del cardenismo que, al menos hasta 2003, constituyó la versión más acabada del socialismo a la mexicana.

A Cárdenas poco a poco lo abandonaron cada uno de los personajes de su círculo inicial. Unos se fueron porque dejaron de creer en el neocardenismo o porque descubrieron que aquello del mito fundacional fue una ilusión. Porfirio Muñoz Ledo, por ejemplo, cada vez le reclama con mayor fuerza el encuentro —él lo llama traición— que sostuvo con Carlos Salinas de Gortari después de los comicios de 1988. Y hay analistas que todavía notan el enfado de Cárdenas cuando alguien intenta comparar el fraude de 1988 con el de 2006.

Simple como parece la explicación, tiene mar de fondo: Muñoz Ledo, su par en la formación de la Corriente Democrática priista y luego en la creación del PRD, lo abandonó. Peor, en su momento lo acusó de aferrarse a un proyecto caudillista y de actuar con mezquindad política. También ha señalado que AMLO mostró mayor entereza, convicción y honestidad que Cuauhtémoc en 1988. “Si Cuauhtémoc hubiera tenido una mínima parte de la decisión que hoy tenemos, pudiéramos habernos ahorrado 20 años de neoliberalismo. ¡Ésa es”, reprocha, “su carga histórica!” Muñoz Ledo no le perdona nada. “La palabra que mejor lo define es: mezquindad. Sus valores cívicos se ven opacados por su realidad pueril. Jamás ha aceptado la sustitución de los liderazgos, ése fue el origen de la controversia conmigo, y ése fue el origen y su ruptura con Andrés Manuel.”

López Obrador, su protegido y en algunos momentos hasta su alumno y más tarde el nuevo caudillo perredista, también lo abandonó. En 2011, Alejandro Encinas logró reunirlos en el arranque de su campaña por la gubernatura del Estado de México. Quienes atestiguaron el acto, desde que ambos llegaron al sitio de la reunión, antes de trasladarse al lugar del mitin, recuerdan que nunca se dirigieron la palabra, ni la mirada, y que el ambiente “era pesado. Cada uno fue por su lado al subir al templete”.

Por si le faltaran leños al fuego, en un amplio reportaje en la revista electrónica *Reporte Índigo* Anabel Hernández publicó: “Durante cinco años, el discurso de Andrés Manuel López Obrador se centró en dos palabras: ‘el complot’. [...] Pero, para muchos, la confabulación contra quien fuera candidato de la Alianza por el Bien de Todos a la Presidencia de la República en 2006 era sólo producto de su imaginación. [...] Hoy, gracias a WikiLeaks y a su fundador Julian Assange, quien obtuvo cables clasificados del gobierno de Estados Unidos redactados en diferentes partes del mundo, se puede afirmar que el complot sí existió. [...] Sus protagonistas fueron funcionarios públicos, políticos y hasta jerarcas de la Iglesia católica. [...] Todos ellos desfilaron ante diplomáticos de la Embajada de Estados Unidos en México y del Vaticano para conspirar contra quien en ese momento encabezaba las preferencias electorales para ganar la Presidencia. [...] Luego de una minuciosa exploración que hizo *Reporte Índigo* en los miles de cables de WikiLeaks correspondientes a México que no han sido revelados ni editados, encontramos los nombres de tres personajes clave del complot contra AMLO. [...] El primero es Arturo Sánchez Gutiérrez, ex consejero del IFE. [...] El segundo es José Sidaoui, subgobernador del Banco de México de 2006 a la fecha. [...] Y el tercero, y quizá el más inesperado, es Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, líder moral del PRD y ex jefe de Gobierno del Distrito Federal, quien el próximo 27 de octubre recibirá en el Senado de la República la medalla Belisario Domínguez”.

Otros cardenistas se marcharon sintiéndose traicionados porque el PRD estaba transformándose en un instrumento electoral sin un programa definido, porque se fueron relegando los sectores progresistas y porque, sin quererlo ni desearlo, estaban transformándose en una mala copia del PRI, con todos sus vicios. En resumen, porque el partido fue víctima de los grupos internos de poder y porque la política perredista se delineó en torno a Cárdenas, y en torno a él se acomodaron, se enfrentaron y se intensificaron las disputas por el poder. Entre otros personajes, lo abandonaron Rodolfo González Guevara, Roberto Robles Garnica, Janitzio Múgica, Raúl Castellanos, Cristóbal Arias y Adolfo Aguilar Zinser.

Nadie nunca se planteó el objetivo de la democratización, que en ocasiones se confundió con discusión. Por su personalidad carismática y sus dotes de liderazgo se le confirieron poderes especiales, incuestionables y casi omnipotentes, por ejemplo, para nombrar o remover a los integrantes de la dirigencia nacional. De hecho, él fue quien definió que la confrontación debía marcar las relaciones con los gobiernos de Carlos Salinas y Ernesto Zedillo. Más tarde, se le endilgó el papel de aglutinador y punto de convergencia entre las tribus.

Hablar de Cárdenas no es cosa fácil. Algunos de los fundadores del PRD aún sostienen que el partido es hijo legítimo del movimiento cardenista o de la disidencia priista de alto nivel que en 1988 cimbró los pilares del sistema político y abrió el paso a un cambio que nunca llegó. Por eso, con los reveses del caudillo en los comicios presidenciales de 1994 y de 2000 emergieron los vicios heredados de la cultura priista.

Por la misma razón, en las secuelas del escandaloso fraude de 1988 para imponer al priista Carlos Salinas como sucesor de Miguel de la Madrid había un dócil y servicial movimiento hacia la figura de Cárdenas. Él se convirtió en factor de unión y de discordias. Sintetizó los valores y las aspiraciones de las históricas izquierdas mexicanas y de una parte de la elite priista, por lo que en el naciente partido nada se hacía sin su autorización.

En los hechos, él daba el visto bueno para todos los puestos. Y ninguna de las primeras corrientes se atrevió a cuestionar una decisión suya. Así se impuso una cultura de liderazgo carismático o caudillismo, que más tarde sería una pesadilla y una pesada carga que el PRD no sabría cómo quitarse de encima ni tendría capacidad para superar.

Durante una década, de 1989 a 1999, en las dirigencias nacionales de Cárdenas, Muñoz Ledo y López Obrador, los defectos se pudieron maquillar gracias al crecimiento, en ocasiones desmesurado, que registró el PRD. Ese desarrollo, basado en un culto a la personalidad, con el que se renunció a la crítica y a la autocrítica, sirvió para tapar vicios de origen. Por ejemplo, una política clientelar y, valga la expresión, inflada por los grupos —que darían paso a las actuales tribus— para mantener y acrecentar su poder en la conformación de los consejos y congresos estatales y nacional, así como en la repartición de candidaturas a puestos de elección popular —de diputaciones federales hasta regidurías— o de representación proporcional, y las plazas burocráticas en gobiernos estatales y municipales.

Para romper ese caudillismo, materializado hasta el momento en cuatro candidaturas presidenciales perredistas en dos personas —dos de Cárdenas

y dos de Andrés Manuel—, y como un mecanismo de autodefensa para acotar el carisma cardenista, nacieron las corrientes y alianzas internas heterodoxas y coyunturales, o luego pragmáticas, que, a su vez, dieron paso a las llamadas tribus, como se denomina a esos grupos de poder.

La primera se perfiló en 1991 y se consolidó en 1993: *Arcoíris*. Fue una alianza estratégica integrada inicialmente con la mayoría de los ex priistas, incluido Cárdenas, así como ex militantes de los ex partidos Mexicano Socialista (PMS), Socialista de los Trabajadores (PST) y Revolucionario de los Trabajadores (PRT), que llevó en 1993 a Porfirio Muñoz Ledo a la presidencia del Comité Ejecutivo Nacional del PRD. Muñoz Ledo también recibió apoyo de ex dirigentes comunistas de Punto Crítico y, en un acto de disciplina nostálgica o grupal, de ex colaboradores de Cárdenas, excepto una fracción del michoacano Cristóbal Arias que apoyaba a Heberto Castillo.

Y surgieron otras: Corriente por el Cambio Democrático, de Heberto Castillo; Movimiento para la Transición Democrática, de Gilberto Rincón Gallardo; Corriente Renovación Democrática, de Arnaldo Córdova, y *Trisecta* o Convergencia Democrática, de Mario Saucedo.

Arcoíris, que lo mismo agrupó a la izquierda reformista que a la revolucionaria, es interpretada por académicos, investigadores y politólogos como el primer esfuerzo por formar una oposición institucionalizada real, pragmática en sus relaciones con el poder y apegada a la legalidad. La coalición, advierten, veía en Muñoz Ledo al más indicado para hacer avanzar al PRD, y él encontró ahí las bases sociales de una corriente democrática a la que le faltaba una estructura orgánica y nacional, y a la que el alineamiento comunista rellenó sus lagunas sociales aportándole recursos.

En las elecciones de 1994 ganó 20 candidaturas plurinominales y se le adjudicaron otras diez, reservadas para Cárdenas y su equipo, en tanto que *Trisecta* consiguió 14 de las curules perredistas en la Cámara de Diputados. En 1993, cuando se perfilaba la segunda candidatura presidencial de Cárdenas, formalizó una coordinación permanente que llevó a Mario Saucedo Pérez a la Secretaría General.

VIEJA ESCUELA

Hay quienes están convencidos de que, desde ese momento, se configuró la crisis del perredismo y sus corrientes, la cual reventaría años después. Aunque es necesario aclarar que la crisis o decoloramiento de la llamada izquierda me-

xicana es otra cosa y se gestó mucho antes; ya se evidenciaba en el marco del XVIII Congreso General del Partido Comunista Mexicano (PCM) de mayo de 1977, cuando prescribió dos conceptos básicos e históricos: la dictadura del proletariado y la construcción del socialismo.

El cambio de conceptos, de símbolos —desaparecer, por ejemplo la hoz y el martillo—, enfocarse en una reformulación ideológica que muy pocos entendieron e incluso la modificación de nombres les dio a los comunistas un impulso inmediato: en la campaña presidencial que inició en diciembre de 1981 y concluyó con los comicios de julio de 1982, por ejemplo, Arnoldo Martínez Verdugo recorrió en *El Socialista*, como llamaban al autobús oficial, más de 38 mil kilómetros y visitó por lo menos 202 poblados —entre ciudades, municipios y pequeñas comunidades—.

Sin embargo, los cinco partidos de izquierda que participaron en los comicios: Socialista Unificado de México (PSUM), Popular Socialista (PPS), Socialista de los Trabajadores (PST), Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y Social Demócrata (PSD), apenas recibieron 10.25 por ciento de la votación. Es necesario resaltar que no existía un procedimiento confiable para autenticar los resultados. Controlada por la Secretaría de Gobernación, que encabezaba Enrique Olivares Santana, la Comisión Federal Electoral (CFE) adjudicó el triunfo al priista Miguel de la Madrid Hurtado. Así le fue al país. Estalló la peor crisis económica después de 1932. *Los Chuchos* hicieron la magia de hacer retroceder tres décadas a la izquierda.

Algunos testigos recuerdan aquella época como histórica. Entre los personajes más sobresalientes que acompañaron a Martínez Verdugo en la campaña que llamaron “Marcha por la Democracia” y que terminó el 19 de junio de 1982 destacaban Rolando Cordera Campos, Valentín Campa, Eduardo Montes, Gilberto Rincón Gallardo, Rosalba Carrasco, Roberto Jaramillo Flores, Pablo Gómez Álvarez, Sabino Hernández, Leopoldo De Gyves —quien en 1981, con la bandera del PC, había ganado la alcaldía de Juchitán, Oaxaca—, Eduardo González, Alejandro Gascón Mercado, Héctor Sánchez López, Jorge Alcocer, Estela Ramírez, Juan Meléndez o Enrique Provencio.

Si los datos no fallan, Martínez Verdugo —candidato presidencial por el Partido Socialista Unificado de México (PSUM)— tuvo contacto en mítines y otro tipo de concentraciones con más de 300 mil personas: “Nunca como antes, una campaña proselitista de izquierda tuvo contacto personal con semejante cantidad de personas”, escribieron Rogelio Hernández y Roberto Rock, quienes cubrieron toda la campaña y terminaron plasmán-

dola en el libro *Zócalo Rojo*, cuya primera edición salió a la venta en diciembre de 1982.

Rolando Campo la llamó entonces la primera gran incursión electoral de la izquierda mexicana, con pretensiones y alcances nacionales. Los otros candidatos de izquierda fueron Rosario Ibarra de Piedra (PRT), Cándido Díaz Cerecedo (PST) y Manuel Moreno Sánchez (PSD). Como quiera, el PSUM se hizo de 17 diputaciones federales; el PST, de 11, y el PPS, de diez. Los 64 escaños del Senado fueron a la bancada del PRI.

El PCM tenía su historia desde 1919 y, a pesar de los altibajos, para 1981 había quienes estaban convencidos de que pasaba por sus mejores momentos, cuando en octubre de 1981, durante su XX Congreso General, acordó su disolución para integrarse o rebautizarse como PSUM. Un grupo inconforme jaló por su lado para formar el Movimiento Comunista Libertario (MCL) y la izquierda se empezó a desteñir. “No existe caso semejante, quizás en todo el mundo. Desde que el XVII Congreso del PCM, en mayo de 1977, resolvió proscribir conceptos entrañables del marxismo, como la dictadura del proletariado, y antepuso, prácticamente, la lucha por la democracia a la construcción del socialismo, los comunistas mexicanos —aquellos que ostentaban la patente desde la creación del PCM en 1919— se han sumergido tantas veces en las aguas de la reformulación ideológica que hoy se encuentran desteñidos”, publicó el semanario *Proceso* en mayo de 1989 en un amplio reportaje firmado por Pascal Beltrán del Río y Óscar Hinojosa.

“Y es que 12 años después, tras rebautizarse dos veces y de padecer no pocas desbandadas en sus filas, el partido histórico del socialismo a la mexicana se encuentra a punto de desvanecer el poco escarlata que le queda. [...] De no ocurrir un milagro, antes de la primera semana de mayo, el otrora PCM y PSUM, hoy Partido Mexicano Socialista, dejará finalmente de ser rojo para convertirse en tricolor [al final fue amarillo y negro, con el sol correspondiente] cuando decida su disolución e incorporación al naciente PRD.”

Ex preso político, así como ex integrante de las direcciones del PCM y del PSUM, Eduardo Montes hizo una advertencia a los reporteros: “A partir de la creación del PSUM comenzamos a derrochar el capital político que al PCM tanto trabajo y tantos años le costó reunir. Al decidir la desaparición del PCM comprendimos que estábamos aniquilando una organización que había alcanzado una madurez y un prestigio impresionantes. Si hoy hay quienes se niegan a recuperar esa herencia renegando al socialismo, pronto verán que no faltará quien lo haga”.

¿Cuándo dejó el PCM de ser un partido comunista? Es una cuestión que muchos no tienen clara, pero ya en 1978 la veían como un tema retórico desde el momento en que el partido modificó sus documentos básicos para solicitar su registro ante la Comisión Federal Electoral. En los comicios de 1979 ganó 8 por ciento de la votación y luego llegó la campaña presidencial de 1982.

Aunque los comunistas vieron buenos augurios cuando el 19 de junio de aquel año, en su cierre de campaña, Martínez Verdugo reunió en el Zócalo de la Ciudad de México a más de 100 mil personas —en lo que se nombró una insubordinación política, pero legítima—, el número de votos no se reflejó en las urnas como se esperaba.

Hubo ciertamente avances. El PSUM doblegó al regente Carlos Hank González y a otras autoridades, quienes se oponían a que el cierre de campaña de Martínez Verdugo se hiciera en el Zócalo. El caso llegó a la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN). El PRI y Hank fueron obligados a ceder.

Para entonces, la estrella roja también había desaparecido del emblema comunista. También se había cambiado el lema o concepto marxismo-leninismo. Y se había dado el primer gran paso para las fusiones.

La del núcleo base del PSUM incluía al PCM, a los partidos del Pueblo Mexicano (PPM), Socialista Revolucionario (PSR) y Vanguardia Guerrerense, así como a los movimientos Acción y Unidad Socialista (MAUS) y Acción Popular (MAP), Grupo Acción y una corriente del Partido Mexicano del Trabajo (PMT), que también querían rescatar algunas etapas de la Revolución Mexicana y vincularlas al socialismo científico, sin abandonar la hegemonía de la clase obrera; es decir, instaurar un poder obrero democrático.

A pesar de sus logros, un partido de alcance nacional, el PSUM cometió un error que descubriría poco tiempo después: el diseño del proceso de fusión se elaboró desde arriba. Se dio una separación entre la dirigencia y las bases, no hubo unidad, y casi de inmediato se descubrió que por los errores tampoco tenía capacidad para realizar siquiera una campaña de afiliación masiva, mientras las campañas locales fueron deficientes. Las decisiones se tomaron siempre arriba, por lo que la penetración fue mínima.

Arnoldo se convirtió en el hombre más importante de la izquierda mexicana, al lado de personajes como Heberto Castillo y Alejandro Gascón Mercado. Nada detuvo, sin embargo, el desteñimiento de la izquierda.

En mayo de 1989 —a propósito del nacimiento del PRD—, Octavio Rodríguez Araujo, doctor en Ciencia Política, afín al trotskismo y autor de

varios libros sobre partidos políticos, hizo a *Proceso* una declaración que parece tan vigente como entonces y que la izquierda ha sido incapaz de vencer: “La gente cree que el comunismo es malo, porque han tenido penetración todos los clichés y patrañas anticomunistas. Pero ¿acaso no es tarea de los marxistas educar políticamente a los trabajadores? En el fracaso del comunismo mexicano influyeron dos cosas: el rechazo de la población a las posiciones de los comunistas y el fracaso de éstos a penetrar a las masas y organizarlas. Aunque es triste decirlo, la historia del PCM es de frustración política. Resultó tan dramática que se puede decir que el PCM fue responsable de muchas derrotas de la clase obrera”.

Ya en el PRD, con el nacimiento de *Arcoíris* y la *Trisecta*, advierten los viejos perredistas, la crisis era previsible por los orígenes del propio partido, la unión de enemigos íntimos o, como lo llaman algunos especialistas, amigos circunstanciales. Fue éste un endeble andamiaje que construyeron sus tres corrientes fundamentales, muy disímbolas y alejadas entre sí, además de la dinámica política de cada una:

Primero estaba la Corriente Democrática (CD), formada por políticos elite que habían escalado altos puestos en el PRI y a quienes, como los casos de Cuauhtémoc y Porfirio, sólo les faltaba alcanzar la candidatura presidencial.

En segundo lugar se hallaba la izquierda socialista, en la que tenía cabida el Partido Mexicano Socialista (PMS), creado en marzo de 1987. El PMS incorporó las experiencias del Mexicano de los Trabajadores (PMT) y del Socialista Unificado de México (PSUM), fruto, a su vez, de la unidad en 1981 del Partido Comunista Mexicano (PCM), la Coalición de Izquierda y el Movimiento de Acción Popular.

Por último aparecía la izquierda social, que lo mismo reunía a organizaciones como la Asamblea de Barrios de la Ciudad de México, la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC) y la Coalición Obrera, Campesina, Estudiantil del Istmo (COCEI), que a la Organización Revolucionaria Punto Crítico (ORPC), la Unión de Colonias Populares, la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata, así como a activistas políticos en el medio social, a través de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM) y el Movimiento al Socialismo.

En 1993, la candidatura de Mario Saucedo Pérez a la presidencia del CEN perredista —que finalmente cayó en manos de Muñoz Ledo— dio forma a otra alianza coyuntural conocida como la *Trisecta*, mencionada antes, la cual estaba conformada por militantes de organizaciones cercanas a la ul-

traizquierda, los partidos Patriótico Revolucionario (PPR) y de la Revolución Socialista (PRS), la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria y algunos movimientos urbanos y campesinos a los que se sumó el veracruzano Heberto Castillo.

Arcóiris y la *Trisecta* —también denominada *Six Pack* porque a ella se integraron el ex Movimiento Revolucionario del Pueblo, la ACNR y el Partido Patriótico Revolucionario, con el apoyo de la OIR-LM, la Unión Revolucionaria (UR) y *Los Renés*, por René Bejarano Martínez, quienes deseaban ser identificados como Convergencia Democrática— desaparecieron pronto. Sin embargo, se puso en marcha un alineamiento natural, que se aceleró porque durante la dirigencia de Porfirio fueron marginados muchos líderes y movimientos.

En este reacomodo, la mayor parte de quienes fueron ignorados por Muñoz Ledo se reencontró con su pasado ideológico, partidista, de interés o de simple afinidad personal. Así, los ex guerrilleros se fueron por un lado, los de la línea de masas por otro y los hebertistas por el suyo. Igual pasó con los ex comunistas o los ex militantes priistas de la Corriente Democrática, divididos entre Cárdenas y Muñoz Ledo.

La realidad fue una sola: apoyar a Cárdenas o defenderse él y buscar el control del partido y de sus espacios. De modo que pronto pudieron identificarse. Entre los ex CD resaltaron Ricardo Valero, Ifigenia Martínez, Raúl Castellanos y Francisco Curi; por la ex Organización Revolucionaria Punto Crítico sonaron los nombres de Raúl Álvarez Garín, Javier González, María Fernanda Campa, Nuria Fernández y Asa Cristina Laurell.

Por los ex comunistas o ex *peces* resaltaron Amalia García Medina, Alejandro Encinas Rodríguez, Gilberto Rincón Gallardo, Raymundo Cárdenas Hernández —que en 2010 terminaría apoyando al PRI en su natal Zacatecas—, Hortensia Aragón Castillo y Martha Dalia Gastélum Valenzuela; por el ex Partido Mexicano Socialista, Jesús Zambrano Grijalva; del Partido Revolucionario de los Trabajadores, María del Rosario Tapia Medina o Pedro Peñaloza y por *Los Cívicos*, remanentes de Acción Cívica Nacional Revolucionaria, Mario Saucedo.

En los cuadros del ex Partido Socialista del Trabajo, Jesús Ortega Martínez, Pedro Etienne Llano y Carlos Navarrete Ruiz; mientras que del Movimiento de Acción Popular (MAP), Arnaldo Córdova, y de la Asamblea de Barrios, Marco Rascón y Javier Hidalgo. Luego, por el lado de los ex militantes del Partido Mexicano del Trabajo o hebertistas, se alinearon, otra vez, Heberto Castillo, Higinio Martínez Miranda y Héctor Miguel Bautista López.

Antes de finalizar la década de 1990, la búsqueda de espacios de poder y el duelo de personalismos y proyectos ideológicos que desnaturalizaron los órganos internos partidistas engendraron a las tribus: Foro Nuevo Sol (FNS) o *Amalios*, Izquierda Renovadora en Movimiento (IRM), Movimiento de Enlace Ciudadano (MEC), Izquierda Democrática Nacional, Grupo de Acción Política (GAP), Alternativa Democrática Nacional, Nueva Izquierda o *Chuchos*, Frente Amplio de Reconstrucción (FARS), Red de la Unidad Nacional de las Izquierdas (RUNI), Red de Izquierda Revolucionaria, Democracia Social (DS), Izquierda Social (IS), Unidad y Renovación y Movimiento de Izquierda Libertaria o *Los Cívicos*.

También emergieron grupos sin estructura orgánica ni membrete, pero con una dinámica clientelar apetitosa, y otros muy organizados, igualmente atractivos y seductores, como la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata (UPREZ) o el Frente Popular Francisco Villa (FPFV). En ese marmágnum, la populosa Delegación Iztapalapa del Distrito Federal se convirtió en uno de los mayores atractivos clientelares y en el mayor bastión del perredismo.

Y surgieron las corrientes caudillistas: López Obrador en Tabasco, Félix Salgado Macedonio en Guerrero y Ricardo Monreal Ávila en Zacatecas. Y caudillismos fallidos: los de Cristóbal Arias y Roberto Robles Garnica en Michoacán —aunque ambos personajes tenían una tarea nada fácil porque ésta es la tierra de los Cárdenas—, Moisés Rivera en Hidalgo y Lucas de la Garza en Nuevo León.

Algunas otras “prometedoras” corrientes fueron efímeras, como Cambio Democrático (CD), Tercera Llamada y Reforma Democrática (RD). Hubo incluso personajes que no pertenecían a corriente alguna: Pablo Gómez Álvarez —quien después formaría Movimiento por la Democracia—, Adolfo Gilly, Ricardo Pascoe y Demetrio Sodi de la Tijera, quien terminaría en las filas del PAN, apoyando a Felipe Calderón.

Como parte del chismorreo, los universitarios también reclamaron espacios, y el reclutamiento de líderes estudiantiles corrió como reguero de pólvora. Fueron un bocadillo que encajó en el nuevo partido, sobre todo con Cárdenas, y marcó su relación con la UNAM. Destacaron, entre otros, Antonio Santos, Claudia Sheinbaum, Imanol Ordorika Sacristán, Carlos Ímaz Gispert, María Miroslava García Suárez, Inti Muñoz Santini, Salvador Martínez della Rocca, Fernando Belaunzarán Méndez y Martí Batres Guadarrama.

Lo mismo pasó con la Corriente Roja del Sindicato de Trabajadores de la UNAM (STUNAM), cuyo liderazgo recae desde hace casi dos décadas

en personajes como Agustín Rodríguez Fuentes —quien en mayo de 2014 terminará su sexto periodo al frente de la Secretaría General— y José Luis Gutiérrez Calzadilla. Ambos lograron ser diputados.

La adhesión a la vida partidista fue, para muchos, un cambio oportuno, casi una salvación. Ésos fueron los casos de otros universitarios sindicalistas. Entre ellos, Rosario Robles Berlanga, Raúl Armando Quintero Martínez —quien llegó a la Secretaría de Transporte y Vialidad del Distrito Federal y fue jefe delegacional en Iztacalco, además de diputado local y federal— y Adrián Pedrozo Castillo —también ex legislador, que en al menos cuatro ocasiones ha intentado convertirse en líder máximo del STUNAM, a través de Alianza Universitaria o Alianza Democrática.

Como dicen todavía en las oficinas sindicales: “Cada vez les rompíamos la madre. Y se las volvíamos a romper. Nunca nos ganaron nada, pero luego resultaron líderes partidistas protegidos por Cuauhtémoc y de ahí se derivan algunos de los males del partido, como la alianza de Rosario con Ahumada”.

Las historias de los universitarios que decidieron militar en el PRD, pero en especial adherirse al neocardenismo, son similares. Aunque no todos llegaron a la presidencia del Comité Ejecutivo Nacional y menos a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal —como pasó con Rosario Robles—, sí ocuparon puestos de elección popular: fueron diputados, consejeros perredistas y jefes de alguna de las 16 delegaciones de la Ciudad de México.

Rosario Robles es un caso paradigmático. Su vida dio un giro de 180 grados cuando se ganó la confianza de Cuauhtémoc Cárdenas; eso es incuestionable, pese a que cayó políticamente en desgracia en 2003, después de hacerse público el desaseo con el que administró el PRD. Luego, en 2004 pasó por la vergüenza de ver salir a la luz sus relaciones amorosas con el empresario argentino-mexicano Carlos Ahumada Kurtz, el mismo que produjo e hizo llegar a Carlos Salinas de Gortari, Diego Fernández de Cevallos y Televisa los videos en los que algunos connotados perredistas —allegados todos a Rosario— recibían o entregaban cuantiosas sumas de dinero.

La exitosa carrera de Rosario alcanzó la cúspide en 1997, cuando la nombraron secretaria de Gobierno del Distrito Federal. Tres años más tarde, en 2000, justo el día en que su jefe Cuauhtémoc Cárdenas solicitó licencia para postularse, por tercera ocasión, a la candidatura presidencial, ella lo sustituyó como jefa de Gobierno de la capital mexicana. En 2002, de la mano del mismo personaje, ganó unas cuestionadas y sucias elecciones internas para convertirse en la dirigente nacional del partido.

Su labor controversial dejó atrás su historia, que inició en la década de

1970 con su vinculación a las corrientes maoístas, su acercamiento a las organizaciones sociales y la posterior militancia en la Organización de Izquierda Revolucionaria Línea de Masas, que tenía presencia en colonias populares y sindicatos como la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) y el STUNAM, donde, en 1988, Rosario alcanzó uno de los puestos otorgados a las corrientes minoritarias.

En un perfil que escribió en marzo de 2004 el investigador y especialista en medios Raúl Trejo Delarbre recordó: “Adherida a causas tan radicales que en más de una ocasión la condujeron a ella y sus compañeros a comportamientos destemplados e incluso violentos, formó parte de la corriente que permanentemente disputaba la dirección del STUNAM a los líderes que fundaron ese sindicato. [...] A grupos como la OIR-LM los definía, de manera obsesiva, su antagonismo con el Partido Comunista Mexicano. Los procedimientos no siempre democráticos de ese partido, su proclividad a los acuerdos con el poder y la hegemonía que conservaba en organismos como el STUNAM irritaban constantemente a los militantes de origen trotskista o maoísta. [...] Rosario Robles simpatizaba con grupos que desconfiaban de la política electoral. Sin embargo, en 1989, después de los controvertidos resultados electorales [presidenciales] del año anterior, se incorporó a la fundación del PRD, en donde más tarde sería secretaria de Movimientos Sociales y de Organización. Pronto, Robles se ganó la confianza de Cuauhtémoc Cárdenas, quien en 1997 la nombró secretaria general del Gobierno de la Ciudad de México. En 1994 había sido diputada federal. [...] Si no hubiera renunciado [al PRD], a Rosario la habrían expulsado debido a su participación en los negocios del corruptor empresario Carlos Ahumada”.

Para 1994, el poder de las tribus era innegable e incuestionable. En un amplio reportaje que en mayo de aquel año escribió para el periódico *Reforma*, Arturo Cano resumió: “Cada corriente conoce sus alcances y mide sus riesgos. Si una corriente se alía con otra modifica el curso de las decisiones, pero desequilibra y coloca al partido al borde de la ruptura. Por eso, cada cual acude al pragmatismo. Se mantiene acotado al presidente del partido y se presiona para obtener cargos obviando votaciones o decisiones de la base”.

LA TRIBU MORENISTA

Una vez asimilada la apatía perredista en el plantón de Reforma y la certeza lopezobradorista de que el movimiento sería traicionado por *Los Chuchos*,

en 2007 se originó una nueva corriente que se perfila como la que puede desconectar el oxígeno que mantiene con vida a un agonizante PRD. Se trata del Movimiento Regeneración Nacional (Morena), la carta propia y fuerte de Andrés Manuel, quien espera afiliarse y organizar a 5 millones de electores antes de julio de 2012 y que éstos, por su parte, convoquen y lleven a las urnas a 20 millones más.

Aunque para muchos perredistas y analistas, quienes no creen que el fin del PRD esté próximo, Morena es sólo una simulación; este movimiento de Andrés Manuel acoge a todos los grupos minoritarios y a los movimientos marginales que no tienen presencia en los órganos de dirección del partido y cuya fuerza limitada les impide tener un consejero nacional o estatal.

Para los perredistas que desde 2006 ven con recelo a López Obrador, Morena es una manera fácil de jugar a la política sin la necesidad de lidiar con la institucionalidad partidista. Por eso aún consideran a los morenistas más artificio que otra cosa. Y ejemplifican con las elecciones del Estado de México en julio de 2011: prometieron 3 millones de sufragios y el único que salió a las urnas fue el voto duro del partido. Andrés Manuel perdió con Alejandro Encinas.

Después de esos comicios mexiquenses que dieron a Enrique Peña Nieto el empujón que faltaba para fortalecer su imagen y, como si le hiciera falta, posicionarlo como el priista más aventajado para 2012, Hortensia Aragón advirtió: “La candidatura presidencial perredista no se otorgará por millas recorridas, como las que ha recorrido López Obrador. Si se tratara de millas de viajero frecuente, él ganaría de calle, pero sus 5 millones de afiliados le serán insuficientes en 2012”.

Andrés Manuel ganó la candidatura presidencial perredista, pero el señalamiento tiene una explicación: en su mayoría, esos millones de morenistas —que estarían distribuidos en 65 mil comités de base— serían militantes pobres y viejos, con una capacidad mínima para hacer proselitismo. Y quizá esto sea en parte verdad, pero la amplia red que cobija a López Obrador también se forma con políticos encumbrados gracias al impulso que les brindó en 2006, con ex colaboradores en el gobierno del D.F. y académicos de la UNAM, la UAM y El Colegio de México (Colmex). Además, se suman ex priistas que ocuparon cargos de primer nivel en gabinetes durante las décadas de 1970 y 1980, así como personajes leales a AMLO desde su época al frente del Comité Ejecutivo Nacional del PRD.

Algunos dirigentes perredistas todavía quieren creer que Morena no ha sido, en los hechos, capaz de atraer nuevos militantes, sino que se ha dedica-

do a rescatar y afiliar a los perredistas del ala dura. Y están convencidos de que, si se hiciera un cotejo con el padrón electoral o si se practicara una auditoría profesional, se descubriría esa especie de duplicidad y traslado del perredismo al lopezobradorismo, justo como pasa con diputados locales, algunos federales, y un grupo de funcionarios, entre ellos Armando Quintero, titular de Transporte y Vialidad en el Distrito Federal, o el ex secretario de Desarrollo Social, Martí Batres Guadarrama, y con ex delegados como el de Iztacalco, Gilberto Ensástiga Santiago.

Los comités de apoyo a López Obrador surgieron después del sucio proceso electoral de 2006, en la Convención Nacional Democrática, y comenzaron a tomar forma en la gira nacional de 2007. Un año después, ante la intentona calderonista de privatizar la petroquímica mexicana, se promovieron las brigadas por la defensa del petróleo, organizaciones con 500 integrantes dispuestos a emprender acciones radicales para evitar el despojo. Después se conformaron los Comités Municipales del Gobierno Legítimo que finalmente se transformarán en comités de Morena.

Nadie se atreve a predecir el destino de este movimiento. Pero tampoco hay quien quiera enfrentar abiertamente a López Obrador. Intentan convenirse de que la desbandada que se registró luego de que éste solicitara licencia para separarse temporalmente del PRD fue sólo de su gente leal. Entre ellos: Ifigenia Martínez, Laura Itzel Castillo, Gerardo Fernández Noroña y Mario di Constanzo, quienes buscan revivir etapas previas a 1988, cuando surgió el neocardenismo, y ser parte del nacimiento formal del lopezobradorismo como único aglutinador de las izquierdas.

En 1987, recuerdan, Rafael Aguilar Talamantes comprendió en toda su extensión la importancia del movimiento que encabezaba el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, hijo del ex presidente Lázaro Cárdenas del Río, de modo que le cambió el nombre al Partido Socialista de los Trabajadores, del cual era dirigente, por el de Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN), que más tarde sería conocido como el *ferrocarril*.

Adivino, oportunista o dueño de un "olfato" político que le permitió adelantarse a lo que sería el Frente Democrático Nacional, Aguilar Talamantes sabía lo que hacía porque en 1988 captó votos que debían haber sido para Cárdenas, y todavía en 1991 su pequeña trampa futurista le acarreó un buen número de sufragios.

Los perredistas creen ver ahora una repetición del fenómeno, a través de Convergencia, del veracruzano Dante Delgado, y asumen que éste emula a Aguilar Talamantes al hacer que Convergencia tome el papel del *ferrocarril*.

Delgado rebautizó al instituto político como Movimiento Ciudadano para ponerlo en la mesa y lanzar a López Obrador como candidato presidencial, en coalición con el Partido del Trabajo. Solo, sin fuerza y después de perder la gubernatura del estado de Michoacán, bastión histórico del perredismo porque es la tierra de los Cárdenas, el PRD entregó la candidatura presidencial al PT y a Convergencia.

También suponen que Ifigenia, Laura Itzel y compañía se fueron porque saben que la estructura del PRD no les favorece y, por lo tanto, no tienen oportunidad de conseguir una candidatura en 2012, así que la buscarán a través de Morena en el PT y Convergencia. Ello tiene que ver, sin duda, con un asunto de carácter teórico, una concepción clásica de que los partidos políticos son partidos de masas, de cuadros o en movimiento, fundamentalmente ligados a un líder carismático.

Impactados por el surgimiento de Morena y la amenaza que significa, hay perredistas que quieren autoconvencerse de que la elite de este movimiento netamente lopezobradorista intenta mantener al caudillo porque no hay tiempo para debatir y, menos, para tomar decisiones colegiadas. Ese esquema, dicen, es el que a AMLO le conviene, el que le gusta. Piensan que Andrés Manuel quiere un partido en movimiento, con un liderazgo clientelar y carismático, como Hugo Chávez en Venezuela, los Kirchner en Argentina, Rafael Correa en Ecuador o el derrocado Manuel Celaya en Honduras, aunque se ha probado una y otra vez que, por ejemplo, ni el lopezobradorismo ni el chavismo guardan parecido alguno.

AQUÍ NO HA PASADO NADA

Al desdeñar los hechos en pos de mantener y acrecentar las cuotas de poder y los órganos de dirección burocrática, el PRD se fue transformando en una suma de minipartidos, con relativa autonomía; en un heterogéneo movimiento político-social que conjuga fuerzas disímbolas, o en una federación de pequeños y medianos grupos políticos incapaz de rediseñar su entramado institucional.

A decir de algunos ex dirigentes, en esa lógica se perdió el centro institucional en la toma de decisiones; la vida interna se pervirtió y fue sustituida por una extrainstitucional dependiente de las corrientes y los liderazgos unipersonales. Y terminaron, dicen, siendo víctimas de una suerte de deformación ética.

En el perredismo afloraron desde 1999 dos realidades: el caudillismo, que imprimió desde Cárdenas un talante antidemocrático a la toma de decisiones —reservadas para la cúpula— y una dañina cultura clientelar y de simulación que incluye abusos de poder y hasta fraudes internos. El partido, con documentos de primer mundo, se contagió de los peores males priistas y no fue inmune a los del panismo que gobierna el país desde 2000. No hay debate de ideas ni conciliación de intereses. Eso ha propiciado que la imagen hacia afuera se deteriore y que los electores sigan más a las personalidades que al PRD. Ello en medio de una campaña mediática de linchamiento permanente iniciada desde la época del presidente Carlos Salinas.

Nadie sabe con precisión cuándo ni cómo se perdió la esencia del partido, si es que alguna vez tuvo. Hacia 1995, antes de que se emitiera la convocatoria para la Convención Nacional Democrática, fracasaron todos los intentos por consolidar a una izquierda, justo como pasó antes y pasaría después.

Por su origen mismo, el PRD se enquistó en la denuncia y la contestación hasta que los comicios de 2000 los devolvieron a la realidad: el mito fundacional se derrumbó con la tercera derrota presidencial de Cuauhtémoc. Y emergieron otras certezas: el partido fue ajeno a los cambios políticos y sociales; se olvidó de la formación, de los principios, de la historia partidista, del debate, de la discusión y de la autocrítica. Después de 2006 abandonó a su segundo caudillo, al apoyar políticas de Felipe Calderón y aliarse con el PAN.

Así lo denunció el Frente Nacional Patria para Todos y Todas, que conforman siete grupos perredistas: “Aunque la muestra más evidente de la confrontación interna se dio [en 2011] con motivo de las alianzas con el PAN, ello es sólo una parte de las diferencias entre las izquierdas que coexisten dentro del partido. Desgraciadamente, la lucha interna ha reflejado más un conflicto por el control burocrático del partido y sus recursos, que una lucha de ideas, de programas y de estrategias.

”El control oligárquico que, desde el proceso interno de 2008, ha venido ejerciendo un conjunto de corrientes que representan una de las izquierdas del PRD [Nueva izquierda de Jesús Ortega], tiene como contraparte una estructura ineficiente, burocratizada y, en algunos casos, rendida y corrompida ante el poder, sobre todo en algunos estados.”

Sin embargo, el problema era más añejo: los perredistas han aprendido de memoria el poder de las cuotas por números sin supervisión y los fraudes. Por ejemplo, cuando en 2002 Rosario Robles Berlanga buscaba la dirigencia nacional, hasta una rival *cachirul*, con un parecido físico impresionan-

te, intentaron meterle. Sólo de último minuto y porque las anomalías de su registro salieron a la luz pública se suspendió la participación de esa *Rosario* espuria, cuyo nombre verdadero es Martha Patricia Hernández. El caso se conoció ampliamente como *El chayocón*.

Pese a que Rosario ganó las elecciones internas el domingo 17 de marzo de ese año, ese “triumfo” fue un semillero de dudas, derivado de las acusaciones de corrupción: se presentaron más de 300 impugnaciones ante la Comisión de Garantías y Vigilancia, algunas de las cuales llegaron hasta el IFE, cuando éste aún tenía credibilidad. La votación fue anulada en los estados de México, Michoacán, Puebla, Veracruz, Tamaulipas y Querétaro, y cuatro dirigentes fueron suspendidos de sus derechos partidarios debido a las irregularidades que se documentaron.

Carlos Ramírez, analista político y entonces uno de los columnistas más influyentes de la prensa mexicana, alertó sobre los peligros de la imposición de Rosario: “El PRD perdió la oportunidad de una elección tersa. La apladora cardenista planchó groseramente al senador [Jesús] Ortega [Martínez]. La campaña de Robles mostró un despilfarro de recursos económicos en una sociedad marcada por la pobreza y la desigualdad, con viajes en aviones privados y movilización de personal solamente visto en la época de oro del priismo. [...] A pesar de que reconoció el triunfo de su rival, Ortega resumió el proceso de Robles en una palabra: pandillerismo electoral, concepto similar al cochinerero o ‘delincuencia organizada’ de la elección priista”.

Esa realidad fue retratada por los diarios de mayor circulación que se editan en la Ciudad de México: “Caótica elección del PRD”: *El Financiero*; “Turbia elección”: *Reforma*; “Anomalías en al menos 10 estados”: *La Jornada*; “Abundan anomalías”: *El Universal*; “Desorganización y brotes de violencia”: *Excélsior*; “Comicios plagados de irregularidades y fraudes”: *unomásuno*; “Un cochinerero”: *Ovaciones*; “Jornada plagada de irregularidades”: *Milenio Diario*; “Robo de urnas y golpes”: *La Crónica*.

Ramírez hizo algunas precisiones que escandalizaron a la cúpula perredista: “Sin un rumbo político e ideológico, el PRD finalmente entronizó a Rosario como la operadora de la candidatura presidencial de un Cárdenas para el 2006: Cuauhtémoc por cuarta ocasión o su hijo Lázaro por primera vez. Así, Cuauhtémoc Cárdenas se convirtió en el jefe máximo perredista, en el Caudillo, en el líder moral. [...] Si los hechos se repiten en la historia primero como tragedia y luego como comedia, Cuauhtémoc se convirtió —vía la intendencia partidista de Robles— en el Plutarco Elías Calles del PRD: la presidenta partidista será Rosario, pero el que mandará en el PRD vive en

Polanco. El lado trágico radica en el hecho de que el general Lázaro Cárdenas expulsó del país a Calles en 1935 porque controlaba la presidencia y el PRI desde la ex presidencia de la república. Este sendero del general Lázaro no será seguido por su hijo Cuauhtémoc”.

Ramón Sosamontes Herreramoro, vocero de Robles, culpó al Servicio Electoral interno de manipular los comicios para que Jesús Ortega Martínez, el rival más fuerte en ese momento, obtuviera la Secretaría General. Reacio a aceptar su desplazamiento, Cuauhtémoc también subió al ring para cobrar algunas afrentas y, sobre todo, para mantener el control del partido: exigió que la presidenta saliente, Amalia García, respondiera por las irregularidades y acusó de parcialidad a los funcionarios electorales.

En su estudio *El PRD después de la alternancia: tensiones y conflictos internos*, el investigador Pablo Javier Becerra Chávez, de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa, recuerda: “En la ciudad capital el enfrentamiento entre la planilla de los roblistas, encabezada por Agustín Guerrero, y la de *Los Chuchos*, que impulsaba Víctor Hugo Círigo, fue particularmente violento.

”Unos a otros se acusaban de las peores formas de fraude electoral y se llegó al extremo de secuestrar un local delegacional del partido en protesta por los resultados. Círigo declaró que, en algunas delegaciones, sus contrincantes [...] ‘se despacharon con la cuchara grande: los paquetes no se instalaron y se rellenaron urnas. [...] inventaron una elección’. Cualquier parecido con las denuncias que el PRD hacía respecto a las elecciones en tiempos de Salinas es pura coincidencia.”

Deslegitimada, con una errática conducción del partido, una guerra sucia para desprestigiar su administración y ataques constantes a su liderazgo, Rosario Robles fue obligada a renunciar en agosto de 2003. Un año después —como se relató líneas antes—, cuando aún no se recuperaba, le estallaron en pleno los escándalos por la divulgación de los videos que filmó Carlos Ahumada.

Cárdenas no tuvo aire, tiempo ni apoyo para ligar su cuarta candidatura presidencial en 2006. A finales de 2003 descubriría que los liderazgos eternos no son eternos, que las derrotas cobran facturas, que se había consolidado un personaje tan carismático y caudillo como él en la persona de Andrés Manuel López Obrador y, lo peor, que finalmente había muerto el mito fundacional del PRD. Con sus escándalos personales y su incapacidad para administrar el PRD o el exceso de ambiciones, Rosario falló.

En 2009, en su libro *Derecho de réplica*, Ahumada exhibiría aún más esa cara oculta y deshonrosa de los dirigentes perredistas y de su ex pareja sen-

timental. En el segundo párrafo de la página 158 ratifica que de sus cuentas bancarias salieron recursos para cubrir parte de la abultada deuda del partido, calculada en unos 600 millones. Y afirma que él personalmente rescató un pagaré por 200 millones de pesos que Andrés Manuel firmó con Televisa.

Esos 200 millones nunca aparecieron en la contabilidad del partido ni en la auditoría que luego practicó un equipo encabezado por Ricardo García Sáinz. Pero en declaraciones posteriores a la prensa éste admitió que, en ocasiones, los partidos políticos manejan dineros “por fuera” de la contabilidad, que no tienen soporte documental y, por eso, no se registran. “La diferencia se debe haber dado en términos de que eran recursos que estaban fuera de los ingresos y de los egresos presupuestales del partido”. En la filosofía práctica de la *Chimoltrufia* nada puede darse por cierto, ni negarse, como se dice una cosa, se dice otra.

Limitar la presencia de Carlos Ahumada a esos pequeños fragmentos sería un error. Las incógnitas de la relación con Rosario Robles se levantaron con los videoescándalos, aunque el acercamiento entre ambos puede documentarse al 3 de mayo de 2000, durante la presentación del plan para remodelar el monumento Cabeza de Juárez, en Iztapalapa, el cual sería conocido como Alameda Cabeza de Juárez, a cargo del Grupo Quart.

La ocasión era especial por varias razones, pero destacaba una: Iztapalapa se vestía de gala porque nunca antes una mujer había ocupado la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal. Además, era una mujer de izquierda, vieja luchadora comunista. Y el proyecto fue impulsado por el jefe delegacional Ramón Sosamontes Herreramoro, el perredista en camino de convertirse en el operador político de Rosario Robles.

Tenía otras peculiaridades, como describió el periodista Héctor Zamarrón: “Después de todo se trataba de la presentación de un proyecto impulsado por Sosamontes, hijo de un viejo comunista, a cargo de otro izquierdista, el crítico de arte Alberto Híjar, y el objetivo era restaurar la gigantesca cabeza erigida por un comunista más, el escultor Luis Arenal”.

Fue ése el primer encuentro. “Cuatro de los asistentes a ese acto”, escribió Zamarrón, “confirmaron que ahí también fue donde se conocieron Ahumada y Robles. Y ahí también comenzó una relación de casi cuatro años que, tras la revelación de los videos en [los] que Ahumada entrega bolsas con dinero a Carlos Ímaz y René Bejarano, terminó por hundirlos.

”Ese día se presentaban los trabajos hechos por Quart en una laguna de regulación aledaña a la Cabeza de Juárez —bordes de contención para evi-

tar inundaciones—, del mismo monumento y, además, un proyecto para transformar la imagen urbana de la zona. [...] Con sus 25 metros de altura y seis toneladas de peso, la escultura se encontraba para entonces oxidada y en el abandono. ‘Las obras incluían un museo que nunca funcionó’, relata Híjar, quien también participó en un libro conmemorativo que se editó para la ocasión. [E] incluyó un texto de Ahumada que ahora podría leerse con una intención completamente distinta a la que quiso su autor: ‘El afortunado encuentro entre el Gobierno del Distrito Federal y el Grupo Quart ha fructificado en importantes obras de beneficio social. Con estos trabajos, Grupo Quart colabora en beneficio de la transición a la democracia como derecho ejercido en la transformación de los espacios habituales para los usuarios del oriente de la ciudad’.

”La fotografía incluida en el libro conmemorativo muestra a Robles y Ahumada separados sólo por [Adolfo] Llubere —coordinador de logística de Rosario—. Unos minutos después del acto oficial, ambos volaban juntos en el helicóptero que trasladó al constructor a la zona y en el cual, galantemente, ofreció llevar a la gobernante hacia el siguiente punto de su agenda. [...] Otra mañana de mayo, un año después, aparecieron juntos una vez más. Al despuntar el mes, el día 3, ambos acudieron a la presentación que la jefa delegacional de Coyoacán, María Rojo, hizo del periódico *La Rosita* [...] la imagen que de ellos captó el fotógrafo Francisco Olvera es contundente: ella se inclina hacia el empresario por encima de las piernas de Rojo. [...] Rosario vestía ese día una falda corta, varios centímetros por encima de la rodilla, como empezó a hacerlo particularmente ese año.”

Héctor hace un recuento preciso: “Ese mes tuvieron al menos cuatro encuentros y en el último de ellos nació el romance. Apenas diez días más tarde coincidieron en el cierre de campaña por la gubernatura de Tabasco del perredista César Ojeda Zubieta, en Villahermosa, al que también asistieron la mayoría de los dirigentes del PRD: Cuauhtémoc Cárdenas, Andrés Manuel López Obrador y Carlos Ímaz. [...] El 17 comieron juntos en la casa de Ahumada en el barrio residencial de San Ángel, al sur de la Ciudad de México, en el que éste fungió como anfitrión de una insólita ‘reunión’ de amigos —como la calificó uno de los asistentes, Ramón Sosamontes— a la que también acudieron Armando Quintero, el procurador fiscal capitalino Eugenio Robles y los contadores mayores de la Asamblea Legislativa, María de la Luz Mijangos, Carlos Nava y Luis Humberto Sanguino, quienes para entonces revisaban las finanzas del gobierno de la ciudad desde 1999 y estaban a punto de entregar resultados de la gestión Robles.

“Fue entonces cuando salió a la luz pública el nombre de Carlos Ahumada Kurtz. Tres días después de realizada la comida, la contadora María de la Luz Mijangos se atrevió a denunciar que el objetivo de aquella ‘comida de amigos’ había sido para pedirles que retrasaran la entrega de resultados de las auditorías para no afectar a Rosario Robles. Ése fue el primero de los escándalos que después caerían en cascada sobre Rosario y Carlos. [...] para fin de ese mes ambos desayunaban juntos en Berlín, Alemania, a donde Rosario viajó del 28 al 31 invitada por la Fundación Friedrich Ebert.”

DE TODO, COMO EN BOTICA

Los coletazos de la simulación y de la incapacidad se prolongaron hasta enero de 2007, cuando el líder nacional perredista, el sudcaliforniano Leonel Cota Montaña, reconoció que el PRD se encontraba sumido en una grave crisis financiera, producto del desaseo en el manejo de los dineros partidistas durante la administración de Rosario Robles.

El martes 16 de enero de aquel año hizo público que, seis meses atrás, en plena efervescencia por los comicios presidenciales de 2006, se había presentado una denuncia penal por falsificación de documentos que representaban un desvío cercano a 40 millones de pesos, contra José Ramón Zebadúa González, coordinador general de Administración y Finanzas durante la gestión de Robles.

Todavía en febrero de 2010 se resintieron los efectos: el lunes 15 se dio a conocer que el PRD debía pagar 36 millones de pesos por bienes y servicios, que nunca recibió, a cuatro empresas —Docuprint Digital Center S.A. de C.V., Abastecedora Comercial Pakard S.A. de C.V., Universal Flexo S.A. de C.V. y Jumen S.A. de C.V.— de las que se habría valido Zebadúa para realizar operaciones fraudulentas.

La dirigencia nacional perredista acusó simulación de la prestación de un servicio, formalización fraudulenta de convenios y suscripción de títulos de crédito para el reconocimiento de deudas inexistentes; todo planeado y ejecutado supuestamente por Zebadúa González.

Y el miércoles 6 de enero de 2011 la dirigencia nacional del PRD denunció, ante las procuradurías generales de la República y de Justicia del Distrito Federal, que ex funcionarios perredistas realizaron operaciones engañosas con los recursos del partido en la gestión de Rosario Robles. Además de Zebadúa, se involucró a Carlos Armando Bello Gómez, director de Conta-

bilidad en aquel periodo y posteriormente alcalde del municipio de Atoyac, Guerrero. A Bello se le responsabilizó por un desvío de recursos partidistas superior a 12 millones de pesos.

El secretario de nacional de Administración, Finanzas y Promoción de Ingresos del PRD, Javier Salinas Narváez, dijo aquel lunes a la prensa que, por primera vez, decidieron denunciar los malos manejos de recursos, “sin temor a lo que vaya a suceder al hacer esas denuncias. Le pregunté al presidente [Jesús Ortega Martínez] si íbamos a fondo y dijo que no tapáramos nada”.

Según los señalamientos, Bello, Zebadúa y “dos o tres personas más del PRD triangularon recursos y registraron facturas apócrifas para defraudar al partido. Utilizaron”, dijo Salinas, “empresas dedicadas a la construcción e ingeniería en general, y no aquella dedicada a los de impresos, carteles, plumas, dípticos y volantes que supuestamente hicieron para dicho instituto político.

“Tras documentar e integrar bien la investigación, nos dimos cuenta de que muchos de los adeudos [del PRD] por impuestos provienen de ahí. Fue [un desfalco] hormiga, del cual hasta ahora el alcalde aparece como único responsable, pero los depósitos iban a varias cuentas bancarias, y esto puede dar más. Es un tema de corrupción, aparte de que estaba vinculado con lo de Zebadúa en el registro de facturas y ese tipo de cosas.”

Este asunto no estaba, empero, relacionado con el de las cuatro empresas del caso Zebadúa, cuyo desvío ascendía a casi 40 millones de pesos. Para rematar, Salinas dijo que en los últimos dos años lograron disminuir la deuda del partido de 715 a 399 millones de pesos, y que el débito que tenían con Banca Afirme se redujo de 199 a 35 millones, pagando 5 millones mensuales.

Al término de la gestión de Amalia García (1999-2002) hubo cuestionamientos internos por un supuesto desfalco cercano a 52 millones de pesos, mas nunca trascendió. Según los señalamientos, el desvío ocurrió durante la tercera campaña presidencial de Cárdenas, cuando se reportó un gasto por 561.3 millones de pesos, pero un análisis posterior nada más pudo justificar 509.3 millones. Jamás se presentó ninguna denuncia formal, todo quedó en chismorreo.

A mediados de 2004, luego de la renuncia de Rosario Robles a la presidencia perredista, el partido creó la Comisión Especial Anticorrupción, que inició labores en julio de ese año. El objetivo del organismo era investigar a fondo por qué la deuda del partido superaba los 400 millones de pesos. La intervención de algunos líderes de las tribus, sin embargo, obligó a suspender los trabajos y olvidar el tema, incluidas las sesiones de los comisionados en la colonia Roma.

La comisión estaba integrada por Jaime Cárdenas Gracia, ex consejero del IFE y académico del Instituto de Investigaciones Jurídicas (IIJ) de la UNAM, así como por Héctor Romero Bolaños, Rolando González González —cercano al ex procurador capitalino Samuel del Villar— y Juan Carlos Solís Martínez.

Su primer expediente fue el de las irregularidades durante la gestión de Rosario Robles. Según trascendió el 25 de julio, tenían ya el informe del despacho contable que llegó a la conclusión de que hubo un “desorden administrativo” calificado como “descomunal”. El procedimiento para indagar los presuntos actos de corrupción podría iniciar a petición o seguirse de oficio.

Pero —siempre hay un pero—, el reglamento determinó que todas las denuncias de actos corruptos debían incluir el nombre del delator, así que acusar podía convertirse en un arma de doble filo. Nunca se conocieron abiertamente los resultados. En abril de 2005 hubo quienes exigieron hacerlos públicos, mas la dirigencia y los principales líderes de las tribus acordaron aplazar las sanciones y no ventilar el desorden administrativo y la corrupción de la era roblista.

La tarde del sábado 23 de aquel mes, el pleno del IX Congreso Nacional del PRD acordó enviar al Comité Ejecutivo Nacional el informe de la Comisión Anticorrupción que analizó las finanzas del partido durante la administración de Rosario. Dicho informe no se entregó ni a los congresistas ni a los medios. Sólo fue leído en tribuna por uno de los miembros de la comisión.

El documento indicaba que diferentes personalidades perredistas que ocuparon órganos de dirección en la gestión Robles eran responsables de haber endeudado al PRD por más de 400 millones de pesos. “Gente sin escrúpulos se infiltró en puestos de poder para afectar el patrimonio de una institución pública”, señaló Alejandro Morales Becerra, integrante de la comisión.

También sostuvo que Rosario Robles careció de diligencia durante su gestión y que no se apegó a la normatividad vigente del PRD. “En el manejo de las finanzas del partido, dispuso de ellas con absoluta discrecionalidad y falta de transparencia, y evasión de las normas estatutarias, incurriendo en conductas presumiblemente constitutivas de delitos”.

Para los comisionados, eso significaba que había delitos que sancionar. “Se determinó que debe darse vista al Ministerio Público por existir conductas presumiblemente constitutivas de delito”, dijo Morales Becerra. Pero jamás hubo castigos. Luego, la comisión desapareció en el más absoluto de los secretos.

En declaraciones que hizo a la prensa en julio de 2007, el escritor Marco Aurelio Sánchez, autor de tres libros “prohibidos” en el PRD, advirtió: “Cuando le pregunté a Rosario Tapia, esposa de Jesús Zambrano [uno de los líderes históricos de Nueva Izquierda o *Los Chuchos*, la tribu más poderosa del partido], por qué cerraron la comisión, me contestó que no era conveniente, podría ser peligroso, pues se podía calumniar a algunas gentes que eran copartícipes del fraude de Rosario.

”Se paró porque iba a afectar intereses de *Los Chuchos* y de Cuauhtémoc Cárdenas, porque su hijo Lázaro Cárdenas Batel disfrutó del financiamiento que le otorgó Rosario en su campaña para gobernador a Michoacán. Todo mundo está metido. Investigar a fondo era destapar la cloaca. Por eso Rosario se siente muy segura, porque sabe que nunca nadie —al menos en todo momento en el partido— hará eso. En caso de que alguien lo hiciera, Rosario hablaría y se llevaría a medio mundo. Y uno de los primeros sería Carlos Navarrete [un *Chucho* mayor, actual senador y fallido precandidato a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal], seguido por Jesús Ortega y Zambrano.”

Pero desde el comienzo hubo filtraciones que mostraban el desorden y algo más. Unos meses después del arranque de los trabajos de análisis, esto es, de los primeros pasos de la investigación, en septiembre de 2004, trascendió que los comisionados pretendían hacer comparecer a Lázaro Cárdenas Batel, a quien se relacionaba con Rosario Robles y Carlos Ahumada.

Aquel mes de septiembre ya eran evidentes la inconformidad y el enojo de algunos consejeros —incluso se hablaba de la renuncia de uno de ellos—, porque nunca les dieron acceso total a los documentos y porque el presidente del partido, el michoacano Leonel Godoy —quien sustituyó en el cargo a Rosario Robles— se oponía a cualquier tipo de comparecencia de su ex jefe Lázaro Cárdenas. Los comisionados quedaron, pues, imposibilitados para encarar a ciertos personajes.

La renuncia de Cárdenas Gracia se hizo pública el martes 23 de noviembre. Para entonces la comisión ya había recibido, al menos, 42 denuncias de toda la República por actos dudosos o posibles delitos en y contra el PRD, no todas relacionadas con la corrupción destapada por los videos de Carlos Ahumada. En otras palabras, la descomposición y la inmoralidad perredistas tenían más ramificaciones y múltiples orígenes.

El asunto llegó al grado de orillar a Cárdenas Gracia a hacer algunas precisiones: “Claro, las más importantes son las de Rosario Robles, los videoescándalos y la Delegación Tláhuac”. Asimismo, hizo público lo que ya se

sabía tras bambalinas: renunció a la comisión porque Godoy pidió no llamar a comparecer al gobernador michoacano Lázaro Cárdenas Batel.

“Lo que nos dijo es que no tenía relación con la corrupción de Ahumada. Pero se sabe, no sé si leíste el libro de Raúl Monge, *El tango de Ahumada*, que hubo personas cercanas a él, como uno que murió, Alejandro Balderas, en circunstancias muy sospechosas, muy raras, y otro que se llama Tito Emigdio Fernández, y quienes fueron funcionarios de Lázaro Cárdenas, que antes habían sido funcionarios en las delegaciones Iztapalapa y Álvaro Obregón del Distrito Federal y que tenían tratos con Ahumada.

“Es decir, Ahumada había realizado obras a través de ellos en las delegaciones y después en el gobierno de Michoacán. Según Godoy, Cárdenas no tenía nada que ver. Bueno, si no tenía nada que ver que lo declare, que lo diga así, pero su molestia era muy grande por citarlo”, precisó Cárdenas Gracia en una entrevista.

E hizo más señalamientos que erizaron la piel de los perredistas: “Otro obstáculo que la comisión encontró durante su investigación fue la falta de apoyo para hacer rendir su testimonio a la ex presidenta del partido, Rosario Robles Berlanga, a quien se le enviaron cinco citatorios que quedaron sin respuesta. Entonces pidieron a la dirigencia contratar a un notario público para que constara sobre la notificación, pero la petición no pasó de ahí”.

Al final, sentenció: “Como es un partido donde los grupos están en constante conflicto y unos a otros se atacan y unos a otros se protegen y unos a otros luego llegan a arreglos, entonces dije: voy a estar en un fuego cruzado en donde al final el que va a salir sobrando soy yo. No voy a poder hacer mi trabajo con seriedad, con independencia, es el momento de irse”. Y se fue.

La casa quedó sucia. Los líderes de las tribus se hicieron de la vista gorda, como si nunca hubiera pasado nada.

Un año y medio después de terminar su mandato como presidente nacional perredista, en noviembre de 2007, contando con el apoyo absoluto de los Cárdenas, Leonel Godoy ganó las elecciones del estado de Michoacán. En febrero de 2008 se convirtió en el nuevo gobernador constitucional de la entidad y sucesor de Lázaro Cárdenas Batel.

El paulatino resquebrajamiento del PRD no es, entonces, por completo imputable a un Estado que ha emprendido, sí, una sostenida campaña en su contra. Como un cáncer, las ambiciones personales y de grupo han invadido hasta el último resquicio de una estructura partidista que, de nacimiento, es endeble y enfermiza. Muerto el mito fundador y con las tribus ocupadas en

Llevar agua a su molino, no es de extrañar que los perredistas sobrevivientes opten por el silencio y por alimentar su última esperanza: la figura del caudillo. El tiempo demostraría, empero, que el anhelado salvador del PRD, Andrés Manuel López Obrador, también tiene sus fisuras.

Andrés Manuel consolidó su liderazgo con un partido plagado de vicios y que da la impresión de haber renunciado al socialismo para embarcarse en una aventura. Antes de cumplir su primer año como jefe de Gobierno del Distrito Federal, se había ganado a los capitalinos. Pero su presencia no se había limitado a las 16 delegaciones. Según las encuestas de opinión pública del momento, al menos 32 por ciento de los ciudadanos de todo el país tenían una buena opinión de él y apenas 15 por ciento una negativa.

Los argumentos eran racionales y por lo mismo convincentes a través, por ejemplo, de sus programas sociales, como el apoyo a las personas de la tercera edad, las becas a los estudiantes, la construcción de la Universidad de la Ciudad de México y de preparatorias, su oposición al horario de verano y el respectivo enfrentamiento franco con Vicente Fox, la posterior controversia constitucional... Sobre todo, se había apoderado de la agenda informativa del país con sus conferencias “mañaneras”.

Su continua aparición en los medios producía escozor y, en algunos casos, estupor. Su presencia había inquietado a los cardenistas, quienes buscaban apoderarse de la dirigencia nacional del PRD —y lo harían a través de Rosario Robles en 2002— para impulsar hacia 2006 una cuarta candidatura presidencial del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano. Aun así, cada día descubrían nuevos signos de la inquietante presencia de Andrés Manuel.

El trabajo —al que se sumaron obras como los segundos pisos del Periférico—, la permanente exposición mediática, con el correspondiente control de la agenda política, y el desencanto por el foxismo generaron una eferescencia por el lopezobradorismo. En 2003 nadie le hacía sombra. Cuauhtémoc Cárdenas aparecía como un fantasma inofensivo, como sus críticos incrustados en la prensa. Según la historia, 48 por ciento de los mexicanos tenían una buena opinión de él, contra el 6 por ciento de una mala.

Sus detractores lo perseguían implacablemente, en ocasiones hasta con una carga de desprecio, empeñados en mostrar los rasgos mesiánicos de Andrés Manuel o su personalidad desquiciada, su autoritarismo, o se consagraban a la muerte del amigo o la de su hermano José Ramón López Obrador, o en sus trajes, si eran Hugo Boss o cortados por un sastre en la colonia Roma, o en el desafuero, y exhibían temas como el del reloj Tiffany o el del choque de José Ramón López Beltrán.

Y sus biógrafos —incluidos los panegiristas— presentaban al otro AMLO —que incluso generó algunas formas de fanatismo— como líder indiscutible de las izquierdas y dejaban de lado problemas ineludibles que, de veras, debilitaban su liderazgo. O lo debilitarían en el corto plazo.

Desde mucho antes de los comicios de julio de 2006 se había fundamentado la tesis del complot, en el que se implicaba a Rolando López Villaseñor, delegado de la PGR en el Distrito Federal; José Luis Valles, delegado del Centro de Investigaciones y Seguridad Nacional (Cisen); José Carlos Villarreal Rosillo, agente del Ministerio Público; el empresario Carlos Ahumada Kurtz; Francisco Gil Díaz, secretario de Hacienda; Rosario Robles, amante de Ahumada; Diego Fernández de Cevallos; el entonces diputado Federico Döring; Televisa; el ex presidente Carlos Salinas de Gortari, y, por supuesto a Vicente Fox. Y eso volvió todavía más popular a López Obrador.

Con un conocimiento amplio sobre cómo funcionaban la publicidad y la prensa en México, no fue gratuito que lo conociera 97 por ciento de los mexicanos. Sin embargo, ni la altísima popularidad de Andrés Manuel, ni su aprobación, ni su nombramiento como segundo mejor alcalde del mundo fueron suficientes para tapar las fisuras que se encontraban por todos lados: de la administración central al partido y de ahí a las delegaciones. Al margen de las estadísticas oficiales o fallas personales y familiares, había temas cuyas características los tornaban muy amenazadores, capaces de causar daño.

Tribulaciones mayores

ABUNDAN RELATOS sobre Andrés Manuel: de los inicios de su carrera en Tabasco al primer golpe que entre noviembre de 1991 y enero de 1992 lo convirtió en un personaje mediático; o de su ascenso a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, en 2000. Incluso sobre su carisma, su autoritarismo, su adolescencia, parte de su niñez tímida y reservada en Tepetitán, su llegada a la Casa del Estudiante de Tabasco —a punto de ingresar a la UNAM— y su forma de hacer política.

Las hay sobre el proceso de desafuero y de su reconciliación con Televisa en 2011. También acerca del fortalecimiento de su imagen durante su último año en el GDF, cuando el gobierno gastó 73.6 millones de pesos en publicitarlo: 34.5 millones para Televisa, la tajada más jugosa en televisión; 3.5 millones para la Agencia Detrás de la Noticia, la más beneficiada entre los medios electrónicos, y 3.5 millones de pesos para *La Jornada*, el mayor monto en prensa escrita, según el listado de contratos en medios correspondiente a 2004 y 2005.

Sus biógrafos dicen que nació a las dos de la mañana del 13 de noviembre de 1953 en la cabecera de Macuspana, aunque fue criado en la Villa de Tepetitán, un pequeño poblado del mismo municipio tabasqueño, nieto de inmigrantes españoles, quienes tuvieron sus orígenes en la pareja formada por Esteban Obrador Mayol y Felipa Revuelta López —los bisabuelos, originarios de la provincia de Santander—, que es hijo de Andrés López Ramón y de doña Manuela Obrador González, y que es uno de siete hermanos: José Ramón, José Ramiro, Pedro Arturo, Pío Lorenzo y los gemelos Candelaria Beatriz y Martín Jesús.

Todo mundo sabe que AMLO es amante del beisbol, herencia de su abuelo José Obrador Revuelta. Si por él hubiera sido, como jefe de Gobierno habría llevado a la capital del país una franquicia de la Liga Mayor de

Beisbol de Estados Unidos. Cuando era niño, además de servir como monaguillo, le gustaba jugar a las canicas, y en la adolescencia fue, literalmente, un vago para el billar, de donde le salió el sobrenombre de *El Tabúr*.

Todo se ha documentado sobre López Obrador y su vida: desde su niñez a la mudanza de Tepetitán a Macuspana para estudiar la secundaria y su bachillerato en Ciencias Sociales hasta su salida de Villahermosa para estudiar en la UNAM. La historia familiar se ha reconstruido desde el momento en el que sus bisabuelos en Santander, Esteban y Felipa, decidieron enviar a sus hijos a probar fortuna a México, cuando Europa estaba inmersa en la Primera Guerra Mundial y México, convulso por la Revolución, era visto como un lugar más seguro para labrarse un futuro.

Cada pieza del rompecabezas se ha documentado. Incluso, cómo inició la relación de los padres de Andrés Manuel allá por la década de 1950, cuando don Andrés López Ramón fue enviado a Tepetitán y se enamoró de *Manuelita*, o los inicios de esta pareja en el comercio local. Cada uno adereza la historia según el particular punto de vista. Cada uno divulga una realidad distinta o dependiendo del grado de seducción que ejerza la personalidad, carismática le llaman, de Andrés Manuel.

Hay quienes se han dedicado a coleccionar anécdotas, sean verdaderas o no, desde su época con los indios chontales en Tabasco hasta su austeridad personal y los cambios en su forma de vestir y de ser, que algunos juzgan fría e intimidante. Las hay tanto variadas como disparatadas. Transmitidas en sincronía, presentan un catálogo de acusaciones, muchas sin sustento, de una ficción que raya en lo absurdo. Entre todas, durante la virulenta guerra electoral de 2006 destacaron las relacionadas con la muerte accidental de su hermano José Ramón López Obrador, un año menor que él.

Andrés Manuel lo ha dicho, fue un accidente: “Él jugaba con un arma y se le disparó”. El hecho lastimó a toda la familia. Después del accidente, los López Obrador emigraron a Agua Dulce, Veracruz, aunque después se moverían a Chiapas. Desde la campaña de 2000 por la Jefatura de Gobierno, cuando Diego Fernández de Cevallos hizo público el tema, sus críticos han hecho de este tópico en particular un caso nebuloso.

Unos dicen que ocurrió en mayo o julio de 1962 —cuando Andrés Manuel tenía nueve años de edad— y otros apuntan al 9 de julio de 1969 —a los 16 años—. Hoy hay una certeza: la de José Ramón es una historia que, de vez en vez, se esparce de manera vertiginosa y desmedida en libelos, panfletos y descriptivas cadenas de correos electrónicos.

El miércoles 16 de noviembre de 2011, el diputado local perredista y ex

jefe delegacional de Tlalpan Guillermo Sánchez Torres publicó un análisis advirtiéndole que los perredistas habían cedido los espacios para dejar que sean otros quienes cuenten sus historias. “Los relatos del PRD siempre han sido tejidos por otros, y desde afuera; sus historias son las que se encargaron de elaborar, con prediseños o plantillas, los dos grandes gobiernos ilegítimos de los últimos sexenios, los de Carlos Salinas y los de Felipe Calderón. Esos relatos han sido de denuestos y de ponderar la imagen mediática de un PRD en crisis interna, aflorando, violentamente, hacia la sociedad civil.

”En gran medida, el PRD es responsable por haber cedido sus relatos a los otros. Voy a poner un ejemplo: los comicios internos para la creación de nuestros consejos. El ejercicio democrático en el DF fue manchado bajo un mismo relato: el cochinerito perredista. [...] El PRD se ha peleado con los medios y ha victimado al mensajero. Al contrario del juicio de [Jesús] Zambrano [presidente nacional del PRD], nuestro enemigo no está afuera, sino dentro de nuestra propia incapacidad de informar y establecer a los medios como nuestros aliados. [...] La historia del partido no la relatamos nosotros, a pesar de que somos sus autores: tenemos la imagen que queremos porque hemos aceptado la opacidad, con el encogimiento de hombros, para descargar ‘culpas’ entre medios y periodistas, siendo esa responsabilidad nuestra.”

Algunos relatos, aderezados con exuberancia verbal, terminan por enmarañarse o son acomodados para resultar verosímiles. Igual se envían en interminables cadenas de correos electrónicos. En ocasiones es fácil detectar una relación de intereses, de guerra sucia electoral. Entre aquellos plagados de detalles sobresale el de la muerte de José Ángel León Hernández en 1963 —cuando Andrés Manuel tenía apenas diez años de edad—, con el que intentaron estigmatizarlo de por vida y que ha quedado siempre en ese campo fértil para el ataque desproporcionado y descabellado en que se ha convertido Internet: “Los padres de José Ángel murieron con la certidumbre de que su hijo falleció asesinado. Fue una muerte larga y dolorosa que inició una tarde de 1963, cuando jugaba beisbol en Villa Tepetitán, un poblado de Macuspana, Tabasco, y se peleó con uno de sus amigos y compañero de equipo, Andrés Manuel López Obrador. Éste, con la dura pelota de beisbol en la mano, como un traidor que ataca por la espalda, la lanzó fuerte contra la nuca de José Ángel. Nunca más volvió a ser el mismo y, epiléptico, su existencia casi vegetativa terminó el 10 de septiembre de 1995.

”Testigo de aquel enfrentamiento fue Carlos Manuel Roviroza Ramírez, quien posteriormente llegaría a diputado por el PRI, partido en el que militaba y llegó a dirigir estatalmente Andrés Manuel. De acuerdo con la ver-

sión periodística, José Ángel León Hernández discutió con Andrés Manuel y después que ambos manifestaron sus diferencias a golpes, sacó la peor parte López Obrador.

"Rovirosa Ramírez recuerda que él los separó. Pero cuando José Ángel se dio la vuelta, Andrés Manuel tomó la pelota y la lanzó contra la nuca. Lo dejó inconsciente, asegura la narración. La cabeza de la víctima sangró profusamente, y por encontrarse en mal estado, el herido fue llevado en una carretilla hasta su casa localizada en el número 202 de la calle Benito Juárez en Villa Tepetitán, Tabasco.

"La familia López Obrador debió huir del pueblo por temor a venganzas. Era la guerra. La información periodística está registrada en *Tabasco al Día*, un rotativo que desplegó en su primera plana del jueves 5 de octubre de 1995: 'Obrador ¡homicida!' El reportero Rafael Soberanez León y el fotógrafo Crispido Hernández publicaron una entrevista con los señores Narcedalia Hernández Colomé y José del Carmen León Castillo, padres de José Ángel. Reclamaron durante mucho tiempo, pero nada recibieron. Hoy sus hijos sobrevivientes se niegan a hacer mayores declaraciones. Saben que López Obrador va camino a la Presidencia de la República y temen represalias."

Sean hechos, invenciones, apologías, críticas, reproches, denostaciones y censuras en panfletos o en columnas que aparecen en medios de comunicación, lo tangible es que Andrés Manuel forma parte de la vida cotidiana de los mexicanos: los poderes mediáticos le han dedicado ríos de tinta u horas enteras en la pantalla y los micrófonos a su personalidad, a sus paisajes emocionales, a su guerra contra la elite empresarial, a sus incongruencias o a sus proyectos económicos. Lo quieren y lo odian.

LOS MARTIRIOS DE *EL PEJE*

Tras las maquinaciones para desacreditar y frenar a este político cristiano discreto, al que nadie logra sacar una palabra cuando él se lo propone, cuyo lenguaje es un escudo cuando se repliega, y que sabe quedarse quieto sin gesticular si buscan llevarlo a terrenos fangosos —como escribieron alguna vez los periodistas Manuel Durán y Édgar Félix—, hay otras historias: las que disimulan errores personales, torpezas o deslices de familia imposibles de ocultar que, cuando finalmente asoman, presagian estragos mayores.

Hay temas muy sonados: su mencionado reloj Tiffany, el empleo en la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF) y las extra-

ñas circunstancias de un accidente automovilístico que sufrió José Ramón López Beltrán, los tenis Louis Vuitton de Andrés Manuel López Beltrán y *Las Gacelas*, un grupo elite de mujeres de la Policía Judicial creado para seguridad personal de AMLO.

Tales historias no deberían existir —mucho menos la del Tiffany—, pero en un país polarizado y con tantos enemigos como tiene el parco y evasivo Andrés Manuel, las equivocaciones consecutivas se entrecruzaron bajo la nomenclatura de ingenuidad, influyentismo o arrogancia, marcando la dimensión de lo que enfrentaría en su primera campaña presidencial. La multiplicidad de relatos hizo eclosión. El escándalo zarandé e hizo caer bajo sospecha al político cuya estrategia era —y sigue siendo— la igualdad, la confianza ciudadana y la austeridad.

Si bien este líder ha demostrado que sus enemigos carecen de principios, no juegan limpio y son capaces de todo con tal de destrozarse su imagen pública, el doble caso de su hijo José Ramón López Beltrán abrió en mayo de 2001 y julio de 2007 una herida. Sus rivales aprovecharon para exhibir que el discurso de Andrés Manuel planteaba elementos del deber político relacionados con problemas reales que aquejan al país, pero no proponía mecanismos institucionales para terminar con tareas pendientes como el influyentismo.

Aquellos rivales usaron las historias de José Ramón para buscar similitudes o comportamientos comunes entre Andrés Manuel y, por ejemplo, su principal rival para 2012, el ex gobernador priista mexiquense Enrique Peña Nieto: la suerte de acomodar a familiares directos o parientes de amigos en las nóminas gubernamentales.

Si en su época Peña Nieto dio cobijo y empleó a hijos de los ex gobernadores priistas José Murat Casab, Alfredo del Mazo González —quien además es su tío— o Jorge Jiménez Cantú, en enero de 2007 el procurador general de Justicia del Distrito Federal, Rodolfo Félix Cárdenas, tomó bajo su protección a José Ramón López Beltrán, nombrándolo subdirector de Enlace Administrativo.

La contratación del primogénito de Andrés Manuel se mantuvo en un incómodo silencio hasta julio de ese mismo año. Se descubrió por accidente en una investigación que inició en la oficina del diputado local panista José Antonio Zepeda Segura, quien después de hallar inconsistencias entre la base de datos y algunos documentos de la PGJDF presentó una solicitud a la Oficina de Información Pública.

Los periodistas Cecilia García y David Vicenteño reconocieron el trabajo del legislador: Zepeda Segura solicitó las fichas de todas las personas que

desde el 5 de diciembre de 2006, fecha de la toma de posesión de Marcelo Ebrard Casaubón como jefe de Gobierno del Distrito Federal, ingresaron a la Procuraduría capitalina.

En su calidad de integrante de la Comisión de Seguridad de la Asamblea Legislativa, Zepeda tenía varias motivaciones para presentar la solicitud. Dio a conocer dos formales: dar seguimiento a la capacitación de cuadros para combatir la delincuencia en la Ciudad de México y saber cuántas personas —y quiénes— trabajaban en la dependencia. Por eso, también pidió las fichas del personal que causó baja entre el 5 de diciembre de 2006 y el último día de abril de 2007.

Sin explicación alguna por parte de las autoridades, el legislador panista recibió incompleta la información, a pesar de lo cual examinó cada una de las poco más de 300 fichas curriculares del personal que laboraba en la Procuraduría. Destacaban la del procurador Félix Cárdenas, maestro en Derecho Penal por la Universidad de Barcelona, y una que llamó poderosamente su atención: la de José Ramón López Beltrán, de 26 años de edad, hijo de Andrés Manuel López Obrador y de Rocío Beltrán Medina.

Aunque en la estructura formal de la dependencia no figuraba su nombre y en las páginas de Internet se adjudicaba a otro funcionario el puesto que ocupaba —irregularidad que se explicó por un retraso de seis meses en la actualización de la base interna de datos—, la verdad era que el primogénito del político tabasqueño ocupaba una plaza como subdirector de área.

Con los informes en la mano, García y Vicenteño hicieron un recorrido por las oficinas de la dependencia. Jamás encontraron la de José Ramón y “fuentes de alto nivel y personal administrativo [les] dijeron nunca haberlo visto ni saber en qué área podría estar desempeñándose. La oficina, el teléfono y las funciones del procurador son conocidas e identificables; las de José Ramón López Beltrán, no.

“Ninguna de las personas consultadas en El Búnker [como se conoce a las oficinas centrales de la PGJDF] sabe qué área subdirige el hijo del tabasqueño; en las bases de datos públicas, en el directorio oficial y en las bases internas no se tiene registro de su nombre. Pero su ficha curricular existe y forma parte del expediente OIP/600/605/0822/06-07. [...] Sin embargo, ningún funcionario o fuente pudo corroborar o desmentir la información.

“No lo he oído ni como rumor’, comentó un fiscal, cuya identidad es reservada. Las fuentes consultadas incluyeron personal secretarial, agentes del Ministerio Público, policías judiciales, fiscales, representantes sindicales y funcionarios con acceso a las bases de informática y nómina de la dependen-

cia. En todos los casos la respuesta fue la misma: no existe rastro de la presencia del hijo de López Obrador en la PGJDF. 'Si hubiera venido, todos lo sabríamos', fue el comentario generalizado.

"Que haya fichas curriculares que no aparezcan en el directorio oficial —y al revés— revela que éste no está completo ni actualizado, y eso representa una violación al artículo 13 de la Ley de Transparencia y Acceso a la información pública del DF. Según la ley, las dependencias deben tener actualizada en Internet la información relacionada con sus actividades y su estructura orgánica. Además, la autoridad está obligada a informar acerca de todas las personas que reciban, por cualquier motivo, recursos públicos."

Atrapada con las manos en la masa, en un principio la Procuraduría capitalina se resistió, pero finalmente fue obligada a develar el secreto. Así, confirmó que *El Pejito* formaba parte de su estructura formal, en concreto de la planta de funcionarios con un salario mensual superior a 25 mil pesos, adscrito a la Subprocuraduría de Procesos en su sede en la colonia Doctores.

Sorprendido y nervioso, el martes 4 de julio de 2007 Félix Cárdenas hizo público que López Beltrán acreditó haber cursado la licenciatura en Derecho en la Universidad de las Américas (UDLA), con cédula profesional 4845617, y además un posgrado de especialización en Constitucionalismo del Estado Social por la Universidad de Castilla La Mancha (UCLM) en España.

"A mí", advirtió Cárdenas, "no me importan las personas, realmente respeto a todos, y esta persona que tengo, según el informe que tengo, es una persona profesional, es una gente que tiene estudios y una especialidad en el extranjero y es bienvenido; mientras sea un funcionario que trabaje es perfectamente correcto, a mí me da igual."

López Beltrán, precisó, aprobó los requisitos administrativos para ocupar el cargo: "Tiene una evaluación técnica suficiente, sicométrica satisfactoria, examen médico apto, etcétera. O sea, es un servidor público que acude continuamente a trabajar". Luego derrapó y reconoció que desconocía en qué consistían las labores de López Beltrán: "No tengo tiempo para eso, pero [para] lo que sí tengo tiempo es para preguntarles a las gentes que traje directamente y ellas son las que a mí me informan".

José Antonio Zepeda acusó a la PGJDF de montar una escenografía para proteger a López Beltrán, luego de que el periódico *Excelsior* hiciera público el tema. Y lamentó que la dependencia estuviera más preocupada por justificar la contratación del hijo de un político prominente, "a quien seguramente tienen becado", que por resolver asuntos de su competencia.

El escándalo escaló y obligó a José Ramón a salir al paso: calificó, con mucha razón, como “políticas” las acusaciones en el sentido de que cobraba un salario sin trabajar. “No tiene nada que ver con cuestiones administrativas y demás. Llevo trabajando de una manera honrada, efectiva, desde enero, y esto es un asunto realmente político.”

Dos días después, durante un recorrido por las instalaciones de la Procuraduría, el periodista Luis Salazar localizó la oficina de José Ramón en el cuarto piso de El Búnker. “El lugar tiene un escritorio de madera, tres sillas, una computadora, ventilador y una caja fuerte para guardar documentos y dinero porque realiza funciones administrativas.”

Quienes laboran a su lado lo consideran un joven que está aprendiendo: “Este chavo le echa ganas, es un joven que trabaja, como todos cuando fuimos jóvenes”, dicen.

López Beltrán rellenó los huecos: se tituló el 9 de enero de 2006. “Tomé un posgrado en España y regresé para empezar a laborar en el Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal a partir de abril [de 2006], donde estuve hasta el 15 de diciembre [también de 2006] [...]. Me encargo de cuestiones administrativas, cuestiones que tienen que ver con recursos humanos y materiales, con el apoyo a los trabajadores en los pagos, cuestiones de vehículos y de sistemas de pago.” En otras palabras, controlaba la asistencia del personal, solicitudes de material, reparación de computadoras, vales de gasolina y uso de vehículos.

HERENCIA MALDITA

El caso López Beltrán dio pie a múltiples historias, entrevistas y algunos especiales, como el del 8 de julio de 2007 en *El Universal*, que, además, fue reproducido en varios de los grandes diarios del interior del país, bajo el encabezado: “Hijos desobedientes, azote de políticos”.

“Los hijos de algunos políticos han estado en el ojo del huracán por sus frivolidades, malos modales; AMLO, Marta Sahagún y Vicente Fox, Ernesto Zedillo, o a nivel internacional George W. Bush, saben de las complicaciones que a veces trae la paternidad combinada con el ejercicio del poder.

”No le quitan ni una pluma: El caso más reciente en México lo protagoniza un político perredista, a quien no le faltan piedritas en el zapato. El nombre de Andrés Manuel López Obrador vuelve a sonar en los medios de comunicación pero no por las acciones del ex candidato presidencial sino

por su hijo, José Ramón López Beltrán, de quien se supo hace un par de días [que] trabaja como subdirector de Enlace Administrativo de la Procuraduría capitalina, con un sueldo de 25 mil pesos al mes.

"Pese a que no hay problema alguno en que el joven de 26 años de edad labore en la PGJDF, la prensa cuestiona el influyentismo que hubo para su nombramiento, sobre todo por la relación de amistad que existe entre el jefe de Gobierno del DF, Marcelo Ebrard, y López Obrador. Al parecer, este caso se suma a lo que AMLO llama una 'campaña' de desprestigio en su contra, pero como él mismo dice ante cada golpe que recibe ante la opinión pública, a su gallo seguramente 'no le han quitado ni una pluma'.

"Los mal portados: Hace diez años, los hijos del entonces presidente de México, Ernesto Zedillo Ponce de León, protagonizaron un escándalo que puso en riesgo la imagen del país en el extranjero. El martes 2 de diciembre de 1997, poco antes de que terminara el primer concierto de U2 en el Foro Sol de la Ciudad de México, miembros del Estado Mayor Presidencial (EMP) agredieron físicamente a un productor inglés y a un agente de seguridad de la banda.

"La gresca empezó porque Ernesto junior, Emiliano y Carlos se empeñaban en permanecer en áreas restringidas. Los hijos de Zedillo se montan y se brincan ante la negativa de la gente de seguridad, cuenta Marcela Gómez Zalce, en ese entonces directora corporativa de Relaciones Institucionales y de Gobierno de CIE.

"Entre gritos de 'no pueden pasar', Bono cantando y mirando el escándalo al igual que la gente que estaba en primera fila, el productor inglés se aventó contra Carlos Zedillo al suelo, ya que una de las gradas que mueven la iluminación estaba a punto de pegarle al joven. Lo anterior originó que los del EMP desenfundaran sus armas, uno de ellos apuntó hacia el público, mientras otro le pegó con la cacha en la cabeza al productor inglés, abriéndole el cráneo.

"Acto seguido los guardias presidenciales acercaron la camioneta blindada lo más que pudieron al escenario para sacar a los hijos del entonces presidente, cosa que tampoco tenían permitido. Frente de la camioneta estaba Jerry Mele, guarura de U2, quien con la mano en alto pidió al conductor que se detuviera, pero éste lo ignoró y le echó la camioneta encima, destrozándole la columna.

"La impertinencia y prepotencia de los vástagos de Zedillo y del EMP por poco le cuestan caro a México, pues Bono exigía una disculpa pública y el Presidente se negaba pensando que sus 'pequeños' eran víctimas de las cir-

cunstances, pero la desilusión vino después, cuando [Zedillo] Ponce de León se enteró de que éstos habían mentido al decir que habían comprado los boletos... no, fueron regalados, admitieron.

"Los *peques* de Martita: los hijos de Marta Sahagún 'empañaron' el sexenio del ex presidente Vicente Fox debido a su inexplicable riqueza que con el tiempo fue creciendo mediante negocios con sospechas de tráfico de influencias, tema que la periodista argentina Olga Wornat aborda en su libro *Crónicas malditas*.

"Según el libro, los hijos de la esposa [los hermanos Bribiesca] se hicieron millonarios en tan sólo unos años gracias a las influencias para conseguir contratos para la construcción de obras públicas. La investigación sobre el caso gira en torno a los contratos de Construcciones Prácticas, de la cual son socios los hijos de la ex primera dama, con instituciones del Gobierno Federal.

"Wornat centra su atención en el hijo mayor de Marta, Manuel Bribiesca Sahagún, a quien describe de la siguiente manera: 'Ostenta *look* (imagen) que lo asemeja notablemente con el desaparecido *Señor de los Cielos* Amado Carrillo Fuentes: cadenas de oro en el cuello, esclava del mismo material con su nombre grabado, Rolex de oro y un perfume que huele a 200 metros'."

LA "PROLE PENDEJA" DE UN CANDIDATO PRESIDENCIAL

Paulina Peña Pretelini, hija adolescente del candidato presidencial priista Enrique Peña Nieto —y de la extinta naucalpense Mónica Pretelini Sáenz—, se sumó la primera semana de diciembre de 2011 a esa larga lista de hijos mal portados, desobedientes, maleducados, racistas, claridosos, clasistas o indiscretos que reflejan la marca familiar y otras realidades desconocidas para el común de los mortales. La joven *retuiteó* (RT) —valga la palabra de la red, que sustituye a *reenviar*— un mensaje de su novio José Luis Torre —usuario @JoJoTorre— en el que calificaba a los críticos de Peña como los "pendejos" "envidiosos" de "la prole".

Colocado originalmente en la red por el novio, el mensaje desencadenó una oleada de críticas y burlas contra el candidato. La jovencita de 16 años canceló su cuenta, pero la reactivó a media tarde del lunes siguiente con un mensaje: "Quiero ofrecer una disculpa de todo corazón. Mi intención con ese RT jamás fue ofenderlos. Reconozco que hice mal y lo lamento".

Ya era demasiado tarde. El mensaje original le daba la vuelta al país entero: “Un saludo a toda la bola de pendejos que forman parte de la prole y solo [*sic*] critican a quien envidian”. A decir verdad, el mensaje salió un poco más allá de las fronteras. Cruzó los océanos. Por ejemplo, el periódico español *El País* sintetizó la nota que publicó con un encabezado subliminal: “El candidato presidencial que es incapaz de recordar tres libros que le han marcado”.

Peña intentó detener las críticas. Se vio obligado a ofrecer disculpas públicas. Calificó el *retuit* de Paulina como una reacción emotiva ante una andanada de severas críticas que él recibió por un error, gazapo, pifia, todo junto, o como se le quiera llamar, que cometió en la Feria Internacional del Libro (FIL) de Guadalajara, Jalisco, de 2011.

Dos comentarios escribió Peña en su cuenta de Twitter, @EPN: “El RT de Paulina fue una reacción emotiva por mi error en la FIL. Definitivamente fue un exceso y me disculpo públicamente por ello”. El segundo: “Hablé con mis hijos sobre el valor del respeto y la tolerancia, les reiteraré que debemos escuchar y no ofender a los demás”.

También fue inútil. En las redes tuvo la respuesta inmediata. A partir de los dislates en la FIL y otros posteriores, como su desconocimiento de precios de algunos productos básicos, empezó a dominar como *trend topic* en Twitter, en Facebook —con, entre otros, #LibreríaPeñaNieto, #Soyprole, #Foreverprole, #PaulinaNieto, #Nosoylaseñoradela casa— y en las columnas de los diarios que se editan en la Ciudad de México.

Fue un efecto multiplicador. Sin darse uno cuenta, aparecieron, con mayor fuerza que nunca, la ominosa sombra protectora de su tío Arturo Montiel Rojas, la invitación que le hizo para que acudiera, con todo el simbolismo que arrastraba de impunidad y corrupción, como invitado especial a la entronización de Peña como precandidato presidencial priista, los escenarios controlados por Televisa y los señalamientos de que sólo podía responder en entrevistas a modo.

Y hubo quienes evidenciaron la deshonrosa expulsión, con vías de renuncia voluntaria, del dirigente nacional priista Humberto Moreira Valdés, quien había operado el ascenso de Peña como precandidato único. Al margen de la vergonzosa salida, Moreira se la jugó con Peña y, con una amañada convocatoria, crucificó y sacrificó al senador Manlio Fabio Beltrones Rivera.

A propósito de los comentarios justificativos de Peña, el jueves 6 de diciembre en la columna que publica en *El Economista*, Alberto Aguirre observó: “A la hora a la que [Peña] envió el mensaje, sus hijos deberían estar en la

escuela. ¿Acaso los sacó del salón para darles lecciones de buena conducta? Y en el improbable caso de que hubiera ocurrido ese cóncave familiar, ¿cómo hizo para trasladarse tan rápido a las Lomas de Chapultepec, adonde llegó muy temprano para desahogar una intensa agenda mediática?

"Pifia tras pifia, no ha aprendido a recibir los golpes. Desprecia el valor del silencio y —sobre todo— sigue sin entender que el hiperactivismo en las redes sociales es un búmeran implacable. La reactivación de la cuenta de su hija es una muestra de ello. [...] En lo más alto de la estructura calderonista, siempre se han referido a Peña Nieto como 'mandíbula de cristal'. Su desafortunada reacción ante esta crisis causada por sus propios errores y las continuas pifias de su equipo de comunicación parece corroborar esa hipótesis.

"Ayer al mediodía, en su despacho, Peña Nieto recibió al equipo del diario español *El País*. A pesar de que volvería a afrontar preguntas sobre su desastrosa aparición en la FIL de Guadalajara, mantuvo la cita. Y volvió a meterse en apuros. [...] Y es que mostró escasa humildad y menos capacidad para reconocer sus fallas. [...] Y haciendo eco a lo que muchos analistas de medios electrónicos comentaron en las horas previas, sostuvo que su equipo 'omitíó' prepararle una respuesta a la pregunta sobre los libros que habían marcado su formación. [...] Peña Nieto cree que no se tropezó solito, sino que sus detractores le pusieron una trampa."

Un día antes, la mañana del miércoles 5, Peña aprovechó una entrevista radiofónica para justificar su error en la FIL: "Tuve una confusión, lo cual, sin duda, fue un error, y eso desató en las redes sociales una cantidad de críticas, unas de gran creatividad, algunas hasta divertidas que no tengo más que agradecer".

Para ese día, el quinto desde el dislate, ya estaba convertido en *trending topic* —que en la jerga del Twitter es una forma de referirse a los temas más populares y comentados del momento— en varios *hashtag* —una especie de etiqueta que permite agrupar *tuits* sobre un mismo asunto o con ciertos puntos en común— como #LibreriaPenaNieto o #SoyProle. El desacierto empezó a mostrar las fisuras del candidato presidencial priista.

Si bien aquel sábado 1 de diciembre se había preparado la parafernalia —guión y escenario incluidos— para darle la bienvenida a un político intelectual-escritor, arroparlo como estadista y destacar, de una vez y para siempre, que era un hombre educado y de letras, el atacomulquense sufrió el primer gran traspié de su carrera. Al término de la presentación de su libro *México, la gran esperanza* —una especie de ideario político y plataforma que impulsaría en su campaña presidencial—, Peña confundió al autor de *La silla del*

águila, Carlos Fuentes, con Enrique Krauze, autor de *La presidencia imperial*. Luego, fue incapaz de citar los tres libros que marcaron su vida.

El asunto parecía irrelevante, puesto que la presentación —a la que asistieron más de 300 priistas acarreados, algunos calculan hasta 750— para atestiguar el encumbramiento intelectual de Peña en la mayor y más prestigiosa vitrina del libro en México, la FIL, había terminado. Por fin, el ex gobernador mexiquense entraría a un mundo en el que su principal rival, Andrés Manuel, era exitoso desde hacía años. *México, la gran esperanza* competiría en el mercado editorial con *La mafia que nos robó la presidencia* o *La mafia que nos robó la presidencia y el 2012*, los títulos más recientes de López Obrador.

Hasta el mínimo detalle fue cuidado. Apenas terminada, la presentación parecía un rotundo éxito. El texto le garantizaría a Peña un lugar destacado entre los estadistas del país. Nadie podía negarlo. En esa misma sala habían estado los premios Nobel de Literatura Herta Müller y Mario Vargas Llosa, así como la mexicana Elena Poniatowska, uno de los mayores símbolos del lopezobradorismo. Nada, pues, podía opacar el encumbramiento de Peña a la clase pensante del país. Al menos eso parecían creer el candidato priista y su equipo.

El inimaginable desastre llegó minutos más tarde, durante una rueda de prensa, en la que también fueron cuidados todos los detalles. Bueno, casi todos: ninguno de los asesores de Peña pudo anticipar las preguntas que se le harían a su jefe o, en su defecto, estaban convencidos de que nadie se atrevería a incomodar al poderoso precandidato presidencial. Tampoco ninguno imaginó que su jefe pertenecía a ese grueso de la población mexicana que jamás compra libros ni lee. Por lo tanto, no había una razón que justificara un “plan B”.

Durante casi cinco minutos —cuatro con 57 segundos—, el “experimentado” político mexiquense, descendiente de cinco ex gobernadores, además de dos altos jefes de la Iglesia católica —un cura tres veces obispo, rector del Seminario Conciliar y gobernador de la Curia metropolitana, y, el segundo, el primer obispo de la Diócesis de Toluca—, y cabeza visible en la dirección bicéfala del Grupo Atlacomulco, fue incapaz de articular una sola idea para responder a la pregunta que el periodista Jacobo García, corresponsal del periódico español *El Mundo*, le hizo respecto a los libros que habían dejado huella en su vida.

“Aunque la ventaja de Peña en las encuestas es muy alta, bastó una pregunta: ¿Cuáles son los tres libros que han marcado su vida?, para despeinar al precandidato. Lo bueno para él es que volverá a levantar su copete con el

peine del olvido o con la pistola de aire del próximo escándalo”, escribieron algunos hacedores de opinión tres días después de la metida de pata.

Expuesta su debilidad y exhibido Peña, por primera vez cerraron la boca y se mordieron la lengua aquellos priistas que, en la disputa de ambiciones y en los extremos de su guerra contra el lopezobradorismo, ciegamente se amarraban al lema “guapo pero listo”. Más tarde, esos mismos priistas rearmaron su estrategia para perjurar que de nada servía un presidente culto, y pusieron el ejemplo de José López Portillo.

Luego se amarraron al guanajuatense Vicente Fox para advertir que éste era ejemplo para demostrar que a los mexicanos no les importa tener en Palacio Nacional a un “líder” inculto e incapaz de leer. La contraproducente campaña de defensa sirvió de poco para ocultar lo evidente: fuera del set de televisión y sin las grandes sumas derrochadas en publicidad, que lo han convertido en una celebridad o en un *showman* que llena planas y planas de las revistas del corazón, Peña es un hombre común, incapaz de improvisar una palabra cuando está solo.

Nada ni nadie pudo frenar la andanada de improprios y burlas. En vano, cinco horas después del traspíe Peña escribió en su cuenta de Twitter: “La Presidencia imperial de E Krauze y La silla del águila de C Fuentes, dos libros que disfruté leer y hoy confundí. Se los recomiendo”.

La respuesta de Carlos Fuentes fue virulenta: “Este señor tiene derecho a no leerme. A lo que no tiene derecho es a ser Presidente de México a partir de la ignorancia, eso es lo grave. Los problemas exigen un hombre que pueda conversar como par con Obama, Angela Merkel o Sarkozy, y no es éste el hombre capaz de hacerlo”.

Los operadores políticos de Peña, sus defensores de oficio en la prensa mexicana y sus hacedores de imagen tampoco encontraron la fórmula para minimizar los daños. En cinco días, lo ocurrido en la FIL le dio la vuelta a México, se estacionó en Atlacomulco, pueblo natal de Peña, y se solazó en Toluca, ciudad desde la que este político priista gobernó durante seis años —del 16 de septiembre de 2005 al 15 de septiembre de 2011— a más de 8.5 millones de mexicanos, a quienes heredó una deuda pública de 75 mil millones de pesos y manejó un presupuesto cercano a un billón de dólares.

Aunque más de un hacedor de opinión en los medios de comunicación que se editan o transmiten desde la Ciudad de México intentó que el tema se viera, se escuchara y se leyera como una ficción alegórica, el primer drama del peñanietismo fue apenas amortiguado, serpenteó los caminos y el espacio para hacer eclosión en Toluca, la gélida capital del Estado de México,

desde donde Arturo Montiel proyectó la candidatura presidencial de su sobrino Enrique Peña.

El entramado laberíntico del desliz se desmenuzó en una ciudad en la que supuestamente todos veneraban al ex gobernador, integrante de primer nivel del fantasmal Grupo Atlacomulco, fundado por su antepasado Maximino Montiel Olmos, y consolidado por otro de sus ilustres parientes: el prestigioso internacionalista y también ex gobernador mexiquense Isidro Fabela Alfaro, padre de la diplomacia mexicana, oscuro y corrupto en la última parte de su vida.

Convertido en el bufón de las redes sociales, Peña Nieto atrajo también la atención de casi cada columnista. El miércoles 7 de diciembre, por ejemplo, Raymundo Riva Palacio escribió: “Huele a sangre. Peña Nieto ha empezado a caminar solo, obligado a tomar rutas que no controla e ir a escenarios hostiles. No le ha ido bien. A la patinada de la semana pasada en la Feria Internacional del Libro se le suma la reacción negativa en los medios a su discurso durante su registro como precandidato, y a su declaración bipolar sobre el ex líder del PRI, donde todo el apoyo que le dio un día se lo quitó al siguiente, con lo que sí mostró debilidad en el proceso de toma de decisiones. Ha salido mal librado en sus apariciones públicas, con flancos vulnerables y sin buen blindaje. Lo que ha vivido hasta ahora son apenas escaramuzas. Se le ve muy fuerte, pero no profesional, y popularidad no se traduce automáticamente en votos. Eso tiene que recordarlo Peña Nieto, porque la batalla del próximo tendrá otra violencia, nada equiparable a lo que le sucedió en Twitter”.

Sin miramientos, el traspie en la FIL se plasmó, letra por letra, en las frías calles toluqueñas. Y resonó también en Atlacomulco, donde una misteriosa vidente llamada Francisca Castro Montiel predijo un día de la década de 1940 la llegada de un gobernador mexiquense, emanado del Grupo Atlacomulco, a la Presidencia de la República. El retrato escrito sobre la vulnerable y frágil personalidad peñista fue un trofeo para los contados periodistas locales que desde 2005 se han empeñado en mostrar la cara oculta de Enrique Peña Nieto. Fue el caso de los del semanario *Nuestro Tiempo Toluca*, que lo ceden para este libro: “Aburrída, la mayoría esperó la ronda de preguntas para aquel elegante de corbata colorada a rayas e impecable traje todo-terreno, quien junto al presidente de la FIL, Raúl Padilla López, y con ojos entornados y palabra engominada respondía más o menos, pero siempre risueño, como el padre amoroso que condesciende con sus hijos. Había sorteado todo, pero la última pregunta lo puso a temblar y a cantinflar.

—Y la última es más fácil —le soltaba un reportero con acento de España—. [...] ¿Qué tres libros han marcado su vida personal y política? ¿Qué tres autores o qué tres títulos son los que más han influido en usted? Gracias.

Peña respondió de inmediato. No lo pensó. Movi6 un poco la cabeza y juguete6 casi invisiblemente con sus manos.

—¿Cuáles son las lecturas que han marcado mi vida? —se pregunt6 6l mismo, en voz alta—. Bueno, que (ininteligible)... pues he le6o varias, desde novelas queee... me gustaron... eeeste... en lo particular... eeh... dif6cilmente me acuerdo cu6l era el t6tulo de los libros...

La grabaci6n est6 realizada desde el lugar asignado a los reporteros. As6, qued6 registrada la risa de 6stos ante el tremendo esfuerzo de Peña por hilar palabras.

—La Biblia es uno —ataja el presidenciable con adem6n certero—. La Biblia en alg6n momento de mi vida y algunos pasajes b6blicos, porque no le6 toda la Biblia, pero s6 le6 algunas partes de la Biblia, sin duda en una etapa de mi vida fue importante... eeeh... sobre todo en la etapa de la adolescencia... eeh... le6a algo que seguramente mi vocaci6n por la pol6tica alentaba este esp6ritu por la pol6tica... fueron los libros... varios... alguno... *La silla del 6guila*... de Krauze que... eeh... y hay otro libro... de 6l mismo...

Un ejercicio com6n en las ruedas de prensa es criticar al que habla. No importa su fama o peso p6blico y tampoco importa que aquello no salga a la luz p6blica. Los reporteros est6n acostumbrados a eso. Una risa renovada se deja o6r mientras el priista trata de recordar las obras de Krauze.

—...que quiero recordar el nombre... es sobre caudillos, sobre... no recuerdo el t6tulo exacto... eeh... estamos hablando de, de la descripci6n que 6l hace de... del M6xico y de c6mo transitamos del M6xico de los caudillos al M6xico institucional y... creo que adem6s... eeeh... adem6s con gran sustento hist6rico, un libro que me gust6. Le6 incluso el otro, la ant6tesis de ese libro... las mentiras sobre... eeh... eeh... era... es que quiero acordarme del nombre del t6tulo del libro, pero era de Krauze, *La silla del 6guila*... (inaudible) t6 debes acordarte m6s cu6l es el...

Peña se toca la nariz, se concentra en ello. Sabe que el p6blico se ha dado cuenta de la desmemoria o de que no le gusta leer y por alguna raz6n considera que es importante exhibir lo contrario. De pronto pregunta a un reportero. 'T6 debes acordarte m6s cu6l es', le dice simp6tico, en espera de un salvavidas que nunca llega.

—No s6 cu6l ley6 usted —responde el interpelado y m6s risas, esta vez

menos discretas, se alcanzan a escuchar. Pero el más adelantado en las encuestas no se arredra y sale él mismo del atolladero.

—Hay uno que después salió que eran las mentiras...

—...Pinocho —deslizaron algunos desde las gradas.

—Sobre el libro de este libro —insistía enfáticamente el de Atlacomulco.

"A estas alturas el cubil de los reporteros era pura carcajada. El respeto a la desmemoria del candidato se había ido a otro escenario y Enrique lo sabía. No llegaban a él las luces que muestra en entrevistas televisadas ante 30 millones de personas con Joaquín López-Dóriga o aquella seguridad que expresó cuando leía sus informes de gobierno. Teatros terroríficos todos, tuvo que ser una tercia de libros la que embrollara las cosas para siempre.

"La respuesta desde las gradas al 'hay uno que salió después' fue Pinocho. Hasta las cámaras se mecían al ritmo de la gracejada. El candidato se sonrojó y entendió que los reporteros no eran los que trataba en Toluca, que en Guadalajara no lo tomaban en serio y eso lo descubría ante todos. Una parte del verdadero Peña salía a la luz, aunque era sospechado hacía años. Se sobrepuso al nuevo bache y decidió seguir aunque en primera fila Luis Videgaray Caso —el hombre que fue su secretario de Finanzas en el Estado de México y que se había convertido en su operador y estrategia político, así como de imagen— le hacía la seña de '¡córtale, córtale!', similar al de unas tijeras. Pero nadie podía parar aquello.

"Hay otra novela que me gustó, que tiene que ver con los temas del poder... queee... eeeh... es la novela soobre... *La hija pródiga* y... eeh... de Jeffrey Archer, recuerdo hay tres libros... *Kane y Abel*, *La hija pródiga*... este, ¿cómo se llamaba el otro libro? (inaudible). Mira, realmente no podría yo señalar un libro que haya marcado de manera específica mi vocación. Sin duda los que tienen que ver con la novela política, la novela histórica, son de mi particular agrado... eeeh... lo último que (inaudible) es una buena novela sobre la inoportuna muerte del presidente... ¿sí es *La inoportuna muerte del presidente*?... Sí, cómo no, ahí lo traigo y lo voy leyendo, *La inoportuna muerte del presidente*. Alguien recuerde quién es el autor porque debiera señalarlo... ¿eh?... ¿cómo?... ¿cuál?

"Peña voltea a la derecha, donde no están las cámaras, pero otra vez el humor de los reporteros hace su aparición.

—De Mario Aburto —se alcanza a oír.

—Esste... (inaudible) la verdad es que cuando leo... los libros... me pasa que luego no registro (inaudible) pero más o menos te das la idea por los libros que he leído. Uno que me gustó mucho también... este es de En-

rique Serna sobre este personaje polémico que fue Santa Anna y que hace de manera... este... novelada... un libro cuya lectura también disfruté y si hay algo que disfruto mucho es la parte de la historia de México (inaudible) a veces novelada y a veces no, con mayor contenido biográfico sobre personajes que han realmente llenado las páginas de la historia de nuestro país. Hacer un (inaudible) pasaje de la Independencia, Morelos, para mí el personaje más interesante de este pasaje de nuestra historia. Luego, en el México ya independiente, pues... eeh... sin duda la... eeh... el proceso que vivió nuestro país (inaudible).

"Allí terminó la grabación, pero no este pasaje de nuestra historia. Así, un proyecto político acariciado y desarrollado por más de seis años se iba al carajo en un clip de 4 minutos y 57 segundos, gratis, que recorría las redes sociales en Internet diez minutos después para estupor y gracejo de propios y extraños. La burla inevitable, la populachera saña con que la prole cibernética trató a Peña marcó un antes y un después en el proceso electoral del 2012.

"Al gobierno del Estado de México —según las cifras más serias— le costó 800 millones de pesos anuales construir la imagen del aspirante y treparlo al primer lugar de las encuestas nacionales. Dejó a Manlio [Fabio] Beltrones en el camino y supo negociar con los grupos del poder en el PRI. Peña es un hombre que no tiene influencia nacional.

"El Grupo Atacomulco es amo y señor del Estado de México y sus alrededores, pero nada más. Ante otros cotos el proyecto de Peña se queda corto. Es un señorío local, de miles de millones de dólares. Nada más. Saber leer y escribir, como opinaba el conductor Jacobo Zabłudovsky, no es requisito para ser presidente y por una vez don Jacobo tiene razón. No es requisito ni para ser gobernador, diputado ni secretario de Finanzas. De Peña y los aspirantes debía hablarse sobre sus proyectos políticos y plataformas de trabajo, sobre el qué y los cómo. Pero no hay nada aunque siempre queda el lado chusco, más sabroso, rentable y revelador."

El 5 de diciembre, Peña recibió dos malas noticias. La primera: por la mañana, un usuario de Facebook comenzó a vender playeras con la leyenda "Uso Twitter y SoyProle con orgullo (plis RT)", con un costo de 70 pesos. La segunda: al mediodía, estudiantes de diversas instituciones educativas acudieron a la sede nacional del PRI a donar un paquete de libros que debía ser entregado al candidato presidencial.

René González, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Marco Macías, del Instituto Politécnico Nacional (IPN), y Fernando Cor-

zo, de la Universidad Autónoma Metropolitana, también entregaron una carta dirigida a Peña Nieto: “Además de las connotaciones negativas que esto tiene para sus aspiraciones políticas presidenciales, es más grave decir que usted, si acaso, se encuentra en la media nacional en cuanto a hábitos de lectura; los mexicanos lamentablemente no leen más de tres libros al año, bueno, usted no ha leído más de tres libros en su vida, y ha escrito más libros de los que ha leído”.

Es indignante, advirtieron, el predominio de una clase política que defiende el actual modelo neoliberal “y de la cual usted forma parte, que desprecia la educación y la cultura, no sólo por las limitaciones personales de políticos sostenidos sólo por la magia de la televisión, sino por su postura de ponderar el abandono presupuestal a la infraestructura educativa básica, las instituciones del arte, la cultura y las universidades públicas”.

Para rematar, los estudiantes recomendaron tres lecturas a Peña Nieto: *Casi el paraíso*, de Luis Spota; *El Nuevo Proyecto de Nación*, elaborado por los mejores intelectuales del país, y la Constitución Política de México, que, bien dijeron, “debe estar en algún estante en sus oficinas, por eso no la traemos”.

Luego lo alcanzó un volado más de izquierda. El poeta José Emilio Pacheco fue más sereno, pero igual de duro que Carlos Fuentes. En el marco de un homenaje por el centenario del natalicio del escritor Fernando Benítez, el autor de *Las batallas en el desierto* sentenció: “Creo que si no lee, no puede tener lenguaje; si no tiene lenguaje no puede pensar y no puede pensar en los problemas de este país. No quisiera ensañarme con ningún caído, pero me parece una absoluta y auténtica tragedia no de este señor, sino de México”.

También se preguntó cómo podría el político mexiquense actuar así al frente de la nación: “Este señor se va a enfrentar así a este país tan difícil en los próximos seis años, ¿a dónde vamos a llegar?”

La situación no mejoró para Peña porque su principal defensor apareció en las botas del ex presidente Vicente Fox. Y la actriz Consuelo Duval, de Televisa, sacó la cara por la hija: “A Paulina Peña LA AMO!!! y es justo en un momento difícil cuando el amor se demuestra! Nada tiene que ver con política ni con televisoras!” Adela Micha y Carlos Loret de Mola, conductores de noticieros en la misma cadena, fueron duramente criticados. Ella, por decir en el programa *Tercer Grado* que “leer es irrelevante a la hora de gobernar”; él, porque se montó disimuladamente al camión de Peña, quien, sin ninguna prueba ni ofrecer nombres, atribuyó sus pifias a un complot de sus opositores.

DISLATE DE COLECCIÓN

El efecto por la cantinflasca respuesta de Peña en la FIL se prolongó durante más de una semana. Destacó, empero, un punto poco comentado: en la Universidad Panamericana, donde el ex *Golden Boy* estudió y se graduó con una tesis dedicada al hacedor de *frankensteines* llamado Arturo Montiel, pesaba un sentimiento ambivalente. Por un lado, según se dijo, había dicha porque, en caso de ganar los comicios, el sobrino de Montiel prometió toda clase de ayudas; por el otro, había vergüenza porque, sin haber leído un solo libro, el aspirante tricolor pudo redactar su tesis para titularse y, además, prologó y escribió libros.

Esos sentimientos contradictorios pasaban y pesaban también por las aulas del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), donde se preguntaban cómo pudo Enrique Peña Nieto terminar una maestría en Administración de Empresas. Algunos incrédulos revisaron los nombres que aparecen en el patronato de aquella institución y encontraron respuesta a su inquietud.

Así que la noticia del desliz intelectual de Peña llegó hasta España, donde el diario *El País* señaló: “¿Cuáles son los tres libros que han marcado la vida del candidato puntero de todas las encuestas en México, Enrique Peña Nieto?” La respuesta sigue en espera, pero aún se recuerda que en la primera fila, Videgaray, un diputado de sólida formación financiera y asesor de Peña, le hacía a su jefe señas con los dedos sobre la boca, como quien simula una tijera, para que el precandidato cortara su respuesta sobre los libros.

La colección de chascarrillos sobre los incidentes no tiene medida y apenas sale uno cuando diez más están en circulación e incluyen hasta una aparición de Hitler, enojado porque se ha descubierto que su candidato nunca ha leído.

Los más ingeniosos fueron de una publicidad atribuida falsamente a las librerías Gandhi, que decía, por ejemplo, “Bruce Lee, Peña no” o “Menos face y más book”, “PRImero lee”, “No le regales tu voto a Peña Nieto, mejor regálale un libro”, “Lee, que no te dé Peña ajena”, “Ninel, no estás sola. Con amor, Enrique”, “Mi abuela decía: si no lees vas a dar pena nieto”, “Alguna vez leí algo de Martin Burger King”, “Sin teleprompter no hay paraíso, de autor que ahorita no recuerdo”, “¿Le gusta cómo escribe Pacheco?: No, si en mi sano juicio me cuesta hilar una idea, ¡imagínate pacheco!” Y una serie de preguntas o burlas que, literalmente, se acumularon por decenas de miles para simular el desastre de la presentación:

- ¿Qué le parece Benedetti?
- EPN: son muy buenas sus pizzas.
- Pero la Constitución sí la ha leído, ¿verdad, candidato?
- ¡Híjole! No sé, ¿También la escribió Krauze?
- ¿Quién te enseñó a leer, Enrique?
- ¡La Maestra!
- ¿Autor preferido?
- Juan Salvador Gaviota, mi suegro, les recomiendo su obra...
- ¿Le gusta la obra de Homero?
- No, la verdad prefiero a Bart...
- ¿Ha leído muchos libros?
- He escrito más...
- ¿Qué libro lo ha marcado?
- Un libro que no recuerdo.
- ¿Qué opina de 'La naranja mecánica'?
- No estoy de acuerdo con los transgénicos...
- ¿Ha leído "El dinosaurio", de Monterroso?
- Ya lo estoy empezando...

La anécdota de Peña será recordada el resto de la campaña y, si gana, en el sexenio por venir, pero la respuesta que en la primera semana de diciembre lanzaron Paulina y su novio a la andanada de críticas que en las redes sociales y medios masivos de comunicación siguió al error de su famoso y cantinflesco padre fue contundente: "Un saludo a toda la bola de pendejos que forman parte de la prole y solo [*sic*] critican a quien envidian". Como fue señalado en párrafos anteriores, esta vez el vapuleado Enrique tuvo que justificar no sus olvidos ni sus equívocos, sino los excesos de su hija, quien ejercía la libertad de expresión que tanto defiende el candidato presidencial oriundo de Atlacomulco.

Antes de ser tragada por la cotidiana vorágine de información, la anécdota le dio la vuelta al mundo. Internet fue la caja de resonancias. Por ejemplo, en la página y buscador de Yahoo! —<http://www.yahoo.com.mx>— titularon: "En Europa, Peña Nieto es como Justin Bieber", con su respectiva historia: "El error del precandidato del PRI no se quedó en el territorio nacional y cruzó el océano Atlántico hasta llegar al Viejo Continente, donde fue bautizado como el Justin Bieber del PRI. [...] El calificativo no es porque Peña Nieto sea tan popular entre las adolescentes del mundo como la estrella pop; tampoco porque cuide su peinado tanto como el cantante (puede que hasta más).

"La razón tiene que ver con la similitud de los dos personajes a la hora de responder en cosas que aparentemente resultarían simples, pues la historia reciente nos ha demostrado que en esto de la supuesta cultura general, el que no cae, resbala. [...] Resulta que el diario francés *Le petit journal* publicó una nota sobre el resbalón del aspirante presidencial en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, con el título: 'Enrique Peña Nieto, el Justin Bieber de la política mexicana'.

"Lo anterior, comparándolo con una aparición del joven intérprete en el famoso programa nocturno de David Letterman, donde presumió que ha viajado por todos los continentes del mundo. '¿Y cuántos continentes hay?', le preguntaron. [...] Y la respuesta fue: 'Asia, Norteamérica, Sudamérica, África, Antártida, el Polo Norte... Canadá'. Europa y Australia aparecieron después [...], nunca dijo Oceanía."

En la Ciudad de México, el periodista Jacobo García cobró notoriedad como "El reportero que cambió la historia". En una nota el periódico capitalino *El Universal* preguntó: "Pero ¿quién es la persona que hizo la pregunta a Enrique Peña?" La respuesta llegó en una amplia entrevista firmada por Guillermo Osorno: "Es Jacobo García, el corresponsal del periódico *El Mundo* de España. [...] Había terminado la presentación del libro de Peña Nieto en la Feria Internacional del Libro, de Guadalajara. 'Me pareció una puesta en escena impresionante', dijo Jacobo ayer. 'Cómo manejaba las cadencias, las miradas. Había salido impactado por la presentación. Todo estaba muy bien hilado'.

"Luego, el candidato del PRI a la Presidencia de la República se cambió de sala para dar una conferencia de prensa a los periodistas. No eran muchos: a Enrique Peña Nieto no lo habían seguido los reporteros que cubren la fuente política. La conferencia parecía transcurrir sin consecuencias. 'Era una gran oportunidad de conocer al candidato, porque hasta ese momento no se le había podido ver', dijo García. 'Sólo le habían dado acceso a algunos medios extranjeros privilegiados'.

"Se habló de Moreira, se habló de su programa de cultura. García le preguntó sobre los tres libros que lo han marcado como político, o como persona. Y ante el asombro de todos los presentes, el candidato del PRI a la Presidencia comenzó a resbalar. [...] En la sala comenzaron a escucharse risas, dijo García. 'Estaba acongojado. Daba pena ver cómo alguien se va metiendo en el fango. Yo miraba a los asesores, cinco o seis, que estaban en la primera fila y uno de ellos le hacía señas para que cortara... se iba complicando el asunto'.

"Enrique Peña Nieto salió como pudo del embrollo, contestó dos preguntas más, dio por terminada la reunión y se retiró rápidamente del salón. Lo acompañaba un equipo de seguridad tan grande como el Estado Mayor Presidencial. 'Lo sorprendente es que ni siquiera pudo decir el título de su propio libro', dijo García.

"En la noche, García fue a una fiesta. La gente lo trataba como un héroe. [...] Le pregunté cómo cree que su pregunta afecte la figura de Enrique Peña Nieto. 'Yo pienso que este tipo de respuestas tienen más repercusiones a la larga', dijo. [...] Recordó la respuesta de Esperanza Aguirre, ex ministra de Educación y Cultura que en 2009 dijo, refiriéndose al premio Nobel portugués de Literatura, que Sara Mago era una excelente pintora. 'Estas cosas hacen mucho daño. Sí que acaban golpeando.'

"Hablamos luego del *tuit* de Paulina Peña, la hija de Enrique Peña, en el que se refiere a los críticos de su padre como proletarios y pendejos. 'Aunque se entiende que es la reacción de una hija agraviada, el tono y las palabras empleadas me parecen impresentables.' [...] Finalmente, quería saber cuál creía él, como corresponsal extranjero, que era la gran historia para reportear durante el siguiente año. 'La gran historia es contarle a los españoles por qué vuelve el PRI', dijo. 'Tratar de entender qué es lo que pasa por la cabeza del votante mexicano.' "

En el Estado de México, donde lo conocen bien, puesto que lo vivieron seis años como gobernador, otros tantos como subsecretario, secretario de Estado, diputado local y presidente de la Legislatura, fueron aún más sarcásticos. Miguel Alvarado escribió: "Ahora hasta en Francia lo comparan con otro ignorante célebre y ya lo llaman el Justin Bieber del PRI. La nota, que se encuentra en el link <http://www.lepetitjournal.com/mexico/breves-mexico/91349-enrique-pena-nieto-le-justin-bieber-de-la-politique-mexicaine-.html>, dice en perfecto francés que 'les images télévisées des ennuis de Peña Nieto ont semé la jubilation parmi les détracteurs du PRI sur Twitter. Plusieurs l'ont qualifié de *Justin Bieber du PRI*, en référence aux difficultés de ce dernier à nommer les sept continents lors de sa visite au talk-show de David Letterman, en novembre' ". Esto no paró allí y el comentario fue reproducido por "Reuters y el periódico español *ABC*, mientras *The New York Times* comparó los deslices de Peña Nieto con los del gobernador de Texas, Rick Perry, y consideró que es 'telegénico, pero hueco'.

"Para el equipo priista que encabeza Videgaray está en chino recomponer el agujero en el que se metió su candidato, pero eso es lo que menos les interesa, pues saben que el próximo embate tendrá que ver con la vida priva-

da del aspirante y puede costarle la victoria. Es increíble cuánto trabajo y dinero ha costado a aquel grupo hacer de Peña una figura pública y no deja de llamar la atención que él mismo, en cuatro minutos con 47 segundos y absolutamente gratis, haya enviado todo al carajo.

"Que a Peña no le guste leer es una cosa, pero que en el PRI dejen de trabajar para que llegue a la Presidencia es otra. En el gobierno del estado se implementa desde hace mucho un programa llamado 'Regionalización Territorial', en el que funcionarios de nivel medio y bajo recorren y reconocen zonas pobres con la intención de darles atención. Se dirigen a las escuelas, cabeceras municipales, incluso iglesias, para contactar a directores de escuelas, curas y líderes gremiales, dice un empleado de aquel programa, que termina en junio del 2012.

"A quienes visitan les hacen saber que no son priistas pero que sí son del gobierno estatal y mencionan el nombre del aspirante presidencial nada más de pasada. En el momento en que haya dinero, regresan con los entrevistados [y] entregan alguna ayuda. 'Acéptenos nuestras dádivas, que por cierto son los mismos impuestos que les quita el gobierno, sólo se los regresamos con ánimos electorales. Saquen su cámara y háganos una buena nota, dice aquel empleado.'

"Angélica Rivera, la esposa de Peña, también le entra al submundo del Twitter y postea, entre otras cosas, sus posturas políticas. Una de ellas dice: 'O sea sí, el PRI fue corrupto y mentiroso, pero ya supérenlo, no sean resentidos. Carlos Salinas ha sido el mejor presidente de México, me consta'. Otra advierte: 'No, los Zapatistas eran revoltosos que estaban poniendo en peligro la estabilidad de las empresas. Salinas hizo bien en mandarles al Ejército'. Pero la colección es interminable y ya ha llamado la atención y la revista *Proceso* recuerda las siguientes: 'Osea [sic], yo creo que si los indios quieren salir de donde están que se pongan a trabajar y dejen de estar de flojos o violentos, como en Atenco'. 'Enrique no se arrepiente nada por lo que pasó en Atenco, la verdad se lo merecían, sólo perturban la paz de todos los que sí queremos trabajar.' 'Por eso dije que Salinas hizo bien cuando mandó al Ejército a esos indios revoltosos, o sea que se pongan a trabajar y amen a México también.'

"Pero López Obrador, el perredista aspirante a la Presidencia, también tiene sus detalles. Cree, por ejemplo, que de haber podido asumir la Presidencia en 2006, el mundo estaría hablando de él y no de Lula o de otros estadistas destacados, muy pocos por cierto. Como van las cosas, la estrategia panista de no tener un aspirante oficial es muy acertada, la mejor, pues se están ahorrando un montón de dolores de cabeza. Al paso que va esto, cuan-

do Josefina [Vázquez Mota] sepa su destino, arribará en el primer lugar porque los otros dos se habrán encargado de hundirse en las encuestas.”

Al final, la presentación de *México, la gran esperanza* fue un fracaso mayor. Un fin de semana que marcó al candidato presidencial. Días después Peña dio por terminada, en forma abrupta, una entrevista con el diario español *El País*, cuando fue incapaz de responder preguntas sobre la canasta básica y, para colmo, exhibió su ignorancia respecto a cuánto ascendía en ese momento el salario mínimo de los trabajadores mexicanos.

La nueva pifia se reprodujo como hongo en las redes sociales el lunes 12 de diciembre: “Sus críticos han apuntado que no sabe actuar en situaciones fuera de guión. Este diario [*El País*] le preguntó por algunos precios de productos básicos, algunos los supo, otros no, pero suspendió al preguntársele por el monto del salario mínimo, que él tasa en 900 pesos al mes, cuando para 2011 ronda los 1,740”.

Fue un error histórico, considerando que en el capítulo V, “Un México sin pobreza”, de su libro, Peña analiza, hasta con minuciosidad, temas como la desigualdad, la pobreza, la precariedad de los salarios y la insuficiencia de la política pública actual, apoyándose en 42 citas bibliográficas y documentales de decenas de autores prestigiosos, estudios y cifras especializadas producidas por organismos públicos como la OCDE, Coneval, INEGI, PNUD, OIT, ONU, entre otros. Esto nos hace preguntar si el autor de un libro reciente como éste puede no conocer un dato básico para su análisis, como el del monto del salario mínimo en México, según escribió Samuel García en la columna que publica en *24-Horas*.

“Hasta aquí tendríamos que asumir que el libro fue escrito por sus asesores y amigos, y que Peña se limitó —quiero pensar— a discutir las ideas y, claro, a firmarlo. No hay novedad en que otros hayan fabricado su libro, como en que él estuviera dispuesto a firmarlo sin conocer su contenido a fondo. [...] Si esto es así entonces habría que preguntarse si importa que un candidato a la Presidencia de la República llegue a asumir el liderazgo del país con tal nivel de ignorancia y de falta de credibilidad, bajo el riesgo de elegir a una marioneta movida por intereses desconocidos para el electorado. [...] Aquella crítica de sus enemigos de que es un candidato fabricado que no sabe actuar sin guión comienza a tomar cuerpo en sus primeras incursiones electorales y, de seguir así, le será difícil sostener explicaciones a sus ‘confusiones’ o ‘errores’.”

Y, a bote pronto, salió una pregunta: ¿quién le compra las tortillas a Peña Nieto? En su *Corte de Caja*, que publica en el portal de Yahoo!, Miguel Ángel

Castillo fue sarcástico: “Enrique asegura que él no es la señora de la casa para conocer el precio del kilo de tortillas. Enseñada, para amortiguar el dislate precisa que se refería únicamente a lo que sucede en su hogar. En un sencillo silogismo, concluiríamos entonces que quien compra ese producto básico es su esposa, Angélica Rivera. [...] No es porque uno sea malicioso, pero dudamos que la famosa ‘Gaviota’ se apersona en las filas de tortillerías, recauderías y demás para conseguir los manjares que pone en su mesa con sus 900 pesos de presupuesto mensual. A menos, claro, que se trate de una telenovela. [...] Para desgracia de Peña Nieto, sus frases lo hacen quedar como el cohetero, una vez salidas de su boca con nadie queda bien. Imagínense que recule y diga que tampoco se refería a la señora Rivera, en caso de que se nos ocurra preguntarle a ella si al comprar tortillas lleva servilleta, pide papel o se lleva la masa para hacerlas a mano. [...] Entonces, como criticones que somos diríamos: ¡Ah, no es la señora de la casa!, lo cual derivaría en una bronca (para él, por supuesto) ya no con quien se mofa de sus dichos, sino con la dueña de sus quincenas (y si gana en 2012, quizá también de las nuestras)”.

Antes de cerrar 2011, cuando todavía no empezaba la campaña verdadera, la situación se acercaba al desastre. Una encuesta de la firma especializada Mitofsky —levantada del 21 al 27 de noviembre, antes de la FIL y los señalamientos de la “prole pendeja” que endilgó Paulina Peña a los críticos de su padre— mostró la realidad: Peña cayó en las preferencias electorales de 54.3 por ciento en mayo de 2010 a 44.6 por ciento en noviembre de 2011. La panista Josefina Vázquez ascendió de 10.7 por ciento a 19.7 por ciento en el mismo periodo y López Obrador subió de 12.5 por ciento a 16.1 por ciento.

“Los desaciertos políticos de Enrique Peña Nieto han puesto en aprietos al PRI, que antes de ello —los dislates en la FIL— aseguraba por todos los medios que la Presidencia de la República volvería a estar bajo su mando”, puntualizó por su lado Jesusa Cervantes, de la revista *Proceso*.

“Ahora, las infortunadas revelaciones de su ignorancia, la crítica que ha recibido por destacados escritores, pero sobre todo las encuestas internas que han mostrado, por ejemplo, que el *tuit* de la hija de Peña Nieto, Paulina, que tanto malestar generó entre la población en general, lo llevó a perder en el acto ¡10 puntos! —porcentuales en las encuestas de opinión pública.

“Las encuestas están generando algo más que malestar entre un sector de la militancia priista, y quienes ayer pensaban que Peña sería un mal presidente de la República pero un excelente candidato hoy lo están dudando.

“El problema para los priistas es algo más que el ridículo en que ha que-

dado su candidato presidencial, lo que les está preocupando tanto a sus seguidores como a sus aliancistas —con personajes como Elba Esther Gordillo y organizaciones como Partido Verde— es la falta de operación política que ha mostrado el exgobernador mexiquense y su incapacidad para imponerse a las nuevas directrices que está marcando el actual presidente nacional del PRI, Pedro Joaquín Coldwell.

”Y es que la salida de Humberto Moreira —que ya era insostenible como presidente del PRI— le ha pegado duro a Peña Nieto. En su partido se asegura que el encopetado candidato presidencial ‘negoció’ la llegada de Moreira para ganarse la confianza y apoyo de la ‘maestra’. En el círculo político todos saben de la gran relación que hay entre Moreira y Gordillo e incluso que fue ésta quien en 2003 operó para que fuera el candidato del PRI al gobierno de Coahuila.”

Lo de los diez puntos quizá era exagerado, pero durante la primera semana de febrero se hizo pública la magnitud del desastre: “En los últimos tres meses Enrique Peña Nieto cayó 18 puntos porcentuales en la intención del voto rumbo a la Presidencia de la República”, según la última encuesta de Ipsos-Bimsa. Los resultados se hicieron públicos en la radio de la Ciudad de México.

Los priistas quieren olvidar el traspie de Paulina. Están atormentados porque su candidato es incapaz de hilar una idea coherente cuando lo sacan de los estudios controlados de televisión. Están convencidos de que otros problemas ocultos de su rival inevitable servirán para desviar la atención. Ante ellos desfilan otras imágenes. Los asaltan pensamientos ocultos para que los electores mexicanos echen una mirada a la historia de la corrupción y la descomposición del PRD.

En el cuartel de campaña de Peña Nieto hay quienes tienen la certeza de que en el PRD hay un nuevo desánimo porque esperaban como candidato al jefe de Gobierno del Distrito Federal, Marcelo Ebrard. Creen que, desde hace mucho, los perredistas abandonaron sus aspiraciones y dejaron de luchar porque entre las imágenes más difundidas de este partido destacan el irrespeto a la legalidad, la simulación, el corporativismo y las componendas cupulares para mantener el control burocrático y los millonarios recursos del erario.

La visión de algunos de los operadores peñanietistas tiene sus fundamentos. Los perredistas se han encargado de ver a su partido como una mera mercancía o una tienda de franquicia porque nunca tuvieron la intención de resolver sus problemas de fondo, cuando éstos emergieron. Se olvidaron de que ellos enarbolaban, o debían hacerlo, la bandera de la democratización.

Pero sus procesos internos han estado plagados de irregularidades —muchas pudieran tipificarse como delitos electorales— a cambio de puestos internos en la dirigencia, mientras las candidaturas a puestos públicos se han convertido en la mejor moneda de cambio.

En el proceso, el perredismo hizo un ajuste ideológico, se deshizo para siempre del comunismo y del socialismo por una mala adaptación de la ideología de la Revolución Mexicana, así que, como advierten algunos perredistas, hoy no se sabe qué es el partido. Por eso los electores, al menos de momento y según las encuestas de 2011, veían esperanzados el regreso del PRI a través del gobernador del Estado de México, sin importar que éste represente lo más negro de la herencia priista.

Con un candidato gris, forjado en las pantallas de televisión, cuyas primeras intervenciones públicas fueron de desastre en desastre, los peñanietistas aspiran a que los verdaderos dueños del dinero —las 150 familias que controlan hasta dos tercios del ingreso nacional— mantengan un idilio con su candidato, redescubran en Peña a un candidato más panista, todavía más conservador y más dócil que el propio candidato presidencial del PAN. También quieren convencerse de que, a partir de 1999, el PRD representa un testimonio múltiple de las nuevas esperanzas priistas. En otras palabras, ven el punto débil de López Obrador en la caótica historia interna perredista.

Las fisuras del precandidato priista se hicieron grietas enormes en diciembre de 2011. El de Atlacomulco entendió, de la peor manera y a la luz pública, que su cuidada imagen de galán de telenovela de Televisa y el respaldo del poderoso grupo de sus parientes podría no ser suficiente para llegar a Los Pinos. La desmemoria de los mexicanos sería su único as bajo la manga, y en eso, al menos, coincide con los perredistas, acostumbrados a mirar hacia otro lado cuando sus propias historias negras son exhibidas. Empero, la corrupción del PRD va más allá de la gestión de Robles y supera, con mucho, los pasajes oscuros de López Obrador. El silencio y la omisión son, pues, el espacio en que Peña y AMLO pueden verse cara a cara sin hallar grandes diferencias. Como si de un espejo se tratara.

Tapaos los unos a los otros

MALIGNO COMO SUELE SER en ocasiones escarbar en el pasado o sentarse a la mesa con un viejo militante de la izquierda histórica, los hechos son ineludibles. A pesar de su corta vida, en el PRD la simulación y el fraude eran anteriores a Rosario Robles: en la contienda interna del 14 de marzo de 1999, las irregularidades fueron tantas que el servicio electoral perredista fue obligado a realizar nuevas elecciones.

Amalia García Medina, quien con los años llegaría a la gubernatura de Zacatecas, recibió 9 mil votos en casillas que nunca se instalaron. También se denunció el cínico embarazo y robo de urnas, el voto inducido y la infiltración de representantes de las planillas en los órganos electorales internos. Los principales rivales de aquellos comicios, Amalia y Jesús Ortega Martínez, se acusaron mutuamente de todas las vilezas habidas y por haber.

La oriunda de Zacatecas, ex secretaria de Relaciones Políticas del Comité Ejecutivo Nacional perredista y en aquel entonces senadora, buscaba un doble triunfo: ser la primera mujer, electa por voto universal directo, en dirigir un partido político y, paralelamente, que el PRD fuera, al fin, encabezado por alguien que no hubiera militado en las filas del PRI, como eran los casos de sus antecesores Andrés Manuel, Porfirio Muñoz Ledo y Cuauhtémoc Cárdenas.

Pero durante la que fue su tercera intentona por alcanzar la dirigencia del PRD, la hija del también zacatecano Francisco Espartaco García Estrada, quien fue gobernador (1956-1962) de su estado, así como embajador de México en Guatemala, Filipinas, Polonia y República Dominicana, derramó, en sentido metafórico, más de una gota de sangre.

Extractos de crónicas, reportajes y artículos periodísticos dan idea de cómo los perredistas se devoraron entre ellos: "En el paquete hay diez actas de Tlaquepaque, Jalisco. No lo va usted a creer, pero aunque corresponden

a diez casillas distintas, todas y cada una tienen exactamente los mismos números: 377 votos para la planilla 8; 188 para la 5 y 158 para la 6. Allí, en otra carpeta, hay 605 votos del istmo oaxaqueño para la aplanadora de la planilla 5.

“¿Y qué me dice de esa otra acta, de una casilla de la capital de Campeche? No se necesita un grafólogo para darse cuenta de que todas las firmas, supuestamente de distintas personas, fueron hechas por la misma mano. ¿Y cómo explicar que en Ixtacuixtla, Tlaxcala, todos los militantes que viven en la sección 244 fueron a la urna, pero aquellos de las secciones 243 y 245, que podrían haber votado en la misma casilla, no aparecieron por ningún lado?”

“No, no es el cochinerito del PRI. Los datos anteriores provienen de los documentos que tuvo en su poder el Servicio Electoral del PRD en las celebradas elecciones internas del 14 de marzo de 1999. Como se sabe [...] no pudo evitarse que se convirtieran en una mancha más negra que la pobreza en la historia de los perredistas, esa fuerza nacida, precisamente, de la lucha contra el fraude electoral.

“El recuento de los daños, del que sólo anotamos aquí una breve selección, incluyó actas alteradas y falta de originales de éstas; representantes de planilla que firmaron como funcionarios electorales; el uso de más de 100 por ciento de las boletas; casillas con un voto cada 50 segundos; planillas que definieron, con sus criterios, la ubicación de las casillas y la asignación de boletas; retención de actas desfavorables a algún candidato; en 118 municipios la participación superó 90 por ciento del padrón; en 61 municipios participó 100 por ciento de los electores o más. [...] En varias entidades, además, se registró un promedio de 15 por ciento de casillas con votaciones altísimas: Chiapas, Jalisco, Michoacán, Estado de México, Oaxaca, Puebla, Sonora y Zacatecas, justo donde se registraron más impugnaciones.”

La presidenta del Servicio Electoral en Puebla, Alma Leticia León, acusó a personajes cercanos a Amalia García de haber alentado un asalto a la sede estatal del partido a fin de robar paquetes electorales que serían definitivos para los resultados. Y en el Distrito Federal, Dolores Padierna —quien años más tarde acusaría a Rosario Robles de prostituir al PRD— responsabilizó al jefe de Gobierno, Cuauhtémoc Cárdenas, de intervenir en la elección para favorecer al ex líder estudiantil universitario Carlos Ímaz.

A las denuncias de Padierna se sumaron las de Arnoldo Sauza López y Felipe Villanueva Eretza, quienes aspiraban a la presidencia del PRD en la Ciudad de México. “Se está cayendo en prácticas oficialistas y corporativistas en nuestro partido y eso no lo podemos permitir, ya que nuestros idea-

les van en contra de esas actitudes que por tanto tiempo hemos criticado y descalificado”, advirtió Eretza.

En realidad, los problemas empezaron desde antes de las elecciones. Raúl Álvarez Garín, Miguel Aroche y Carlos Bracho, también aspirantes a la presidencia perredista, habían exigido suspender el proceso interno denunciando que el padrón de militantes no era confiable, ya que durante la afiliación se incurrió en prácticas clientelares e incluso fue rasurado el listado. Esos tres nombres, junto con los de Gerardo Fernández, Leticia Ramírez, secretaria de Organización, y el diputado Alfonso Ramírez Cuéllar, entre otros, no aparecían en el nuevo padrón perredista.

Lo del padrón es una larga historia, pero, para ejemplificar, hay datos concretos: el 14 de marzo de 1999 había 2.4 millones de personas inscritas o afiliadas; cuatro meses más tarde, el 25 de julio, quedaban 2.1 millones, de acuerdo con los números reportados por los responsables de los órganos electorales internos.

Lo mismo se repite en distintas épocas: el 27 de octubre de 2011 hubo una alerta: el padrón con que se realizaría la elección de consejeros nacionales y estatales en el Distrito Federal, el domingo 30, estaba plagado de irregularidades. En un análisis del listado integrado por 854 mil 703 electores de las 16 delegaciones, aparecieron 337 mil 981 nombres como representantes de planillas que participarían en los comicios. Asimismo, había 60 mil 465 nombres duplicados, de los cuales 21 mil 574 correspondían a la Delegación Iztapalapa, la zona con más electores: 175 mil 925 hasta el 23 de ese octubre de 2011.

En las claves de elector de aquel marzo de 1999 se detectaron 40 mil 359 inconsistencias. También hubo algo que no sorprendió a nadie: la repetición de hasta 27 veces de un militante. Para esto había una explicación: el documento indicaba que la clave de elector, el municipio y la sección se habían modificado en 27 ocasiones. En la duplicación se repetían los rangos en cuatro, 18 y hasta 27 veces en el caso de una mujer identificada como María Hernández Hernández.

Y había más... “Estamos solicitando a la Comisión Nacional de Garantías y Vigilancia que intervenga de inmediato para remediar la situación, en vista de que los hechos derivados de la distribución corporativa de la leche Betty hacen ver que se trata de un intento evidente de fraude electoral que debe ser evitado. [...] La práctica clientelar de condicionar la venta de esa leche por la credencial de elector es medida priista que se desplegó en el Distrito Federal, el Estado de México y Puebla, con lo que se afecta al 25 por

ciento del padrón perredista, por lo que es necesario posponer el proceso de elección y someter el listado a una real validación”, precisó Álvarez Garín. Nadie atendió la solicitud.

El 18 de marzo de aquel 1999, Rosa Albina Garavito Elías presentó dos impugnaciones: una porque en Zacatecas se encontraron 50 casillas *zapato* —re llenas con votos para Amalia— y otra por el cambio de 50 urnas en Tabasco, justo un día antes de los comicios. Además de las registradas en Zacatecas, las irregularidades más graves se denunciaron en Baja California, Campeche, Chiapas, Jalisco, Michoacán, Oaxaca, Puebla, Sonora, Tabasco, Tlaxcala y Veracruz. Se documentó acarreo, fabricación de votos, urnas embarazadas, robo de ánforas y *ratón loco*, entre otras anomalías.

Las sombras de la duda cubrieron a la senadora zacatecana, una mujer que, en su juventud, a principios de la década de los 70, se afilió en el estado de Puebla al Partido Comunista Mexicano y portaba con orgullo tanto la palabra “comunista” como los motes de *pez* o *pescado*. Su historia la respaldaba sin cuestionamientos. Gracias a su habilidad y capacidades políticas fue una de las cuatro mujeres que formaron parte del Comité Central del PCM, órgano de dirección partidista en el que había 71 hombres.

Férrea defensora de los derechos humanos y de las mujeres, vivió horas aciagas aquel marzo de 1999: ni ella ni Jesús escatimaron descalificaciones mutuas. Tres días después del fraude, los perredistas conocieron el tamaño del *chanchuyo*: hubo falsificaciones en el padrón, acarreo, inducción y compra de votos, así como uso de recursos públicos para favorecer a candidatos. En el colmo, entre las anomalías se documentó que desaparecieron del padrón perredista personajes como Cuauhtémoc Cárdenas, la propia candidata Amalia García, Rosa Albina Garavito, Mario Saucedo y Raúl Álvarez Garín.

El veredicto en las urnas y sobre la elección fue claro: se puso en marcha un proceso de descomposición que llevó a los perredistas hasta una encrucijada. Se hicieron cada vez más patentes la división interna, los enfrentamientos y los acuerdos posteriores entre las cúpulas y las tribus para hacerse de la vista gorda.

Como lo han apuntado algunos especialistas, las reglas del PRD padecen un mal congénito: son democráticas en demasía y eso las vuelve inoperantes en la práctica. A pesar de contar con el Servicio Electoral Nacional (SEN) y con la Comisión Nacional de Garantías y Vigilancia, los acuerdos, formales e informales entre las tribus, aniquilan cualquier estatuto.

Aunque Amalia contó con el apoyo de los Cárdenas —Cuauhtémoc y su hijo Lázaro— y de Leonel Godoy, aún se recuerda que, si de verdad se hubie-

ran instalado, en ciertas casillas de Tabasco y algunas otras del sureste se habría necesitado meter un voto por minuto para que la fórmula encabezada por la zacatecana se afianzara en la dirigencia. Nunca hubo un castigo para los responsables del que, hasta la fecha, es considerado el proceso interno electoral más sucio del PRD. En aras de la unidad se optó por la simulación.

El PRD empezó a delinear un futuro sombrío que se materializaría, sólo para ejemplificar, en 2005, cuando fue necesaria y ciertamente muy sospechosa la intervención del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación para imponer el triunfo de Jesús Ortega Martínez, y en 2011, con las mismas acusaciones, las mismas trampas y los mismos resultados: fraude.

En algunos casos, el favor sería retribuido casi de inmediato. En 2000, Amalia García y su tribu le dieron la espalda a su natural y viejo aliado Pablo Gómez, y jugaron un papel preponderante en la designación de Andrés Manuel como candidato a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, desde donde éste catapultó su popularidad, desplazó a un desgastado Cárdenas y se enfiló hacia la candidatura presidencial en 2006.

DE TODO SE VALE

Amalia sobrevivió. Llegó a la dirigencia y ganó la gubernatura de Zacatecas. Parte del informe final del sucio proceso electoral perredista, que se publicó en la edición del 28 de marzo de 1999 en el periódico *La Jornada*, fue retomado en 2010 por el investigador Alberto Espejel Espinoza para su tesis de maestría en Ciencias Sociales. En el texto —*Ni buenos ni malos: juego sucio y resultado en los procesos de elección de dirigencia nacional en PRD 1999-2008*—, Espejel resalta: “De las 6 mil 700 casillas algunas de las irregularidades que llevaron a anularlas fueron: 337 urnas no contaban con documentación completa, ya que no se recibió el acta de escrutinio original ni su copia certificada, ambos documentos de control infalsificable; 445 casillas tenían menos de dos firmas de funcionarios responsables; en 555 todos los funcionarios fueron cambiados de manera injustificada, lo que [es] evidencia de apertura ilegal de urnas; 177 casillas tenían actas alteradas en número o letra, que indican manipulación de los funcionarios; 129 fueron reubicadas sin causa justificada; en 97 aparecen representantes de casilla firmando como funcionarios, lo que implica suplantación de personas; en 51 casillas hubo más votos que boletas recibidas; en 54 actas de escrutinio se da cuenta de que votó una persona cada segundo, lo que es materialmente imposible”.

También en aquel 1999, el primer caudillo se tomó su tiempo, engañó a los bejaranistas y movió sus piezas como en un tablero de ajedrez para imponer como líder perredista del D.F. a Carlos Ímaz Gispert. El trabajo “fino” para hacerse con el control del PRD-DF a través de Ímaz se tejió con recursos públicos por más de 14 millones de pesos, contra los 2 millones que, oficialmente, el PRD-DF aprobó y destinó para el proceso completo.

En su estudio *Los caudillismos perredistas*, el investigador Jorge Ignacio García Ponce, de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), es muy preciso: Cárdenas supo “utilizar y combinar su liderazgo caudillista y la actividad de su grupo de incondicionales para manipular los procesos internos del partido a favor de sus intereses. Un ejemplo claro fue la elección por la dirigencia del PRD en el DF en 1999. Sabía que una fuerza importante para disputar la presidencia local del partido era la Corriente de Izquierda Democrática (CID) de René Bejarano [Martínez] y Dolores Padierna [Luna]”.

Jóvenes ambos, René y Dolores habían encontrado la fórmula para cambiar, aunque fuera un poco, el esquema tradicional de hacer política. Tenían un poder cimentado en su capacidad de movilización porque habían trabajado directamente con las bases sociales. Y ese trabajo que habían hecho para Andrés Manuel López Obrador —a la sazón dirigente nacional del partido— sirvió para darle a Cárdenas el triunfo en los comicios locales de 1997 y llevarlo a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal.

Por tanto, en 1999 no debió haber dilemas: Dolores era la candidata natural para dirigir el PRD en la Ciudad de México, mientras su esposo despachaba en la Dirección de Gobierno de la administración cardenista. Sin embargo, Cárdenas nunca quiso apostar por una política de acuerdos con las tribus y dio la batalla que esperaba su primer círculo de colaboradores: a través de Rosario Robles Garnica se operó la candidatura de Ímaz.

Con miras a los comicios presidenciales de 2000 y ante la amenaza que representaba Porfirio Muñoz Ledo, quien se apuntaba para la candidatura, Cárdenas necesitaba garantizarse apoyo del mayor bastión perredista. Ganar el PRD-DF permitiría vislumbrar el escenario completo y, además, apuntalar el eventual lanzamiento de Rosario Robles como candidata a la presidencia nacional del partido y cuyo cambio se daría en el primer cuatrimestre de 2002.

García Ponce lo relata con estas palabras: “El candidato de Cárdenas y Robles fue Ímaz desde el principio, porque el caudillo necesitaba un incondicional al frente de una de las principales bases de votantes rumbo al 2000,

pero para hacerlo llegar había que trabajar en dos niveles: generando una cortina de humo para los bejaranistas, y operando a discreción el apoyo oficial para Ímaz. Cuauhtémoc se encargó de hacer creer a Padierna que ella era la elegida, que él la apoyaba. Y los bejaranistas se distrajeron al creerse, bajo el dedazo del caudillo, los ganadores naturales.

"Mientras tanto, Rosario hizo campaña por la candidatura de Ímaz con promotores de la subcoordinación de Participación Ciudadana y Gestión Social, a cargo de Gabriel Mendoza, y con recursos por 14 millones 712 mil pesos de la partida 330I, que oficialmente cubrió pagos por honorarios, según consta en el número de requisición 008, sometido el 27 de enero de 1999 a la aprobación del Subcomité de Adquisiciones, Arrendamientos y Servicios de la Secretaría de Gobierno.

"En paralelo, con nueve organizaciones y grupos del DF, Robles creó un bloque contra la CID que trabajó por la candidatura de Ímaz. La manipulación y la promoción desventajosa dio efecto: Ímaz alcanzó la presidencia del PRD en el DF, y a Dolores Padierna se le concedió la Secretaría General, bajo el entendido de que los bejaranistas ya habían asumido el juego y su papel frente al caudillo."

Para muchos analistas, académicos, politólogos y ex dirigentes perredistas, 1999, el año de la impunidad y la complicidad de todas las corrientes y tribus —como lo mostraban la llegada de Amalia García a la dirigencia nacional y la de Ímaz a la local—, marcó el futuro del PRD. Apareció entonces la máxima perredista histórica: "*tapaos los unos a los otros*", mientras el partido entraba en un imparable proceso de desgaste y desprestigio.

Los epítetos, las acusaciones, las recriminaciones y los cuestionamientos atroces terminaron el 25 de marzo cuando trascendió un discreto y ¿secreto? encuentro entre Amalia García y su principal contendiente, Jesús Ortega. Tres días más tarde ambos acordaron hacer público su rechazo a la anulación de los comicios nacionales. Finalmente, en la segunda elección del 25 de julio Amalia ganó con 55.88 por ciento de los votos.

Aunque jamás fue señalado ningún culpable del fraude electoral, el proceso de marzo evidenció la incapacidad perredista para canalizar conflictos. Si bien la colusión de algunas corrientes evitó la fractura, la paz fue endeble y la institucionalización del PRD volvió a pasar por los cauces informales y azarosos.

Después de ese periodo turbulento que terminó con la reunión Jesús-Amalia y nuevos comicios en el mes de julio, aquélla tomó posesión. Sobre el proceso de marzo de 1999 cayó el silencio: es uno de los temas que me-

nos se menciona. Y es que aún hay quienes sostienen que muchos de los votos provinieron de casillas no instaladas en Tabasco, entidad controlada por Andrés Manuel López Obrador.

Como si nada hubiera pasado, los liderazgos de las tribus y corrientes se alistaron para negociar posiciones en la Alianza por México, que lanzaría la tercera candidatura presidencial de Cárdenas, y las candidaturas a puestos de elección popular.

Ésta fue la primera ocasión en que los grupos lograron imponerse y desplazar a los dos caudillos. Si bien uno fue candidato presidencial y el otro a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, la mayoría de las candidaturas se repartieron entre *Chuchos*, *Amalios*, *Cívicos* y un grupo encabezado por René Bejarano y el guerrerense José Félix Salgado Macedonio.

LA LECHE DE LA DISCORDIA

A finales de enero de aquel 1999 emergió, por primera vez, un caso de corrupción pública que, al margen de los escándalos internos por el proceso electoral, marcaría al PRD, pues lo acercaba a las formas priistas clientelares que tanto cuestionaba, criticaba y combatía.

El escándalo fue la distribución de la leche contaminada Betty —un preparado lácteo a base de soya, similar a la leche en polvo de Liconsa— entre los habitantes más necesitados y marginados de las delegaciones Coyoacán y Gustavo A. Madero. En tal actividad estaban involucrados los diputados locales Martí Batres Guadarrama, Miguel Bortolini Castillo, Eliab Mendoza, Hipólito Bravo, Ignacio Ruiz, Miguel Ángel Peláez y Francisco Chiguil.

La distribución del lácteo y otros productos de la canasta básica tenía contraindicaciones que nadie leyó. Los impactos negativos del “descubrimiento” de una leche que, a decir verdad, no era leche, y las acusaciones posteriores superaron, con mucho, los cálculos iniciales: empezó a crecer una sombra de dudas sobre ese grupo. La situación empeoró cuando también fueron involucrados Ricardo Martínez Atala y Virginia Jaramillo, así como el director de Gobierno del Distrito Federal, René Bejarano Martínez.

La dirigencia perredista capitalina quedó atrapada en un laberinto del que nunca encontró la salida: jamás supo articular una respuesta congruente con un proyecto social. Mientras tanto, sus rivales se dedicaron a probar, y en algunos aspectos consiguieron hacerlo, la relación oculta entre el PRD y los viejos vicios clientelares de la política mexicana.

Metidos ya en la tarea de gobernar, los perredistas se convirtieron en blanco legítimo de críticas y ataques que cuestionaban su liderazgo y los mostraban en aquellas situaciones extrañas, por llamarlas de manera generosa, que estaban obligados a combatir. Pero el de la “leche” no sería el único problema de tipo, digamos, nutricional, que enfrentarían los perredistas del Distrito Federal durante las gestiones de Cuauhtémoc Cárdenas, Andrés Manuel y Alejandro Encinas.

Otros vendrían un poco más tarde. En abril de 2007 se dio a conocer que durante 2005 y 2006 —con AMLO y Encinas— el Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia de la Ciudad de México (DIF-DF) había distribuido desayunos contaminados con plomo, excremento, organismos y bacterias causantes de enfermedades como la neumonía.

El día 23 de aquel mes se hicieron públicos los reveladores resultados de una serie de estudios realizados por el Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán en el último año de gobierno de Andrés Manuel —mediados de 2005— y de su sucesor Alejandro Encinas —hasta el 5 de diciembre de 2006—. Leche y pan con plomo y bacterias, mazapanes con excrementos y otros microbios, así como cacahuates rancios eran parte de la lista de productos que el DIF-DF entregó, durante aquellos años, en los desayunos escolares para escuelas públicas de la Ciudad de México.

Elaborado por el Departamento de Ciencia y Tecnología del instituto, el análisis 2006 —cuyos resultados se obtuvieron a través de una solicitud de información vía la Ley de Transparencia— incluía evaluaciones físicas, químicas y microbiológicas a todos los productos que distribuía en sus desayunos escolares el DIF-DF: barras de granola, cacahuates, mazapanes, galletas, piezas de pan, fruta, leche, jugos de fruta y cereal integral, entre otros.

Las pruebas químicas en el pan con sabor vainilla, conocido como “conchita”, correspondiente a los lotes BT1BI, BT09B3, BT13BI y BT3B3 de 2006, dieron como resultado 3.6 miligramos de plomo por cada kilogramo, cuando lo permitido por la norma era de 0.5 miligramos. Es decir, las conchitas repartidas por el DIF-DF superaban casi siete veces los límites para plomo establecidos en la Norma Oficial Mexicana (NOM) I7-SSAI-1994.

En el análisis también se detectó leche contaminada. Los lotes I7, T17, T20 y S20 violaron la misma norma al superar casi por siete veces los límites permitidos. Cada litro contenía 0.670 miligramos de plomo, cuando el límite estaba fijado en 0.1 miligramos. La empresa responsable de la leche también entregó los lotes J y T1 contaminados con bacterias de tipo mesófilas aerobias y anaerobias, a pesar de que la NOM-I30-SSAI-1995 no las

permitía. La presencia de bacterias indica que la leche no fue elaborada bajo normas de calidad higiénicas.

Otros productos de los desayunos escolares que, como la leche, presentaban deficiencias de elaboración y falta de higiene eran los dulces estilo mazapán y los cacahuates tipo japonés. Mazapanes de cacahuete de marcas específicas, que no contaban con número de lote ni fecha de caducidad, estaban contaminados con excremento —bacterias coliformes— y por *staphylococcus aureus*, un microorganismo relacionado con diversas infecciones como endocarditis, osteomielitis, neumonía, síndrome de choque tóxico e intoxicación alimentaria.

Cacahuates japoneses de los lotes 03906I y 3I084, así como mazapanes de cacahuete y amaranto del lote 07I006, no pasaron la prueba de especificaciones sensoriales y presentaron sabor ligeramente rancio. Por si fuera poco, en las más de 700 páginas que integran el estudio, se encontró que la mayoría de los alimentos del programa del DIF-DF no cumplía con los requerimientos nutricionales básicos de un niño, pues, además de carecer de proteínas y fibras, estaban saturados de grasas y carbohidratos.

Incluso, las barras de granola, los bollitos integrales y algunos cereales integrales no contenían fibra cruda. Además, había lotes con productos anteriores que apenas cumplían con los requisitos mínimos de proteína y fibra establecidos en diferentes normas oficiales.

Aquel abril de 2007, Joel Nava Rangel, médico y toxicólogo de la UNAM, advirtió que la ingesta de plomo ocasiona en los niños daños que pueden ir desde un simple dolor de cabeza hasta la alteración del sueño, pasando por anemia, bajo crecimiento, ceguera, sordera y, en casos de intoxicación extrema, la muerte. Tales repercusiones pueden ser más graves en niños con problemas de desnutrición. “Si tenemos un niño desnutrido, la liberación o los niveles de plomo van a estar más elevados porque hay un factor que es protector que es la cantidad de calcio que se consume. El calcio y el plomo compiten por el mismo sitio. [...] No importa la cantidad de plomo que se consume, sino la frecuencia. Basta con que un niño consuma 2.5 miligramos de plomo diario para que en cuatro o seis años se intoxique”.

NEGOCIO RENTABLE

El PRD quedó inexorablemente marcado tanto por la imposición de Amalia a través de un proceso interno al más puro estilo priista como por el es-

cándalo de la distribución de una leche que no cumplía con las normas establecidas. Lo de Betty tuvo tintes políticos, sí, pero en el fondo había una verdad inocultable: prácticas corporativas mediante las cuales fue implementado un programa social a cambio de la afiliación al partido. Eso significa uso de programas públicos con fines clientelares y de promoción personal.

Al término de una comparecencia ante la Comisión Nacional de Garantías y Vigilancia, un irónico Martí Batres se atrevió a señalar: "El capítulo de la leche está inscrito en una campaña de desprestigio en contra del PRD y de los diputados del PRD". Si la comisión aplicara sanciones por realizar gestión social, deberían ser castigados 95 por ciento de los militantes perredistas u 85 por ciento de los integrantes del Consejo Nacional, quienes tienen experiencia como dirigentes sociales.

Antes de que se le diera carpetazo al asunto, la Asociación Nacional de Ganaderos Lecheros (ANGLAC) y la Confederación Nacional Ganadera (CNG) denunciaron que algunas empresas vendían más de un millón de litros diarios de leche elaborada a base de suero que importaban de Estados Unidos. El suero de leche, advirtieron, es básicamente agua, un subproducto de las fábricas de quesos. Debido a que los reglamentos del gobierno estadounidense impiden que se use para consumo humano es desechado en el drenaje. No así en nuestro país.

Luego, la Procuraduría Federal para la Defensa del Consumidor (Profe-co) se encargó de demostrar que el lácteo estaba contaminado con heces fecales y no cumplía con las propiedades nutricionales exigidas. El programa se suspendió, pero los legisladores perredistas sólo fueron amonestados y reconvenidos públicamente, mientras que Súper Lechería, la empresa responsable de la distribución, fue clausurada.

Los perredistas no tuvieron margen de maniobra ni capacidad para manejar los problemas. Amalia García y Betty, la leche que no era leche, sirvieron para exhibir la cara sucia de un partido que, en teoría, nació para combatir el fraude, la corrupción, el corporativismo, las camarillas en el poder, la política clientelar, el oportunismo y, sobre todo, para luchar por la democracia.

Para entonces, como se documentó y detalló en su momento, el clientelismo era una práctica común. Más ejemplos: la CID agrupaba en la Ciudad de México a tres organizaciones de vivienda con múltiples ramificaciones; Izquierda Democrática en Acción (IDEA) aglutinaba a dos organizaciones de vivienda popular, dos de taxistas y varias de vendedores ambulantes; el llamado Grupo de los Nueve reclutaba a cuerpos organizados de ambulantes y de vivienda.

La problemática era tan seria que, en plena sesión de un Consejo Nacional, Rosario Tapia —esposa del actual dirigente perredista, Jesús Zambra— pidió la palabra para advertir: “Dicen que nos hemos convertido en un partido de cuotas. No nos convertimos compañeros, así nacimos. Todos lo hemos aceptado y todos lo hemos avalado. Y no lo vamos a resolver tampoco con demagogias. Discúlpenme, pero no me puedo quedar callada”. Tenía razón: cada corriente opera con relativa autonomía porque el partido cuenta con tantas estructuras orgánicas internas como facciones políticas existen.

En una entrevista que concedió a *Terra Magazine* el 31 de marzo de 2008, la maestra Rosa Albina Garavito Elías indicó: “Participé en 1999 como candidata a la presidencia del PRD y ahí me di cuenta de que el partido se estaba convirtiendo en otro PRI. De ahí el desencanto que genera que la principal organización partidista de izquierda repita los vicios del viejo régimen que nació para combatir.

”El PRD se convirtió en un negocio muy rentable. Lo que menos interesó fue hacer crecer al partido a favor de la sociedad. Más bien se intentó mantener pequeños espacios de poder en beneficio de particulares. Se convirtió en una franquicia rentable. Más que un partido, es una confederación de grupos. El PRD sucumbió a la lógica propia del sistema de partidos en el país. Y si bien en su primera etapa fue consecuente con sus objetivos y logró que se tomara en cuenta al voto ciudadano, después despertó el apetito de poder. Muchos han hablado de ‘refundar’ el partido, pero para lo que se necesita hacer esa palabra ya nos queda chica.”

En 1999 nacieron la segunda y tercera máximas perredistas: “acuerdo mata estatuto” y “la lealtad está primero con la tribu, después con el partido y, por último, con la sociedad”.

Luego surgieron tres expresiones coloquiales que el maestro Alberto Espejel Espinoza recogió y plasmó en el análisis *Hacia el Décimo Congreso Nacional del PRD*: “Te alineas o quedas fuera”, “cuántos votos traes, es lo que vales” y “a navaja limpia”, que alude a que, sin importar lo que diga el estatuto, todo es válido con tal de ganar sobre el otro... “malear el padrón, influir en los órganos jurisdiccionales, tener actividades fraudulentas en la elección o nombrar autoridades electorales en mi beneficio y en detrimento de los demás”.

Como triste anecdótico, todavía se recuerda que la escandalosa elección de Amalia le costó al partido 300 mil votos en los comicios que, para elegir gobernador, se realizaron ese año en el Estado de México. Las encuestas perredistas elaboradas en marzo le daban al partido 30 puntos de preferencia electoral. Sin embargo, en abril había caído casi una decena de puntos, posi-

ción de la que ya no pudo recuperarse. Todos vieron en ese derrumbe un efecto del fraude electoral interno.

Según las encuestas quincenales levantadas a petición del PRD por la Fundación Rosenblueth, durante los primeros 15 días de marzo de 1999 el partido tenía una preferencia electoral de 29 puntos. Para la segunda quincena del mes de abril, una vez hechas públicas las irregularidades en la elección de Amalia, los números habían registrado una caída dramática de 7 puntos porcentuales.

Amparados en la política del borrón y cuenta nueva, casi nadie se atrevió públicamente a tratar el asunto. No obstante, en un documento de “autocrítica” elaborado por diputados locales y federales perredistas del Estado de México, se atribuyó la derrota a los escándalos de Amalia y Jesús Ortega: “[Nos afectó] la controvertida elección interna, donde muchos de nuestros supuestos dirigentes mostraron una cara verdaderamente torpe y, lo menos que se puede decir, muy lejana de los principios democráticos del PRD, exhibiendo lo más execrable de una organización política.”

Hubo otras señales que los perredistas se negaron a ver: una encuesta nacional —encargada a la firma Alducin y Asociados— encontró que Cuauhtémoc Cárdenas, uno de los aspirantes del PRD a la Presidencia de la República, estaba 7.6 puntos por debajo de Vicente Fox y 9.2 puntos, abajo también, del priista Francisco Labastida Ochoa. Todos cerraron los ojos y, como se vería más tarde, por “gratitud” depositaron en Cárdenas una tercera candidatura presidencial.

SECUENCIA FATÍDICA

La derrota de Cárdenas en las presidenciales de 2000 no desalentó a las tribus. Por el contrario, recobraron el aliento con la llegada de Andrés Manuel a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal. Ese mismo año, reencontraron el camino y, aunque los dirigentes perredistas hablaron por primera vez de refundación o de reestructuración, no se dio una ni otra. Para 2001 ya tenían comprometidos, al menos, mil 300 de los 2 mil votos de delegados nacionales para los comicios internos por la dirigencia nacional que se realizarían en 2002 y harían ganar al neocardenismo, en la figura de Rosario Robles.

Si casi siempre pareció incierto un proyecto socialista mexicano, en 2002 podía decirse que estaba prácticamente muerto. Desperdigados, los pocos militantes socialistas que quedaban —y quedan— en las filas perre-

distas nunca pudieron construir una suerte de consenso con los valores tradicionales y la lucha de izquierda. Todo lo contrario, muchos de ellos coincidieron en el gobierno y cambiaron el pensamiento marxista-leninista o maoísta, raíz y principio de una izquierda, por el buen vestir, el buen vivir y los excelentes salarios.

Con una lista de afiliados que no resistiría una auditoría mínima —ni siquiera en aquellas entidades con gobiernos perredistas—, para 2002 las divisiones internas, más evidentes que nunca, habían alejado a muchos mexicanos del PRD. Sobre los que aparecían en las listas no existía la certeza de que, en realidad, estuvieran militando en el perredismo o fueran al menos simpatizantes. Y es que inicialmente la conformación del padrón tuvo como objetivo lograr el registro de la naciente organización política; sin embargo, este ejercicio se detuvo cuando Heberto Castillo cedió el registro del Partido Mexicano Socialista para conformar el PRD.

Los vicios se reproducían a un ritmo alarmante y mostraban, también, que la escasa o inexistente supervisión del actuar de gobiernos y funcionarios públicos emanados de las filas perredistas empezaba a cobrar algunas facturas.

Reivindicar en el PRD a esa izquierda —reconocida a través del marxismo revolucionario, el leninismo, el trotskismo, el maoísmo y el socialismo, sin olvidar aquella que empujaba hacia el centro ideológico o hacia la socialdemocracia— parece una tarea imposible. Desde entonces está condenada a mantenerse agazapada en la intelectualidad, en la academia, en las aulas universitarias; en la historia o en pequeños grupos perredistas, con una influencia cada vez menor.

En mayo de 1989 se le preguntó a Octavio Rodríguez Araujo quién impulsaría entonces la lucha por el socialismo en México; a lo que respondió categóricamente: “No serán ellos, los comunistas, porque evidentemente no les interesa. La verdad es que el país pudo haber pasado estos 70 años [1919-1989] sin el PCM; sin que hubiera significado algo diferente en la historia nacional”.

Martínez Verdugo, dirigente del PCM durante dos décadas, lo refutó entonces: “Nuestra supuesta claudicación de principios es imaginada por quienes no entienden el marxismo y no entienden los reclamos populares. Si en algo se distinguió el PCM durante su existencia, fue en poner el ejemplo de cómo derrotar la tendencia divisionista entre los socialistas”.

La historia es ilustrativa: con el respaldo del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF), que en los hechos validó un escanda-

loso (el enésimo) fraude interno, el PRD dio en 2005 un giro a la derecha, es un partido marcado por la lucha de poder entre las tribus, pero desde la formación del partido en mayo de 1989 aun los viejos hebertistas —formados con Heberto Castillo— se sentían fuera de lugar con la intromisión de los ex priistas, que sí sabían lo que hacían, tenían disciplinas y habilidad para organizar. Todos se veían con desconfianza. Los militantes de izquierda nunca entendieron a aquellos políticos que llegaron con Cárdenas, Porfirio y López Obrador luego del rompimiento priista.

A otros, con sobradas razones, los veían como arribistas o *chapulines*, que sólo se afiliaban para obtener, en automático, alguna candidatura a un puesto de elección popular. Los principios y los activos de la vida política partidista habían sido olvidados, arrumbados en el rincón de los recuerdos. Allí quedaron la lucha contra los privilegios, la lucha contra la explotación del hombre por el hombre y la lucha de clases. Todo se había perdido.

Ni siquiera ha funcionado la creación de cuadros nuevos ni la discusión política interna. El debate ideológico es mínimo, si no inexistente. La situación alcanzó tal nivel que, en 2007, se hicieron esfuerzos soterrados por desaparecer o, cuando menos, quitarle autonomía al Instituto de Estudios de la Revolución Democrática (IERD), que dirigía el ex senador Jorge A. Calderón Salazar.

Ahora parece una simple anécdota, pero la historia estremeció a más de uno en agosto de aquel año: el edificio de Odontología 76 fue sede de las reuniones del Partido Comunista, su primer dueño. Luego fue heredado al Partido Socialista Unificado de México y después al Partido Mexicano Socialista. Finalmente se convirtió, junto con el inmueble de Monterrey 50, en una de las primeras posesiones del PRD.

En 1990 Cuauhtémoc Cárdenas instaló en ese edificio el IERD y nombró directora a la maestra Ifigenia Martínez, quien cedió las riendas a Rosa Albina Garavito. En 2000 quedó a cargo Calderón Salazar. Desde su inauguración, el instituto fue el único espacio de discusión académica y teórica del partido sobre distintos temas nacionales e internacionales. Ahí está el acervo histórico del PRD y su biblioteca; también ahí se edita *Coyuntura*, una publicación en la que han participado solidariamente más de 200 intelectuales y que ha sobrevivido a los vaivenes de las dirigencias.

En plena crisis de credibilidad, el PRD planeó disolver el instituto y fusionarlo con el área de Capacitación Electoral. El proyecto de reforma al estatuto, que se discutiría en el Congreso Nacional por celebrarse del 16 al 19 de agosto de 2007, planteaba que un nuevo organismo orientado a la capa-

citación electoral serviría más al secretario de Formación Política. Esto le quitaría al IERD gran parte de su autonomía y de sus recursos y, con toda seguridad, alejaría a muchos de los intelectuales solidarios con la revista.

Aunque no hubo explicación oficial, trascendió que la dirigencia nacional de Leonel Cota Montaña quería hacer “más eficiente” el uso de recursos; es decir, intentaba destinarlos para campañas, lo que fue calificado como una ceguera alarmante puesto que, si de algo adolecía el PRD, era de investigación y análisis. En breves declaraciones que hizo entonces, Calderón Salazar señaló: “Lo más preocupante es el secretismo con el que se manejó la propuesta, pues no se consultó a nadie dentro del instituto ni a ninguno de los académicos ligados al partido.

“A mí me llegó, de manera anónima, una copia fotostática de la propuesta de reforma estatutaria, la víspera del Consejo Nacional del 6 de julio. Lo dije ante el consejo y lo que hubo fue un silencio sepulcral de más de 250 consejeros.”

Al preguntarle de quién era la iniciativa, señaló que nadie lo decía, aunque Jesús Ortega y Alejandro Encinas, quienes aspiraban a la dirigencia nacional, “nos han hecho saber que están [en] contra”. El 12 de julio de ese año, en Chilpancingo, Eliana García lo presentó como una propuesta consensuada de la comisión organizadora del congreso.

En aquella época el PRD destinaba menos de 0.5 por ciento de sus recursos al IERD, un porcentaje muy inferior al que los propios perredistas, en el marco de las discusiones sobre el presupuesto federal, demandaban al gobierno para investigación. En definitiva, los perredistas debían una explicación que, por cierto, nunca llegó, sobre esas “pequeñas” contradicciones regresivas.

ESPERANZA FALLIDA

Al evidente descuido de la formación política se sumó el hecho de que el acercamiento y la vinculación con los movimientos sociales se fue haciendo cada día menos tangible y eficaz. El surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), de la mano del *Subcomandante Marcos*, en 1994, debió haber sido la voz de alarma.

Y no puede hablarse de un desgaste de la identidad partidaria, pues en el PRD nunca hubo oportunidad de tenerla, sino de una pérdida de identidad ideológica. Fuera de la lucha contra el fraude, tanto su oferta política

como la forma de gobernar resultaron, en muchos casos, similares a las de priistas y panistas.

En privado, diputados como Alejandro Encinas Rodríguez—discípulo de Valentín Campa y uno de los hombres más cercanos de AMLO— reconocen la inutilidad del partido. Pero también saben que no podrán romper con él antes de 2012. Si el mismo viejo luchador Valentín Campa estuviera sentado en la curul de Encinas —su suplente—, seguro se retractaría de que el PRD represente “el caldo de cultivo ideal” para que resurja esa línea política.

En aquella entrevista que concedió a *Proceso* en mayo de 1989, Campa era optimista sobre el futuro del PRD, la unidad y el socialismo. “En 1960”, recordó, “conseguimos la reunificación con el Partido Obrero Campesino de México. En agosto del año siguiente estuvimos en la fundación del Movimiento de Liberación Nacional. No vacilamos en deponer el nombre del partido, a pesar de su larga historia, para construir el PSUM en 1981. Lo volvimos a hacer cinco años después y nació el PMS. Algunos podrán objetar que estos proyectos fracasaron, pero en el momento estuvimos atentos a lo que el pueblo nos demandaba. Hoy estamos haciendo el PRD porque México exige que haya un partido que defienda sus intereses y que se convierta en una fuerza capaz de gobernar este país. Es parte de los objetivos comunistas.”

Interrogado sobre si el PRD renunciaría a conceptos centrales como la lucha de clases, Campa fue muy preciso: “En el PRD hemos decidido formular con sencillez nuevas categorías que nos ayuden a entender mejor la realidad y encauzar correctamente nuestra lucha. Una parte, como la soberanía nacional, fue abandonada por los comunistas. Hoy es necesario introducir conceptos como los de nación, pueblo y democracia, que en el pasado pudieron haber parecido incorrectos o tramposos, pero que hoy resultan indispensables para entender la situación por la que atraviesa México”.

En 2012, la defensa de la soberanía, de la democracia de las libertades pública e individual son banderas que todos los perredistas enarbolan pero ninguno sabe cumplir. Ya ni siquiera el PAN es la oposición del PRD. ¿Dónde se ubican exactamente los perredistas? Vaya usted a saber. Si en 1977 afirmaban que sus orígenes eran de centro-izquierda, hoy, a la luz de los acontecimientos, sus espacios naturales no se toman en cuenta ni para el consenso.

El PRD es como un pantano: tardío, inmóvil. Si la historia parece simple, la conclusión ha de ser obvia: el único congreso refundacional del PRD —el de Oaxtepec en diciembre de 2009— fue un viaje de placer porque terminó con una mera reforma administrativa y burocrática. Para los perredis-

tas, la de aquel diciembre fue una intensa semana que no los llevó a ningún lado, excepto a acomodar piezas en una agenda presidencial, con miras a 2012 y a garantizar el control partidista para *Los Chuchos*, a través de Jesús Ortega Martínez hasta 2011, y de Jesús Zambrano Grijalva hasta 2014.

Pero las cosas van más allá: en octubre de 2002 un estudio interno concluyó que “la autoridad dentro del partido se redujo en gran medida a una especie de juego, más que suma cero, de suma negativa, arrollador no sólo de las instituciones sino incluso de las convicciones democráticas”. En otras palabras, desde su fundación el PRD se convirtió en el mejor laboratorio de los grupos internos y del caudillismo: el de Cárdenas se prolongó de mayo de 1989 a 2003. Y éste dio paso al de Andrés Manuel López Obrador.

La falta de interés en reforzar la poca identidad partidaria y la escasa visión para presentarse como un partido reivindicativo repercutieron, necesariamente, en la confianza ciudadana. La personalidad de sus principales figuras —Cárdenas, Muñoz Ledo o López Obrador— se convirtió en el mayor atractivo, lo cual no necesariamente significó atraer más votantes duros las urnas.

Si en 1939, de la mano de Manuel Gómez Morín, el PAN nació impulsado por selectos grupos derechistas —empresarios, terratenientes, banqueros, industriales, líderes de la Iglesia católica e inclusive gente muy cercana al sinarquismo— para enfrentar políticas del presidente Lázaro Cárdenas del Río —a quien consideraban destructivo y dañino para el país—, defender los intereses y creencias de las clases más conservadoras, y meterse de lleno en la sucesión presidencial, la del PRD en 1988 y 1989 era una historia distinta.

En los hechos el PRD ha cambiado muy poco desde su nacimiento formal, en 1989. Navega de un liderazgo autoritario a otro, sin consistencia ideológica. La discusión, los principios, el debate y la formación de nuevos cuadros se han dejado para otros tiempos. De forma natural, del caudillismo de Cárdenas se pasó al de López Obrador.

Cuauhtémoc ligó tres candidaturas presidenciales consecutivas en 1988, 1994 y 2000, aunque sólo dos por el PRD; y Andrés Manuel está en la segunda, 2006 y 2012. En términos llanos, en casi 24 años el PRD —o la izquierda mexicana— sólo ha tenido dos figuras con la estatura suficiente para llegar a Los Pinos. Ambas se formaron en el Partido Revolucionario Institucional. El priismo también formó y vio crecer a Marcelo Ebrard Casaubón. Éste es el nuevo líder del PRD o futuro de la izquierda mexicana.

Como lo ponen algunos perredistas: el partido debía ser la esperanza única de contar con una organización política moderna y democrática de iz-

quiera, que pudiera convencer y aglutinar a los mexicanos cansados de la falta de sensibilidad de los priistas, de las políticas en las que amigos y parientes eran los mejores funcionarios públicos, de la corrupción, de las dádivas revolucionarias, y de un país que con Miguel de la Madrid y Carlos Salinas se instaló definitivamente en la derecha.

Pero en 2006 se descubrió que aquellos izquierdistas se habían adaptado a los dineros públicos; que habían cambiado las viviendas de interés social por las residencias, los autos caros, las prestaciones partidarias y las prerrogativas públicas. Fue claro que los greñudos vestidos de mezclilla se sentían más cómodos en los trajes de marca y que eran partidarios de los viejos derroches priistas y de los excesos panistas que se registraban en el gobierno de Vicente Fox. En pocas palabras, se notó que los de antaño revolucionarios izquierdistas descubrieron las bondades de gobernar a la mexicana. Y que eso les encantó.

Nadie podía sentirse engañado: la cúpula perredista supo de los problemas desde comienzos de la década. “El Informe final de la Comisión para la Legalidad y la Transparencia del PRD” —cuyos trabajos fueron coordinados por Samuel del Villar Kretchmar, María Teresa Juárez del Castillo, Rubén Rocha Moya y Miguelángel García Domínguez—, un documento interno que se imprimió el 30 de octubre de 2002, y que se ha querido desaparecer por sus implicaciones, era, por decir lo menos, desolador: “El deterioro de la ideología democrática, la exhibición pública del PRD, manipulado por intereses antidemocráticos como desprestigiados, ha ocasionado la pérdida de la confianza popular y el derrumbe en las preferencia electorales en muchos lugares, con el mayor significado, desde Baja California a Chiapas y desde Campeche a Tamaulipas.

”Pareciera que en el partido se ha impuesto ese incontenible artefacto mental de ganar a cualquier precio una candidatura o un puesto, con lo que se pretende justificar que controversias internas se diriman en los medios de comunicación y que, incluso, se acuerde con gobiernos de otros partidos para derrotar al enemigo interno.”

El informe es un diagnóstico histórico sobre la decadente desorganización, el vacío institucional y la pésima conducta de militantes y dirigentes del PRD. Las 70 páginas constituyen una descripción descarnada de una cultura institucional basada en los antivalores de la irracionalidad, el desorden, la violencia, la corrupción y la simulación para impedir dolosamente el derecho primigenio al sufragio y obtener o intentar obtener, a toda costa, posiciones y puestos de representación partidista, alimentando la defraudación.

Si bien los conflictos han sido aprovechados para hacer escarnio público y campaña mediática contra los perredistas, el documento muestra desde entonces “las causas de fondo que han ocasionado que los procesos internos del partido estén plagados de irregularidades, tipificadas como fraudes electorales, las acciones u omisiones cometidas por las direcciones del partido, sus órganos electorales y jurisdiccionales, así como de todos los candidatos que contribuyen a violentar las normas estatutarias”.

En 227 expedientes, la comisión señaló, como causas de los fraudes electorales, la corrupción de la vocación democrática y las fallas estructurales en la organización partidista en las condiciones de la elección de sus órganos de dirección, en la ilegalidad de su desempeño, así como en la parcialidad institucional y de administración.

Y dejó caer una advertencia: “No es que los otros partidos constituyan una alternativa democrática para representar a la mayoría de la población mexicana. Se trata de que si el PRD fracasa en ello, la esperanza y posibilidades de su representación como gobierno se frustraría irremediablemente en un futuro previsible”.

Como ponen algunos estudiosos de la izquierda: “A estas alturas es evidente que ni el cardenismo en 1988 ni el PRD después tuvieron capacidad de convocatoria en muchos estados. Y esa ausencia no se debe a conflictos internos o a la ineptitud de los dirigentes. El problema radica en que el PRD no forma parte del imaginario político de la población porque no se ha logrado articular una dirección sólida ni una disciplina respetada por todos”.

La página 18 del informe describe una situación que avergonzaría a cualquiera: “Después del examen de estos casos, no exageramos aunque sea para bochorno nuestro, al decir que en los resultados investigados las irregularidades son la regla y las trapacerías de todo tipo estuvieron reiteradamente presentes desaseando los procesos particulares. Al grado que puede aseverarse que no hay una sola práctica fraudulenta denunciada por nosotros como oposición frente al otrora invencible PRI que no se haya producido en el marco de esta elección interna del 17 de marzo [de 2000]”.

Aquellos que desde las filas del partido hicieron trabajo de zapa o, como dicen los estudiosos, quienes emprendieron labores de manera oculta, sucia o con intrigas, también fueron reconvenidos: “La fragilidad de los valores y la ausencia de solidaridad democrática abre la puerta para que intereses extraños y antagónicos al partido, como gobernadores priistas o cacicazgos locales autoritarios y corruptos, utilicen a algún miembro del partido y al emblema del sol mexicano, para encubrirse y condicionarnos a la marginalidad y la inacción”.

Desde que terminó el periodo trienal de Andrés Manuel, el PRD no ha logrado articular una dirección sólida ni de respeto, por lo que cae frecuentemente en la parálisis, es incapaz de poner en marcha un programa mínimo de trabajo, no cuenta con una línea de acción que lo distinga de otros partidos y, en ausencia de la disciplina partidaria, prevalece la impunidad: a nadie se castiga.

La dirigencia de Rosario Robles pasó por alto el informe. De hecho, no circuló oficialmente y pareciera que nunca existió, arrumbado o guardado celosamente como está hoy bajo custodia de la Fundación Heberto Castillo. Al final, señala un viejo ex dirigente, operadores políticos y líderes de las principales tribus terminaron por restañar las heridas, dejando de lado, o muy bien escondidos, el fraude y la simulación.

Para muchos de quienes conocen un poco del informe, los graves actos de marzo de 2004 en los que Televisa exhibió a Bejarano, Ímaz y Sosamontes fueron la cúspide de la descomposición ética y política del partido más importante de la izquierda, así como la evidencia de su precaria vida institucional. Sin emprender la investigación correspondiente para destapar la cloaca y señalar a todos los involucrados, terminaron por hacer juicio sumario a quienes debieron renunciar al partido.

Si se hubiese descubierto toda la verdad, advierten, no sólo habrían sido descabezados muchos dirigentes: existía la posibilidad de que el PRD perdiera su registro. El IFE bien pudo haber realizado la investigación por su cuenta para tomar esta determinación; empero, esta idea sigue siendo un tema tabú.

Investigadoras como la socióloga Esperanza Palma y Rita Balderas advierten en su análisis *El problema de las corrientes al interior del PRD*: "El PRD no puede entenderse sin tomar en cuenta su nivel de fraccionalismo interno que, si bien remite a sus orígenes, también responde a un diseño institucional que ha fomentado la creación de grupos para acceder a los cargos dentro del partido y a las candidaturas. [...] Es posible afirmar que, más que partido de corrientes, el PRD es un partido de facciones dominado por intereses personalistas que anteponen sus objetivos de corto plazo al interés general de la organización, al grado de que actualmente [mayo de 2004] parecen haber tirado por la borda su primera oportunidad de ganar la elección presidencial en 2006.

"Ninguna versión conspirativa acerca de los videos que han salido a la luz pública debe empañar el hecho de que los sucesos en los que se han visto involucrados Robles, Ímaz, Sosamontes y Bejarano son resultado de la cri-

sis y descomposición de la vida interna del PRD. La autonomía de las facciones perredistas es el telón de fondo del actual conflicto y es indicativo del bajo nivel de institucionalización.”

La paradoja reside en que, si bien las corrientes se convirtieron desde su nacimiento en 1991 en un grave problema interno, también han sido la razón de ser del partido. Fueron ellas las que alimentaron el caudillismo de Cárdenas y luego el liderazgo carismático de Andrés Manuel. Y ellas adoptaron en forma muy particular algunos de los vicios del PRI: el corporativismo, el clientelismo y las prácticas corruptas que conllevan.

Al margen de las reorganizaciones, reacomodos y desapariciones, la situación es complicada. Si se hacen cuentas desde *Arcoíris* y la *Trisecta* o *Six Pack*, hay una treintena de corrientes: desde Corriente por la Reforma Democrática y Movimiento de la Refundación del PRD en el Estado de México, hasta Corriente Movimiento de Izquierda Libertaria, Alianza Social Veracruzana o Convergencia Democrática Nacional y Corriente Partidaria de la Reafirmación Democrática.

En marzo de 2008 la descomposición institucional alcanzó un grado tal que hasta el líder moral, Cuauhtémoc Cárdenas, hizo un llamado, que nadie atendió, para anular la elección de la dirigencia nacional disputada por Jesús Ortega Martínez y Alejandro Encinas Rodríguez, por los actos ilegales que se reportaron. Entre éstos destacaron la quema de casillas, el robo de urnas, votantes *cachirules*, votación atípica, casillas no instaladas, manipulación de datos y errores en el envío de paquetería. Hubo de todo, como en cualquier elección de Estado de las que ellos responsabilizaban al PRI.

Los conflictos cobraron nuevas dimensiones cuando Andrés Manuel López Obrador habló, además, de traiciones internas. En una entrevista con el diario *La Jornada* el 15 de agosto de 2011 advirtió: “La idea de crear un movimiento nacional ciudadano al margen de los partidos que impulsaron su candidatura a la Presidencia en 2006 surgió en Andrés Manuel López Obrador durante el plantón de Reforma. ‘Pensé que los dirigentes (del PRD, sobre todo) no iban a aguantar ni a resistir las presiones del gobierno y que nos traicionarían. Por eso rechacé ser coordinador del Frente Amplio Progresista y en buena medida por eso acepté la *Presidencia Legítima*. Sabía que nos darían la espalda, como sucedió’”.

Otras anécdotas, por absurdas y que mueven a la burla o la risa a los propios perredistas pintan por entero al partido. Por ejemplo, en 2007 tomó la decisión de convocar a un proceso electoral simultáneo, en sus 12 niveles, que se realizaría el 16 de marzo de 2008 y en el que participarían, nada me-

nos, cien mil candidatos. Sí, cien mil. Y eso que el partido no tenía presencia en todo el país.

La situación no pasó inadvertida para el PAN, que se aprestó a hacer leña del árbol caído. Un análisis de su fundación Rafael Preciado Hernández precisó: “Decenas de miles de candidatos perredistas tratarán de verse favorecidos por electores que, por vez primera, serán exclusivamente miembros del PRD. Se trata de una elección interna, multitudinaria en candidaturas, pero ya no abierta a la ciudadanía como lo fue antes.

”De enorme significado es el hecho de que, entre varios candidatos a ocupar la presidencia de ese partido, contienden dos proyectos contrastantes de la izquierda: uno moderado y más proclive al diálogo —el que encabeza Jesús Ortega— y otro radical, más inclinado a la confrontación en temas to-rales de la agenda nacional y experto en la generación de presiones políticas a través de movilizaciones impulsadas por toda clase de grupos extremistas (colonos, ejidatarios, disidentes sindicales). Este segundo grupo es encabezado por uno de los principales candidatos a ocupar la presidencia del PRD, Alejandro Encinas, respaldado por el proyecto confrontacionista de Andrés Manuel López Obrador.

”En caso de continuar incumpliendo en la tarea de honrar sus principios: 1) perderían toda su credibilidad y autoridad moral como partido de oposición que rechaza cualquier indicio antidemocrático en la política nacional si dentro de él la toma de decisiones es autoritaria o falta de transparencia; y 2) se demostraría que la confrontación y la actitud antisistémica son factores que se practican desde la vida interna del partido y no sólo como fuerza política en el sistema de partidos. [...] Lo que ocurre al interior del PRD no es una lucha ideológica sino una lucha de intereses.

”Todo indica que ganará el bando que más pueda desplegar su fuerza movilizadora, muy probablemente echando mano de cualquier medio a su alcance, con la consecuente ocurrencia de irregularidades. Desde que el propio AMLO le ganó al binomio Heberto Castillo-Amalia, no ha ganado la línea moderada del PRD y Jesús Ortega ya va por su quinto intento de ganar una justa electoral interna, lo que lo incentiva a ir por todo en esta ocasión.”

Plagadas de irregularidades, las elecciones fueron un desastre, un gigantesco fraude al más puro estilo priista, que tanto combatían. Finalmente y después de una larga e intensa confrontación, Ortega, el *Chucho* mayor, tomó posesión como dirigente nacional gracias a una orden del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación. Quedó muy claro que las diferencias internas no se pueden zanjar en la institucionalidad perredista.

La lucha interna de intereses y la frágil institucionalidad se evidenciaron ora vez los días 19 y 20 de agosto de 2011, durante los trabajos del XIII Congreso Nacional Extraordinario cuando los más de mil 250 delegados que asistieron a los salones del World Trade Center en la Ciudad de México ni siquiera tuvieron acceso por escrito a las reformas estatutarias aprobadas —o lo tuvieron a cuentagotas y con la promesa de que algún día se les entregarían.

Los 12 millones de pesos que, de acuerdo con los cálculos internos, se gastaron hicieron patente la desorganización y la improvisación. Es incomprendible, asimismo, que inicialmente ni siquiera estuviera contemplado el análisis o la discusión, ya no digamos el debate, del proceso electoral 2012, que estaba a la vuelta de la esquina. El objetivo único era prorrogar por tiempo indefinido el mandato de los consejeros nacionales y delegados al Congreso, electos en 2008.

Esos millones de pesos tampoco sirvieron para que la dirigencia —que encabezan Jesús Zambrano Grijalva, de Nueva Izquierda, y cuyo máximo líder es el ex dirigente nacional Jesús Ortega Martínez, y Dolores Padierna Luna, de Izquierda Democrática Nacional, que maneja su esposo René Bejarano Martínez, aquel que apareció en la televisión recibiendo portafolios llenos de dólares— ocultara las denuncias abiertas sobre la “imposición” de unos 150 delegados nombrados al vapor o *cachirules*, pero muy cercanos a las tres principales tribus que controlan al partido: NI, ADN e IDN.

Todo fue una farsa. Una semana después, el 26 de agosto, el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, al que neciamente muchos siguen llamando “Trife”, dejó sin efecto los resolutivos del XIII Congreso Extraordinario del PRD, como resultado de la queja que militantes y dirigentes expusieron ante esa autoridad electoral.

El pleno del Tribunal también ordenó a la dirigencia perredista llevar a cabo la elección de integrantes de los consejos y congresos nacional y estatales, así como de las directivas municipales. Y le puso un plazo: antes del 15 de noviembre de ese año. Votaron, a favor del proyecto de sentencia del magistrado Alejandro Luna Ramos, Flavio Galván Rivera, Manuel González Oropeza, Salvador Olimpo Nava Gomar y Constancio Carrasco Daza. La única que se pronunció en contra fue la magistrada María del Carmen Alanís.

También se ordenó al Consejo Nacional del PRD, por conducto de la Mesa Directiva, informar a la Sala Superior del TEPJF de cada uno de los acuerdos que tomaran los órganos partidistas para cumplir con la sentencia.

Y dejaron sin efecto los acuerdos o actos realizados que se opusieran al sentido y determinaciones asumidas en la sentencia, y que tuvieran relación con la elección y renovación de los órganos de dirección y representación.

El santo y seña de la escandalosa "elección" de Amalia recorrió ligeramente algunos otros secretos de un partido que en 1989, año de su fundación y después del fraude que impidió la llegada de Cuauhtémoc Cárdenas a la Presidencia de la República, había ilusionado a amplios sectores de una sociedad que abrigaban valores progresistas, profundamente liberales y que podían tener capacidad para orientar el destino de un país.

El caso Amalia resultó esclarecedor, pero el nombre de su antecesor inmediato, Andrés Manuel López Obrador, se labraba un destino aparte, incluso más allá del partido. Era uno de los ineludibles. Su floreciente reputación, su capacidad para mover y conmover a las masas y su olfato político —opacado a veces por una apasionada verborrea— apuntalaron tanto su liderazgo como sus aspiraciones presidenciales. Pero en sus cartas fuertes también hay manchas inocultables que, como amenazantes sombras, se han posado sobre su imagen, poniendo en peligro un capital político que en ocasiones aparece desdibujado.

Fue a partir de su llegada a la Jefatura de Gobierno cuando quedaron atrás las metáforas para descubrir y describir puntualmente ciertos detalles personales. Cualesquiera que fueran, sus actos se registraron por minuto. Ciertamente hubo intransigencia hacia su persona, comentarios maliciosos, hostilidad, por momentos se trató de intrigar y hubo una especie de manía persecutoria, pero situaciones familiares revistieron algunas peculiaridades de intimidad: fueron una fuente de controversia pública, de acres críticas, resultaron contradictorios y presagiaron inevitables dificultades.

Aunque las multitudes aclamaban a este hombre meticuloso y parco en el hablar, lo reconocían y una buena parte del electorado mexicano se reconocía en él, haciéndolo sentir como pez en el agua. No fue una casualidad que se hicieran públicos análisis, estudios e interpretaciones psicológicas de la personalidad del nuevo caudillo. Sin embargo, en asuntos familiares o personales, los medios olfatearon el peligro o algunas debilidades de Andrés Manuel.

Los mal portados

CONSIDERADO UN HOMBRE SENCILLO, el único accesible de los tres hijos del primer matrimonio de Andrés Manuel, José Ramón López Beltrán acumula una suma de deslices porque, con tantos enemigos como tiene su padre, alguno usará, finalmente, los datos disponibles. Su primera gran exposición no ocurrió cuando se descubrió su empleo en la Procuraduría capitalina sino mucho antes, cuando su famoso padre aún no cumplía el primer semestre como jefe de Gobierno del Distrito Federal.

Mientras Andrés Manuel promovía la austeridad —y para demostrarlo llegó en taxi a su toma de posesión en la Asamblea Legislativa, el 5 de diciembre de 2000, rechazó el uso personal de lujosos vehículos oficiales y optó por un modesto Tsuru Nissan para transportarse diariamente, acompañado por su amigo y jefe de logística Nicolás Mollinedo, *Nico*—, José Ramón tenía a su disposición una camioneta Jeep Cherokee último modelo, con placas propiedad del gobierno capitalino.

Pasadas las diez de la noche del sábado 12 de mayo de 2001, en la Jefatura de Gobierno se recibió una llamada confidencial. Era de los más altos rangos de la Policía Bancaria e Industrial (PBI) para informar sobre un choque por alcance en el crucero que forman las avenidas Coyoacán y Universidad, de la Delegación Benito Juárez. La noticia se difundió a velocidad vertiginosa, aunque casi nadie sabía quién o quiénes estaban involucrados en el accidente.

Antes de conocerse nombres, se hicieron algunas precisiones desde una oficina de la Secretaría de Seguridad Pública (SSP): el accidente ocurrió cuando el conductor de una Jeep Cherokee hizo, en “U”, una vuelta prohibida en el crucero referido, entró en sentido contrario y se impactó contra una patrulla de la Policía Bancaria e Industrial.

Bastó con que sonara el teléfono en las oficinas de Andrés Manuel para que se levantaran las sospechas. Pero también hubo incomodidad y los funcionarios de alto nivel se pusieron en guardia. La mañana del domingo todo mundo sabía, a pesar de la confidencialidad de las llamadas, la primera y las posteriores, que el descuidado conductor de la Jeep Cherokee era José Ramón López Beltrán, un joven de 17 años de edad, aunque luego hubo una rectificación y se habló de 19 años.

De la mano de Leonel Godoy Rangel, entonces titular de la SSP, el gobierno capitalino puso en marcha la maquinaria para acallar cualquier escándalo. Como nunca sucede, al lugar de los hechos fueron enviados, con carácter de urgente, el subsecretario Jesús Falcón Becerra y el segundo inspector de la PBI, Moisés Muñoz Martínez.

Si intrigante fue el secretismo, el envío de Falcón y Muñoz terminó de encender las alarmas. La rumorología se encargó de filtrar la noticia a los medios y puso contra las cuerdas al gobierno, pues la Oficialía Mayor había prohibido desde 2000 que los vehículos oficiales fueran utilizados por personas ajenas a las que habían firmado el respectivo resguardo. En otras palabras, *El Pejito* y alguien más habían hecho algo ilegal.

Las noticias del lunes por la mañana dieron cuenta de las irregularidades. El diario *Reforma* precisó: "De manera inusual, a partir de un arreglo entre particulares, José Ramón López Beltrán, hijo del jefe de Gobierno, evitó acudir ante el Ministerio Público (MP) y esperar a los ajustadores de seguros, después de chocar un vehículo de la administración capitalina contra una patrulla de la Policía Bancaria.

"López Beltrán, de 19 años, sin ser funcionario, utilizó una camioneta Cherokee adscrita al área de logística y chocó contra una patrulla, al dar una vuelta prohibida [...]. En otros casos, la SSP presenta una querrela y se debe llevar al conductor al MP, lo cual no ocurrió en este caso.

"No estamos hablando de influyentismos para nada, no hubo acciones de este tipo y el accidente se solucionará como cualquier otro entre particulares", dijo el director de la PBI, Néstor Manuel Alvarado. Andrés Manuel López Obrador rechazó que se le haya dado trato preferencial a su hijo y dijo que su familia se haría cargo de pagar los daños ocasionados a la patrulla 97066. 'Malo sería que nosotros lo negáramos y que además se tratara de ocultar este asunto; ésta fue la verdad y nosotros vamos a hacernos responsables.' "

Entrevistado durante los festejos que, con motivo del Día del Niño y del Día de la Madre, organizó la Policía Bancaria e Industrial en el Palacio de

los Deportes, Alvarado añadió: "El seguro se hará responsable, de ninguna manera hubo contacto con el jefe de Gobierno, yo lo considero como un accidente normal, de momento no puedo decir más, para mí fue un accidente". Los daños a la patrulla 97066 fueron valuados en 16 mil pesos y reportado sin novedad el estado de salud de los policías Rafael Prudencio Cruz y Rafael Aviña.

Con los hechos posteriores al choque, sin embargo, quedó claro que José Ramón no era un ciudadano común.

Y *Reforma* lo ejemplificó utilizando una tabla en la que marcó ocho puntos irregulares: 1) el conductor no fue presentado ante el MP; 2) no se levantó la infracción correspondiente; 3) no se inició la querrela por daños; 4) el conductor no esperó la llegada de las aseguradoras; 5) fueron retirados los vehículos; 6) no se aplicó la prueba para medir si había alcohol en la sangre del conductor; 7) intervino el director de la policía sectorial para facilitar trámites, y 8) acudió al lugar un subsecretario de la SSP. Nada de esto se hace en un accidente común y corriente.

La situación se complicó cuando, desde la Jefatura de Gobierno, se informó que la Contraloría del Distrito Federal investigaría, además del choque, el uso indebido de recursos públicos en virtud de que la camioneta era propiedad del gobierno capitalino y López Beltrán no tenía permiso para usarla, aunque los responsables del préstamo afirmaron que sólo la había tomado para cargarle gasolina.

Sin escapatoria, nunca hubo una explicación concreta, pero sí un comunicado: "Se pagó la infracción 0692126 expedida a nombre del joven, por transitar en sentido contrario en la camioneta de uso oficial Gran Cherokee negra, modelo 1995 con placas de circulación 669-KXL del Distrito Federal".

El vehículo "está siendo reparado en el taller Calidad Automotriz, ubicado en Patricio Sáenz 1745, colonia del Valle, cuyos gastos fueron cubiertos por cheques expedidos por Rocío Beltrán Medina, madre del joven, y cuya suma asciende a poco más de 8 mil pesos incluyendo refacciones y mano de obra".

Sobre el segundo vehículo involucrado, propiedad de la Policía Bancaria e Industrial, el comunicado estableció que esa corporación recibió un cheque por 20 mil 315 pesos, cantidad que amparaba en su totalidad la reparación del auto-patrulla 97066, "que se encuentra en el Taller Auto Servicios AME, ubicado en Andrés Molina Enríquez número 60, colonia San Pedro Iztacalco".

Por su parte, la Policía Bancaria e Industrial acotó: “Recibimos de la señora Rocío Beltrán Medina el cheque número 0128612 de fecha 14 de mayo del 2001, número de cuenta 0015549493-4 de la institución de crédito Bancomer, expedido a favor de Domingo Vergara Carbajal, propietario del Taller Auto Servicios AME, por la cantidad de 20,315 pesos. Misma que ampara en su totalidad la reparación de la auto-patrulla 97066 propiedad de esta corporación, siniestrada el pasado sábado 12 de mayo del presente año a las 22:00 horas en el cruce de las calles avenida Universidad y avenida Coyoacán, colonia Xoco. Con ese documento otorgamos el perdón, tal como se acordó en el lugar de los hechos, y no reservamos acción legal alguna”.

La contralora general del D.F., Bertha Luján, informó que citaría al responsable de logística, Jesús Falcón, para que explicara en qué circunstancias prestó el vehículo oficial a López Beltrán. “Calificaremos la situación; en caso de que él se haga acreedor a una sanción la aplicaremos, pero esto no [lo] podemos adelantar hasta que concluyamos el trabajo de investigación.”

Luján se reservó los resultados de dicha investigación, aunque fuentes del gobierno informaron que José Ramón López Beltrán fue multado con la cantidad de 605 pesos por infringir el artículo 70 del Reglamento de Tránsito. La boleta de infracción número 069223 fue pagada el lunes 14 de mayo a las 15:16 horas.

El accidente generó una estela informativa a la que se engancharon historias como el especial *Todo con el poder de papá*, que apareció el 9 de julio de aquel año: “El enfrentamiento entre los guardaespaldas de Ernesto y Emilio Zedillo, hijos del entonces presidente Ernesto Zedillo, y los miembros de una televisora internacional que ocurrió durante el primero de los conciertos de U2 en 1997 en el Foro Sol, no es el único escándalo en el que se han visto envueltos los llamados juniors de la política.

”Aquí un recuento de algunos de esos casos que han sido relatados por fuentes extraoficiales. Hijo del Presidente, sólo por seis años: una vez llegó Ernesto Zedillo al restaurante Fisher’s de Polanco y pidió la mesa donde estaba sentado Emilio Azcárraga Jean, quien se negó a retirarse al enterarse de la solicitud del hijo del entonces Presidente.

”El hijo mayor de Zedillo, al saberlo, fue directamente y le preguntó: ‘¿Sabes quién soy?’ ‘Sí’, le contestó, ‘Ernesto Zedillo por seis años, y yo soy Emilio Azcárraga toda la vida’. El actual presidente de Grupo Televisa se levantó de su asiento y se marchó.

”Hijo del jefe de Gobierno, exonerado: el 12 de mayo, José Ramón López Beltrán, hijo de Andrés Manuel López Obrador, jefe de Gobierno de la

ciudad, chocó el vehículo oficial que conducía en sentido contrario contra la patrulla 97066 de la Policía Bancaria e Industrial. Al identificarse como el hijo del jefe de Gobierno con el jefe sectorial de la SSP, David León Méndez, evitó acudir a las instalaciones del Ministerio Público.

"La disco del hijo: en su casa del Ajusco, Arturo *El Negro* Durazo le cumplió un capricho a su hijo. A Francisco Durazo Garza le había gustado la disco neoyorquina Studio 54, de moda a finales de los 70, así que su padre decidió comprarle réplicas exactas de todos los aparatos electrónicos y luces de la disco para instalarlos en su casa del kilómetro 13.5 a Cuernavaca. Y eso no fue todo. Como a 'Yoyo' le gustaba impresionar a las modelos, en algunas ocasiones cerró el Periférico para correr en su moto y hacer acrobacias.

"A la novia, lo que guste: el joven Ernesto Zedillo tuvo un romance con la actriz y cantante sinaloense Patricia Navidad, a quien le dispuso una serie de guaruras que la acompañaban hasta en las presentaciones de telenovelas aunque su pareja no estuviera presente. Los guardias presidenciales siempre estuvieron a su lado; claro, mientras duró el romance."

Durante el mismo mes de mayo, el choque dio pie para otros relatos, como el titulado *¡Ay!, Esos Hijos*: "El presidente de Estados Unidos, George Bush, y el jefe de Gobierno de la Ciudad de México, Andrés Manuel López Obrador, tienen una preocupación común: los problemas de sus hijos con la justicia, aunque diferentes formas de resolverlos.

"A la hija del mandatario republicano una juez de Texas la condenó el martes a servicios comunitarios y un curso sobre los peligros del alcohol, porque fue sorprendida bebiendo en un bar.

"Policías encubiertos descubrieron a Jenna Bush en un bar de Austin, Texas, bebiendo una cerveza, cuando para poder hacerlo en Estados Unidos se requiere tener 21 años de edad.

"José Ramón López Beltrán, hijo mayor de López Obrador, en cambio, pudo librarse de ir al Ministerio Público luego de que chocó una camioneta, de uso oficial, contra una patrulla de la Policía Bancaria la noche del sábado, tras dar una vuelta prohibida.

"El hijo del jefe de Gobierno sí recibió una multa pero el daño a los vehículos oficiales se solucionó como si se tratara de un arreglo entre particulares. Finalmente, sus padres pagaron los daños y la infracción, además de que se inició una investigación al funcionario que le prestó la camioneta.

"Sutiles diferencias: ambos son hijos de gobernantes, los dos tienen 19 años y cometieron faltas menores, pero tras ellas enfrentaron un desenlace muy distinto. [...] José Ramón López Beltrán chocó una camioneta de uso

oficial del Gobierno del DF. Logró un rápido arreglo con policías y aseguradoras. Sus papás pagaron los daños de ambos vehículos, así como la multa por 600 pesos, por lo que la Policía le otorgó 'el perdón'."

Los traspies dieron elementos para historias posteriores todavía más ásperas. El 9 de noviembre de 2009 una nota editorializada, que se subió a Internet bajo el sello de *La Prensa*, advirtió: "La conducta sibarita y desenfadada de Andrés Manuel López Beltrán —*El Pejecito*— reveló el doble lenguaje de su famoso padre, quien en todos los tonos y desde todos los foros reclama el ejercicio de la austeridad franciscana y republicana. Misma que no ejerce ni practica.

"Desde las diversas etapas de su vida, AMLO ha llevado dos conductas; una, la de simular su existencia en la medianía. La otra de lujos y derroches. La impostura de 'honestidad valiente' trató de demostrarla en traslados a bordo de un viejo automóvil Tsuru; tener como domicilio un modesto departamento en la unidad habitacional en Copilco y señalar que sólo tiene dos trajes.

"La de su verdadero rostro es la de usar atuendos Hugo Boss y Versace y medir el tiempo con un costoso reloj de pulso marca Tiffany. Todo sin tener trabajo y salario fijo que le permita mantener el llamado Movimiento Nacional en Defensa de la Economía Popular, el Petróleo y la Soberanía Nacional; tener bajo sus órdenes una bien armada y entrenada escolta; organizar y encabezar periplos por todo el territorio nacional (con los gastos necesarios para acarreo, hospedaje, transporte, alimentos, invitados y demás), así como el pago de la renta de su residencia en la colonia Del Valle y gastos de manutención para su esposa Beatriz Gutiérrez y su pequeño hijo Jesús Ernesto.

"El pequeño fue nombrado así debido al cristianismo religioso y revolucionario del ex candidato presidencial derrotado. Jesús por el Cristo y Ernesto en honor al Che Guevara. Lo que sí es seguro es que le sobran los billetes para que el segundo de sus tres hijos, Andrés Manuel López Beltrán, procreado con su primera esposa ya fallecida, Rocío Beltrán, realice viajes en yate privado, acompañado de varias mujeres; manejar una camioneta Gran Cherokee y calzar tenis marca Louis Vuitton de 13 mil pesos, entre otros pequeños lujos.

"La sentencia de que el dinero y lo tonto no se pueden ocultar se hizo realidad, ahora en la persona del zafio tabasqueño Andrés Manuel López Obrador, conocido como *El Peje Legítimo*, lo que prueba y comprueba lo cínico, hipócrita, falso y embustero que es. Más de los López: otro de sus hi-

jos, José Ramón López Beltrán (bautizado con esos nombres en honor al hermano mayor, asesinado), tripulaba una camioneta Cherokee de modelo reciente —propiedad del gobierno de la ciudad— misma que chocó en estado de ebriedad. Desde luego nunca fue remitido ante el juzgado cívico, gracias a las influencias del honesto y valiente padre, entonces jefe de Gobierno del Distrito Federal.

”Además, Ramoncito tenía o tiene un cheque quincenal en la nómina de la Procuraduría General de Justicia del DF; es decir, pertenece al escuadrón de aviadores del gobierno capitalino. La familia López Obrador no se conforma con vivir y sobrevivir de la fama de AMLO. Pío Lorenzo López Obrador tenía un cheque mensual del presupuesto de la [Comisión de] Derechos Humanos, hecho que no ha sido corregido. El documento es por casi 20 mil pesos.

”Es fundador de las redes ciudadanas para captar adeptos para su hermano, candidato a diputado federal por el distrito IX de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, por la coalición Salvemos a México, integrada por el PT y Convergencia; perdió a pesar de que su famoso hermano hizo campaña en la entidad.

”Pedro Arturo López Obrador también fue candidato a diputado federal, pero por el segundo distrito de Tlaxcala, postulado por el PRD. En su campaña en busca del voto hubo recursos materiales, humanos y económicos suficientes. A pesar de esto, también perdió. José Ramiro López Obrador renunció a la presidencia del PRD en Tabasco, luego de conocerse la derrota de su partido en los municipios en donde creyó tener total control, como Macuspana, Huimanguillo y Cárdenas.

”*Pepín*, como se le conoce en el Edén del sureste, fue presidente municipal de Macuspana, donde dejó pendiente la cuenta pública de 2006, con presuntos señalamientos de peculado y desvíos del erario. A pesar de las pruebas que presentó el Congreso local, la denuncia no prosperó y goza de impunidad. [...] ¿Seguirá con su cantaleta de austeridad republicana?”

EL OJO DEL HURACÁN

En Andrés Manuel se aprecian dos caras de una misma moneda. Hacia afuera se puede documentar la hipótesis del complot que orquestó el gobierno federal foxista, con apoyo de la cúpula empresarial, Carlos Salinas de Gortari y el PAN, para deslegitimarlo y desprestigiar su proyecto alternativo de nación. Pero al mismo tiempo, y con una serie de hechos que atañen a su fami-

lia, se ve socarronamente una fractura entre el discurso y las acciones. Es una lucha del bien contra el mal que empaña la imagen de este líder político tabasqueño que busca la Presidencia de la República por segunda ocasión.

Pero López Obrador no pierde la compostura. Con una especie de suficiencia, por ejemplo, enfrentó el escándalo que, en enero de 2004, estalló a propósito del salario y el puesto que ocupaba su chofer y paisano Nicolás Mollinedo Bastar, conocido más como *Nico* o *Nacho*, cuyos enredos darían pauta después para hablar del *Nicogate*.

Cuando el martes 20 de enero de ese año los reporteros de la fuente interrogaron a López Obrador sobre el puesto de *Nico* y su salario mensual —que ascendía a 62 mil 997 pesos—, las respuestas improvisadas y titubeantes —que terminaron por ubicarlo como jefe de logística— levantaron dudas. Por la tarde, el secretario general de Gobierno, Alejandro Encinas Rodríguez, hizo algunas precisiones en un comunicado.

Los hechos pulverizaron las aclaraciones. López Obrador y Encinas alimentaron un fuego que permitió ubicar a parientes cercanos de Mollinedo —Rafael Fernando Marín Mollinedo, alias *Pito* Marín, las hermanas Gloria y Alicia Aparicio Bastar, Germán García Mollinedo, Lorenzo Mollinedo Bastar, Nicolás García Mollinedo y Rubicel Bastar— en altos puestos, o al menos muy bien remunerados, del gobierno central, de algunas de delegaciones y en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal.

Pito Marín fue “director general —con salario mensual neto de subsecretario: casi 63 mil pesos— de Servicios Urbanos del GDF. El gran negocio en Servicios Urbanos es el control de la basura, además de otras actividades que tienen que ver con el mantenimiento de las vialidades principales. Una de las razones por las cuales no se ha privatizado el servicio de basura es por el negocio. Servicios Urbanos es una de las posiciones más codiciadas por perredistas en funciones de gobierno en el DF. Sólo el negocio del manejo de latas de aluminio deja 5 mil millones de pesos al año”, escribió en su momento el periodista Carlos Ramírez.

“Germán García Mollinedo, sobrino de Nicolás, es asesor de René Bejarano, uno de los más apasionados defensores de Andrés Manuel. Bejarano fue secretario particular de López, operador político y de seguridad y hoy maneja la [agenda] particular del jefe de Gobierno desde el liderazgo de la Asamblea Legislativa del DF.

“Y el hermano de *Nico*, Lorenzo Mollinedo Bastar, es director de Recursos Humanos de la Delegación Álvaro Obregón. Pero uno de los datos que no se conoce [de] Lorenzo es que se vio involucrado en acusaciones de clo-

nación de tarjetas de crédito en Mérida, Yucatán, donde trabajaba en un banco. Las redes de poder de *Nico* también tienen ramificaciones en Tabasco. *Nico* es familiar del hoy presidente de la Gran Comisión de la Cámara de Diputados tabasqueña, Carlos Mario Ocampo Cano.

"Las relaciones de López con la familia Mollinedo vienen de muy atrás. *Nico* y Lorenzo son hijos de Nicolás Mollinedo Aguilar, un hombre rico de Tabasco que fue benefactor de la carrera política del actual jefe de Gobierno del DF. Cada vez que López viaja a su tierra, se hospeda en la casa del padre en Cerrito de Nicolás Bravo en Teapa, Tabasco. La casa colinda con la Quinta Alejandra, propiedad de Noé Álvarez, un constructor y proveedor de gobiernos perredistas apoyados por López. Las empresas de Alvarez se localizan en McAllen, Texas, Nuevo León, DF y Tabasco.

"El reposicionamiento de *Nico* ocurrió después del despido ingrato de Jesús Falcón, *Chuy*, el chofer de toda la vida de López. *Chuy* cayó de la gracia del jefe de Gobierno capitalino cuando no supo manejar el choque de uno de los hijos de López [José Ramón, el de la Cherokee]. El accidente pudo ser tapado por la intervención rápida del entonces subsecretario de Seguridad Pública, Ramón Sosamontes. Al final, la culpa fue del junior pero *Chuy* tuvo que echarse la responsabilidad.

"En lugar de agradecerse, López lo despidió. Luego de muchos años de trabajar sin exigencias al lado —desde las luchas con sacrificios en el Frente Democrático de 1988—, *Chuy* regresó a su tierra tabasqueña. Ahora labora exitosamente en la construcción de movimientos tabasqueños de apoyo a la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas.

"Cuando López era presidente nacional del PRD, *Nico* operaba como su guarura. De ahí la capacidad para manejarse no como el chofer o como el jefe del estado mayor del jefe de Gobierno del DF, sino como una de las personas más influyentes en la administración capitalina. El pasado 10 de enero, la numerosa familia Mollinedo se reunió en el restaurante Arroyo desde la comida hasta la cena para brindar por el año.

"Aunque López ha querido politizar el caso de su chofer-guarura-jefe de seguridad-confidente-jefe de su estado mayor, en el fondo se trata de un caso de abuso de poder. La revelación de reparto familiar del pastel presupuestal del DF sería la primera de las 16 cajas de la historia irregular de López, así como él entregó 16 cajas de documentos sobre el financiamiento oscuro de la campaña de Roberto Madrazo a gobernador de Tabasco en 1994.

"El caso de *Nico* no es ocioso. Exhibe el estilo arbitrario, igualito al priismo en el poder, para disponer de los recursos públicos a favor de familiares

y amigos. La forma en que *Nico* gana más que otros funcionarios de su nivel muestra el ejercicio patrimonialista del poder de López. Para eludir responsabilidades, López ha querido desviar la atención: es una campaña en su contra por su posicionamiento en las encuestas, dice. Sin embargo, el fondo es inevitable: todos los aspirantes habrán de pasar por la prueba de la exhibición de sus estilos de operar cargos públicos. Él hizo lo mismo con Fox y con todos los aspirantes de otros partidos.

"Si se revisa cuidadosamente el manual de administración del GDF, se encontrará con reglas muy claras: características del puesto, perfil del aspirante, delimitación de sus funciones, niveles salariales estrictos. Frente al cúmulo de pruebas sobre irregularidades, López se ha negado a aceptar las evidencias.

"Hay casos similares que tuvieron soluciones estrictas. Hace poco, Victoria Eugenia Quiroz de Carrillo, como presidenta del Tribunal de lo Contencioso del DF, hizo alto funcionario a su chofer con salario de magistrado por la relación amorosa entre los dos. La Contaduría Mayor de Hacienda de la ALDF determinó que la señora Quiroz debía pagar de su bolsillo el salario de su novio. Además, logró que el novio devolviera la diferencia de los honorarios.

"Así que el caso de *Nico* no es campaña contra López sino la revelación de los abusos de poder en un gobierno perredista."

Casi de inmediato se hizo público que Marcos Manuel Herrería Alamina, cuñado de Pedro Arturo López Obrador —esposo de Isabel del Carmen Herrería Alamina y hermano de Andrés Manuel—, trabajaba para el Gobierno del Distrito Federal con un salario superior a 60 mil pesos mensuales. Marcos era secretario particular del oficial mayor Octavio Romero Oropeza, miembro del primer círculo lopezobradorista. Y con él también laboraba Isabel Alamina Argaiz, "líder coordinadora de proyectos B" y prima hermana de Marcos Manuel.

De acuerdo con una denuncia panista que, en su momento, quedó congelada en la Asamblea Legislativa, la administración lopezobradorista dio cabida a un centenar de parientes de amigos y principales colaboradores de Andrés Manuel.

La puntilla, para decirlo en términos taurinos, la dio Cuauhtémoc Cárdenas cuando, el 25 de enero de aquel año, a pregunta de un reportero, calificó como "una incongruencia el pago de casi 63 mil pesos mensuales [a *Nico*]. Es", dijo, "un funcionario que no tiene funciones ni responsabilidades de un director general ni de un subsecretario, por lo que su pago es excesivo. [...] Hay un exceso de favoritismo".

Atrás de las contrataciones, los estratosféricos salarios —tanto del caso Nico como los de la numerosa parentela—, las reiteradas negativas al estilo “Si hay familiares de Nicolás en el gobierno capitalino pero no se trata de nepotismo”, había otros problemas de fondo. Primero, la revelación del estilo perredista para repartir el poder. Aunque el caso se politizó, mostró también que el nepotismo se ejercía a la antigüita, esto es, que los ex priistas habían arrastrado algunos de sus viejos vicios. Y dejó al descubierto cómo se encararían futuros problemas: con exceso de confianza, amparándose en la altísima popularidad y aceptación de Andrés Manuel entre la ciudadanía.

Apasionado del beisbol, Andrés Manuel es visto como un jugador coreoso que nunca da por perdido un partido. Lleva la iniciativa del juego, le gusta establecer las reglas, marcar el ritmo e ir hasta el límite. Por eso se ha convertido en un personaje que a diario está en la mira de los poderes mediáticos, atentos a cada detalle de su vida pública, privada y familiar.

A pocos escapan pormenores y éstos se difunden puntuales. En 1989, cuando lo hicieron dirigente perredista en Tabasco, se presentaba en las oficinas nacionales del PRD, en Monterrey 50, con un morral chontal colgado al hombro. Llegaba temprano, con los primeros rayos del sol, apenas se bajaba del camión que lo traía de su tierra o salía del departamento de Copilco que ya pagaba en mensualidades. Pasaba inadvertido. Casi nadie lo conocía.

Los registros son precisos: Andrés Manuel cambió su forma de vestir entre 2001 y 2003. Mejoró la calidad y el corte de sus trajes, aunque conservó los zapatos de goma. Decía que tenía un sastre en la colonia Roma, pero hace poco —en 2005, para ser exactos— se le vio luciendo un modelo Hugo Boss. En 2003 gastó, en ropa para él y sus hijos, unos 100 mil pesos y 25 mil más en calzado. También cambió muebles con una inversión de 30 mil pesos.

Pequeñas o grandes, en la jungla política mexicana las modificaciones en la apariencia de Andrés Manuel se convierten en el gigantesco campo de una batalla implacable. A pesar de su habilidad, la actitud zigzagueante de *El Peje*, y de algunos de sus colaboradores cercanos, hace que cobren notoriedad los mínimos detalles.

La respuesta que Andrés Manuel ofrece a algunos temas puede llegar a ser tardía, esquiva y hasta titubeante, lo cual ha abierto un enorme boquete de dudas. La salpicadura de los escándalos se mostró con nitidez en la polémica que inició en las páginas del diario *La Crónica de Hoy* por el reloj Tiffany que recibió como regalo de César Buenrostro, uno de sus más cercanos colaboradores.

Antes de llegar a su conferencia mañanera del martes 10 de mayo de 2005, *El Peje* fue atrapado por el vértigo de los acontecimientos: un fotógra-

fo lo había captado con el Tiffany de 7 mil 800 dólares —precio establecido en el catálogo vigente de la marca, que equivalía a poco más de 80 mil pesos al tipo de cambio de la época— en la muñeca izquierda. La noticia firmada por Raymundo Sánchez se había publicado como la principal del rotativo, dirigido por uno de los más virulentos críticos de AMLO: Pablo Hiriart Lebert, periodista que trabajó en el gobierno del presidente Carlos Salinas de Gortari y actual director general de *La Razón*.

El duro encabezado cortó la respiración a varios funcionarios de la Jefatura de Gobierno: “Con reloj de \$80 mil, López anuncia campaña austera [...]. Equivale a poco más de un mes de su salario [...]. El modelo pertenece a la colección Mark, de platino, automático y correa de piel de lagarto [...]. No es el más barato que se vende en esa firma, pues hay otros que se cotizan en mil 850 dólares”.

Saber si el fotógrafo y el reportero de *La Crónica* recibieron la orden de averiguar qué clase de reloj usaba Andrés Manuel era irrelevante. La cuestión es que la publicación de la fotografía generó incertidumbre y chismes e hizo aflorar las incongruencias. Durante 15 años el tabasqueño había acumulado poder e influencia; era el único precandidato presidencial del PRD y el político más popular de todo el país, pero también quien condenaba los privilegios de unos cuantos y arremetía contra las castas del PAN y del PRI porque hacían “gastos excesivos”.

También era irrelevante señalar que Pablo Hiriart aparecía como uno de sus mayores detractores y que *La Crónica* lo tenía en marcaje personal. La estrella de Andrés Manuel brillaba con más fuerza. Él prometía ser austero y afirmaba que vivía en la justa medianía, “como el resto del pueblo”; hablaba de los políticos como si él no lo fuera y alentaba a tener esperanza. Pero las imágenes se sumaron a relatos de otros medios, como *Reforma*, que en la página 7-A de su edición del 4 de mayo de 2005 mostró la evolución en la forma de vestir de *El Peje*, que incluía el uso de trajes de marcas exclusivas, como Hugo Boss.

El rotativo publicó: “The Boss.- El jefe de Gobierno del Distrito Federal, quien aseguraba que sus trajes los mandaba hacer con un sastre de la colonia Roma, luce un modelo Hugo Boss”. Un par de años después, ya en Internet, debajo de otra foto un internauta comentó: “una familia feliz, la familia López: para las giras del ‘Gobierno Legítimo’, Andrés Manuel ya no se transporta en el Nissan Tsuru, sino en una cómoda camioneta Touareg Volkswagen de 70 mil dólares”.

En el pequeño blog fueron “subidas” o colocadas cinco fotografías: la

de los tenis Louis Vuitton de Andrés Manuel López Beltrán; otra en la que aparecen Andrés Manuel y José Ramón divirtiéndose en Nueva York; un acercamiento a la solapa del traje de AMLO, donde se aprecia la etiqueta Hugo Boss; la del reloj Tiffany en la muñeca de su brazo izquierdo, y la de la camioneta Touareg.

Si bien en algunos sectores su discurso, su presencia y su imagen inspiraban reverencia e incluso se hacía cola para estrechar su mano, verle o escucharle, relatos y fotografías de esa naturaleza publicadas en diferentes medios mostraban que el lopezobradorismo tenía enemigos inmersos en una poderosa maquinaria humana que estaba pendiente de cualquier detalle.

Escribió Raymundo Sánchez: “Su gusto por determinadas marcas no tendría problema; sin embargo, el tabasqueño asegura ser un personaje que se sujeta a las máximas juaristas y que vive como el pueblo. [...] El 8 de agosto de 2003 [Andrés Manuel] sentenció, frente a gente pobre a la que le dio microcréditos: Lo decía Juárez, la justa medianía, no sueldos altísimos, no coches de lujo último modelo, no viajes al extranjero, no todas esas fantocherías que nada más sirven para utilizar el dinero de todos en beneficio de una camarilla, siempre en beneficio de unos cuantos”.

Antes, el reportero Alejandro Almazán, de *La Revista*, dio a conocer que López Obrador usaba chamarras marca Scappino. Así lo comprobó el periodista durante los viajes en que acompañó al tabasqueño al interior de la República, como parte de su cobertura de la gira de presentación del proyecto alternativo de nación. Y reprodujo dos señalamientos de AMLO: “Yo trato de que todo lo que uso sea hecho en México” y “Yo vivo modestamente, no me gusta la ostentación, por eso me ajusto a mi sueldo, compro uno o dos trajes al año. [...] Este año no he adquirido ningún traje, es decir, no me he mandado a hacer ninguno con el sastre”.

Tanto lo de los trajes como lo del reloj pudo haber sido intrascendente, pero en febrero de 2004 AMLO dio pie para los señalamientos. El día 24 de aquel mes aseguró que su ropa la confeccionaba un sastre de la colonia Roma con “tela de las tiendas del centro”. Los reporteros le preguntaron:

—¿Cuántos trajes [tiene], no serán 45 por ahí para dar una imagen?

”AMLO, socarrón, respondió:

”—Éste y el otro, y éste es el otro.”

Más tarde, en mayo del mismo año se dio el lujo de complementar: “Tengo ropa de acuerdo a lo que gano. Compro uno o dos trajes al año. Nosotros, que somos de pueblo, cada vez que hay una fiesta es cuando uno estrena”.

También en mayo de 2004 se atizó la polémica por las declaraciones del

defenestrado empresario Carlos Ahumada Kurtz, quien sugirió que el encarcelado ex secretario de Finanzas, Gustavo Ponce, compraba en Las Vegas, Nevada, trajes de 4 mil dólares —en Rodeo Drive, en Beverly Hills— para Andrés Manuel.

El tema presentó rasgos de un escándalo aún mayor cuando el 25 de mayo, en un alarde oportunista, el precandidato presidencial panista, Felipe Calderón, ofreció 10 mil pesos al jefe de Gobierno capitalino a cambio del reloj. En una conferencia de prensa mostró una carta que le envió a López Obrador en la que aceptaba comprarle el reloj que en el mercado costaba más de 80 mil pesos, pero que el jefe de Gobierno ofreció vender en 10 mil.

En la sarcástica misiva que mandó a la Jefatura de Gobierno, Calderón precisó: “Me he enterado por los medios de que usted ha puesto en venta su reloj marca Tiffany, que según he consultado en todos los catálogos disponibles no cuesta menos de 80 mil pesos. También tengo conocimiento de que, a pesar de su elevado precio, usted lo ha ofrecido a tan sólo 10 mil pesos.

”Eso habla de su gran generosidad. Por medio de este conducto le comunico que acepto su oferta, se lo compro. Adjunto encontrará un cheque por la cantidad de 10 mil pesos. Le pido que me indique en qué fecha paso a su oficina a recogerlo. El reloj que usted ha vendido me servirá para subastarlo o rifarlo y con ello conseguir recursos para una buena causa. Verá usted que con la supuesta austeridad se pueden lograr muchas cosas.”

Calderón mostró el cheque número 932 de su cuenta maestra de Banamex —06905140874, sucursal Las Águilas—, fechado el 24 de mayo de 2005, por la cantidad de 10 mil pesos a nombre de Andrés Manuel López Obrador. Y dio a conocer que el 31 de mayo subastaría o rifaría el reloj en una cena, de 5 mil pesos por cubierto, que él mismo presidiría a fin de recaudar fondos para su precampaña.

El secretario de Obras del Distrito Federal, César Buenrostro, también entró a la polémica. Aclaró que el reloj le costó 8 mil pesos, no 80 mil, y negó haber violado la Ley de Servidores Públicos que marca que los funcionarios no pueden recibir regalos con un valor superior a 500 pesos. El tema, dijo, fue usado por un medio que no supo distinguir entre platino y acero inoxidable, “parece que tiene otra connotación, yo prefiero no abundar en eso”.

Por su parte, AMLO había hecho una aclaración tardía el 10 de mayo. Dijo que Buenrostro y su familia le obsequiaron el reloj Tiffany, cuyo valor exacto nunca aclaró, pero estimó en no más de 10 mil pesos.

Dos semanas más tarde, fue obligada la pregunta para Calderón:

—¿No le han contestado?

—No, ya había hecho la propuesta desde hace un par de semanas.

Raymundo Sánchez había seguido la nota por día y preguntó a Calderón, en relación con la referida cena en un hotel de Reforma cuyo costo por boleto sería de 5 mil pesos:

—¿Se tiene calculado cuántas personas asistirán?

—Unas 300 personas, quizá. Habrá que ver; ahora sí que todas las que quieran ir están invitadas, pero yo generalmente hago cenas más o menos de 300 a 350 personas.

Y el argumento calderonista: “En términos del derecho civil, cuando alguien hace una oferta pública donde están determinados la cosa y el precio y alguien acepta, como yo lo hago, y paga el precio, el contrato está hecho y él me tiene que entregar el reloj”.

Pero alguien le ganó al panista. María de los Ángeles Escobar, de profesión sicóloga e historiadora, quiso aprovechar la ganga y asegura haberse adelantado a la oferta del precandidato panista para comprar el reloj Tiffany.

“El reloj es mío”, afirmó en entrevista con Carlos Loret de Mola, y comentó haber ido en taxi, alrededor de las diez de la mañana, a las oficinas de Atención Ciudadana, en el primer piso del antiguo Palacio del Ayuntamiento. Ahí entregó una carta con la petición de compra.

“Confío en las personas que me recibieron”, dijo ante la interrogante de si le habían sellado la misiva. Y aunque declaró no tener todavía el reloj en su poder, aseguró haberse quedado con la oferta lanzada por el tabasqueño. “Yo digo, el reloj es mío”, externó y reveló que posiblemente lo regalaría a algún periodista que se portara bien.

—¿Qué es portarse bien? —preguntó Loret.

—Pues que apoye realmente las causas verdaderas de nuestro país... como por ejemplo el desarrollo de México, que no haya tanta migración, que lean historia y que encuentren allí pautas que puedan dar realmente.

Trampa, embuste o zancadilla, los temas del reloj, los trajes y el del primogénito José Ramón tenían un trasfondo que fue bien aprovechado por Pablo Hiriart: López Obrador prometió humildad y era claro que estaba haciendo todo lo contrario.

SOMBRAS DE INTRIGA

Hay quienes consideran al abuelo de AMLO, José Obrador Revuelta, un militante comunista español, y que por eso la historia de la vida y la lucha de

Andrés Manuel están marcadas por los ideales de aquel viejo que le fueron transmitidos por su madre, Manuela: la defensa de los pobres y las causas populares.

Según esas versiones, don José, oriundo de la localidad española de Ampuero, en Cantabria, llegó como exiliado en la década de 1930 bajo la protección del presidente Lázaro Cárdenas del Río, en pleno ascenso del general Francisco Franco. Una parte es verdad: lo de Ampuero, en la provincia española de Santander.

Los biógrafos de Andrés Manuel han documentado que su abuelo huyó o fue enviado de España a América a los 14 años de edad, escondido en un barril, en un barco que atracó en Matanzas, Cuba. Allí trabajó como barrendero y dependiente de una tienda de abarrotes. También se hizo devoto de la Virgen de la Caridad del Cobre, la santa patrona de los cubanos.

Hasta 1917 se trasladó al puerto de Veracruz, de donde viajó a Frontera, Tabasco. Con otros dos de sus hermanos —Manuel y Félix—, allí se hizo comerciante de telas y abarrotes. Los tres tenían en su haber la experiencia de que sus padres —Esteban Obrador Mayol y Felipa Revuelta López— se dedicaban en España, entre otros, a la elaboración de chorizo y jamón.

Lo del comunismo parece una patraña. De lo que hay testimonios es de que la familia Obrador González, por ejemplo, no comulgó con las políticas de Tomás Garrido Canabal, quien gobernó Tabasco, más bien se adueñó de él, a partir de 1923. Eso es controversial, porque Andrés Manuel ha hecho comentarios positivos sobre aquel tabasqueño de mano de hierro y anticlerical.

Sí se puede decir que José Obrador Revuelta simpatizaba con el cardenismo, el de Lázaro Cárdenas del Río. También que era una familia, como se ha escrito, con carácter disidente y contestatario. En el pueblo las palabras son más simples: no eran dejados.

Lo de las enseñanzas de la madre tiene algo de verdad. Hay testimonios de que doña *Manuelita* era una mujer muy caritativa. El caso es que Andrés Manuel es considerado un político hábil, que siempre ha sabido aprovechar la adversidad para presentarse como un “perseguido del sistema” y que ha ofrecido cambiar a México para “favorecer a los pobres”. En algún momento quedó atrapado en un discurso basado en darle prioridad a los pobres, que había calado hondo entre la mayoritaria población desposeída, pero que también había despertado un profundo recelo en otros.

“Lo del Tiffany y los trajes Hugo Boss sería un incidente sin importancia si López Obrador no hubiera presumido de una humildad casi francis-

cana. Su austeridad no es sincera, punto. Se abolló la pose de santurrón que querían vender como sello de marca para conseguir votos en la campaña presidencial. La pobreza del jefe de Gobierno como herramienta electoral sufrió un aparatoso tropezón. Por eso se entiende que él y sus amigos estén enojados: porque les dolió el costalazo. [...] Pero el asunto en sí no daba para mucho. Y si adquirió relevancia fue por la desafortunada explicación que dio el propio López Obrador”, escribió Hiriart.

Pablo acorraló a López Obrador y, en su artículo “Lewinsky y el Tiffany de AMLO” del 16 de mayo de 2005, escribió: “Ahí apareció lo de fondo. Lo que ocurrió con los trajes y el reloj Tiffany regalado a López Obrador por su secretario de Obras Públicas es similar a lo que le pasó a Clinton con Mónica Lewinsky. En la superficie, el caso Lewinsky sólo daba para advertir de los malos gustos del presidente Clinton. En el fondo, sin embargo, reveló dos cosas que fueron las importantes: mostró una debilidad de Clinton, y probó que mentía.

”Clinton estuvo a punto de caer porque en una democracia las mentiras de un gobernante se sancionan severamente. Aquí López Obrador también mintió, igual que lo ha hecho en otras tantas ocasiones, como en aquella memorable negativa a haberse reunido en privado con el presidente de la Corte, y luego tuvo que admitir que sí comió con él a solas en dos ocasiones en el restaurante La Cava de Insurgentes Sur. O como en las repetidas ocasiones en que dijo que no conocía a Gustavo Ponce antes de entrar al GDF. O que René Bejarano no era su operador político.

”En fin, son detalles que revelan su proclividad a mentir, aunque sus aduladores lo oculten y quienes le temen también. ¿Quién se atreve a decirle a López Obrador que miente, cuando el gobierno federal no se atrevió a aplicarle la ley a pesar de reconocer que cometió un delito? ¿Quién se atreve a llamarlo mentiroso, al ver el ánimo sanguinario que impera en los escritos de sus incondicionales en los medios de comunicación involucrados en su proyecto?

”El problema es que no sólo mintió López Obrador en el caso del Tiffany. También violó la ley. Con ello reiteró esa gran debilidad suya: no respeta la ley. Ni siquiera las reglas que él hace. Violó la Ley Federal de Responsabilidades de los Servidores Públicos, que incluye a los del Gobierno del DF. Además, la Contraloría del Gobierno capitalino emitió un ordenamiento que prohíbe a todos los funcionarios del GDF aceptar regalos de un precio superior a los 450 pesos.

”¿Va a sancionar la contralora Bertha Luján a López Obrador? Claro

que no. Por si faltaban ejemplos, vemos una vez más que las leyes, las reglas y las contralorías no están hechas para él. El asunto del Tiffany mostró, para quienes todavía tenían dudas, que la Contraloría del Gobierno del DF y la carabina de Ambrosio sirven para la misma cosa. Y López Obrador, en lugar de admitir que incurrió en una falta y enmendar el error, que al fin y al cabo no era tan grave, subrayó en público su falta de autocrítica y se enredó con sus explicaciones.

”¿Cómo que se lo regaló el secretario de Obras Públicas? ¿El que a diario se compara con Benito Juárez recibió un reloj de esos que usa la realeza de Mónaco? ¿Lo recibió de parte de un colaborador suyo que se encarga de asignar contratos de obra pública? ¿Qué necesidad tenía de mentir al afirmar que ese reloj cuesta 4 mil pesos, cuando en Tiffany no hacen relojes de esos precios y el que trae (¿o ya lo habrá cambiado por una versión pirata?) es de 7 mil 800 dólares?

”López Obrador argumentó que el Tiffany que le regaló su secretario de Obras Públicas tiene para él un gran valor sentimental. Qué bonito detalle. Pero se volvió a enredar el jefe de Gobierno. Es que aunque tenga un gran valor sentimental no lo incluyó en su Declaración Patrimonial, donde tenía la obligación de hacerlo. López Obrador declaró en ceros el apartado de joyas de su Declaración Patrimonial.

”¿Por qué lo escondió en su Declaración Patrimonial? Además, si a objetos con valor afectivo vamos, lo lógico es que éstos sean los heredados de la abuelita o de familiares entrañables. Pero el Tiffany se lo dio un subordinado suyo, igual que los jefes policiacos regalaban joyas a Arturo Durazo. Nadie está diciendo que López sea igual al Negro Durazo en todo, aclaramos a sus iracundos seguidores. Sólo se subraya, en este caso, el estilo. Igualito. Y ambos, verdad de Dios, muy sentimentales en eso de las joyas.

”Así las cosas, Gustavo Ponce también podría alegar que sus coches Porsche, adquiridos durante su gestión como secretario de Finanzas de López Obrador, tienen un gran valor sentimental para él. En serio, los abogados del hombre que tenía López Obrador al frente de las finanzas de su gobierno pueden decir que los Porsche conmueven a Ponce al punto de las lágrimas.

”Le provocan una emoción sólo comparable con los viajes a Las Vegas, donde iba en días de trabajo a gastar millones de dólares que no eran suyos. O como el Tiffany que recibió el jefe de Ponce de manos del encargado de Obras Públicas en el Gobierno del DF.

”En fin, López Obrador pudo haber dado su verdadera dimensión al

asunto sin necesidad de mentir y en una sola frase matar el tema: uso el Tiffany porque es un muy buen reloj, y sanseacabó. Pero la verdad es algo que no se le da. Y menos cuando quiere hacer de su supuesta austeridad un sello de propaganda electoral. Miente y oculta por sistema. Y el Tiffany escondido en su muñeca es lo menos trascendente en esta historia.

"Sí importa, y mucho, que su Gobierno tenga clasificado como secreto todo lo que se refiere a contratos y licitaciones. Que esté clasificada como secreta la información de las sesiones del Comité de Obras. Que esté clasificada como secreta la información de las sesiones del Subcomité de Adquisiciones, Arrendamiento y Prestación de Servicios de la Secretaría de Obras. Que estén clasificados como secretos los procedimientos de Licitación Pública o Invitación Restringida (con lo que se oculta buena parte de los procesos relativos a la construcción de obras viales en el DF).

"Que estén clasificadas como secretas durante diez años las actas del mencionado Subcomité de Adquisiciones, Arrendamientos y Prestación de Servicios. Todo eso el gobierno de esta ciudad lo puede hacer pasar por el cedazo del silencio, gracias entre otras cosas al manejo sin reglas del dinero de la publicidad que reparte a conveniencia. Sólo así se puede mentir de manera sistemática sin ser exhibido ni criticado.

"Por mentiroso Clinton estuvo a punto de caer. Por mentiroso López Obrador está en la antesala de Los Pinos."

Como pasa en todo lo relacionado con López Obrador, los sucesos se magnifican, pero, de uno a otro, tanto él como su primogénito José Ramón, y su otro hijo también llamado Andrés Manuel, han contribuido con indiscreciones que significan muchas cosas, si bien éstas pueden atribuirse al descuido, a la ingenuidad, al abuso o a la imprudencia.

Eso pasó el lunes 26 de octubre de 2009, cuando Andrés Manuel padre se manifestaba en un mitin frente al Senado de la República, en el cual, con voz al cuello, denunciaba que un puñado de potentados controlaba el país con arrogancia y cinismo. Mientras, el otro Andrés Manuel, el hijo, sumado a la protesta, sobresalía entre los inconformes por sus tenis Louis Vuitton de 900 dólares el par, unos 11 mil 900 pesos, al tipo de cambio de ese momento.

Como dicen los sociólogos, vestir es un asunto de elección personal. Así, caminar con unos Louis Vuitton diseñados por el rapero estadounidense Kanye West —el de los exabruptos en ceremonias de premios televisadas— no debería ser un problema para nadie. Sin embargo, los elementos que forman parte del atuendo o la fachada personal tienen un poder más sutil de lo que suele pensarse.

En otras palabras, el mensaje que se envía no es únicamente lo que se dice y lo que transmite el lenguaje corporal. También cuenta mucho el aspecto personal. Como apuntaba el sociólogo y sicólogo canadiense Erving Goffman: “La fachada social es el contexto en el que se desempeña un papel. [Y] la fachada personal es la apariencia del actor y su modo idiosincrático de desempeñar ese papel”.

Los individuos siempre han aprovechado la fachada personal, la vestimenta y la apariencia para establecer quiénes son. La forma de vestir puede revelar la clase social de una persona; para las mujeres puede ser una herramienta de seducción; inclusive puede ser empleada para manifestar el rechazo hacia el *estatus quo*, ha escrito José Manuel Guevara Sancho, especialista en Relaciones Internacionales por el Tecnológico de Monterrey campus Querétaro y estudiante de la maestría en Gestión Pública la misma institución.

Y justo en ese papel fue atrapado Andrés Manuel López Beltrán. Mientras su afamado padre resaltaba en su discurso la lucha contra la pobreza y la desigualdad, el junior apareció con unos zapatos deportivos de aquella firma francesa de la colección diseñada por el rapero Kanye West, que se cotizaban entre los 870 y los mil 200 dólares en las tiendas de mayor prestigio en Nueva York, París, Londres y Roma.

En marzo de 2011, Guevara Sancho recordó: “En un gran número de eventos públicos, Andrés Manuel suele vestir una camisa, una chamarra y pantalón de vestir. No llevar traje ni corbata, eso es parte de su fachada personal. [...] en el caso de AMLO parece ser una estrategia para crear empatía con sus principales seguidores (que por lo general no visten de traje todos los días para ir a trabajar).

“Cuando AMLO asiste a un encuentro con las masas, suele utilizar una vestimenta menos formal. Pero hay excepciones y dependen de la ‘formalidad’ de la situación; un ejemplo reciente fue la presentación de su proyecto para 2012 en el Auditorio Nacional, en donde vistió un traje oscuro, camisa blanca y corbata roja (que obviamente hacía alusión al Partido del Trabajo). La cabellera de López Obrador es congruente con su fachada personal, casi siempre lo observamos con el cabello desordenado —contrasta con el ‘famoso’ copete bien acicalado de [Enrique] Peña Nieto—, un símbolo tradicional de rebeldía.”

En López Obrador nada debe extrañar ni tomar por sorpresa. No obstante, algunos periodistas, mexicanos y extranjeros, le recordaron, en sus notas de los días posteriores, que los tenis de su hijo estaban hechos de piel de becerro, con una solapa acolchonada en el talón, una lengüeta alta y cordo-

nes cosidos a mano, resaltando la etiqueta de goma, Louis Vuitton, en la lengüeta y el costado. Y que “la página oficial [de la marca] los define como ‘un auténtico capricho’.

”Nada que ver con el calzado usado por los electricistas que acudieron al mitin en el Senado, la mayoría de los cuales portaban sus tradicionales botas de ‘uso rudo’ que les daban como parte de su uniforme de trabajo en Luz y Fuerza del Centro y mucho menos con los reclamos que hacía su padre al arengar que ‘la actual oligarquía nació del pillaje, se conformó con el saqueo de bienes de la nación y del pueblo. Ninguno de sus integrantes ha hecho fortuna con imaginación, trabajo y de conformidad con la ley’.

”E insistía en que ‘casi todos se han enriquecido en los últimos 20 años, al amparo del poder público’.

”Hay una mafia insaciable, enferma de codicia, dispuesta a imponerse a costa del sufrimiento del pueblo y a conspirar contra la paz pública y la estabilidad social’, decía al tiempo de promover que el gobierno federal debía imponer un plan de austeridad republicana.”

Otro periodista escribió: “Captado por un fotógrafo de ojo avizor, el tema se ha convertido esta semana en uno de los chismes del país y ha llegado a primera plana. El diario *Milenio*, que destapó el asunto, iba después un paso más allá: lograba acceso al perfil de Facebook del joven de 23 años y balcaneaba su gusto por la ‘vida loca’.

”Fotografías en yates, flanqueado por bellezas en bikini y con un vaso en la mano, que le debieron recordar al afectado al verlas en prensa los peligros de compartir información privada en la red. [...] De acuerdo al diario, Andrés Manuel junior exhibía en el ciberespacio casi un centenar de fotos de sus paseos en yate, su vida nocturna en los clubes y en Nueva York, como cualquier joven de su edad sin preocupaciones que se divierte.

”Aunque quizás, un poco por encima de lo que la media suele hacerlo, económicamente hablando, en México, un país con más de 50 millones de pobres. [...] Un perfil, de primeras, que uno esperaría más de un hijo de la clase alta y/o de partido conservador, en busca de la perpetua ‘dolce vita’. No del hijo de quien recorre los municipios más pobres del país durante meses con la prédica de que los de arriba son unas rémoras y que el cambio está por llegar.

”Mientras los ricos son cada vez más ricos y les gusta que se vean bien sus despilfarros, los pobres ven bajar día a día su ración de frijoles y tortillas. Máxime en medio de una crisis que está cubriendo de nubarrones el cielo de México.

"Andrés Manuel López Obrador (AMLO, en corto) es el ajonjolí de todos los moles de la izquierda mexicana. Perdió las elecciones en 2006 por un estrecho margen frente al conservador Felipe Calderón, lo que calificó de 'fraude', se negó a reconocer la victoria de su rival y ocupó con sus seguidores el arterial Paseo de la Reforma durante 47 días para exigir un recuento de votos.

"Reúne desde entonces a sus incondicionales —su rebelión dividió a la izquierda y le hizo perder muchos votos, como quedó patente en las recientes elecciones parlamentarias— en asambleas populares, siempre con un discurso de austeridad y reclamos a los que más tienen, dada la disparidad de renta abismal que hay en el país.

"El calzado de su hijo ha motivado algún comentario suyo a través de su recientemente inaugurado Twitter, pero de reproche a la prensa. Acostumbrado a hablar de 'bloqueo informativo' a su causa, escribió: 'Estoy preparado para enfrentar a la oligarquía y sus achichincles (secuaces). No soy corrupto como ellos y lucho con sinceridad por la justicia'.

"Su aversión por los medios parece que la [ha] heredado su hijo, que escribía en el Facebook: 'Creo q mi costumbre d despertarme y leer los periódicos, en estos tiempos lo único q m hace es dano [sic]. En serio necesito esas vacaciones'.

"Otra perla: 'Desde q mi papá tiene twitter mi guilty pleasure es a ver quien lo sigue... Y lo cierto es q [sic] me da envidia que hayan tantas guapas'. El diario [Milenio] recoge también más comentarios, de cómo le da 'flojera' celebrar el cumpleaños de su hermano con sólo 300 personas, lo poco que le gustó que Obama aceptase el Nobel y bailase con Thalía y que [sic] divertido fue cuando su maestro se cayó de la silla mientras unos compañeros hablaban sobre Rafael Acosta 'Juanito', el candidato auspiciado por AMLO como hombre de paja y que después se rebeló."

Y alguien más remató: en "su Facebook tiene mil 273 amigos a quienes les muestra sus fotos en distintos antros en NY, así como de sus paseos en yate donde posa [...] en sus fotos de Facebook con distintas mujeres, la mayoría de ellas guapas, muy al estilo Luis Miguel (claro, guardando sus debidas proporciones), además pone en su perfil que busca 'amistad, citas, relaciones esporádicas, lo que sea'.

"Mientras que en Twitter habla de los impuestos y de sus relaciones con la servidumbre, cabe resaltar la mala ortografía: 'Neta q d q habla la gente q defiend el internet en el senado? Minimo preparence si van a representar a una comunidad. No m siento representado [sic]'.

”También en Twitter hace fuertes críticas a los legisladores del PRD cuando se discutían los impuestos: ‘No entiendo para qué gastan saliva los diputados del PRD si d todos modos no los toman en cuenta y los van a mayoritear [*sic*]. [...] Después se refiere al presidente de la Mesa Directiva del Senado, ‘Porque Navarrete le habla a la mesa como si fueran niños chiquitos? jajajaja Q le pasa? jajajajaja son twitteros no menso[sic]’.”

Los disparates del junior, la exhibición de sus parrandas y sus gustos caros, así como el accidente y el empleo que su hermano mayor ostentaba en el GDF ayudaron, acaso sin querer, a los detractores de su padre. Los “hijos incómodos” de Andrés Manuel pusieron el dedo en la llaga y le enseñaron a los mexicanos una ominosa verdad: el perredista no pregona con el ejemplo; dice una cosa y hace otra.

Y lo mismo pasa en el PRD, acostumbrado a señalar los errores ajenos sin reparar en los propios. En el colmo de la degradación, las múltiples tribus del partido arremeterían, sin asomo de culpa, contra dos de sus presuntos pilares: los ideales socialistas y el otrora pujante liderazgo moral de Cuauhtémoc Cárdenas. Canibalismo de alto nivel.

Traición al socialismo

EN EL PRD ABUNDAN los secretos a voces. Nadie sabe nada, pero todos saben todo. Cuauhtémoc Cárdenas jugó un papel fundamental en la candidatura de Andrés Manuel a la Jefatura de Gobierno; lo mismo pasó en 1996 para que llegara a la dirigencia nacional perredista. “Contaba con los recursos y el poder para su promoción, los cuales no estaban garantizados, en lo absoluto, luego de su fracaso en las elecciones presidenciales de 1994”, escribió la investigadora francesa Anne Pivron en el análisis *Anatomía de un partido de oposición mexicano: la estructura del juego político del PRD*, que presentó en 1998.

“¿Cómo”, se pregunta, “después de haber perdido dos elecciones presidenciales consecutivas y llevado a su partido a la derrota, Cuauhtémoc pudo reunir las condiciones para mantener su liderazgo?”. Y ella misma encuentra la respuesta: “Aprovechó la coyuntura que le ofreció la crisis —que estalló en diciembre de 1994, apenas Ernesto Zedillo tomó posesión— y pasó a la ofensiva reactivando su discurso radical, en contraste con la disposición al diálogo de la dirección del partido”, que estaba en manos de Porfirio Muñoz Ledo.

La contundencia de la ofensiva cardenista —que tomó como banderas la creación de un gobierno de salvación nacional, la censura de las emergentes y urgentes políticas económicas zedillistas y la exigencia de un nuevo gobierno, entre otras— dio resultados casi de inmediato: polarizó a las corrientes internas del partido.

Pivron analizó la situación: las discrepancias entre Cárdenas y Muñoz Ledo se reactivaron en 1995 por iniciativa del primero, “y éstas constituyen el antecedente inmediato —e incluso la razón— del Tercer Congreso Nacional del PRD, que tuvo lugar en Oaxtepec, del 24 al 27 de agosto de 1995. El problema central debía resolverse ahí: definir la línea de acción del partido, su identidad y optar por la negociación o por la confrontación con el go-

bierno. El congreso era la manifestación institucional de la diarquía y su realización iba a permitir determinar a un ganador.

”La resolución tomada fue la apertura al diálogo y el mantenimiento de la unidad partidista. Se le dio carta blanca a Muñoz Ledo, a quien se le percibió como el gran vencedor. Sin embargo, tal interpretación fundada en los resultados de este congreso es funcionalista: si éste dio su aval para que el partido adoptara una posición conciliadora y moderada, en realidad su realización misma constituyó para Cárdenas una victoria interna sin precedentes.

”La recuperación del liderazgo de Cárdenas alcanza su punto culminante cuando reconoce sus errores, como la formación de un comité de campaña distinto del PRD en 1994. Al ‘ceder’, Cárdenas recuperaba su postura de gran conciliador, de símbolo de la unidad y presentaba así la imagen de un hombre dotado de un espíritu de sacrificio que priorizaba los intereses de la institución en detrimento de los personales. En realidad, Cárdenas había recuperado su liderazgo.”

Pero en 2000, después de su tercera derrota, no existía ninguna de esas condiciones. Había, además, dos fenómenos con los que no contaba: el primero, interno, se llamaba Andrés Manuel; el segundo, externo, también tenía nombre y apellidos: Vicente Fox Quesada. Por eso, la influencia cardenista entró en un tobogán. El tercer fracaso empezó a mostrar que en México los mitos se destruyen con la misma facilidad con que se crean.

El certificado de defunción de Cárdenas y del cardenismo se expidió la noche de aquel 2 de julio, cuando, entre vítores y porras, en el cuartel perredista se hizo una invitación para celebrar el triunfo lopezobradorista y se oyó una voz clara: “No podemos festejar con un muerto en casa”. Y en el Zócalo, sus colaboradores y amigos lanzaron un lapidario: “Es la última vez”.

Y con ese “muerto en casa”, por primera vez desde 1988 los cardenistas se encontraron con un fenómeno que Cuauhtémoc no podía controlar. Pocos se atrevieron a subestimar las capacidades de Andrés Manuel. Sabían que el traspie en los comicios presidenciales de 2000 era un golpe mortal por necesidad, y que solamente era cuestión de tiempo para que el tabasqueño le arrebatara el liderazgo; es decir, se encaramara como el nuevo caudillo. Andrés Manuel asomaba como un auténtico rival.

La fuerza de Cárdenas fue suficiente para neutralizar a las primeras corrientes —*Arcóiris* y *Trisecta*—, así como a las personalidades y carga que representaban Muñoz Ledo o Heberto Castillo. Pero el estilo carismático de López Obrador fue una situación inédita que nadie estaba preparado para enfrentar. Peor aún, el tabasqueño no estaba solo y su compañía era contun-

dente, empezando por la del experimentado Muñoz Ledo, pese a que éste se hubiera convertido en militante del Partido del Trabajo.

Si en 2000 la fuerza cardenista todavía tuvo capacidad y márgenes de maniobra para obligar a Porfirio Muñoz Ledo a renunciar al partido y buscar su candidatura presidencial en otro lado, después de la derrota se hizo muy evidente que, desilusionadas por el nuevo fracaso de llegar a Los Pinos, las izquierdas empezaron a cuestionar con mayor fuerza al neocardenismo.

Nadie pasó por alto que, a pesar de las severas impugnaciones y la oposición interna para que se hiciera con la candidatura en 2000, Andrés Manuel había vencido al panista Santiago Creel Miranda, favorito y puntero en las encuestas, y era el nuevo jefe de Gobierno de la capital del país, una ciudad de 8.5 millones de habitantes, sin incluir la llamada zona metropolitana.

Otros acontecimientos demostraron que la situación había cambiado. Fue evidente que había un rompimiento. Mientras los cardenistas se concentraron en tomar el control del partido, cosa que lograrían en 2002, los lopezobradoristas se empeñaron en exponer la separación definitiva de su líder Andrés Manuel con el binomio Cárdenas-Robles, a través de una campaña de moralización y limpia en la Tesorería. Abiertas y descubiertas, las acusaciones de malversación salpicaban a Rosario y al mismo Cuauhtémoc.

Pícaro en algunos discursos, *El Peje* hizo señalamientos en contra de los dispendios de sus antecesores y de la corrupción que halló al iniciar su gestión. Ni en la Asamblea Legislativa ni en la Contraloría, a cargo de Bertha Luján, hubo prisa por hacer aclaraciones ni por deslindar a Cárdenas o a Robles, quienes habían gobernado la ciudad de diciembre de 1997 a diciembre de 2000.

La guerra contra estos últimos empezó pronto. A 26 horas de haber asumido la Jefatura de Gobierno, Andrés Manuel anunció medidas para atacar la corrupción y el robo en la Tesorería del Distrito Federal. Para combatir lo que llamó “delincuencia organizada”, ordenó el cambio total del personal de confianza de las 40 oficinas recaudadoras. También se firmaron convenios con Bancomer y Banamex, para que allí pudiera hacerse el pago de todos los impuestos y las contribuciones locales.

En una conferencia hizo público un diagnóstico sobre las irregularidades detectadas en el pago de contribuciones, en las que, se presumía, había la participación de funcionarios de la Tesorería. También dijo que se adoptarían nuevos sistemas de control y vigilancia, y que sería nombrado un fiscal especial para perseguir ese tipo de delitos, el cual elegiría el procurador Bernardo Bátiz.

Más claro ni el agua, pero por si quedara alguna duda sobre la dimen-

sión del rompimiento, agregó que el fiscal especial trabajaría con agentes del Ministerio Público, policías judiciales y peritos especializados, para dar cauce a 753 averiguaciones previas por la presunta comisión de delitos en contra de la Hacienda Pública del Distrito Federal.

E hizo otra precisión: aunque el monto de los recursos extraídos ilegalmente del erario era aún desconocido, superaba los 100 millones de pesos. Además, se había detectado la falsificación de tenencias y de boletas del impuesto predial, así como cheques a nombre de la Tesorería que habían sido depositados en cuentas bancarias de particulares, situación que, señaló, demostraba contubernio entre funcionarios de la dependencia y empleados bancarios.

“Están abiertas las averiguaciones, se les va a dar seguimiento y vamos a actuar con firmeza, no vamos a permitir que nadie se robe el dinero del pueblo. Tenemos los elementos, tenemos las pruebas y aquí estamos tomando decisiones, primero en lo preventivo y también en lo que tiene que ver con el combate a este tipo de delitos.”

Dos semanas después de su toma de posesión, Andrés Manuel dio otro golpe directo. Ordenó desaparecer de la Jefatura de Gobierno dos áreas creadas por Rosario Robles Berlanga: la Unidad de Información, Comunicación y Análisis, y la Secretaría Particular Adjunta C, a fin de que la nómina no se engrosara más. Ambas áreas fueron registradas en la Oficialía Mayor.

La Unidad de Análisis estaba conformada por 20 prestadores de servicios profesionales. De éstos, nada más uno tenía plaza de estructura, aunque no desempeñaba el cargo de secretario privado para el que fue contratado: en realidad atendía el área de análisis de medios de comunicación. Por los 14 meses que operó este equipo, la ciudad pagó 4 millones 12 mil 820 pesos.

La Secretaría Particular Adjunta C estaba integrada por diez personas, de las cuales sólo el titular tenía plaza de estructura con un salario de 63 mil 945 pesos mensuales. El costo de ese equipo de trabajo ascendió a 3 millones 24 mil pesos, durante los 14 meses que Robles gobernó el D.F.

La Coordinación de Asesores contaba con 61 personas cuyos sueldos oscilaban entre 4 mil 762 y 66 mil pesos. Como empleados que cobraban por honorarios, en 14 meses se gastaron más de 9 millones 500 mil pesos. Es decir, cada mes la Jefatura de Gobierno destinaba un millón 962 mil 668 pesos al pago de honorarios, lo que significó un gasto de casi 27 millones 500 mil pesos exclusivamente en los asesores de Rosario Robles.

Andrés Manuel dijo, con hechos, lo que pensaba del año y dos meses del gobierno de Rosario Robles, quien como heredera del puesto no podía se-

pararse de Cuauhtémoc Cárdenas. El 17 de diciembre, a dos semanas de su toma de posesión, López Obrador hizo desaparecer 8 mil plazas de trabajadores eventuales creadas por el gobierno roblista.

Puesto que la normatividad impedía la contratación de empleados que realizaran funciones propias del personal de base, los prestadores de servicios de Robles eran adscritos al cuerpo de asesores, aunque en realidad trabajaban como intendentes, secretarías, técnicos, choferes, personal de apoyo administrativo y otros profesionistas —en particular los contratados bajo el esquema de honorarios.

También en diciembre, Andrés Manuel guardó silencio cuando, desde la Comisión de Hacienda de la Asamblea Legislativa, se filtraron versiones sobre malversación de fondos en el Instituto de Cultura de la Ciudad de México (ICCM). El día 17, el diputado panista Salvador Abascal difundió los resultados de una auditoría practicada por la Contraloría General del D.F. al presupuesto de 1998 del ICCM. Entre las irregularidades detectadas había pagos duplicados, obras ejercidas sin licitación pública, gastos sin autorización y pérdida de facturas que, en total, arrojaban un faltante de 50 millones de pesos.

El tema murió cuando Bertha Elena Luján Uranga, titular de la Contraloría, aclaró que los documentos filtrados correspondían a una auditoría abierta, por lo que hubo interpretaciones dolosas. “Abascal ha hecho una serie de declaraciones que rompen con la confidencialidad que debe haber en este tipo de información, no porque sea secreta, sino porque corresponde a procesos no terminados. No podemos emitir juicios contra personas cuyo caso aún se está investigando”, dijo la contralora.

Malagradecidos o desilusionados por los tres fracasos de Cárdenas —ante Salinas, Zedillo y Fox—, los perredistas superaban el periodo de definiciones del primer caudillo. Con excepción de un pequeño grupo que en 2002 se encaramaría a la dirigencia nacional de la mano de Rosario Robles —mediante un escandaloso fraude interno—, las mayorías estaban convencidas de que el hijo del general y ex presidente Lázaro Cárdenas del Río tenía mínimas posibilidades de llegar políticamente vivo al 2006.

Frente a la avalancha lopezobradorista y el empuje foxista, los rosaristas y el propio Cuauhtémoc hacían agónicos movimientos para mantener el control del partido. Nadie quería ni esperaba una cuarta oportunidad presidencial. ¿Cómo negar la evidente pérdida de confianza, después de los tropezones de 1994 y 2000? Era muy complicado. Cárdenas terminó siendo víctima de ese síndrome llamado *falta de credibilidad*.

Hasta que se puso en marcha el proceso interno para elegir candidato a los comicios presidenciales de 2000, Cuauhtémoc parecía un líder indestructible e insustituible. Empero, el resultado de las elecciones de ese año —cuando obtuvo apenas 16.52 por ciento de la votación, contra 38 de Andrés Manuel en el D.F.— lo enfrentó a una opinión interna, cada vez más generalizada, de que él y nadie más era el culpable del alejamiento de la realidad; en otras palabras, de la nueva derrota.

Incluso hubo quienes, a pesar del silencio, terminaron por aceptar que fue un error no apostar por el cambio a través de Muñoz Ledo, y dejar que éste, empujado por unas reglas internas que parecían hechas a medida para que Cárdenas fuera el eterno candidato, renunciara al PRD para aceptar la candidatura del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, que finalmente abandonó para sumarse al proyecto panista de Vicente Fox.

LA JUBILACIÓN DE UN CAUDILLO

Después de su nueva derrota, y en medio de los sucesos vertiginosos de aquel 2000, los perredistas bajaron del pedestal a su líder histórico y le dieron la espalda. Si en 1988, con el fraude que entronizó a Carlos Salinas de Gortari, y luego en 1997, cuando ganaron la Jefatura de Gobierno, alimentaron la ilusión de que los mexicanos eran de izquierda, el tercer fracaso los dejó desprotegidos. Descubrieron así que el escenario electoral había cambiado, que 1988 era sólo una pesadilla, y que había una población de votantes móviles, sin lealtades partidistas, que podía ser capturado por un buen candidato o con una fuerte mercadotecnia.

El 28 de marzo de 2004, último día del VIII Congreso Nacional, fue muy largo para el PRD, pues entonces germinó y floreció la semilla que sembró la tercera derrota. Cuauhtémoc Cárdenas solicitó licencia para abrir la sesión y dirigirse a los más de 2 mil congresistas. En la mano llevaba un documento y lo leyó. Era su renuncia, con carácter de irrevocable, a los cargos en el partido. Imperaron la confusión y los abucheos. Entre rechiflas de quienes antes lo veían como a un semidiós, colocó su dimisión sobre la mesa.

Luego lo abuchearon otra vez. Ganó fuerza el grito “¡Godoy! ¡Godoy!” Cárdenas ya no era el mismo. Pasaría a ocupar un lugar indefinido como líder moral e histórico del PRD, con un valor equivalente a cero. Decidió abandonar el Palacio de los Deportes, sede del Congreso Nacional. Y se fue entre más alaridos de repudio, desmintiendo, de golpe, que el PRD era, ante

que todo, un partido cardenista. Quizá alguna vez lo fue, pero ese día se convirtieron en traidores quienes se asumían cardenistas desde 1989. Fue, a decir de testigos, la derrota más dolorosa para el primer caudillo.

La maestra Rosa Albina Garavito escribiría más tarde que los abucheos vergonzosos a Cárdenas y la censura al periódico *La Jornada* —porque supuestamente tergiversó una declaración en la que el entonces el líder nacional, Leonel Godoy, advertía que se convertiría en “dictadorzuelo” si aceptaba una propuesta de Cárdenas de hacer renunciar a los miembros de la directiva y dar paso a una reestructuración— mostraron a un partido débil y con escasa fortaleza institucional.

Garavito lanzó su propia interpretación: “Pero quizás la renuncia de Cárdenas, más que un acto de congruencia con su propuesta, como él argumentó, haya estado decidida en el ánimo de empezar a poner distancia con un partido que se encuentra volcado hacia la figura de AMLO, como posible candidato para 2006. Si así fuera, en la renuncia podríamos estar viendo el primer signo de escisión perredista hacia las próximas elecciones presidenciales”. El comentario tuvo algo de premonitorio: Cuauhtémoc se hizo a un lado y no participó en el proceso electoral de 2006.

La defenestración de Cárdenas escondía otra realidad visible desde 1993, que cobró visos de tragedia a partir de las elecciones internas de 1999, con el cuestionado y denunciado triunfo de Amalia García Medina: la lucha caníbal de las tribus por el poder burocrático del partido, que intentaron enmascarar a través de la supuesta búsqueda de un nuevo jefe para el proyecto de las izquierdas y de los ex priistas. En 2004, unos y otros se alinearon con Andrés Manuel.

La rechifla y los abucheos fueron interpretados como una suerte de rito pagano para aplacar la ira de los jefes de cada tribu, quienes, en lugar de asumir su responsabilidad, buscaron al culpable de sus derrotas presidenciales y lo encontraron en la figura de su líder, Cárdenas. Sin que éste lo pidiera, lo jubilaron. Buena parte del prestigio que el PRD tenía desde sus orígenes salió por una de las puertas del Palacio de los Deportes.

Con esa jubilación anticipada y virulenta, negaron a Cárdenas una última oportunidad de convertirse en una especie de apoyo para las instituciones partidistas responsables de examinar los comportamientos desaseados y corruptos de los militantes del PRD. Eso del liderazgo moral fue parte de una retórica que nunca nadie entendió. Ni siquiera Cuauhtémoc Cárdenas sabía qué significaba ser líder moral.

La escandalosa humillación resultó demoledora porque abrió las venas

del recuerdo para mostrar, como dardo envenenado, otra historia oculta en la memoria del PRD: la traición mayor al Frente Democrático Nacional (FDN). Tras el fraude electoral de 1988 —del que se valió el presidente Miguel de la Madrid Hurtado para imponer como su sucesor a Carlos Salinas—, Cárdenas negoció el movimiento, sus alcances y sus consecuencias reales. Al menos eso sostienen sus detractores, como Porfirio Muñoz Ledo.

Ese pasaje es hoy bien conocido. Aunque cada uno lo cuenta a su manera, no hay cambios sustanciales. Acaso, Cárdenas se guarda el gran secreto de lo que empezó a gestarse dos días después de los comicios del no tan lejano 1988, que, todavía, eran controlados por la Secretaría de Gobernación, al frente de la cual estaba el poblano Manuel Bartlett Díaz, a quien se le cayó y se le calló el sistema del conteo preliminar de votos.

Al margen de la fuente inagotable en que se ha convertido el tema, así como la necesidad de mantenerlo en la memoria histórica por los elementos que hay en él para demostrar el fraude del 88, aún no se valora a cabalidad el grave perjuicio que ocasionó al movimiento social de aquel año la entrevista secreta entre Cárdenas y Salinas, la cual se realizó el 8 de julio —y siempre ha sido cuestionada por personajes como Muñoz Ledo.

El 18 de abril de 1999, en declaraciones que hizo en Guadalajara y que reprodujo el periódico *Reforma* bajo la firma de Sara Luz, Cárdenas reconoció que debía dar una explicación sobre dicha entrevista “Estoy previendo hacer una rectificación más amplia respecto a cómo se dio el encuentro con Carlos Salinas de Gortari en 1988; creo que debo una explicación, pero deben considerarse los antecedentes”.

Ese mismo día, Francisco Álvarez, ex candidato a la presidencia municipal de Tlaquepaque, Jalisco, entró al quite: “Preocupa la situación que atraviesa el partido respecto a las declaraciones de Porfirio Muñoz Ledo; con esos comentarios se mancha la imagen del PRD y de su figura [...] creo que la ropa sucia se lava en casa [...] los conflictos deben tratarse en privado para evitar que la sociedad dude de la capacidad del PRD para gobernar”.

“La polémica sobre la reunión secreta de 1988”, precisa una nota del rotativo, “comenzó desde 1994, cuando el dato apareció en el libro *Yo Manuel. Memorias zapócrifas? de un comisionado*; posteriormente, Muñoz Ledo confirmó la información. El encuentro se realizó en casa del dirigente del PRI capitalino, Manuel Aguilera, y acudieron Salinas y Manuel Camacho Solís. En 1996, Cárdenas negó rotundamente la versión de Muñoz Ledo.

“No obstante, Cárdenas la admitió el jueves pasado, cuando aseguró que el único objetivo fue limpiar la elección de 1988, en la que se habían detec-

tado irregularidades que se pretendían aclarar con la revisión de algunos paquetes electorales, lo cual a final de cuentas no se concretó.”

En un libro que publicó en 2008, *La ruptura que viene*, Muñoz Ledo cuestiona la entrevista y advierte que es necesario descubrir la verdad histórica. Asimismo, califica a Cárdenas como un líder mentiroso porque ese encuentro que retrasó los cambios políticos en México fue orquestado “a espaldas del movimiento” que encabezaba.

Porfirio ha sido especialmente severo con Cárdenas. En una entrevista que el martes 20 de septiembre de 2006 le hicieron Daniel Pensamiento y Manuel Appendini, advirtió que Cuauhtémoc es un mito de la izquierda que acabó convirtiéndose en un personaje funcional para la derecha. De paso le reprochó criticar a López Obrador sin ser capaz de asumir su propia responsabilidad histórica en los acontecimientos de los últimos años.

También lo acusó de aferrarse a un proyecto caudillista y de actuar con mezquindad política. “Evidentemente Andrés Manuel ha revelado mucho mayor entereza, convicción y honestidad que Cuauhtémoc en el 88. Si Cuauhtémoc hubiera tenido una mínima parte de la decisión que hoy tenemos, pudiéramos habernos ahorrado 20 años de neoliberalismo. ¡Ésa es su carga histórica!

”Es un mito que se acabó. Lo lamentó mucho, el país apostó por él, el pueblo se le entregó, pero él no fue digno de esa confianza. ¡Se quitó la máscara!”

Y fue aún más preciso: Cárdenas desertó de la izquierda y terminó favoreciendo a la derecha. “La palabra que mejor lo define es: mezquindad. Sus valores cívicos se ven opacados por su realidad pueril. Jamás ha aceptado la sustitución de los liderazgos, ése fue el origen de la controversia conmigo, y ése fue el origen y su ruptura con Andrés Manuel [...]. Ifigenia Martínez lo ha tildado de díscolo; es más que eso, es incapaz de generosidad, y de verdadero talante democrático, lo que le incapacita para ser un hombre de izquierda, tenga los títulos familiares históricos que tenga.

”Aunque Cuauhtémoc no lo reconozca, él fue miembro del PRI, fue senador del PRI, fue gobernador por el PRI, y su padre fue fundador y presidente del PNR [Partido Nacional Revolucionario] y miembro del PRI, entonces él no tiene el privilegio de decir quiénes son los buenos y quiénes son los malos. [...] Nunca fue líder moral, él trató de caudillizar el partido, a pesar de tener el 18 por ciento de la preferencia electoral.”

En enero de 2011, casi 23 años después de las elecciones presidenciales de 1988, en su libro *Sobre mis pasos*, Cárdenas precisó que el polémico encuentro con Salinas se celebró el 29 de julio. También reconoció que se llevó a

cabo en la residencia de Manuel Aguilera, que el intermediario fue Manuel Camacho Solís y que duró una hora y media. Cuauhtémoc aseguró, además, que durante esa reunión solamente pidió que se limpiara la elección.

El encumbramiento de Cárdenas sería difícil de explicar sin tres significativos fenómenos que se hicieron notar a partir de 1986. Hay que recordar que la creación de la Corriente Democrática aceleró su salida del PRI —fecha el 23 de junio de 1989—. Luego, el aglutinamiento de partidos, diversas fuerzas políticas de izquierda y movimientos sociales en torno a su primera candidatura presidencial, que dieron origen al Frente Democrático Nacional. Y por último, el ampliamente documentado fraude en los comicios presidenciales de 1988, a lo que se sumó la carga histórica de su apellido.

Al margen de la paternidad del movimiento —atribuida a Rodolfo González Guevara o a Muñoz Ledo—, de las interpretaciones personales y del golpe mediático que dio el PARM el 12 de octubre de 1987, cuando le ofreció la candidatura presidencial que se ratificó dos días más tarde, Cuauhtémoc se alzó como un hombre invencible que pretendía —al menos eso indicaban los resultados concretos— algo más que ser líder del nuevo movimiento que surgió aquel año y que, el 5 de mayo de 1989, dio a luz al PRD.

Cuauhtémoc se convirtió en elemento determinante de la vida política mexicana. Los ojos del país quedaron puestos en él. Al asumir el mando del nuevo partido se rodeó de una serie de personalidades que se convirtieron en “sus apoyos, correas de transmisión, operadores políticos y sustento de su figura. Sin embargo, éstos han variado bastante, sufriendo con el tiempo abandonos significativos”, como lo documentó García Ponce en *Los caudillos perredistas*.

Apuntalado por diversos personajes, en el PRD se fueron sentando las bases para una dirigencia bicéfala: la formal, que, al margen de sus vicios, imposiciones o fraudes, se renueva cada tres años; y la de Cuauhtémoc, que se prolongó hasta 2004 cuando, como se explicó en páginas anteriores, lo desplazó su mayor dolor de cabeza: Andrés Manuel López Obrador.

EL APELLIDO NO BASTA

La habilidad del equipo cardenista para afianzarse en el nuevo partido quedó, casi de inmediato, fuera de toda duda porque Cuauhtémoc asumió los poderes ejecutivos. Se volvió el eje concentrador de las izquierdas, que luego

serían corrientes, fracciones y finalmente tribus. Acostumbrados al poder institucional y por tanto con mayor capacidad para posicionar y defender a Cárdenas, los ex priistas pasarían a ocupar casi la mitad de los cargos directivos. Pocos se habrían atrevido a despreciar la fuerza y la presencia de esos personajes.

Con las riendas en manos de Cuauhtémoc —cuya presidencia se oficializó en noviembre de 1989—, el manejo del partido fue claro: Muñoz Ledo en la organización; Moisés Rivera en las finanzas y Ricardo Valero en las relaciones internacionales. Estos cuatro ex priistas fueron la columna vertebral del nuevo partido de las izquierdas. Otros cuatro ex priistas llegaron al Senado para controlar la fracción parlamentaria perredista y, lo más importante, la agenda legislativa.

Pivron escribió: “Después de 1993, los porfiristas mantuvieron el control del grupo parlamentario del PRD por intermedio de Ricardo Valero y Robles Garnica; en 1995, Valero fue nombrado representante ante el IFE, posición privilegiada en las relaciones con el gobierno. Estas diversas atribuciones manifiestan, además, la existencia de posiciones múltiples, lo que permite que una sola persona acumule al menos dos funciones y ejerza un control de varias instituciones. De esta forma, por ejemplo, los cuatro senadores [iniciales] forman también parte del Comité Ejecutivo Nacional”.

En el fondo, la figura de Cárdenas —como pasaría más adelante con la de Andrés Manuel— se convirtió en algo tan antidemocrático como lo que supuestamente combatían. Quizá por eso, en el camino, como se dijo, lo fueron abandonando Roberto Robles Garnica, Janitzio Mújica Rodríguez Cabo, Cristóbal Arias Solís, Rodolfo González Guevara, Raúl Castellanos, Jorge G. Castañeda y Adolfo Aguilar Zínzer.

A sabiendas de que Cárdenas nunca lo dejaría ser candidato presidencial, Muñoz Ledo acabó alejándose y, con él, su respaldo y experiencia: consejero técnico de la presidencia, subdirector general de Educación Superior y de Investigación Científica, integrante del Consejo Consultivo del Gobierno de México ante la Unesco, consejero cultural de la Embajada de México en Francia, director general del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), subsecretario de la Presidencia de la República, secretario del Trabajo y de Educación, y dirigente nacional del PRI. Nada de esto le sirvió ante el muro cardenista. En 2000 renunció al partido y se fue para siempre.

Pese a que su segunda presidencial, en 1994, lo había dejado maltrecho, su carisma, la astucia o habilidad, así como el apellido, le permitieron recomponerse, recuperar su liderazgo y lanzarse en 1997 a la aventura de ganar el

Distrito Federal, bajo la supervisión de Andrés Manuel, entonces líder nacional del partido. Como ocurría desde mayo de 1989, los perredistas se plegaron a los deseos de Cárdenas y a la conducción de López Obrador.

Cárdenas, un viejo zorro, percibió el triunfo capitalino como oportunidad ideal para armar una nueva estrategia y conseguir, tres años más tarde, su tercera candidatura presidencial. Amarró sus piezas a través de Adolfo Gilly, Samuel del Villar, César Buenrostro, Leonel Godoy, Macario Schettino, Alfonso Baca, Rosario Robles, Jorge Martínez Almaraz, Clara Jusidman, Julio Moguel, Salvador Martínez della Rocca, Imanol Ordorika, Carlos Ímaz y Ricardo Pascoe.

Esa compleja estructura con dirección bicéfala —la caudillista y la burocrática formal— le dio a Cuauhtémoc Cárdenas la posibilidad de impulsar la carrera política de su familia. Por ejemplo, su primogénito Lázaro Cárdenas Batel fue diputado federal —de 1997 a 2000— y coordinador de los legisladores michoacanos. Poco después, ganó en 2000 un escaño en el Senado y en noviembre de 2001 llegó sin problemas a la gubernatura de Michoacán, con 557 mil votos.

Ese poder a la vieja usanza también alcanzó para el otro hijo, Cuauhtémoc Cárdenas Batel, quien fue integrado durante 35 horas a la comisión que coordinó la transición del Gobierno del Distrito Federal, en 1997, y también ha sido presidente de la Comisión de Candidaturas del PRD.

Michoacán es fundamental para los Cárdenas. En esa entidad, Cuauhtémoc dio sus primeros pasos para democratizar al PRI, el partido que lo llevó al gobierno estatal. El 10 de octubre de 1986 allá se presentó el primer documento de la Corriente Democratizadora y, allá, se le destapó como candidato presidencial en 1988.

Coordinador de los festejos del Bicentenario del 19 de junio al 8 de noviembre de 2006, Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano siguió los pasos de su padre, el general Lázaro Cárdenas del Río —secretario de Gobernación en el sexenio del viejo Adolfo Ruiz Cortines, luego presidente de la República y más tarde secretario de Guerra y Marina—, quien de 1928 a 1930 encabezó el gobierno de su entidad. Y lo mismo puede decirse respecto a su tío Dámaso Cárdenas del Río, gobernador de Michoacán de 1950 a 1956.

Gracias, con mucho, al peso del apellido, desde Michoacán se impulsó la carrera de Cuauhtémoc: fue secretario del Comité Técnico del Río Balsas de 1959 a 1962, director de Estudios de esa comisión y, simultáneamente, en 1964 fue residente de la construcción de la presa La Villita, obra a cargo de la Comisión Federal de Electricidad (CFE). Más tarde lo nombraron sub-

director de la Siderúrgica Las Truchas —en Michoacán— y titular del Consejo Consultivo del Instituto de Estudios Políticos Económicos y Sociales (IEPES) del PRI, de donde saltó a una senaduría, luego a la subsecretaría Forestal y de la Fauna, y de allí a la gubernatura, en 1980.

En la recreación del modelo que formó a la elite perredista hay beneficiados directos e indirectos. Pero aún hay quienes sostienen que el impulso a la carrera de los hijos de Cuauhtémoc tenía otras intenciones, además de prolongar la dinastía: servir como enlace con las tribus, en particular aquellas que se disputaban el poder burocrático del partido.

Tal fue el caso de Lázaro, a quien se le atribuyó, en 1999, parte del diálogo y los acercamientos cardenistas con la corriente de Amalia García, en ese momento presidenta nacional del PRD, para nulificar a Porfirio Muñoz Ledo y amarrar la tercera candidatura presidencial de su padre, pese a que entonces le eran desfavorables las encuestas por la aparición en el horizonte político del panista Vicente Fox Quesada.

Si bien Lázaro y Cuauhtémoc Cárdenas Batel tenían un perfil moderno y fungían como nexo con cada una de las corrientes, fueron las elecciones de 1997 las que le dieron a Cárdenas Solórzano el impulso para recomponer su imagen, hacia el interior y hacia los electores. Con casi 50 por ciento de la votación, su rotundo éxito como candidato a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal revitalizó su alicaído liderazgo.

Con el triunfo en la capital de la República, los perredistas alimentaron la ilusión desbordada de que el resto del país estaba listo para quitarse de encima las siete décadas de priismo. Cárdenas encarnó el añejo sueño de que la izquierda echaría al PRI de Los Pinos. La conquista de la Presidencia habría significado una venganza personal, de cada uno de los perredistas, contra Ernesto Zedillo, quien durante su mandato mantuvo una persecución sistemática, casi un aniquilamiento, de militantes de la izquierda mexicana.

En la ilusión de volver a empujar a Cuauhtémoc había intereses adicionales. Un acuerdo entre los grupos de poder permitió el ingreso masivo de la izquierda a la nómina pública: en la primera fase, 320 perredistas de base se incorporaron a las 16 delegaciones políticas del Distrito Federal con cargos de directores y subdirectores de área. “El gobierno es nuestro. [...] ¿Por qué habríamos de quedarnos fuera?”, justificó entonces Armando Quintero, dirigente del PRD capitalino.

Y eso sin contar a todos los que se habían integrado a la nómina del gobierno central que encabezaba Cuauhtémoc desde noviembre de 2007. Partido y gobierno se hicieron uno mismo. Por ejemplo, *Los Chuchos* práctica-

mente se adueñaron de la Procuraduría Social. La Ciudad de México se convirtió en territorio vital.

Los cardenistas funcionarios-militantes aprovecharon el momento, o la confusión —que catalogaron como aprendizaje de gobierno—, y de inmediato, incluso antes de empezar a administrar la ciudad, se pusieron a trabajar en una adelantada precampaña presidencial. Juan Guerra, subdelegado en Iztapalapa, coordinaba trabajos en Chiapas, mientras Nuria Fernández, subprocuradora social, organizaba “Dos millones de firmas por la paz en Chiapas” y “La caravana de mil mujeres a Chiapas”, a propósito de la matanza de 45 indígenas chiapanecos, el 22 de diciembre de 1997, en la comunidad de Acteal.

Javier González, vocero de Cuauhtémoc Cárdenas, y Rosario Robles, secretaria general de Gobierno, participaban en reuniones del Comité Ejecutivo Nacional de su partido, en diciembre de 1997, al tiempo que asambleístas perredistas instalaban sus oficinas de gestoría con los colores de su partido, que pronto debieron borrar, y Jorge Martínez Almaraz, secretario de Transporte, tenía presencia en los consejos políticos del PRD.

No se regateó ningún esfuerzo para aprovechar el nuevo capital político. Y no hacía falta la participación directa de Cárdenas para vislumbrar que iba por su tercera candidatura presidencial. Por si hubiera dudas, antes de cumplir un año como el primer perredista jefe de Gobierno del Distrito Federal, hizo unas declaraciones explosivas.

El 21 de septiembre de 1998 deslindó al Ejército de los sucesos de 1968 y dijo que era necesaria una versión oficial de lo acontecido el 2 de octubre. “Es injusto”, precisó, “que el Ejército cargue con las responsabilidades de la masacre, de los encarcelamientos, de la represión que atropelló derechos, leyes y los más elementales principios de humanidad.”

“No han hablado, al menos no con la precisión con la que seguramente podrían hacerlo, actores importantes, civiles y militares, de aquellos acontecimientos: dando nombres, relatando hechos con detalles, refiriendo qué instrucciones dieron o recibieron y a quién o de quién reportaron el cumplimiento de instrucciones recibidas o de misiones realizadas”, señaló durante su participación en el ciclo “México, 30 años en movimiento”, que se realizó en la Universidad Iberoamericana (UIA).

Aunque no mencionó nombres, sí especificó los cargos que ocupaban en 1968 diversos funcionarios que debían dar su versión, como el secretario de Gobernación —Luis Echeverría Álvarez—, el jefe del Estado Mayor Presidencial —Luis Gutiérrez Oropeza—, el comandante de la operación mili-

tar en Tlatelolco —José Hernández Toledo—, así como los procuradores de la República y del Distrito Federal.

Seis días más tarde, Cárdenas visitó el Instituto Tecnológico de Estudios de Monterrey, donde aseguró que, de no lograr una buena gestión como jefe de Gobierno, no tendría sentido pensar en contender por la candidatura del PRD a la Presidencia de 2000.

Nadie le creyó porque, luego de recibir críticas de algunos de los asistentes por su desempeño al frente del Ejecutivo local y en el marco de su presentación en el Tercer Simposium de Economía, indicó que confiaba en que, dados los avances que había registrado en los últimos años, el PRD podría ganar las elecciones para presidente de la República en el año 2000.

Cárdenas, quien había declinado una invitación para participar en el Foro 2000 de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM —en el que Manuel Camacho Solís, Manuel Bartlett Díaz y el gobernador de Guanajuato, Vicente Fox Quesada, habían expresado sus ambiciones respecto al año 2000—, recibió una crítica abierta del gobernante panista guanajuatense: “Mira qué coyón, así qué chiste, sacón; eso es de timoratos, el que la quiera que la juegue, que diga y no ande viendo a ver si se tropieza Fox o si le salen bien las cosas allá [...] ésa no es la cualidad de un líder”.

Por más sigilo y táctica que empleó, Cárdenas construía su tercera candidatura con temas que estaban más allá de la capital del país: tendió puentes con el nuncio Girolamo Prigione, se acercó al arzobispo Norberto Rivera Carrera y el 10 de octubre de 2008 viajó a El Vaticano, acompañado, entre otros, por Adolfo Gilly, coordinador de Evaluación y Diagnóstico; Carlos Torres, su secretario privado, e Ildefonso Aguilar, del grupo de asesores, para entrevistarse con el papa Juan Pablo II.

Como se ha documentado ampliamente, hasta entonces sus relaciones con el catolicismo se habían restringido a disimuladas reuniones y entrevistas con representantes de la Teología de la Liberación, con párrocos de colonias populares o con las comunidades de base de la periferia de la Ciudad de México. Pero la lógica política hizo a un lado cualquier explicación cuando el día 13 se hizo público que: “Juan Pablo II recibió a Cárdenas en un encuentro privado que el propio líder del PRD calificó como muy cordial y amistoso. [...] ‘Estuvimos charlando brevemente sobre su visita, sin abusar de su tiempo, en consideración a que su estado de salud está un tanto deteriorado. Estuvo preguntándome sobre la ciudad y su gobierno. Además charlamos brevemente sobre las condiciones que encontrará en enero durante su visita pastoral’ ”.

“Me quise reunir con el Pontífice para expresarle la satisfacción del Gobierno del Distrito Federal por la visita que hará. En esta ocasión, además de otras actividades que se están programando entre las autoridades federales y religiosas, el gobierno de la ciudad quiere declararlo ciudadano honorario, entregándole, en una ceremonia, un pergamino oficial, la llave de la ciudad y una medalla conmemorativa”, precisó Cárdenas en una entrevista de prensa en el hotel Savoy.

Y luego fue directo al grano: “Es lógico que una visita de este tipo esté rodeada por distintas interpretaciones, pero aquí la acción y la intención por parte del Gobierno del DF fue muy clara. Es decir, saludar a uno de los huéspedes más distinguidos de nuestra capital durante la gestión del actual gobierno”.

Sin nada que perder y sí con mucho por ganar, a su regreso no tuvo descanso. El 25 de octubre puso en marcha una serie de visitas a los estados para apoyar a candidatos de su partido a puestos de elección popular. Por ejemplo, ese día 25 inició una gira de dos días por Michoacán, donde se realizarían comicios locales en noviembre.

Aquel día intentó, de manera infructuosa por cierto, desviar la atención: literalmente destapó a López Obrador como candidato presidencial del PRD para 2000. Nadie le hizo caso. Y había una razón: el señalamiento se interpretó como parte de una enconada campaña para minimizar el autodestape de Porfirio Muñoz Ledo, coordinador de la fracción parlamentaria del PRD en la Cámara de Diputados, sobre todo porque Cárdenas hizo público su respeto y admiración por él.

En Xalapa, de la mano de su dirigente estatal Arturo Hérviz Reyes, los perredistas habían puesto en marcha una amplia campaña, por todo el estado de Veracruz, para impulsar la tercera candidatura cardenista: “Estamos trabajando permanentemente en sesiones sobre la organización y consolidación plena de un PRD que se proyecta hacia el 2000 con un triunfo, que esperamos tenerlo a nivel federal ganado la Presidencia de la República con el ingeniero Cárdenas. [...] Lleva ya varios años en campaña permanente, es una gente muy perseverante y de principios”.

Unos más y otros menos, casi todos se sumaron a la campaña para defender los “derechos” que, sobre la candidatura, tenía el caudillo. Francisco de Souza, diputado muy cercano a Cárdenas, cuestionó la decisión de Muñoz Ledo porque “no contribuye a la unificación del partido. [...] Creo que fue un acelere, porque en sectores importantes del partido se ve con interés la posibilidad de impulsar el binomio Cárdenas-Muñoz Ledo,

como candidatos a la Presidencia y a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal”.

Al final, el binomio sería otro y Muñoz Ledo, como ya se señaló, se registraría en la candidatura presidencial del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, a la que terminaría renunciando para sumarse a la campaña del guanajuatense Vicente Fox Quesada.

Aunque los resultados de Cárdenas como jefe de Gobierno no lo avalaban del todo, al margen del cerco federal, de la agresiva oposición en la Asamblea Legislativa, la burocracia corporativa heredada, la presión parcial de los medios, las funciones acotadas y las pocas posibilidades de ganar que se anticipaban, como escribió García Ponce, “la ambición por una tercera candidatura era imparable y —salvo Muñoz Ledo— en el partido nadie deseaba negarla, aunque algunos creyeron que el comportamiento del caudillo sería más sabio.

”Ya fuera por falta de autocrítica u honradez, la ambición pesaba, y ante la poca claridad por parte del PRD sobre su candidatura presidencial, Cárdenas fue más allá de su partido al aceptar la postulación del Partido del Trabajo, el 28 de mayo de 1999, quince meses antes de la elección. Para los líderes petistas era la forma de presionar para la conformación de una coalición opositora y alcanzar lo que ya llevaban trabajado Fox y Madrazo.

”El PT estaba especialmente interesado en una alianza opositora, pues ello le garantizaría los votos que necesitaba para preservar su registro. En 1977 apenas había conseguido 2.7 por ciento de la votación total. Y, para Cárdenas, la candidatura del PT representaba presionar al PRD con la finalidad de asegurarse la candidatura. Esta medida lesionó la democracia interna del perredismo y su solvencia política hacia 2000. Es decir, el candidato no fue postulado, se impuso por formas oportunistas. Ése era también el estilo del caudillo.

”Cárdenas inició así, entre ambiciones desbocadas y golpes a su propio partido, su campaña hacia el 2000 con su segundo y último informe al frente del GDF, con el que, lleno de optimismo y buena voluntad, reflejó un convencimiento de que su tercera postulación era la definitiva en el camino a Los Pinos, y de que la sociedad respondería como lo hizo en 1988. [...] Desgraciadamente, la campaña resultó desgastante para el caudillo. En un inicio fue desorganizada y de impacto mediano; esto no fue casual, ya que era una tarea muy propia de las descuidadas campañas perredistas.”

Esperando un milagro, y a pesar del panorama poco alentador, ni el equipo de campaña ni el primer círculo armaron un programa de trabajo para un México distinto. Nadie, por lo menos nadie entre los cardenistas

cercanos al caudillo, quiso darse cuenta de que el México de 2000 no era similar al de 1988 ni al de 1994. Aun así, empezó la nueva campaña.

Los comentarios de los electores potenciales y de los politólogos no fueron para nada halagüeños. La leve sonrisa que mostró Cárdenas en 1997 había desaparecido. Su vieja imagen adusta se estrellaba contra el muro levantado por Vicente Fox, quien llevaba dos años en campaña y era, desde 1998 y con mucho, el precandidato presidencial más conocido entre los posibles votantes mexicanos.

Desde septiembre de 1998 Fox se había posicionado como el precandidato panista con mayores posibilidades. Según las encuestas levantadas por el periódico *Reforma*, por ejemplo, 30 por ciento de los mexicanos lo preferían como abanderado del PAN. Ni siquiera le hacía sombra Diego Fernández de Cevallos.

Tiempo después el país sufriría los estragos del foxismo, pero, anclados al pasado, ni Cárdenas ni su equipo descubrirían la fórmula para contrarrestar el folclor optimista y desbordante de Fox, quien conquistó a un electorado ansioso del cambio, que terminó colocándolo en el primer lugar de las preferencias electorales. Aunque muchos opinaban que el puesto le venía grande al botudo guanajuatense, él se convirtió en el verdadero protagonista del cambio... para seguir igual.

RECUESTO DE DAÑOS

La campaña cardenista pronto devino en desastre. “Para abril de ese 2000 registraba una estrepitosa caída en las encuestas. El candidato y su equipo cambiaron de táctica frente a la elección, sin perder de vista la situación del PRD. El cambio significó volcarse hacia la reconquista del electorado fiel, del voto duro, para alcanzar la franja de 20 puntos porcentuales. Esto implicaba el reconocimiento de que la elección ya no se podía ganar y de que las nuevas prioridades eran obtener una votación que fortaleciera el liderazgo de Cuauhtémoc al interior del partido, para encabezar una probable refundación del mismo en el futuro inmediato”, escribió García Ponce.

Al final, ni siquiera los grupos sociales que en 1997 habían apoyado al PRD en el Distrito Federal se volcaron en Cárdenas, aunque sí salieron a las urnas a votar por Andrés Manuel López Obrador. La presidencial era harina de otro costal. Los defeños encontraron poco atractiva la propuesta. Lo mismo pasó con la imagen.

Por su parte, acompañado por personajes como Porfirio Muñoz Ledo, Vicente Fox, ex empleado de uno de los grupos industriales más poderosos del mundo, se convirtió en lo más interesante de la campaña, y en él se confiaron los electores para sacar al PRI de Los Pinos. El PAN se convirtió así en la primera fuerza electoral.

Los resultados finales fueron contundentes: 16.5 por ciento de la votación para Cuauhtémoc. Casi la mitad de la que consiguió en 1988. Dos puntos porcentuales por debajo de la que obtuvieron, también en ese 2000, los candidatos a senadores y diputados perredistas. Y menos de la mitad que conquistó Andrés Manuel en el Distrito Federal. Se acabó para Cárdenas el recurso estratégico del fraude electoral.

No había márgenes para el reclamo ni para las acusaciones de fraude. Los porcentajes fueron la mejor arma del PAN para evitar cualquier protesta postelectoral perredista, y simbolizaron el trágico final de Cuauhtémoc, quien todavía se aferró durante un tiempo al control del partido. Fueron patadas de ahogado. Por eso, en los siguientes días, que se hicieron semanas y se prolongaron hasta 2002, la guerra tomó otros cauces.

El sello inconfundible del líder moral del PRD se manifestó en la disputa abierta por la presidencia del partido y en la virulencia cardenista por derrocar a su lideresa, Amalia García. Además de la destitución de la zacatecana, los cardenistas planeaban eliminar a toda la corriente de *Los Amalios*: entre otros, Elías Miguel Moreno Brizuela y Raymundo Cárdenas, quienes, por épocas, hacían alianzas con *Los Chuchos* mayores: Jesús Ortega, Jesús Zambrano y Carlos Navarrete.

La revuelta interna se apagó. Los inconformes se pacificaron por un tiempo, hasta que *Los Amalios* involucraron directamente en la derrota electoral a Cuauhtémoc Cárdenas y a su equipo de campaña —o lo que se llamaba la coordinación operativa de la Alianza por México—, como debieron hacerlo desde el principio.

A pesar del ruidoso descalabro, a principios de 2002 la imagen de Cuauhtémoc aparentó salir indemne e incluso airosa. La euforia de los lopezobradoristas por el triunfo en el Distrito Federal parecía apagarse, y Rosario Robles Berlanga —secretaria de Gobierno en la administración de Cárdenas en el GDF y luego su sucesora, cuando Cuauhtémoc renunció para buscar la tercera candidatura presidencial— estaba en campaña permanente por la dirigencia nacional del PRD, sin quitar el dedo del renglón sobre la responsabilidad de Amalia en los resultados de 2000.

Ordorika e Ímaz contribuyeron y llamaron más la atención. Mientras

Rosario tejía alianzas para apoderarse de la dirigencia nacional, ellos sirvieron como voceros y provocadores del cardenismo para exigir, el 21 de julio de 2000, durante el VIII Pleno Extraordinario del Consejo Nacional, la renuncia de Amalia García. Ellos se encargarían de minar su liderazgo y combatir la línea de conciliación que supuestamente impondrían *Los Amalios* y los dirigentes de Nueva Izquierda durante el gobierno foxista.

Consejeros perredistas vinculados a Robles y a Imanol Ordorika, vocero de la campaña de Cárdenas, habían conseguido introducir un candado para acotar el mandato de la presidenta nacional. Curiosamente, los dos hijos de Cárdenas —Lázaro y Cuauhtémoc— se habían sumado a esa propuesta, aunque en lo oscuro. En otras palabras, Imanol fue la mano visible que presentó una solicitud exigiendo la renuncia “voluntaria” de Amalia y de algunos de sus allegados en la dirigencia nacional.

El desenlace del pretendido ajuste de cuentas se presentó la tarde del 22 de julio, cuando, a medio Consejo Nacional, los líderes de *Los Chuchos*, Jesús Zambrano y Jesús Ortega, se reunieron para comer en privado con Rosario Robles, Lázaro Cárdenas Batel, Ramón Sosamontes Herreramoro, Graco Ramírez, Jesús Martín del Campo y Laura Itzel Castillo para acordar un pacto de no agresión.

A espaldas de los consejeros, en una de las mesas del restaurante Lar Gallego, esos personajes sellaron un pacto con tres objetivos: 1) Frenar la guerra de acusaciones del disuelto comité de campaña de Cuauhtémoc Cárdenas, desatada por las intervenciones de Ordorika; 2) lavar la imagen de Nueva Izquierda o *Los Chuchos*, que coordinó la campaña presidencial, y colocarla como una corriente “responsable”, capaz de pactar con la figura perredista de mayor popularidad, la jefa de Gobierno del Distrito Federal —Rosario Robles—, y 3) obligar a García, si no a renunciar, sí a aceptar la posibilidad de que no terminara su mandato hasta 2002.

Los dos primeros puntos se cumplieron al pie de la letra. Lo de la renuncia quedó en el aire porque los también llamados amalistas no quitaron el dedo del renglón, e insistieron en que el fracaso electoral requería un análisis de responsabilidades en los tres niveles: la presidencia del partido —encabezada por Amalia—, la coordinación operativa de la Alianza por México —a cargo de Jesús Ortega— y el equipo de campaña del candidato. Dicho de otro modo, *Los Amalios* le echaron a Cárdenas y a su equipo la culpa de la derrota.

Hubo otra razón para dejar de presionar a los amalistas y frenar las acusaciones de que eran responsables únicos del fracaso cardenista: en ese mo-

mento representaban 30 por ciento de los 500 consejeros nacionales, y ellos, además, ya habían determinado que la renuncia no era el camino y, por tanto, jamás la aceptarían.

Las fracciones parecieron reconciliarse con su caudillo. Aparentaron respaldar otra vez su liderazgo, pues se presentó con una postura cordial y hasta conciliadora. Supuestamente separado de perredistas como Imanol, de sus hijos y de Rosario Robles, Cárdenas usó su poder e influencia para desviar la atención. Incluso cambió radicalmente su postura frente al gobierno de Vicente Fox y exhortó a los perredistas a dialogar con la nueva administración, a entablar negociaciones maduras y a buscar acercamientos con las bancadas del PAN en el Congreso de la Unión.

“El nuestro ha sido y debe seguir siendo un partido abierto al diálogo. No iremos al encuentro de funcionarios del nuevo Gobierno con la ingenuidad de una lista de peticiones. Sabemos cómo piensan y cuáles y con quiénes son sus compromisos dentro y fuera del país y ellos saben cómo pensamos y a dónde queremos llegar”, señaló el 21 de julio de 2002.

Los perredistas, dijo, “debemos abocarnos a superar diferencias internas, a dejar atrás visiones de facción, a remontar actitudes derrotistas y a revisar nuestra organización, en su caso nuestro estatutos, para tomar decisiones, sobre todo aquellas de carácter estratégico y las que permitan arreglar diferencias con mayor agilidad, para dar más cohesión a la dirección del partido y lograr una mejor coordinación entre las instancias nacionales, estatales y municipales, así como con los grupos parlamentarios, para participar en mejores condiciones en las contiendas electorales, algunas ya muy próximas... Yo estoy dispuesto a colaborar, a trabajar con él en donde mis compañeros crean que sea útil, y también a hacerme a un lado en donde consideren que debo estar. En eso no tengo ninguna reserva”.

Pocos se atrevieron a ligar el discurso de Cárdenas con la postura belicosa de Imanol o de Robles. Y, en un acto de humildad, el caudillo reconoció que su derrota electoral se debió, además de a los yerros internos de su partido, a los impactos favorables en grandes sectores que logró muy temprano Fox, a través de una campaña de mercadotecnia, auspiciada con gran cantidad de recursos, que la Alianza por México no pudo revertir. Pero nunca aceptó la culpa directa.

Aunque la tenía. Por ejemplo, la corresponsabilidad de la culpa había quedado plasmada en un documento del gobernador de Zacatecas, Ricardo Monreal Ávila: “Durante la campaña presidencial persistieron señales encontradas y una descoordinación entre el equipo de campaña y la dirigencia del partido”.

Monreal pagó la factura por sus críticas. Previó a un encuentro de gobernadores perredistas, recibió rechiflas de algunos consejeros que le exigieron: “regrésate al PRI... eres un traidor”. A todo mundo se le olvidó que Cárdenas también había perdido en Tlaxcala, en Baja California Sur y en el Distrito Federal, entidades gobernadas por el Partido de la Revolución Democrática. Y se les olvidó, además, que al frente de la capital del país estaba Rosario Robles Berlanga, en ese momento la más cardenista de los cardenistas. El caudillo le había heredado a ella el gobierno de la ciudad, o la había impuesto, que viene a ser lo mismo.

Amalia fue suavecita, pero golpeó a Cárdenas y a su equipo: “el PRD”, apuntaló, “es un partido de conflicto interno y judicialista, que ha ejercido un gasto irracional, que ha confundido la democracia con las elecciones, que ha permitido la entrada de vicios del viejo régimen como la presión, la coacción y el clientelismo, y que ya tocó fondo”.

Durante su discurso en el Consejo Nacional del PRD, consideró que el fracaso electoral del 2 de julio no fue responsabilidad de una sola persona, sino resultado de una deformación estructural que debía ser corregida integralmente. En dicho fracaso, agregó, influyeron también los errores en la estrategia de comunicación del Gobierno del D.F., que impidieron a los ciudadanos percibir que la administración perredista efectivamente era diferente.

“La gestión del Gobierno capitalino no generó una percepción en México de que se estaba gobernando diferente y se convirtió en un tema recurrente en la contienda. Esta batalla, la del vínculo con la gente a través de los medios electrónicos —que promovía Robles para mostrar los logros de su gobierno y del de Cárdenas— para mostrar que éramos los mejores gobernando, la perdimos.”

Sin decir su nombre, Amalia raspó a Cuauhtémoc: “La formación de la Alianza por México fue un error, ya que los partidos coaligados se convirtieron en un fardo costosísimo que no aportó nada a la campaña. Nos hicieron perder meses en una negociación llena de presiones y chantajes por candidaturas y prerrogativas, cuando lo esencial debió haber sido la búsqueda de las coincidencias en la propuesta de Gobierno y en la estrategia de campaña”. La alianza con los partidos del Trabajo y Convergencia había sido un logro personal del caudillo, acaso un capricho.

A pesar de que, entre otras cosas, fue responsable de montar un comité paralelo y de desdeñar la estructura formal de su partido, casi ningún perredista, como consignaron las crónicas de entonces, se atrevió a decirle a Cárdenas lo que después no se cansaron de cuchichear en pequeños grupos y de

repetir en los pasillos de un hotel del sur de la ciudad, durante un receso: en la evaluación de los culpables el equipo de campaña había resultado impune.

“Ahora resulta que el equipo es una ave de blanco plumaje que salió del pantano sin mancha alguna”, espetó el diputado y consejero nacional José Luis Cureño.

Amalia hizo lo mismo con el comité de campaña que obedecía a Cárdenas. Señaló que mientras sus contrincantes políticos contaban con imágenes respaldadas por un diseño de *marketing*, el PRD rechazó una estrategia al estilo estadounidense y se quedó sin símbolos de los cuales los jóvenes pudieran apropiarse, como sí ocurrió con el panista Vicente Fox. “El PRD no pudo entender a tiempo que ha emergido una nueva sociedad. Nos mantuvimos en contacto directo con la gente, sin embargo fue en otra parte donde se dio la principal batalla. No le dimos a los medios modernos la relevancia que querían.”

Puestos los puntos sobre las íes, los cardenistas, con Rosario Robles a la cabeza, se aprestaron a trabajar para conquistar, en 2002, la dirigencia nacional del PRD. Con el Gobierno del Distrito Federal en manos de López Obrador, Robles hizo giras a Querétaro, Zacatecas —tierra de Amalia—, Hidalgo, Oaxaca, Jalisco. Sin incluir el Distrito Federal, al que consideraba suyo de antemano, durante 2007 visitó al menos 17 estados con fuerza perredista.

El 17 de marzo de 2002, Rosario ganó la presidencia del PRD. Con todo, su estrategia de apoyar a AMLO desde el GDF fue vista como una traición de tamañas proporciones. En *Los caudillismos del PRD*, García Ponce advierte: “El liderazgo de Robles empezó a debilitarse al alejarse precisamente del caudillo. Cárdenas no perdonó a Rosario que hubiera usado la figura de López Obrador para promover las campañas del Estado de México [que se habían realizado un año antes], pues ello significaba elevar la figura del tabasqueño y neutralizar la del ingeniero. Otro problema que causó el distanciamiento con otros cardenistas fue el caso de San Luis Potosí, a donde fue sacrificado ilegalmente el candidato perredista a la gubernatura, por una alianza débil en torno a un ex priista.

“Las cosas alcanzaron mayores dimensiones de dificultad. Con las acusaciones de malos manejos presupuestales en su administración en el GDF, los señalamientos por sus excesivos gastos en el PRD, durante su presidencia y la exhibición de su relación con Ahumada, Robles se debilitó en su prestigio y liderazgo, perdiendo margen en el partido y provocando que el caudillo perdiera a su principal operadora política del momento.

“Con la ola de escándalos por el caso Ahumada y la suspensión de Ro-

sario del partido, Cárdenas se quedó solo. Su voz en el PRD ya no sonaba igual. El rechazo de su propuesta para renovar el CEN ante el escándalo de corrupción y los abucheos recibidos durante VII Congreso Nacional del PRD en 2004 fueron los signos evidentes de que el viejo caudillo ya no remontaba, ni siquiera como en 1997.”

Cuauhtémoc descubrió, de la peor manera, que ni toda su experiencia ni el peso de su apellido —que aún mueve a muchos a recordar a su padre, el general Lázaro Cárdenas— le servirían como asideros en la caída libre que comenzó luego de su tercera derrota electoral. A sus propios yerros se sumaron los escándalos de corrupción de Rosario Robles y la vocación caníbal de las tribus, más preocupadas por sí mismas que por el partido. Defenestrado y herido, Cárdenas contribuyó, sin querer, a montar el escenario ideal para que Andrés Manuel López Obrador se erigiera, con fuerza y decisión inusitadas, como el nuevo caudillo.

Secretos y mentiras

LA DIRIGENCIA DE AMLO fue mutante y vertiginosa. Entre 1996 y 1999 el partido adquirió una estructura definida, algo que no habían podido concretar Cuauhtémoc Cárdenas ni Porfirio Muñoz Ledo, se alcanzó por primera vez una definición ideológica y desde el inicio se colocaron las piezas para armar una gran maquinaria electoral que tendría un significado muy profundo porque le cambiaría la cara al PRD.

En mangas de camisa y desde abajo, Andrés Manuel hizo un eficaz trabajo partidario, a través de la organización territorial en comités de base o comités ciudadanos seccionales en pueblos, comunidades, barrios y colonias. Pero al mismo tiempo se alejó de los movimientos sociales, un error que descubriría muchos años después, para llevar al partido a posiciones más populistas o de movilización política que aceptarían el gran aparato para conseguir el elusivo poder.

Esa estrategia le había dado enormes dividendos como presidente estatal del PRI tabasqueño, a principios de la década de 1980 —antes de que lo destituyera el gobernador Enrique González Pedrero— y, con un claro sentido de oportunidad política, la afinó en 1989 cuando asumió funciones como primer líder perredista en Tabasco y, más tarde, en sus dos experiencias como candidato a gobernador de aquella entidad.

Ya como cabeza nacional del PRD hizo una adaptación mayor: abrió la puerta a personajes de otros partidos, principalmente del PRI. “En la mayoría de los casos los candidatos adoptados contaban con la suficiente capacidad de convocatoria o eran miembros distinguidos en su estado, lo que podía garantizar, de entrada, un buen porcentaje de votos”, estableció la maestra Yolanda Meyenberg Leycegui, del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, en su estudio *El PRD: la pugna por un nuevo liderazgo*.

“Y en 1998 la operación franquicia empleada a fondo por López Obra-

dor comenzó a dar resultado: los gobiernos estatales. Ricardo Monreal Ávila, ex diputado priista, ganó para el PRD la gubernatura de Zacatecas; Alfonso Sánchez Anaya, ex dirigente estatal del PRI en Tlaxcala, triunfó en las elecciones como candidato de la coalición PRD, PT y PVEM; otros dos ex priistas, Leonel Cota Montaña, ganó Baja California Sur en una coalición PRD-PT, y Antonio Echavarría llegó a la gubernatura de Nayarit a través de una coalición PAN-PRD.”

La irrupción del PRD lopezobradorista fue en tromba: para 1999 tenía presencia significativa en los estados de México, Veracruz, Jalisco, Michoacán, Chiapas, Oaxaca, Guerrero, Puebla y Tabasco. Y, lo más importante: había logrado sobrevivir a la brutal persecución que, en los regímenes de Carlos Salinas y Ernesto Zedillo, dejó un saldo de 654 muertos, cuya lista empezó a llenarse con los nombres de Francisco Xavier Ovando Hernández, Román Gil Heráldez, Ernesto del Arco, José Luis García Suárez, Jorge Andrés Vargas, Jesús Ramos y José Ramón García.

Los buenos resultados le permitieron acumular poder e influencia. Pero en abril de 1999, al término de su encomienda, Andrés Manuel tenía planeado su regreso a Tabasco. Sin nada concreto para el futuro y después del bochornoso espectáculo que ofreció su partido con proceso para “elegir” como su sucesora a la zacatecana Amalia García, se dedicaría de tiempo completo a fortalecer su Fundación para la Democracia o, muchos pensaban, a buscar la tercera candidatura para ser gobernador de su estado.

Muchos años después Andrés Manuel aceptaría que fue un error dejar la presidencia nacional del PRD aquel abril y que debió haberse quedado a conducir el proceso de sucesión. Pero el sentido común dicta que el hubiera no existe.

Y se fue quietecito de regreso a Tabasco. Sin embargo, como escribió el 22 de septiembre de 1999 el periodista Miguel Ángel Granados Chapa, “Andrés Manuel López Obrador está hoy más presente que nunca en la escena pública. Lo está por su libro *Fobaproa: expediente abierto*, y por las opciones políticas que tiene delante de sí.

“El libro —cuarto en su bibliografía, después de dos sobre el pasado de Tabasco y *Entre la historia y la esperanza*, narración de sus andares en la política de esa entidad— incluye una novedad técnica importante. Además de la obra impresa, el adquirente lleva consigo un CD-Rom que incluye un archivo de más de 2 mil 500 páginas, así como un video.”

Al mes siguiente, en mayo, cuando iniciaba una serie de giras por su estado y casi toda la clase política perredista se iba a la cargada con la tercera

candidatura presidencial, Cuauhtémoc Cárdenas se puso a jugar política en serio. Sacó el tablero de ajedrez e invitó a López Obrador a que regresara al Distrito Federal para coordinar los nuevos trabajos, que ya estaban en marcha, para lanzar al PRI de Los Pinos en 2000.

Desde la pequeña población de Guatacalca, en el municipio de Nacajuca, Andrés Manuel rechazó el 16 de mayo la invitación de Cuauhtémoc. Se quedaría en Tabasco, donde emprendería, dijo, otra batalla por la gubernatura. “Me están pidiendo en México que regrese, el ingeniero Cárdenas pide que yo regrese para la campaña presidencial 2000, pero a como estoy viendo al estado, mejor me quedo aquí y nos las vamos a jugar; no va a ser fácil.”

Tabasco era una obsesión para AMLO. Aquel día estuvo en la comunidad de Guatacalca, donde en 1996 fue agredido por policías que desalojaron a campesinos que bloquearon uno de los 20 campos petroleros en protesta por la contaminación ambiental causada por Pemex. Y allí, en su estado, era insistente sobre sus planes: “Andan diciendo que ya no regresaría, que había dejado a los chontales, pero se equivocaron, porque aquí estoy y en cuerpo entero luchando, porque el que deja de luchar es como si empezara a morir”. Luego se vería que el tema de los chontales pasaría a segundo plano.

Si bien parecía descabellado, Cárdenas embaucó a los perredistas haciéndoles creer lo de la coordinación. De hecho, la invitación a López Obrador iba más lejos de lo que todos pensaban y, seguramente, habrían querido: poner en jaque a Porfirio Muñoz Ledo y a otros personajes del partido, como Pablo Gómez Álvarez y Demetrio Sodi de la Tijera. Bajo esa lógica, y casi de inmediato, en junio de ese 1999, filtró entre su gente el nombre del tabasqueño como candidato a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal.

De cierto modo, Cárdenas puso en jaque a los perredistas. Pocos notaron o no quisieron recordar que casi cuatro años antes —en octubre de 1995— había hecho un movimiento similar para confundir a sus rivales internos, debilitar a la corriente de Porfirio Muñoz Ledo y llevar a la dirigencia nacional a un hombre que le había mostrado lealtad, al menos hasta ese momento: Andrés Manuel López Obrador.

Para neutralizar a otros cuatro candidatos —Amalia García, Jesús Ortega, Heberto Castillo y Alejandro Encinas, representante de los porfiristas o dialoguistas a través de la corriente *Arcoiris*—, en diciembre de 1995 Cárdenas movió a un segundo peón: metió en la competencia al secretario general del partido, Mario Saucedo, derrotado tres años antes por Muñoz Ledo y, luego, marginado por éste a pesar de que ocupaba el segundo puesto más importante en el PRD.

Encinas y Ortega abandonaron la contienda cuando, tardíamente se descubrió el juego escondido de Cuauhtémoc. Saucedo declinó a favor de López Obrador. En los comicios abiertos que se realizaron el 14 de julio de 1996, Andrés Manuel ganó en 28 entidades y recibió 76.3 por ciento de los votos, contra 14.3 de Castillo y 9.3 por ciento de Amalia.

El audaz movimiento de Cárdenas hizo que *El Peje* recibiera 264 mil 566 sufragios de los 367 mil perredistas que fueron a las urnas. El mayor número de votos se emitió en Tabasco, tierra de AMLO, con 71 mil 902, seguido de Michoacán, zona de influencia de los Cárdenas, con 44 mil 998; el Estado de México con 36 mil 492, y el Distrito Federal con 20 mil 897.

Aun así, la elección no fue del todo limpia. Apenas votó 30 por ciento de los 1.2 millones de perredistas inscritos en el padrón, y el mismo Andrés Manuel se llevó algunas desagradables sorpresas, como cuando descubrió, en su casilla, que no estaba afiliado al partido. La jornada electoral estuvo caracterizada por problemas de organización y denuncias de fraude: de instalación de casillas no autorizadas a acarreo y apoyo oficial de alcaldes perredistas a López Obrador.

Las crónicas periodísticas del día siguiente dieron cuenta de la situación: "Andrés Manuel tuvo que reafiliarse allí mismo luego de no encontrar su nombre en el listado de militantes perredistas. Acudió a votar a la casilla I4 Básica, en la Plaza de la Revolución de Villahermosa, la capital tabasqueña; tras hacer fila cinco minutos presentó su credencial de elector y cumplió así con el requisito mínimo para poder sufragar.

"Antes de emitir su voto, López Obrador había recibido en su casa una llamada telefónica de Amalia García que terminó en deseo mutuo de éxito. Fue el último intento por evitar impugnaciones en caso de triunfar en las votaciones perredistas. Pero faltó Heberto Castillo. Al tocarle su turno para sufragar, López Obrador confesó sin pena a los funcionarios de casilla que no estaba inscrito.

"—Una reafiliación por favor [...], parece que no estoy en el padrón.

"La señora que estaba a cargo de la casilla revisó detalladamente los listados y no encontró el nombre de López Obrador.

"—¿Pero sí soy del PRD, verdad? —preguntó.

"—Sí, claro —fue la respuesta."

Quince días antes de la elección, el Comité Electoral había aprobado el padrón. Pero los representantes de Amalia García y Heberto Castillo firmaron bajo protesta, por desconocer las condiciones de las listas. Y había una razón: del millón 200 mil afiliados que tenía el PRD, 20 por ciento no con-

taba con credencial del Instituto Federal Electoral y 77 por ciento no había registrado en qué colonia vivía.

El día de los comicios, en Oaxaca, la diputada local Norma Reyes Terán denunció la quema de paquetería electoral en Pinotepa Nacional e informó que no llegaron paquetes a Bahías de Huatulco ni a Putla de Guerrero. La quema fue atribuida a la inconformidad causada por la cancelación de las elecciones locales. Esa determinación, tomada dos días antes por la dirigencia nacional, propició que se suspendieran los comicios en la mitad del estado.

En Sinaloa colocaron al menos 130 casillas sin autorización, mientras que en los municipios de Tlacotalpan, Veracruz, y Macuspana, Tabasco, representantes de Heberto Castillo detectaron casillas instaladas en vehículos y otras ubicadas en domicilios de simpatizantes de López Obrador: “Tenemos testimonios gráficos, hay videograbación de que a la gente se le preguntaba por quién iba a votar, y si no decía que por López Obrador, se le impedía ejercer su derecho”, denunció Eduardo Espinosa, representante de Castillo.

El irregular padrón electoral motivó otras disputas. Las inconsistencias superaron 30 por ciento, lo que obligó a casi la mitad de los votantes a registrarse nuevamente. Además de Andrés Manuel, tuvieron que reafiliarse, por ejemplo, Porfirio Muñoz Ledo y Gerardo Unzueta, presidente del Comité General del Servicio Electoral.

La planilla del veracruzano Heberto Castillo calificó la jornada como un fraude y una fiesta no democrática. Encabezados por Ramón Sosamontes, representantes de la planilla denunciaron acarreo, voto corporativo y hasta apoyo oficial de los alcaldes perredistas para el tabasqueño.

“Fue”, advirtieron, “una catástrofe la distribución de paquetes electorales, las estructuras electorales facciosas que hubo en algunos estados y la reiteración de prácticas viciosas contra las que hemos luchado. Hay lunares negros que impiden que digamos que todo fue color de rosa.”

Nadie fue capaz de explicar el elevado abstencionismo, se ignoraron las denuncias por irregularidades cometidas durante el proceso y hubo un silencio generalizado a las reglas elementales de la democracia.

DEDAZO PROVIDENCIAL

Para 1999, cuando las nuevas filtraciones se esparcieron y llegaron a todas las corrientes, Cárdenas había despistado, hasta cierto punto, al partido. Los

propios cardenistas estaban asombrados con su propuesta para jefe de Gobierno. “Hubo desconcierto y debate en el Comité Ejecutivo Nacional (CEN), en la Asamblea Legislativa, y por parte de otros precandidatos. Tribus como IDEA, de Armando Quintero, estaban confundidas, y sólo tras reuniones con Cuauhtémoc y Rosario Robles entendieron la idea y la línea”, escribió el investigador Jorge Ignacio García Ponce.

Quienes tuvieron colmillo para ver con claridad el futuro fueron Dolores Padierna Luna y Ángeles Correa. Secretaria general del PRD en el Distrito Federal, Dolores hizo declaraciones el 7 de julio: “Andrés Manuel sería el mejor candidato en 2000, ya que con él se garantizaría la continuidad al trabajo del primer gobierno perredista en la ciudad y sería factor de unidad entre los militantes del partido”. Correa habló el mismo día: “Es el mejor cuadro, capaz de refrendar el triunfo del partido del sol azteca en el DF y tiene arraigo entre las clases populares”.

Personal cercano a Bejarano sostiene todavía que, a mediados de 1999, éste viajó a Villahermosa, la capital tabasqueña, para ofrecer a López Obrador la candidatura perredista a la Jefatura de Gobierno. En 2000, a él se le atribuyó el trabajo y la estrategia, a través de mil actos de campaña, para revertir el llamado efecto Fox en la capital de la República y hacer ganar a AMLO. Y en 2003, algunos de sus allegados fueron los primeros en promover la candidatura presidencial lopezobradorista.

Puesto el escenario, Andrés Manuel, un hombre intuitivo y de privilegiada inteligencia, entendió que sería él candidato, aunque guardó silencio hasta el 20 de octubre de 1999. La evidente mano del caudillo lo convertía en el gran favorito. Así, no importaban las comparaciones con sus posibles rivales. Tampoco si no cumplía con los requisitos y, menos, si era un pueblerino de Macuspana que desconocía la gran capital. Los chontales bien podían esperar.

Funcionarios del gobierno local contactaron a reporteros de algunos periódicos para informarles que, de su lado, se reunirán con López Obrador para “tratar de convencerlo” de que aceptara la postulación, aseguraron que al tabasqueño le había beneficiado estar alejado de la dirigencia del partido y de puestos gubernamentales, pues “su imagen no se ha deteriorado”.

Y Andrés Manuel regresó a los encabezados de la prensa capitalina. Sabiéndose el elegido, el día 8 se dijo dispuesto a luchar, desde cualquier trinchera, por el cambio democrático. Pero también se hizo el interesante y declaró que aún le quedaba bastante tiempo para decidir: “No hay ningún plazo, porque no hay prisa, yo estoy recorriendo los pueblos de Tabasco, lo

voy a seguir haciendo, he visitado 300 pueblos, tengo el propósito de visitar mil... vamos a esperar.

“Obviamente que vamos a participar en cualquier trinchera para lograr el cambio del país [...] y señaló incluso que el rumbo de su carrera política —en la que se perfila también la posibilidad de ser candidato al Gobierno de Tabasco para las elecciones del 2000— está supeditado a fortalecer el movimiento democrático en México. [...] No sé... vamos a ver qué conviene más al movimiento democrático nacional. Vamos a hacer lo que convenga al movimiento democrático... yo todavía no estoy pensando en nada porque falta mucho tiempo.”

Tampoco se alejó de Cárdenas: él mismo se propuso y empezó a trabajar en la formación de los comités de campaña presidencial en las zonas sur y sureste del país. El 14 de julio fue recompensado: llegó la confirmación pública sobre los verdaderos planes de Cárdenas. A través de Rosario Robles recibió un mensaje que eliminó las dudas: si el ex líder nacional perredista se lanzaba a la contienda capitalina, ella se haría a un lado para dejarle el camino libre.

Y la cargada fue con él: Ímaz, Batres, Bejarano, Padierna y Quintero, la plana mayor de las tribus perredistas del Distrito Federal se hizo presente. Con los protagonistas destacados de la sociedad civil, todos se pusieron a su servicio: se comprometieron a movilizar a sus bases y a trabajar por la candidatura. Las reservas de López Obrador desaparecieron cuando comprobó que había muerto el tema de los diputados *lecheros* —los de Betty—, y después de un encuentro privado que sostuvo con Amalia García Medina el 14 de octubre.

Según los testimonios de la época, Amalia fue clara: “He hecho una reflexión muy serena, de hecho no ha habido de parte mía un solo acto para inscribirme y no lo voy a hacer”, independientemente de si Andrés Manuel decidía lanzarse o no como precandidato.

“Mi compromiso es contribuir a que el PRD sea una fuerza seria, responsable y consistente en pos de un cambio de fondo por la vía pacífica en el país. Ésa es mi tarea y tengo un compromiso con más de medio millón de hombres y mujeres que votaron por mí.” Y estimó que “cualquiera de los precandidatos [Demetrio Sodi, Pablo Gómez y Marco Rascón] y, también, López Obrador, son las mejores cartas para el Gobierno capitalino. [...] Todo lo que tenga que hacer para colaborar a que gane nuestro candidato lo voy a hacer, pero yo no estoy buscando un cargo... ya tengo otras responsabilidades y son muy importantes”.

Despejado el camino, el político tabasqueño, ex líder nacional perredista, se registró la tarde del 20 de octubre. “Claro, no fue fácil. El DF era del interés de Demetrio Sodi, Marco Rascón, Pablo Gómez e Ifigenia Martínez. Éstos impugnaron la candidatura de López Obrador con los argumentos sólidos, como que no cumplía los cinco años de residencia mínima, que no conocía la ciudad y [se llegó a lo burdo y trivial porque] era sólo un provinciano”, precisó García Ponce en *Los caudillismos del PRD*.

Los cuestionamientos —a los que se sumó Muñoz Ledo por lo que llamó una imposición—, las impugnaciones y la tormenta llegaron hasta el Instituto Electoral del Distrito Federal (IEDF), pero Cárdenas ya se había recuperado de la derrota de 1994 y, en ese clima de discusión, su respaldo fue clave para apagar los focos de la resistencia interna y que prevaleciera Andrés Manuel López Obrador. Con Ímaz a la cabeza, los cardenistas controlaban la presidencia del PRD en la Ciudad de México.

En una precipitada carrera contra el tiempo, hubo otros elementos para amarrar esa candidatura. Andrés Manuel hizo aquello que no quería: si bien contaba con el apoyo incondicional de Ímaz, tejió alianzas con el grupo de René Bejarano Martínez, un maestro normalista que había impartido clases en el Instituto Politécnico Nacional y en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa, y que trabajaba en la organización de los capitalinos desde su época de militante en el Partido de la Revolución Socialista (PRS).

Dos días después del registro de la candidatura, Bejarano —cuya tribu controlaba a 117 de los 286 delegados del PRD-DF— renunció a la Dirección General de Gobierno para integrarse al equipo de campaña de Andrés Manuel. Entró como coordinador de planeación y giras, aunque en realidad fue el hombre fuerte, el poder tras el trono, respaldado por sus 17 años de trabajo en organizaciones populares y por una historia de lucha sindical en la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación.

Aquella amistad arraigó la determinación de triunfar: López Obrador llegó a la Jefatura de Gobierno y, con éste, Bejarano trepó a los más altos círculos del poder en la administración pública y partidista. Primero como secretario particular del jefe de Gobierno y más tarde como diputado local. Luego fue coordinador del Grupo Político del PRD en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, desde donde planeaba el lanzamiento de su candidatura por la Jefatura de Gobierno: tenía relaciones, tiempo, poder y le sobraban ambiciones.

Estuvieron muy unidos. Tanto que, sin recato alguno, Bejarano se con-

virtió en el personaje de mayor influencia. Nada se movía sin él. Tenía personal, recursos y capacidad para fisgonear y conocer todo lo que pasaba en la capital. La confianza mutua era tal que cuando estallaron problemas por los videoescándalos Andrés Manuel guardó un embarazoso silencio. Ya luego se deslindó.

Desde el inicio de la administración lopezobradorista Bejarano demostró ser una gran agencia de colocaciones. Con el apoyo de sus pupilos más aventajados, Agustín Guerrero Castillo y Martí Batres Guadarrama, en enero de 2003 les arrebató el PRD local a los cardenistas que encabezaban Ímaz y Rosario Robles. Y antes de que lo hiciera personalmente, Bejarano controlaba la bancada perredista en la Asamblea, a través de Alejandro Sánchez Camacho. Dolores Padierna, su esposa, llevaba las riendas de la Delegación Cuauhtémoc.

Aficionado al fútbol y fanático de los *Potros de Hierro* del Atlante, el equipo del pueblo, Bejarano estaba lejos de ser un político improvisado. A mediados de la década de 1970, época en la que se afilió al Partido Mexicano de los Trabajadores, fue activista y líder estudiantil en la Escuela Normal o Escuela Nacional de Maestros.

A principios de los 80 militó en el Partido Socialista Unificado de México (PSUM), hasta integrarse al PRS. Luego, en 1989, se sumó a las filas del neocardenismo, al tiempo que hacía trabajo de base en el Centro Histórico y otras colonias de la Delegación Cuauhtémoc, acompañado por Dolores Padierna, con quien se casó en los inicios de la década de 1980 y procreó dos hijas: Celeste y Selene Bejarano Padierna.

Ya en el PRD, en 1992 creó la Corriente Izquierda Democrática (CID) —que en 2004 se convirtió en IDN—, desde donde un año más tarde (1993) se lanzó a la presidencia del PRD en el Distrito Federal, mandato que terminó en 1995, cuando cumplía 25 años de hacer política. En ese mismo año fue líder de la organización Movimiento Ciudadano, pero cobró mayor notoriedad a raíz de los sismos de 1985, cuando fue dirigente de la Unión Popular Nueva Tenochtitlan-Centro.

Sería difícil minimizar la rentabilidad que, con esas credenciales, tenía Bejarano. Como se ve, la alianza no fue gratuita. Fue, como escriben sus biógrafos, un acercamiento pragmático: “votos a cambio de puestos en el PRD. Nada que no existiera en partidos como el PRI y el PAN”. En *¿Y quién es? Historia de un hombre enigmático*, que en agosto de 2005 lanzó a la venta editorial Planeta, Blanca Gómez escribió a propósito del tema: “René Bejarano Martínez, quien había sido dirigente del PRD en la capital del país,

era el hombre idóneo para coordinar la campaña del tabasqueño en el Distrito Federal.

“Andrés Manuel no conocía los entretelones políticos de la ciudad y Bejarano, que construyó su carrera gracias a su talento para la organización popular, le ofreció sus servicios como contacto directo con la gente. La forma sigilosa de Bejarano de operar le ayudó a ganarse poco a poco la confianza del tabasqueño.”

Respecto a cómo y cuándo se gestó algo que superó la conveniencia política y partidista, ha quedado constancia: en diciembre de 1995 Bejarano fue uno de los personajes que propusieron al tabasqueño para la dirigencia nacional del PRD y, en los hechos, se convirtió en uno de sus principales promotores. Al año siguiente coordinó, en el Distrito Federal, la campaña que llevaría a Andrés Manuel a la presidencia del partido.

Después de 1995, las cosas se aceleraron: René se lo contó a Yuriria Rodríguez Castro de la revista *Gente Sur*: “Así nació una sólida relación [...] a grado tal, que en 2000, al asumir la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, Andrés Manuel lo designó su secretario particular, cargo que ocupó hasta noviembre de 2002”. De 2000 a 2004 no hubo, en la Ciudad de México, un funcionario más poderoso que Bejarano.

En dos años, René dio muestras indudables de lealtad, de discreción y, sobre todo, de habilidad para mantener el control del partido y de los movimientos sociales en la Ciudad de México. Así, en 2003 su carrera recibió un impulso ampliamente esperado: Andrés Manuel lo “renunció” a la Secretaría Particular para que aceptara la candidatura a una diputación local. Lo siguiente parecía cuestión de tiempo: los bejaranistas veían a su líder como heredero natural de la Jefatura de Gobierno en 2006.

Ya en la Asamblea Legislativa, y en su calidad de coordinador del Grupo Político del PRD, manejaba la agenda de Andrés Manuel. También se convirtió en el enlace con la dirigencia nacional de Rosario Robles: servía como intermediario para traer o enviar mensajes y dinero. Y eso hizo hasta que el 3 de marzo de 2004, en el programa *El Mañanero* de Televisa —conducido por Víctor Trujillo, caracterizado como Brozo, el payaso—, se hicieron públicos los videos de Bejarano y otros perredistas que mostraban los momentos en que recibían apoyos económicos del empresario Carlos Ahumada.

Pero la carrera de Bejarano, un apasionado de Milan Kundera y Walt Whitman, se remonta tiempo atrás. Hasta antes de los videoescándalos estaba en continuo ascenso. Según lo ha contado hasta el cansancio y en

donde se puede, “el sismo de 1985 lo sorprendió en la calle de El Carmen 4I, enclavada en el centro de la Ciudad de México, por lo que constituyó algo así como lo fue el camino a Damasco para Pablo de Tarso, porque a partir de ese terremoto logró encabezar y articular un movimiento urbano-popular no menos poderoso, que también cimbró a la capital en términos sociales.

”El terremoto marcó el antes y el después del despegue de la izquierda mexicana, aunque sumada a otros acontecimientos fundamentales como ‘la huelga del CEU, el movimiento magisterial y otros esfuerzos de organización en la periferia’. El movimiento que él comenzó a coordinar tenía la intención de modificar la correlación de fuerzas con el PRI, la fuerza hegemónica en ese entonces con Miguel de la Madrid, como presidente, y Ramón Aguirre, como regente.”

En los archivos periodísticos destacan historias como la de Yuriria Rodríguez: “El Centro Histórico estaba controlado por los líderes del Sindicato Único de Trabajadores del Distrito Federal, y los grupos de ambulantes eran dirigidos por la extinta Guillermina Rico. La izquierda tenía una presencia marginal en la zona y nosotros decidimos hacer una especie de organización sólida desde abajo, identificándonos con la gente a partir de sus demandas. Fue un trabajo de base difícil, en condiciones adversas.

”Sin embargo, dice que logró una organización, primero a través de la Unión de Vecinos de la Colonia Centro y, después, en la Coordinadora Única de Damnificados. Con esa fuerza y organización, empezamos a crecer también políticamente, porque fuimos combinando trabajo social con trabajo político. Algunos de los damnificados fueron incorporados a las tareas políticas y a uno de ellos, quien vivía en el Carmen 5I, en un edificio dañado, lo invitó a participar. Se trataba de Agustín Torres Pérez —más tarde candidato del PRD a la Delegación Cuauhtémoc—, un claro ejemplo de cómo una clase social y un trabajo político pueden ir dando resultados concretos.

”El año de 1985 fue uno de los catalizadores más importantes, generó una estructura de organización que, a la postre, se convertiría en una insurgencia cívica en la Ciudad de México. Gestionamos miles de viviendas gratuitamente; conseguimos apoyos para que la gente viviera en mejores condiciones, edificamos muchas viviendas y, además, generamos procesos comunitarios: cooperativas, talleres de costura, capacitación, información y abasto, y lo combinamos con la formación política. Eso le dio a la izquierda una estructura de organización que diez años después, en 1995, le sirvió para ga-

narle al PRI el Consejo Vecinal (Consejo Ciudadano), con Virginia Jaramillo a la cabeza, que le arrebató al PRI la presidencia del Consejo Vecinal del Centro Histórico.”

Así pues, las alianzas con el matrimonio Bejarano-Padierna, en 2000, eran excesivamente tentadoras. Y todo empezó en 1995, pese a que las desgracias llegaron con los años, a través de los videoescándalos y de lo que hoy se califica como “la gran traición” que Rosario Robles Berlanga cometió contra algunos de sus allegados —Ímaz o Sosamontes, y otros no tan cercanos como Bejarano— pues permitió que Carlos Ahumada los filmara cuando recibían generosos “donativos” de campaña.

Con ese apoyo como telón de fondo, sin separarse de Ímaz, quien controlaba la estructura burocrática perredista del Distrito Federal, y con el respaldo de Rosario Robles desde la Jefatura de Gobierno, AMLO decidió buscar lo que empezaba a vislumbrarse como una especie de voto duro que, en 1997, había hecho ganar a Cuauhtémoc. Paralelamente desligó su campaña de la tercera presidencial cardenista.

Luego agregó una estrategia inesperada: como jefa de Gobierno del Distrito Federal, Rosario emprendió una campaña para mostrar los logros de la administración capitalina 1997, aunque ella había tomado posesión en 1999 para suplir la ausencia de Cárdenas. De principio a fin, la propaganda reveló sus alcances e intenciones porque únicamente benefició a López Obrador.

Para entonces, en la prensa era excesiva la presencia del PRD y de Andrés Manuel. Y éste hizo ajustes que no pasaron inadvertidos y que han sido tema de investigadores académicos: regresó a los perredistas del D.F. a una definición de izquierda para volcarse por el voto duro. Así empezó a remontar en las encuestas, hasta superar a Santiago Creel Miranda. En contraste, Cuauhtémoc Cárdenas jamás pudo contrarrestar la popularidad del panista Vicente Fox.

Visto fríamente, Andrés Manuel tejió todas las alianzas posibles para consolidar lo que sería una hegemonía del PRD. La asociación con Bejarano, los acuerdos con *Los Chuchos* —establecidos desde mayo de 1996—, la campaña publicitaria de Rosario y la participación del PRD-DF que controlaba Ímaz dieron resultado. López Obrador triunfó con 38 por ciento de los votos. Ganado todo, incluida la Asamblea, se puso en marcha otra estrategia que se asumió en campaña: “Primero los pobres”.

En mayo de 1996, Domingo Alberto Martínez, líder del PRD en Veracruz, advirtió desde Xalapa: “La decisión de Ortega es inteligente más que política, porque sabe que si compite [por la dirigencia nacional] no tie-

ne ninguna oportunidad de ganar algún puesto importante, además de que está sumamente comprometido con Cuauhtémoc Cárdenas, que apoya a López Obrador.

”En realidad Ortega concuerda más con la propuesta de Amalia García, pero se vio presionado por los favores de Cuauhtémoc Cárdenas para apoyar al dirigente tabasqueño. Andrés se comprometió en que entregaría el 25 por ciento de las posiciones a cada una de las planillas [...] pero ante la escasa oportunidad de ganar y obtener este 25 por ciento en la elección, Ortega va de gane y obtendrá más que por sí solo.”

Una vez en la Jefatura de Gobierno, Andrés Manuel adoptó tres tácticas más que le serían altamente redituables hasta 2005: resaltar los logros de su administración, comparar resultados contra los de Vicente Fox y apoderarse de la agenda informativa nacional mediante conferencias de prensa matutinas —las famosas “mañaneras”—, que dictaba en sus oficinas del viejo Palacio del Ayuntamiento en el Zócalo de la Ciudad de México.

Aunque aquello de “primero los pobres” parecía un simple alarde escenográfico, nada fue casualidad. Una radiografía de cada una de las mil 352 unidades territoriales de la Ciudad de México, como se llama por ley a las colonias, barrios, pueblos o unidades habitacionales, le concedía, en pate, la razón. Un grupo de académicos y economistas había identificado correctamente un severo problema: al menos un millón de capitalinos sobrevivían en la pobreza extrema y otros 5 millones en pobreza moderada. En la ciudad había 586 mil 938 adultos mayores, de los cuales, 200 mil de edad avanzada estaban sumidos en la pobreza y el abandono. Además, 13 mil niños vivían en la calle y 9 mil 360 menores trabajaban. La educación también tenía sus contrastes: el promedio de escolaridad era de diez grados, pero en Iztapalapa apenas alcanzaba siete; la media de analfabetismo en la ciudad era de tres por ciento, pero en la delegación Benito Juárez era casi de cero y en Milpa Alta llegaba a cinco.

Esos números mostraban el fracaso del foxismo en el combate a la pobreza. Y aunque no fuera directamente atribuible a ellos, también era la herencia de Cárdenas y Rosario Robles, quienes habían gobernado la capital de 1997 a 2000, cuando descubrieron que la izquierda debía enfrentar una situación más compleja de lo esperado, luego de siete décadas de gobiernos priistas que conjugaban, entre otros males, corrupción, desempleo, inflación, incapacidad, abusos y crisis.

Andrés Manuel tenía planes para ellos: “El establecimiento del Estado de bienestar en la capital de todos los mexicanos. [...] Estamos conscientes

de que, así como el crecimiento económico no basta para eliminar la pobreza, tampoco la mera distribución de la riqueza existente asegura un desarrollo duradero. De ahí que sea necesario conciliar progreso con justicia. Es nuestra intención promover desde el gobierno una distribución más justa del ingreso, porque no puede haber trato igual entre desiguales. Y, a la vez, impulsar una política decidida de crecimiento económico”.

García Ponce sentenció que los números “no sólo eran la muestra viviente del fracaso de los modelos económicos, sociales y urbanos de los últimos 20 años, sino la cantera inicial de un probable proyecto electoral, político y de masas, en especial con proyección. Aquí no hay que perder de vista que no sólo son votos: pueden ser —para alguien inteligente y hábil— un brutal movimiento social [...] que, por sí mismo, garantiza numerosos votos, aun sin los sectores medios capitalinos”.

Con el soporte de Bejarano y otros líderes perredistas, López Obrador le tomó el pulso a la ciudad. De esta forma, desde la campaña se declaró listo y dispuesto para gobernar aun contra los poderes mediáticos, los empresarios, los intelectuales y los académicos. En suma, contra todo aquello que no fueran las bases del partido.

Antes de cumplir siete meses como jefe de Gobierno, estableció siete acuerdos. El primero de éstos fue rotundo: un programa de apoyo alimentario y medicamentos gratuitos en beneficio de adultos de 70 años o más, que vivían en condiciones de pobreza y abandono, y a quienes en las primeras semanas del lopezobradorismo empezaron a entregárseles tarjetas por 600 pesos, para recibir alimentos.

El segundo no dejó cabida a las dudas: la creación de 15 escuelas preparatorias y la Universidad de la Ciudad de México. El cuarto acuerdo apuntaba los anteriores: una serie de acciones para frenar el empobrecimiento en materia de desarrollo social, entre las que se contemplaban becas económicas para personas con discapacidad y para niños y niñas, así como programas de prevención de la deserción estudiantil, desayunos escolares, libros de texto gratuitos para primaria y secundaria y el rescate de unidades habitacionales de interés social.

“Si me pongo ahora a tratar de quedar bien con la clase política, incluidos intelectuales, periodistas e investigadores, sin ningún sustento social de por medio, no voy a tener resultados [...]; prefiero dedicar mi tiempo a construir esa alianza [con los 4 millones de pobres] porque es la que me va a dar sustentación. Es un error que la izquierda esté pensando en construir alianzas con los de arriba, en quedar bien con los que forman la opinión pú-

blica. Con ello, no quiero decir que no hay que hacerlo, sino que lo primero es tejer acuerdos, pactos, con los de abajo.”

Con ésas y otras palabras, el tabasqueño que llegó por primera vez a la Ciudad de México en 1972, a los 17 años de edad, para hospedarse en la Casa del Estudiante Tabasqueño, donde recibiría en forma gratuita sus tres alimentos del día, siempre insistió en que utilizaría los dineros del presupuesto para redistribuir la riqueza y que gastaría más en pensiones, como pasaría más adelante.

Las encuestas a su favor, su combatividad natural, su obsesión por el trabajo, su agudo olfato político o sentido común, además del control del PRD local y esa especie de matrimonio que instauró con el electorado capitalino, le dieron a López Obrador elementos suficientes para plantear y desarrollar cualquiera de sus ideas de gobierno.

García Ponce plasmó parte de esas orientaciones de la siguiente manera: “La comparación con el gobierno federal fue una estrategia anunciada desde un principio. En noviembre de 2000, Martí Batres, que sería nuevo líder de la bancada perredista en la Cámara de Diputados y posteriormente subsecretario de Gobierno con López Obrador, afirmó: ‘Andrés Manuel le lleva la delantera ampliamente a Fox. La integración y anuncio del gabinete de López Obrador fue un golpe político certero, sin aspavientos, sin especulaciones, sin equipos de transición tan sofisticados; con más mujeres, con más aceptaciones, porque es un gabinete sin cuestionamientos mayores’.

”Desde su toma de posesión, Andrés Manuel no desmintió a su futuro funcionario, pues ante el presidente Fox y aludiendo a la supuesta confrontación entre el liberalismo y conservadurismo, el nuevo jefe de Gobierno del Distrito Federal se hizo acompañar por un retrato de Benito Juárez, luego quiso confrontar el asunto sobre el horario de verano, pero no tardó en ir más a fondo y ser directo:

”‘Hay diferencias de fondo. Fox no tiene compromiso con los pobres, aunque diga lo contrario. Es gerente, con un pensamiento de derecha; es amigo de los medios, de la mercadotecnia. Lo que me molesta mucho de él es que simule, cuando en realidad representa la continuidad de un modelo económico que viene aplicándose en el país desde la época del presidente Carlos Salinas.’

”Luego, ante el tema de la relación entre estados y gobierno federal en asuntos hacendarios, en el marco de la Asociación Nacional de Gobernadores [en mayo de 2001 en Tlaxcala] convocaba agresivo: ‘Hay que hacer un análisis sobre la situación real de las finanzas públicas porque el gobierno fe-

deral nos está mintiendo [...], podemos renunciar a los convenios de coordinación fiscal [...], hay que pensar en desmontar el sistema de recaudación central’.

”La comparación con un desalentador gobierno federal, al que poco le duró el bono del 2 de julio, fue redituable en lo inmediato para el tabasqueño, pues para junio de 2001 la opinión pública calificaba su manera de gobernar con un 6.9 por ciento, mientras que a Fox le daba 6.4. Más aún, la gente no veía agresividad en la táctica comparativa del ex líder perredista, pues evaluaba que la disposición de López Obrador para llegar a acuerdos con Fox iba en ascenso —de marzo a junio de 2001, de 18.7 puntos porcentuales a 30.2, mientras que Fox iba a la baja, de 54.6 a 47.

”Sin embargo, la táctica comparativa de Andrés Manuel cambió ese mismo año, pues al mes siguiente de estas encuestas, el 13 de julio Fox y López Obrador se reunieron en Los Pinos para acordar una coordinación de esfuerzos para el rescate del Centro Histórico. Andrés Manuel tuvo que tomar esa medida, pues el empresario Carlos Slim puso como única condicionante de su participación en el rescate del Centro Histórico contar con la anuencia del Presidente.

”De pronto, el tabasqueño cambió de táctica, pasando del ataque y la comparación al llamado para respetar la figura presidencial y dar prioridad a la promoción de sus proyectos de gobierno. Pasaba de ser gobernante rebelde —lo que le rindió puntos— a defensor de las instituciones y buen gobernante —que le rindió más puntos todavía—.”

López Obrador hizo una declaración que marcaría su recién inaugurada relación con Fox: “Voy a tratar de ser muy respetuoso con el presidente, lo he venido diciendo, pero tampoco voy a estar recibiendo regaños, máxime cuando no hay justificación”.

Y continúa García Ponce: “El proyecto de rescate del Centro Histórico valía el esfuerzo, pues representaba un problema pendiente desde hace 20 años —los únicos esfuerzos serios fueron los de Camacho Solís y Cárdenas—, con serias emergencias urbanas, sociales y económicas; además de representar altos dividendos económicos y políticos. El proyecto también permitía abrir la relación de López Obrador con el sector empresarial, empezando por Slim, quien para febrero de 2003 había puesto 740 millones de pesos —que se tradujeron en la adquisición de 62 edificios de 69 mil edificaciones— de los 20 mil millones de pesos que la iniciativa privada había metido en el Centro Histórico.

”Proyectos como el del Centro Histórico y otros como el segundo piso

del Periférico, las preparatorias del DF, los de vivienda, el apoyo a los adultos mayores le dieron a López Obrador una aceptación muy amplia en las encuestas. El periódico *Reforma* le reconocía una aprobación de 83 por ciento y calificación de 7.7 puntos en mayo de 2003, mientras que *El Universal* en sus propias encuestas le anotaba una aprobación de 85 por ciento y calificación de 7.6 en mayo de ese mismo año, y una preferencia de 48 por ciento contra 32 por ciento de Fox, en abril.

”Articulistas de variado tipo le reconocían características como proyectar honestidad, sencillez y espíritu de trabajo; tener visión, tomar decisiones oportunas y prácticas, dedicarse a la sencilla estrategia de gobernar y ser buen funcionario, elevar la agenda de las minorías, su discreto sentido nacionalista o saber llegar a acuerdos. El tabasqueño estaba al alza, en su mejor momento. Incluso, su popularidad alcanzó a los perredistas del DF, pues entre septiembre de 2002 y enero de 2003 las preferencias del PRD subieron 10 puntos porcentuales, un aumento del 32 al 42 por ciento, las elecciones de julio del último año le favorecieron altamente.

”Además, se resaltaba una de sus habilidades: la difusión de su imagen, que con la sencilla y barata medida de las conferencias matinales lograba hablar de temas nacionales, diariamente dicta a los medios los temas a tratar; no recibe cuestionamientos, es discreto en su posición [respecto] al tema de las reformas estructurales para no inquietar a los votantes de clase media y hace que los ataques de sus adversarios lo acaben por ensalzar, al menos así pasó hasta antes de los videos y la ‘Marcha Blanca’.

”Esta popularidad y la imagen de buen gobernante colocaban a López Obrador en las preferencias hacia la Presidencia de la República en 2006, más aun ante la inoperancia del gobierno foxista que ya había desfondado las expectativas del 2 de julio. Pero no todo es para siempre: el gobierno lopezobradorista ya tenía problemas en ciernes, por ejemplo, el conflicto por la instalación del Consejo de Información Pública del DF, las demandas por pagos de indemnización por propiedades en la Central de Abastos y el Paraje San Juan, que sumaban 9 mil 800 millones de pesos, problemas que, gracias a errores de sus colaboradores, eran una bomba de tiempo.

”La bomba estalló vía sus colaboradores. Ponce y Bejarano [...] pero el peligro del juicio político por el predio de El Encino era aún más riesgoso, porque evidenciaba fallas en el equipo legal, ya que el desacato fue por tres semanas, una tontería en términos legales, y porque el juicio político podía dejar al tabasqueño sin posibilidades en 2006. Además, el acto de desacato podía interpretarse como un acto de prepotencia, hipótesis que con las de-

safortunadas declaraciones, antes y después de la 'Marcha Blanca' del 17 de junio, pareciera confirmarse, pues Andrés Manuel quedaba como un político insensible, preso de su propia opinión e intereses."

ENTRE LA FAMA Y LA SOBERBIA

Andrés Manuel logró desde 2006 que en torno a él se formaran dos bandos casi irreconciliables en todo el país y en su partido. Por un lado, sus detractores y, por el otro, sus seguidores. Se está con él o contra él. Y ambos grupos cuentan con enconados defensores, incluso entre la llamada intelectualidad o los pensadores mexicanos. La jerarquía, empero, es una sola: "El movimiento soy yo", advirtió la noche del 22 de abril de 2008, en una acalorada y ríspida reunión privada que sostuvo en San Luis Potosí con los coordinadores parlamentarios del PRD, del Partido del Trabajo y Convergencia, que integran el Frente Amplio Progresista.

—Ahora resulta que Graco [Ramírez] es más importante que yo.

—Para que nos quede bien claro, Andrés Manuel, ¿entonces el movimiento eres tú? —preguntó molesto el senador Carlos Navarrete.

—¡Sí, soy yo! —respondió Andrés Manuel en medio del silencio de Javier González Garza (PRD), Dante Delgado y Alejandro Chanona (Convergencia), así como Ricardo Cantú, y Alberto Anaya, dirigente del PT.

Cierto, nadie puede cuestionar su paternidad del movimiento político producto de los comicios presidenciales de 2006, pero, y esto se le olvidó, su posición en el PRD siempre fue ambivalente. Como líder nacional de 1996 a 1999, Andrés Manuel le dio una estructura al PRD, pero después no consolidó un liderazgo partidista, ni siquiera de 2000 a 2005, cuando fue jefe de Gobierno del Distrito Federal.

Si hasta el proceso electoral de 2000 Cárdenas fungió como la instancia absoluta de poder en el partido, en la práctica, la emergencia de fuertes líderes internos y la consolidación de corrientes con amplia presencia nacional en la estructura cameral y partidaria dejaron ver que la pretendida unidad del PRD estaba hecha añicos.

Por su parte, Andrés Manuel no pudo, o quizá nunca le interesó, recomponer la perdida unidad estableciendo nexos con los líderes de las tribus. Luego del espaldarazo de Cárdenas, se dedicó a llevar agua a su molino. Y lo hizo bien. Los programas y acciones emprendidas durante su mandato en el D.F. no dejan lugar a dudas. Con su popularidad al máximo, y confiado en

que su sola presencia se traduciría en votos, pecó de soberbia. Lo peor: cometió el error de rodearse de personajes que, como Bejarano, encenderían la mecha de una serie de escándalos que opacarían su conducción de la Jefatura de Gobierno.

EL ARTE DE LA SIMULACIÓN

Tan rutilante ascenso, tanta popularidad y la politización casi de cualquier tema en torno a López Obrador dejaron a un PRD capitalino fragmentado y ciego. Si las alarmas debieron encenderse al ver a René Bejarano salir bien forrado de billetes de la oficina del empresario Carlos Ahumada, a este hecho se añadieron otros rasgos de la pintoresca moral del partido, que contribuyeron a ensombrecer el horizonte perredista de cara al año 2006.

Ya no se trataba de Ponce que apostaba los dineros de la alta burocracia del Distrito Federal, ni de las acusaciones de insensibilidad y prepotencia que se hacían contra López Obrador. Mientras uno y otro se metían en sus propias agendas, en 2004 y 2005, por ejemplo, el PRD del Distrito Federal operó como un banco privado cuyos préstamos, a beneficiarios anónimos, ascendieron a 26.9 millones de pesos que salieron de las prerrogativas provenientes de recursos públicos. Los empréstitos fueron en su mayoría —25.5 millones de pesos o 95 por ciento— perdonados sin dar explicaciones a las autoridades electorales.

Así como el PRI y el PAN convirtieron en deuda pública una escandalosa deuda privada, con múltiples casos de corrupción y atropellos —por cierto muy bien documentados y denunciados por Andrés Manuel— a través del Fondo Bancario para la Protección al Ahorro, los empréstitos del PRD capitalino fueron literalmente absorbidos por los causantes. Aunque parece una monstruosidad hacer comparaciones, dada la disparidad de montos y las circunstancias de ambos casos, el fondo del asunto es el mismo: uso y abuso de recursos públicos para beneficio de particulares.

Nadie conoció el destino de esos recursos, pues quedaron fuera de la fiscalización del Instituto Electoral del Distrito Federal porque el PRD no reveló los nombres de los deudores ni la cantidad que cada uno recibió, y por esas irregularidades se hizo acreedor a multas mínimas. Los adeudos fueron cancelados porque así lo decidió la Secretaría de Finanzas del PRD, en ese entonces a cargo de Ariadna Montiel, durante las dirigencias de Agustín Guerrero y Martí Batres Guadarrama.

Salvada la aduana fiscalizadora del Instituto Electoral, los mismos perredistas hablaban del tema con sentido del humor. Advertían que si el PRD capitalino hubiera sido un banco de la iniciativa privada habría quebrado por la benevolencia para con sus deudores, a quienes ni siquiera intentó someter a un plan de recuperación. Los 26.9 millones no representaban un quebrantamiento mayúsculo, pero el escándalo adquirió proporciones alarmantes porque se suponía que el partido combatía los vicios del pasado.

Igual que pasó con el Fobaproa, devenido en Instituto de Protección al Ahorro Bancario, los préstamos perredistas resultaron altamente reductibles por estar alimentados con recursos públicos. Esto se explica porque, en total, por 37 anomalías de 2004 el partido fue sancionado con apenas 1.9 millones de pesos, en tanto que por un conjunto de 54 anomalías de 2005 se hizo acreedor a una penalización por 2.2 millones de pesos.

De ese modo, aunque en dos años prestó 26 millones de pesos, de los que desapareció 25.5 millones, y en el supuesto de que hubiera pagado las sanciones impuestas por más irregularidades, no sólo la de los dineros, habría desembolsado, cuando mucho, un total de 4.1 millones. Pero como el asunto se manejó con el mayor de los sigilos, el PRD hasta se dio el lujo de interponer amparos ante el Tribunal Electoral del Distrito Federal (TEDF), por considerar excesivas las multas.

Lo más curioso es que, en cualquiera de los casos, las resoluciones del tribunal podrían confirmar el monto de las sanciones e incluso reducir las, pero no imponer montos mayores a los determinados por la autoridad electoral. Y lo inaudito es que los perredistas jamás presentaron una justificación para recuperar esos dineros públicos.

De acuerdo con la revisión realizada por el IEDF al informe anual sobre el origen, destino y monto final de los ingresos del PRD-DF durante 2004 y 2005, el partido usó parte de su financiamiento público para préstamos. El dictamen determinó que, sobre ese caso específico, en la cuenta “deudores diversos” el saldo al 31 de diciembre de 2005 registrado por el PRD fue de 26 millones 969 mil pesos. De ellos, “el saldo con antigüedad mayor a un año [fue] por un importe de 12 millones de pesos y por movimientos generados en 2005, por la cantidad de 14.9 millones de pesos, mismos que a la fecha de fiscalización no fueron aclarados ni comprobados”.

Como respuesta, en un oficio del 30 de agosto de 2006 —año de la revisión de 2005—, el PRD argumentó el envío de un informe complementario de 2004, “donde ya los saldos con antigüedad mayor a un año desaparecen por acuerdo de la Secretaría de Finanzas, [y] los saldos reportados

con movimientos en el ejercicio 2005 están en comprobación durante el año 2006”.

Los dictámenes del Instituto Electoral establecen que, en el proceso de fiscalización de 2005, el PRD presentó saldos por 14 millones 965 mil pesos. Pero en la balanza de comprobación consolidada reportó saldos en la cuenta “deudores diversos” por 1.1 millones de pesos. Esto es, “una diferencia por 13 millones 824 mil pesos, por la que no proporcionó el soporte documental que respaldaba la cancelación respectiva ni efectuó [las] declaraciones correspondientes”.

El PRD “únicamente señaló que los saldos reportados con movimientos en el ejercicio 2005 están en comprobación durante 2006”, monto que descendería nada más a los 1.1 millones de pesos reconocidos. Y establecen que en la revisión de 2004 el PRD había hecho lo mismo, pues “primero reportó adeudos por 12 millones con antigüedad mayor a un año, y más adelante, en su balanza de comprobación aparecieron sólo 242 mil pesos”.

“Lo que indica [esto es] que el partido canceló saldos por 11 millones 761 mil pesos [...]; el instituto político señala que éstos desaparecen por acuerdo de la Secretaría de Finanzas, [y] en su respuesta a la notificación de observaciones subsistentes no aportó la evidencia documental respectiva.”

Amén de los adeudos millonarios, sin justificación, en 2004 el PRD capitalino reportó pagos por 46.9 millones de pesos en honorarios asimilados a salarios de su personal, pero no entregó comprobantes que lo corroboraran. Esas deficiencias contables y administrativas impidieron al Instituto Electoral del D.F. tener la certeza de que, efectivamente, esos recursos públicos entregados a la dirigencia perredista hubieran tenido tal destino.

Por ello, el Consejo General del IEDF determinó sancionar esa irregularidad, pero la multa, pese al monto millonario involucrado, resultó ínfima: 5 mil días de salario mínimo. O sea, 226 mil 200 pesos.

Según se estableció en ese momento, el PRD-DF era el partido político que incurría en más desórdenes administrativos. Eso se reflejaba en aquel caso, en el que se justificó la falta de comprobación de casi 47 millones de pesos con un oficio girado el 25 de septiembre de 2005, en el que escuetamente se informó que “el personal que laboraba en ese año ya no se encuentra laborando, por lo cual no se pueden recabar las firmas en los contratos”. Y asunto arreglado.

Eso significa que la dirigencia perredista reconoció, si se vale decirlo, que pagó *salarios fantasma*, porque el personal que laboró durante 2004 en el Co-

mité Ejecutivo Estatal (CEE) del PRD-DF —que recibió 31.1 millones de pesos— y en las 16 dirigencias delegacionales —que percibieron otros 15.5 millones— habría trabajado sin contrato de por medio, por lo que al cambio de administración el partido se quedó sin ninguna documentación comprobatoria.

Una nueva revisión permite señalar que en aquel 2004 los recursos sin acreditar por concepto de pago de honorarios pudieron haber sido mayores. De acuerdo con versiones atribuidas al entonces secretario de Finanzas del PRD capitalino, Marco Antonio Medina, lo que en 2004 y 2005 quedó registrado como “deudores diversos” fueron pagos realizados a través del sistema de honorarios.

Todo mundo cerró la boca. Con los sentidos puestos más en la popularidad de AMLO, nadie desmintió los señalamientos y luego se hizo público que esos recursos de los cuales no se entregó el soporte documental correspondiente —un contrato de honorarios— sí ameritaron un examen por parte de la autoridad electoral. Empero, la observación del IEDF por la falta de contratos y recibos de pago en 2004 fue por 46 millones 909 mil pesos, del rubro de honorarios asimilados a salarios, asunto no relacionado con los 26.9 millones de pesos del apartado de “deudores diversos”.

Haciendo cuentas y revisiones, en 2004 el PRD capitalino sólo pudo justificar parcialmente el pago de 102 mil pesos a través de honorarios, pues entregó contratos sin firma, y luego, durante el proceso de fiscalización, presentó documentación con la que acreditó pagos únicamente por 47 mil pesos. En su descargo, durante 2005 aseguró: “Hemos comenzado a corregir esa situación”.

La descomposición tenía cola y las noticias eran peor que malas. Cuando aún no se apagaba la llama quemante del generoso *banco* perredista ni el desastre por el pago de honorarios, el lunes 15 de mayo de 2007 personal de la Delegación Tláhuac denunció la existencia de una red dedicada a vender plazas de personal por montos que iban de 8 mil a 10 mil pesos durante la administración de Fátima Mena Ortega (2003-2006).

Desde el Reclusorio Norte, donde cumplía una sentencia de cuatro años de prisión, Víctor Hugo Cruz Romero denunció públicamente cómo operaba la red, en la cual él fungía como contacto con las personas interesadas en la compra de una plaza. “Los funcionarios que tenían los medios para hacer valer el trámite eran el director de Recursos Humanos, Jesús López Menses; la contralora interna, Mónica León Perea, y el subdirector de Regulación de la Oficialía Mayor del Gobierno del DF, José Luis García, entre otros.”

De acuerdo con las declaraciones publicadas el martes 15 de mayo de 2007 en el desaparecido periódico *El Centro*, a mediados de 2005, cuando Cruz Romero trabajaba en el área de Servicios Urbanos, el director de Recursos Humanos le propuso que lo ayudara a contactar a personas interesadas en una plaza sindicalizada dentro de la administración.

“Contactaba a la gente, le pedía entre 8 mil y 10 mil pesos y le daba el dinero a López Meneses. Después él me enviaba a las oficinas de Regulación de Personal con José Luis García. Más tarde iba por recibos de nómina que los funcionarios entregaban a nombre de la persona que iba a adquirir la plaza, para comprobar que tenía una antigüedad de cinco años, como personal eventual, requisito para obtener su basificación.

“Las personas acudían después con sus recibos ante la entonces contralora, Mónica León Perea, y a las pocas semanas obtenían su plaza. Falsificaban los recibos de cobro de los últimos cinco años, y ya había un acuerdo con la Contraloría Interna de la delegación, con Mónica León Perea, quien le daba el visto bueno.

“A todos tocaba una parte de la aportación que hacían los interesados. Sin embargo, a mediados de 2006, algunos funcionarios de Tláhuac abandonaron los puestos por el cambio de administración [que pasó a Gilberto Ensástiga]. Cinco personas me habían dado dinero y yo se lo di a Jesús López Meneses, pero él salió para apoyar la campaña de Ensástiga y me dice que vaya con José Luis González.”

Este último funcionario de la Oficialía Mayor del Gobierno del D.F. le pidió esperar un tiempo. Sin embargo, las cinco personas que habían pagado denunciaron a Cruz Romero por fraude. “El 3 de octubre [de 2006] me apprehendieron y me traen directamente al Reclusorio. Y en menos de un mes ya no estoy con los [reos] de ingreso, sino con toda la población carcelaria.” Desde la celda que comparte con 17 personas oye de los privilegios que gozó Carlos Ahumada, a quien no se le pudo comprobar la acusación por fraude en obras realizadas en Tláhuac.

EN EL NOMBRE DEL PRD

De 2000 a 2006, el PRD del Distrito Federal fue un semillero de celos y un bazar de oportunidades. El mejor postor llevó siempre las de ganar. Apenas se acabó el encanto del lopezobradorismo hubo señalamientos que sonaban ridículos, pero que decían mucho y mostraban las luchas partidistas soterra-

das vividas durante los seis años que gobernaron Andrés Manuel y Alejandro Encinas Rodríguez.

Hubo un vendaval de información que fue tomando otra forma. En marzo de 2007, el periodista Juan Omar Fierro encontró en el Distrito Federal una hebra con encabezados como “Si la vivienda es poca, al PRD le toca”, y mostró que había algunas cosas de las que los capitalinos sabían muy poco, y muchas de las que sabían todavía menos.

Si bien las sospechas no equivalen a verdades, Juan Omar jaló esa hebra del PRD capitalino: “Contar con un cargo en la estructura y ser gestor al mismo tiempo ha dejado beneficios a algunos perredistas. Y ése es el caso de Susana Guillermina Manzanares Córdova, a cuyo grupo el Instituto de Vivienda (INVI) del Distrito Federal entregó nueve departamentos: uno de los cuales está asignado a una de sus sobrinas, otro más es habitado por su hermano y en uno más vive su principal colaboradora”.

De acuerdo con documentos entregados por el INVI en respuesta a una solicitud de información pública, el crédito de una de esas viviendas fue asignado a nombre de Ana María Jasso Manzanares, sobrina de la ex diputada federal. Además, durante una visita al predio ubicado en la calle Primera Norte 367, Lote I, Manzana I8, colonia Isidro Fabela de la Delegación Tlalpan, Juan Omar comprobó que Víctor Manzanares, hermano de Susana, vivía en el departamento 20I y que su amiga, Bertha Noelia Mares Silva, habitaba en otra de las viviendas.

Paradójicamente, si esos hechos hubieran sido investigados para determinar las circunstancias en las que el INVI otorgó aquellos créditos habría sido otro hermano Manzanares, Ricardo, el responsable de las indagaciones. Ricardo, era contralor interno del INVI desde 2005 y, según la página web de la institución, recibía un salario mensual de 48 mil 679 pesos.

Susana Manzanares, quien en marzo de 2007 era directora general de la Comisión de Asuntos Agrarios de la Secretaría de Gobierno del Distrito Federal, rechazó cualquier relación con el grupo, pero unas semanas antes, el 22 de febrero, el INVI entregó un listado de las organizaciones sociales y los representantes que tenían registrados para cada una. Y el nombre de Susana Manzanares aparecía en la lista.

El crédito otorgado por el INVI para nueve viviendas no era muy alto: I.3 millones de pesos, y Manzanares aparecía como gestora de vivienda para tres agrupaciones: Grupo Susana Manzanares, Convergencia Tlalpan y Asociación para la Vivienda Molros, A.C., cuya representación compartía con Elizabeth Arellano.

Cuando estalló el escándalo, Juan Omar presentó una nueva solicitud de información y se llevó una sorpresa: el INVI cambió la respuesta inicial y aseguró que la gestora para el desarrollo habitacional en aquel predio de la Calle Primera Norte 367 era Bertha Noelia Mares. No debía haber problemas, pero encontró una segunda sorpresa: Noelia Mares había sido la suplente de Susana Manzanares en una diputación local y en una federal.

Cuando Manzanares era legisladora local capitalina, entre 2000 y 2003, la época del poder máximo de Andrés Manuel López Obrador, el grupo que llevaba su nombre gestionó ante el INVI los nueve créditos para viviendas de interés social. Las acciones de vivienda subsidiadas por el gobierno lopezobradorista fueron autorizadas en 2002 y entregadas en 2004, cuando Manzanares tenía una curul en la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión.

El 14 de diciembre de 2006, Víctor Manzanares, su hermano, inició funciones como secretario de Derechos Humanos del Comité Ejecutivo Estatal perredista en la Ciudad de México. Previo a esa designación, fungió como coordinador de Análisis y Gestión en la Delegación Tlalpan, y antes se desempeñó como titular de la Dirección General de Participación Ciudadana, en la Cuauhtémoc.

A través de una llamada telefónica realizada luego de enterarse de la visita de Juan Omar a los departamentos, el dirigente perredista cuestionó la forma en la que se había ubicado su casa, pero nada dijo sobre los nueve créditos por 1.3 millones de pesos.

De acuerdo con los reglamentos de operación del INVI, para ser beneficiario de un crédito, el salario mensual de un solicitante no debía rebasar 4.7 veces el salario mínimo general, vigente en el D.F. Y para una familia, la percepción total de sus integrantes debía ser, como máximo, de siete salarios mínimos.

El salario de Susana Manzanares era de 71 mil 964 pesos mensuales, equivalentes al sueldo de un director general B. Como diputada federal llegó a devengar, al margen de algunos beneficios legislativos, 73 mil pesos mensuales por concepto de dieta y 52 mil pesos en prestaciones. Por su lado, Víctor Manzanares recibía del PRD-DF unos 22 mil 500 pesos mensuales.

Según Susana Manzanares, no había ninguna irregularidad en las gestiones de vivienda que hizo el grupo que lleva su nombre ya que, dijo, comenzaron antes de que fuera diputada federal y asambleísta. Con la mano en la cintura, rechazó haber sido, en algún momento, representante del grupo Susana Manzanares, que obtuvo los nueve créditos, y argumentó que los beneficios del predio en cuestión se empezaron a gestionar en la década de 1990.

Sobre el caso de su hermano dio otra explicación: negó que hubiera sido beneficiario de un crédito a través del INVI, pero cuando supo que Juan Omar lo había comprobado, cambió su versión: “Quizás [viva] ahí, no estoy bien enterada, pero no es parte de las acciones de vivienda y usted lo puede revisar. Si su fuente es el INVI, ellos le pueden informar si es sujeto de crédito o no en esas acciones de vivienda [...], y yo no estoy en ese proyecto”.

En el colmo del absurdo, el PRD exhibió su peor cara, la cual resultó, paradójicamente, idéntica a la que tanto criticaban de priistas y panistas. Los viejos vicios del pasado fueron aprendidos e incluso renovados y adaptados a la realidad perredista capitalina. Pero, más allá de la corrupción, el uso de recursos públicos y el nepotismo, había manchas aún más ominosas, justo en el corazón de la policía de la Ciudad de México. Y todo terminó salpicando la fulgurante imagen construida por Andrés Manuel López Obrador.

La cerrazón que distinguió al gobierno de Andrés Manuel respecto a ciertos temas de la administración pública, en un afán de mostrar nada más una de las caras del tabasqueño: la de la autoridad moral a través del discurso de “primero los pobres”, impidió conocer el avance en tareas pendientes y urgentes como del combate a la corrupción policial.

Los eslabones de la cadena de arbitrariedades de la Policía Preventiva permanecieron ocultos. La virulenta guerra sucia, así como los extremos en los que se juzgó a *El Peje* de diciembre de 2000 al mismo mes de 2006: de la adulación directa al linchamiento o la intriga chabacana, sirvieron como distractor hasta los días previos a la toma de posesión de Marcelo Ebrard, cuando se elaboró un diagnóstico de lo que ocurría bajo las sombras.

Aunque se refería a otros temas, en el número que empezó a circular el 20 de noviembre de 2005 y bajo el encabezado de “Un flanco vulnerable”, la revista *Proceso* alertó: “En su camino hacia la Presidencia de la República, Andrés Manuel López Obrador enfrenta no sólo a sus rivales políticos. Tiene ante sí, además, los escollos que le pusieron colaboradores suyos, sorprendidos en complicidades financieras, aún sin aclarar, durante su gestión en el Gobierno del Distrito Federal.

”Aparte están las minas que él mismo ha sembrado a su paso. En sus prolongados afanes por alcanzar el triunfo electoral el 2 de julio de 2006, el virtual candidato del PRD se ha encargado de abrir un flanco vulnerable. Por ejemplo, con su persistencia en el ocultamiento de información y su cerrazón ante los reclamos en materia de transparencia.

”También, con su empecinado rechazo a comprometerse en temas de alto voltaje, como la eutanasia, el aborto, la homosexualidad —en los cuales

su partido se ha manifestado públicamente de manera radical—, con tal de evitar una confrontación con la jerarquía católica, en una forma de vender su alma, no al diablo, sino a Dios.

"[...] El asambleísta Obdulio Ávila realizó un estudio donde sostiene que Manuel López Obrador ha mantenido una inexplicable resistencia a la transparencia en el manejo de recursos públicos, aun cuando se dice demócrata. [...] Entrevistado en su despacho, el legislador capitalino de extracción panista se refiere a los ocho puntos —‘ocho diques’ los llama él— mediante los cuales López Obrador bloqueó la rendición de cuentas mientras estuvo al frente del Gobierno del Distrito Federal."

A decir verdad, muestras de lo que se avecinaba se dejaron sentir en marzo de 2006. En ese entonces, se hizo público que, antes de abandonar el Gobierno para buscar la presidencia, Andrés Manuel dejó abierto un caso, que había perdido desde 2005, relativo al cambio de adscripción de 3 mil 750 policías auxiliares, en mayo de 2003, y el despido, sin la liquidación correspondiente, de un centenar que rechazaron la medida porque implicaba una rebaja salarial y no se respetaba su antigüedad laboral.

Los despedidos presentaron una serie de demandas, durante la gestión de López Obrador, y terminaron, las cuales fueron resueltas a favor de los policías antes de que Andrés Manuel solicitara licencia a la Jefatura de Gobierno. Según señalaron los abogados de los demandantes en marzo de 2006, a solicitud de los funcionarios lopezobradoristas, el caso se mantuvo en "secreto" para negociar la entrega de las liquidaciones.

López Obrador se fue en 2005 sin aprobar aquellos pagos. Los policías auxiliares se sintieron burlados, porque en el cambio y posterior despido algunos perdieron hasta 20 años de antigüedad, y el caso, entonces sí, llegó a la prensa. También trascendió que toda la información se había concentrado en manos de Marcelo Ebrard. La situación generó inquietudes harto dañinas porque se abrió una caja de Pandora que arrojó secretos bien guardados en los anales de la policía del Distrito Federal.

Hierba mala

ANDRÉS MANUEL ALCANZÓ la cima de su popularidad a través de la victimización a raíz del proceso del desafuero y el complot —en el que participaron priistas y panistas de primer nivel, empresarios de todos los sectores, la Iglesia e incluso políticos de la talla de Cuauhtémoc Cárdenas, como se documentaría en 2011— orquestado para frenar su ascenso a la Presidencia de la República, pero el lopezobradorismo no logró guardar sus secretos por mucho tiempo.

Cuando empezaron a correr las dudas sobre los alcances reales de la “Presidencia Legítima” y el papel que jugaría el “Gabinete Legítimo” —que pronto se demostraría decorativo y, por lo mismo, con nulos resultados—, desde la Secretaría de Seguridad Pública capitalina emergieron secretos que no podían ser tomados a la ligera y que habían logrado ocultarse desde 2002, cuando la figura actuante de López Obrador era cada vez más fuerte.

Desde la llegada de Marcelo Ebrard a la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal (SSP-DF) en febrero de 2002 —al margen de la permisividad de su antecesor, Leonel Godoy Rangel, su posterior remoción y la consolidación de su sucesor Joel Ortega Cuevas— se habían descubierto situaciones perturbadoras en la policía capitalina. Una de ellas era el relevo generacional en *La Hermandad*, la vieja mafia de policías que sólo se había replegado de 1976 a 1982, cuando el presidente José López Portillo nombró titular de la Dirección General de Policía y Tránsito —más tarde Secretaría General de Protección y Vialidad, la actual SSP— a su amigo, el *general* Arturo *El Negro* Durazo Moreno.

Mientras periodistas, académicos, intelectuales y hacedores de opinión se concentraban en los puntos débiles de la personalidad de Andrés Manuel, en su carácter o en su cerrazón frente a la transparencia, éste consolidaba su popularidad y, diligentemente, armaba su candidatura presidencial perredis-

ta. Por su lado, la policía capitalina entró en un acelerado proceso de reacomodos para tratar de ocultar sus excesos y preservar sus privilegios.

El descrédito policial pudo maquillarse con el despido de algunos jefes veteranos relacionados con *La Hermandad*; sin embargo, todo siguió igual. Los seis años que pasaron entre el 5 diciembre de 2000 y el 4 de diciembre de 2006 fueron los del relevo de los viejos zorros, es decir, el cambio de estafeta en *La Hermandad*, la añeja mafia de jefes de la Policía Preventiva que desde la década de 1960 perseguía un objetivo: tomar el control operativo de la Dirección General de Policía y Tránsito (DGPYT), primer antecedente de la Secretaría de Seguridad Pública capitalina, para conseguir beneficios personales.

Aunque hay periodistas y académicos que aseguran que la corrupción de la Policía Preventiva comenzó en 1976 con la llegada de Arturo *El Negro* Durazo a la DGPYT, la leyenda negra echó raíces desde la década de 1960, se consolidó en los años siguientes y alcanzó su esplendor con Durazo. Luego se mantuvo su proceso de descomposición y ninguno de los dos primeros gobiernos perredistas pudo hacer nada para impedirlo.

Ni Rodolfo Debernardi, ni Alejandro Gertz Manero, ni Leonel Godoy, ni Marcelo Ebrard ni Joel Ortega —titulares de Seguridad Pública con Cuauhtémoc Cárdenas, Rosario Robles, Andrés Manuel y Alejandro Encinas— pudieron detener las críticas y las denuncias por la corrupción policial. Si lo intentaron, los resultados muestran que fracasaron. Y mucho menos consiguieron desactivar a los grupos de poder que habían empezado a formarse en la década de 1950.

La policía era un desastre. Nadie, empero, lo aceptaba públicamente, ni lo veía de esa manera. Incluso, en julio de 2004, el titular de la Dirección General de Asuntos Internos (DGAI) de la secretaría, Manuel Arroyo, hizo hincapié en algunas de sus declaraciones —aventuradas, se vería más tarde— al periodista Arturo Sierra: “Aunque aún continúan elementos que cometen ilícitos, las mafias criminales y *La Hermandad* han sido expulsados de la policía.

”Se han combatido las pequeñas mafias internas de delinquentes que se habían incrustado en la policía y que no entendieron que había un cambio; esas mafias ya no existen, los grupos delictivos de hermanos o amigos fueron retirados, ésa es la línea que estamos haciendo para combatir la corrupción. [...] Queda uno que otro elemento que sigue con esa vieja forma de actuar, pero ya no existen las cabezas, son pequeños eslabones. Quiero señalar que *La Hermandad* ya no existe, pues sólo existía para protegerse entre unos y otros.”

Blanco de amenazas de muerte y llamadas intimidatorias, según comentó en la entrevista, Arroyo recordó que desde el 4 de junio de 2002, cuando

se formó su dirección, 474 policías habían sido presentados ante el Ministerio Público, además de ejecutarse, en labor conjunta con la Procuraduría capitalina, 76 órdenes de captura contra igual número de uniformados, y otras 16 en coordinación con autoridades federales: “En ninguna administración se habían complementado [*sic*] tantas órdenes de aprehensión contra policías. [...] queremos que los malos policías salgan de la corporación”.

Encarrerado, el jefe policiaco de Asuntos Internos se explayó: con sus propios recursos, dijo, personal de la DGAI adquirió cámaras para grabar actos ilícitos de uniformados y presentar los videos como prueba ante la Fiscalía de Servidores Públicos y en 117 investigaciones especiales. “Entre las cosas que se han investigado está el detectar que Carlos Morales, quien era jefe del Sector Buenavista, era padre de *El Águila*, un conocido narcotraficante del Estado de México.

”También se investigó todo el Sector Oasis de Iztapalapa, y terminó con la detención del jefe Francisco Castro Herrera, a quien se le acusa de proteger a distribuidores de droga —operando desde la zona conocida como El Hoyo—, y se desintegró todo el sector para depurarlo.” Y fue preciso respecto a los principales abusos en los que se veían involucrados los policías capitalinos: abuso de autoridad, cohecho, robo y extorsión.

En pocas palabras, aquel 7 de julio de 2002, cuando Arroyo hizo sus declaraciones, las mafias policiales y otros grupos de poder habían desaparecido de la Policía Preventiva del Distrito Federal, una agrupación en la que laboraban unos 80 mil uniformados, gracias a las políticas que se pusieron en marcha desde el 5 de diciembre de 2000, día de la toma de posesión de Andrés Manuel López Obrador como titular de la Jefatura de Gobierno. La policía, pues, estaba limpia y, en los hechos, a pesar de algunos lunares, la corrupción había sido erradicada por el lopezobradorismo.

La idea de la “limpia” se vio reforzada porque, también en 2002, el recién nombrado segundo secretario de Seguridad Pública en el lopezobradorismo, Marcelo Ebrard Casaubón, había tomado una decisión fundamental: desaparecer el Agrupamiento de Motopatrullas, principal bastión, brazo operativo y origen real de *La Hermandad*.

Por eso resultó inexplicable que en noviembre de 2006 un reporte de la SSP advirtiera que, al menos, siete facciones de poder, algunas enquistadas desde hacía más de tres décadas —en realidad cinco, para no faltar a los hechos— controlaban a toda la policía capitalina. Esas cofradías estaban enfrascadas en una disputa interna por el poder económico de la corporación y por los puestos de más alto nivel de la secretaría.

Los grupos de poder no eran una vacilada cíclica; estaban tan vivos como siempre. La corrupción policial rebasaba simples anécdotas o los dramas que afloraron cuando *El Negro Durazo* se apoderó de la corporación y terminó de pervertirla, a fin de obtener beneficios económicos personales y para sus familiares y amigos.

Fecha el 30 de noviembre de 2006, a cinco días de concluir el sexenio que encumbró y proyectó a AMLO, en su página dos, el documento —que se hizo llegar a parte del equipo de transición encargado de la recepción para el gobierno que encabezaría Marcelo Ebrard— establece: “La cofradía de *La Hermandad* es el único grupo que se ha mantenido hasta la fecha y en espera de un líder que continúe proyectando sus posiciones e intereses”.

En la página tres se revelaban secretos que habían permanecido ocultos gracias a la altísima popularidad de Andrés Manuel y a la consolidación del lopezobradorismo. Además de *La Hermandad*, en la Secretaría de Seguridad Pública echaron raíces, entre 2000 y 2006, otros grupos de poder, como *Los Excelencia*, *Los Licenciados* y *Los Administradores*, que se habían formado durante la década anterior, y que se sumaron a las añejas mafias de *Los Granolocos* y *La Vieja Guardia*.

Tal como les sucedió a las administraciones priistas —incluso aquellas que tuvieron militares de carrera como jefes de la policía del Distrito Federal o titulares de la Dirección General de Policía y Tránsito o la posterior Secretaría de Seguridad Pública—, las mafias internas derrotaron al gobierno de Andrés Manuel López Obrador.

Y salieron a la luz pública las nuevas cuotas que los agentes en activo debían cumplir en algunas áreas, al margen del “entre” por permiso para faltar o tener derecho a un cambio de turno, así como las cuotas “voluntarias” para recibir el armamento reglamentario o “para que se nos entregue el equipo más rápido” y “podamos llegar al crucero respectivo antes de que llegue el inspector a pasar lista”.

Por poner un caso, en Vialidad los agentes de las grúas debían entregar una cuota diaria de 500 pesos, contra los 400 de los tripulantes de las patrullas —la cantidad aumentaba en forma considerable si, por ejemplo, los agentes eran enviados a proteger el ingreso de contrabando en algunas zonas— y los 100 pesos que pagaban los policías de crucero —suma que también se incrementaba si eran asignados a cruceros en los que debían agilizar la circulación por el paso de camiones o tráileres repletos de contrabando.

Aunque las autoridades se empeñaban en ignorar o negar la existencia de las mafias en el interior de la policía, los hechos y los propios agentes des-

mentían cualquier declaración. Policías que más tarde conocieron el documento que los lopezobradoristas entregaron al equipo de transición de Ebrard —que controlaría las secretarías de Gobierno y de Seguridad Pública—, advirtieron que las prácticas corruptas de *La Hermandad* tenían la misma fuerza de siempre.

Señalaron a los comandantes de sección como los responsables de imponer las cuotas y sus montos; la forma y el lugar de hacer los pagos. Para evitar filtraciones y rebeldías, también eran los encargados de llevar un registro puntual de cada elemento y de imponer los castigos correspondientes: cambios de obligaciones —un patrullero o un motociclista podía regresar a un crucero de a pie, mientras que un policía de crucero en Polanco, por ejemplo, podía ser enviado a Tepito— o de turno, un arresto por 24 horas e inclusive el despido. Sin duda, eran responsables de exprimir a los policías.

El gobierno de López Obrador no debía desconocer las causas que propiciaron la corrupción en la Policía Preventiva del Distrito Federal y fomentaron la creación y el predominio de los grupos de poder. Lamentablemente ninguno de sus tres secretarios de Seguridad Pública —Leonel Godoy, Marcelo Ebrard y Joel Ortega— hizo los estudios ni los ejercicios de inteligencia y los respectivos diagnósticos para determinar la profundidad y las características de la descomposición policial. Así, ignoraron todo lo relativo a las pugnas internas y los particulares alcances de las mafias enquistadas en el poder, de modo que fueron incapaces de destruir sus vigorosos tentáculos.

Tampoco se desarrollaron estrategias de largo alcance para limpiar a la corporación, reeducar a los agentes y, en su caso, contratar a una nueva generación de policías. Ni diseñaron programas permanentes para mejorar las estructuras organizativas o, siquiera, un esquema real de ascensos, escalafón y estructura de salarios.

A la descomposición policial se añadía un capítulo especial porque cuando Manuel Camacho Solís fue regente de la ciudad, en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, Marcelo Ebrard llegó a la Secretaría General de Gobierno y conoció denuncias concretas contra *La Hermandad*, así como su influencia y sus alcances.

SECRETO A VOCES

Ciertamente nadie podía culpar a López Obrador por la corrupción policial en la Ciudad de México ni por la formación de mafias criminales en el

interior de la corporación. Tampoco se podía descargar culpas en su antecesor, Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano. La descomposición tuvo su origen 50 años antes, cuando los grupos de poder fueron tolerados y alentados por cada uno de los gobiernos impuestos por el Partido Revolucionario Institucional.

Sin embargo, tampoco nadie podía quitarle al PRD parte de la responsabilidad en esa problemática, pues evitó modernizar, profesionalizar y cambiar el rostro corrupto de la policía capitalina. Algo tendría que haber hecho después de gobernar la Ciudad de México durante nueve años consecutivos y controlar la mayoría de las 16 delegaciones políticas y la Asamblea Legislativa del Distrito Federal.

Las mafias de la policía capitalina se consolidaron cuando los jefes de la corporación descubrieron, a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, que los políticos enviados a la Regencia de la Ciudad de México —o Departamento del Distrito Federal, por conveniencia política— apostaban su futuro a mantener el orden y no hacer ruido, para afianzar su imagen pública y brincar a otros puestos o, de plano, ser considerados en la lista de los presidenciables del priismo.

Ése fue el caso de Manuel Camacho Solís. Desde la Regencia desgranaba ambiciones y labraba su candidatura presidencial hacia 1994, hasta que Salinas de Gortari hizo a un lado sus acuerdos e impuso al sonorenses Luis Donald Colosio Murrieta. Camacho rompió con Salinas, renunció al PRI y con él se fue Ebrard. Ocupados en la sucesión, ambos se olvidaron de gobernar. Marcelo incluso pasó por alto los señalamientos específicos sobre un escandaloso fraude en las unidades habitacionales para la policía.

Con escasas excepciones, cada priista que pasó por la Regencia se convirtió en un solapador de las mafias formadas por los jefes policiacos. A su llegada a la nueva Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, Cárdenas instaló un Consejo Consultivo de Seguridad Pública y Procuración de Justicia, pero su labor se enfocó más a la búsqueda de medidas urgentes para combatir la delincuencia.

En ese ambiente permisivo, los cabecillas de *La Hermandad* tejieron amplias redes de corrupción interna. Con el poder acumulado impusieron un sistema de tráfico de plazas, venta de cargos y de grados, y se apoderaron de la Caja de la Policía que, entre otras cosas, administra jubilaciones, préstamos hipotecarios, préstamos a corto y largo plazos, cambios de adscripción, pensiones, pagos de marcha o defunción, así como toda clase de descuentos y aportaciones a los fondos especiales y de ahorro.

Tomado el control operativo a través de la amenaza, el soborno y la extorsión, *La Hermandad* impuso un abusivo e ilegal sistema de cuotas a cada elemento de la corporación. En otras palabras, usó y abusó del cambio de adscripción, del tráfico de plazas y de la venta de grados, sinónimos todos de la palabra *corrupción*, lo cual, de forma natural, dio paso natural al relajamiento de las tareas de vigilancia y prevención del delito, así como a la protección de delincuentes en la Ciudad de México.

El nivel de impunidad era tal que, hasta principios de la década de 1970, en el sexenio presidencial de Luis Echeverría Álvarez, los policías acusados de algún delito debían enfrentar a un jurado popular que se elegía cada 1 de enero entre los habitantes de la capital. Extrañamente, muy contadas fueron las ocasiones en las que un agente fue encontrado culpable. Daba igual que lo hubieran descubierto robando a un transeúnte, que lo culparan de homicidio con pruebas o que lo señalaran como sospechoso de asaltar un banco.

Según testimonios de la época, el policía acusado recibía de manos de Carmelita —pintoresco personaje que conocía todo el tejemaneje— una lista con siete nombres de igual número de jurados —cinco titulares y dos de reserva— para que comprara a cuatro de los ciudadanos que juzgarían su caso. Para evitarse problemas y salir absuelto, la mayoría terminaba comprando a los cinco jurados titulares.

Cuando el general Daniel Gutiérrez Santos era titular de la Dirección General de Policía y Tránsito —de 1970 a 1976—, y el coronel David *El Veneno* Romero López fungía como subdirector, los policías preventivos eran intocables. Literalmente, todos compraban a los jurados populares. Sólo había una condición: que todos le “entraran” con Carmelita. Esta mujer era la responsable de recibir las cuotas —soborno, chantaje, cohecho o como se les quiera llamar.

Nada más ella, la eterna Carmelita, tenía derecho de picaporte con el general Gutiérrez Santos. Sus frases se hicieron famosas: “Te sale en tanto”, “Abre el cajón del escritorio y allí deposita”, “¡Que asaltaste a un parroquiano en La Villa y le robaste 5 mil pesos! [...] Nunca estuviste en ese lugar [...], estabas de vacaciones o estabas asignado a otra compañía”, “Abre el cajón y deposita 2 mil 500”. En su oficina del viejo edificio de Tlaxcoaque, junto a la del general, Carmelita era práctica: 50 por ciento de todo, ésa era la regla y “nada se trata con el general”.

Fue esta época en la que era difícil conocer el número de policías porque los tenientes coroneles recibieron órdenes de la superioridad de internarse en pueblos de Guerrero y Michoacán para reclutar “camiones enteros” de cam-

pesinos que, a su llegada, sin ninguna preparación, con el único fin de gastar el presupuesto, eran dados de alta. El trámite tomaba ocho horas, de siete de la mañana a dos de la tarde.

Como salidas de una fábula, esa clase de reclutamiento pasaba de boca en boca, pero tomaban forma en las de Saúl Vázquez Villanueva, *El Huacho*, y *El Goyito* Gregorio Huicochea. Soldados desertores tenían asegurada su “chamba” de por vida. El teniente Galván era responsable de los movimientos, que solamente conocía Carmelita.

El carácter negociador y afable de esta mujer contrastaba con las formas abusivas impuestas por los generales y coroneles, las cuales, con los años, adoptarían los jefes policiacos que serían líderes de *La Hermandad*. Aquellos abusos se convertirían en referente para explotar a toda la tropa: rasos, cabos, sargentos y hasta oficiales. Estos últimos eran los responsables de las colectas.

Famoso, por ejemplo, se hizo el capitán Avilés, en la Décima Compañía, quien, además del “entre” exigía a cada elemento bajo su cargo un peso diario para costear la gasolina de su Dodge 1970. Su frase era casi por todos conocida: “Nel, éntrale con tu peso para mi gasolina”. Y en la Octava, que estaba también en Obrero Mundial y Cuauhtémoc, cobró relevancia el capitán García, relevo del gordito Avilés, quien con su voz de pollo advertía: “No, hijito, a mí no me vengas con que sí estabas porque pasé por tu cruce-ro, silbé como 20 veces y no te reportaste. Éntrale con tus cinco pesos”.

La respuesta de la tropa a esas curiosas extorsiones era, asimismo, famosa, “No hay pedo, está *Lalo*”. *Lalo* era el teniente encargado de la Compañía B. También se hacía notar: “¿Qué pasó, mi chavo?, te vieron faltando. Miéntame la madre cuatro veces y dame mis 20 pesos”. Y sí, le mentaban la madre cuatro veces, pero cada mentada costaba cinco pesitos. O estaba el *Astroboy*, un comandante de patrullas en Legaria —Miguel Hidalgo—, que pedía 500 pesos para el “desafane”, pero en realidad eran para sostener a su grupo musical, *Los Astroboys*.

O el capitán Cañas, quien desde la Primera Delegación, ubicada en el jardín de El Carmen, frente a la Casa del Estudiante Sinaloense, tenía una manera clarita de extorsionar: “Necesito comida pa’ mis perros, chinguen a los elementos para que le entren con su colorado”, como llamaban al billete de un peso que circulaba en su época, mediados de la década de 1960.

Imposible olvidar al mayor Huicochea, quien era instructor en Balbuena y cobró notoriedad cuando se propuso hacer popular entre la tropa su llave de “lucha libre” llamada la *goyoacana*, cuyo significado, palabras más, palabras

menos, era simple y grosero: “Si estás descuidado agárrame la macaña”. La cuota por día, que los policías debían pagar para faltar a su curso, era de 50 pesos. Los viejos agentes aún identifican a Huicochea, instructor responsable de técnicas y tácticas policiales, en la película *El Patrullero 777*, que protagonizó Mario Moreno *Cantinflas*.

Por si alguien dudara del poder de la Policía Preventiva antes de la llegada de *El Negro Durazo*, hay oficiales que todavía recuerdan aquella ocasión, entre 1975 y 1976, cuando el procurador del Distrito Federal llegó a la Octava Delegación —sede de la Academia de Policía y donde instalaba el mayor tianguis de venta de armas— para detener a un policía preventivo. Salíó a recibirlo el coronel Fortunato Almada Chacón, quien fue breve: “Lo detiene pura madre, aquí el que manda soy yo. Si te lo quieres llevar, pídemelo por oficio. Y ya veremos. El procurador se fue con la cola entre las patas”.

Luego el entuerto cobró sentido: aquel policía preventivo había detenido a un revendedor de boletos de beisbol en el Parque Delta del Seguro Social —frente a la Octava Delegación—, pero desconocía que el revendedor estaba arreglado directamente con los escoltas del señor procurador.

La mayor parte de los altos mandos de la policía ha guardado silencio, pero detrás de la fachada hay una historia impresionante: en las semanas previas al nombramiento de Arturo Durazo Moreno como jefe de la policía del Distrito Federal, su amigo de la infancia, el presidente José López Portillo, le dio poderes ilimitados para manejar la corporación. Incluso, se pasaron por alto las documentadas acusaciones y pruebas que había respecto a la banda de asaltantes que, en la zona de Tacubaya —el oriente capitalino—, comandaba Durazo.

A finales de 1976 y en un desplante de arrogancia, con ese nombramiento López Portillo pagó a su amigo, entre otros, el favor que le hizo cuando evitó que su esposa, Carmen Romano, fuera secuestrada por activistas de la Liga 23 de Septiembre. Y por eso mismo más tarde lo nombró, a la palabra presidencial, “general de división”, lo que propició el enojo de un grupo de militares de carrera en las secretarías de la Marina-Armada de México (Semar) y de la Defensa Nacional (Sedena).

Apenas unos cuantos pudieron vislumbrar que esos dos personajes carentes de escrúpulos serían, en el futuro cercano, los símbolos más evidentes de la descomposición del PRI y de la corrupción cínica del gobierno mexicano. Uno se haría llamar “el último Presidente de la Revolución”, aunque es más identificado como “el perro llorón”, y pasaría a la historia como un político corrupto, abusivo e incapaz. El otro sería conocido ominosamente

por su alias de *El Negro*, y pasaría a la historia como un funcionario también corrupto, abusivo e incapaz.

Además de mostrar lo negro de la corporación, la llegada de *El Negro* puso fin al nombramiento de militares que se impuso el 12 de noviembre de 1941, cuando se aprobó el nuevo Reglamento de la Policía Preventiva que establecía que el jefe de la policía del Distrito Federal debía tener grado de general de división y que sus principales subalternos también debían ser militares de carrera.

Sobre las facultades de López Portillo para nombrar a su amigo no había dudas. En el Reglamento Orgánico de la Policía Preventiva aprobado en septiembre de 1939 se establecía que: “corresponde al presidente de la República” el mando supremo de la corporación, entonces integrada por policías de a pie, montados, auxiliares, vigilantes de cárceles, penitenciaría y bomberos. Ese año se dio una novedad: se creó el Agrupamiento de Granaderos, incorporado nueve años más tarde a la Policía Preventiva, que adquirió su nombre el 31 de diciembre de 1938 en la Ley Orgánica del Departamento del Distrito Federal.

Doblegados por la imposición de *El Negro*, los militares —que, a decir verdad, tampoco se habían distinguido por su labor e incluso mancharon a la policía con la represión de estudiantes en 1968— se resguardaron en sus cuarteles. Al amigo del presidente López Portillo le quedó un rival único: *La Hermandad*, cuyos tentáculos habían empezado a mostrarse plenos en la década de 1970, con la llegada de Luis Echeverría Álvarez a la Presidencia de la República.

El general brigadier Daniel Gutiérrez Santos, cabeza de la cofradía, y su subalterno David *El Veneno* Romero —responsable de manejar los dineros sucios, así como de buscar fórmulas para esquilmar a los policías y de reclutar potenciales “jefes” que lo apoyaran en sus labores—, cedieron sus espacios de mando al equipo de *El Negro* Durazo.

El origen de las cofradías policiales puede rastrearse hacia mediados de la década de 1950. Las formaron elementos del escuadrón de motopatrullas de la Policía Federal de Caminos (PFC) y sus contrapartes de tránsito capitalino —que nacieron en 1932 y fueron incorporados a la Policía Preventiva del Distrito Federal en 1948— para promover convivencias recreativas, participación en desfiles como los del 16 de septiembre y espectáculos de acrobacia. Su consolidación ocurrió en 1958, a través de una organización denominada *La Hermandad*.

Por celos y rivalidades nunca aclaradas, el acuerdo languideció poco a

poco. En 1968, después de la brutal represión a estudiantes de educación media y superior en la Ciudad de México, los federales se fueron por su lado, conservando el nombre de *La Hermandad*. Con los años, la PFC se convirtió en una de las corporaciones más elitistas, temidas y corruptas del país.

En algún momento de finales de los años 60, según lo muestra la historia, los otros hermanos, los motopatrulleros del Distrito Federal, descubrieron el poder de la placa o charola policial y el potencial que ofrecía la capital, así que sellaron un pacto secreto para apoderarse de toda la policía de la Ciudad de México, se insertaron en la corporación y pusieron en marcha un plan para reclutar uniformados de a pie, montados y granaderos.

Aunque por ley estaban impedidos para llegar a la Dirección General, no dejaron ninguna área descubierta. Para finales de los 60, los cabecillas de *La Hermandad* controlaban las cuotas y cualquier otro descuento que se hiciera a los elementos en activo que tenía la corporación. También tomaron por asalto, literalmente, la Caja de la Policía, mientras los militares, generales de división y coroneles, se ocupaban del presupuesto formal.

A principios de la década de 1970, *La Hermandad* controlaba oficialmente un cuerpo policial superior a 10 mil agentes, aunque en el interior de la policía era bien sabido que la Caja de Previsión tenía en sus listas 40 mil plazas, cuyos salarios se cubrían en efectivo en los cuarteles, a través de los mayores pagadores.

Mientras la Pagaduría General se encontraba en Obrero Mundial y Cuauhtémoc, la Octava Delegación, los mayores estaban autorizados para adelantar desde un mes hasta un año de salario, con el “módico” interés de uno por ciento diario. Y allí en la Octava se concentraban todos los pagos que no se podían hacer en las restantes 15 delegaciones.

Quienes llegaron a tener acceso al número de plazas recuerdan: “Todos sabíamos que éramos 40 mil agentes, integrados en compañías de crucero o de a pie, el batallón motorizado, que tenía al menos 500 vehículos en su área de transportes, una compañía de granaderos en la que pasaban lista más de mil elementos paramilitares, mientras los bomberos reportaban unos 350 efectivos y la Policía Auxiliar otros 2 mil”.

La segunda corporación en importancia, por su número de elementos, aunque la primera en ingresos, prestaciones y otros beneficios, era la llamada Policía Bancaria e Industrial, que en esa época, como pasaba con la Auxiliar, aún no pertenecía a la Policía Preventiva.

Después del sangriento 1968, por disposiciones presidenciales la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal autorizó aumentos sucesivos en la plan-

ta burocrática que controlaban los militares de carrera. Y hacia mediados de 1970, la Dirección General de Policía y Tránsito —que en 1988 dio paso a la Secretaría General de Protección y Vialidad— tenía un organigrama definido: un general de carrera en la Dirección General, apoyado por 69 jefes de alto nivel y 400 oficiales.

Existen vacíos y contradicciones en los números porque los gobiernos priistas se empeñaban en esconder la información y el aumento desmedido de la criminalidad, para darle sus “pellizcos” al presupuesto. Sin embargo, hay elementos para afirmar que, a mediados de la década de 1980, la policía del Distrito Federal sí contaba con, al menos, aquellas 40 mil plazas, y que *La Hermandad* había dado un salto definitivo para afianzar el control de la corporación, después de la salida de *El Negro*.

Una vez al descubierto la inmoralidad y los abusos de Echeverría, de López Portillo, de Durazo, así como la conmoción por las amargas experiencias con militares de carrera como Gutiérrez Santos y José Domingo Ramírez Garrido Abreu —a quienes nadie quiere recordar— o la incapacidad del general Ramón Mota Sánchez —un militar bien intencionado a quien todavía se le reconoce la decencia de haber cumplido su promesa de renunciar si no podía limpiar y moralizar la corporación—, emergieron los primeros “personajes” o grandes líderes de *La Hermandad*: Ignacio Flores Montiel y Faustino Delgado Valle.

Con la influencia de estos líderes que escribieron su propia historia negra, *La Hermandad* se afianzó en áreas estratégicas: la expedición de licencias, Control de Tránsito y el agrupamiento de grúas, conocido como *Gato*, cuyos elementos eran apodados *Los Cirujanos* o *Los Carniceros Motorizados* porque tenían capacidad para desarmar, en tres minutos y pieza por pieza, cualquier tipo de vehículo que levantarán. Las piezas, desde luego, se revendían en corralones que manejaban aquellos curiosos *Cirujanos*.

También garantizaron su llegada a los centros de canje de placas y a la Dirección de Servicios Públicos, desde donde se proyectaron personajes como *El Chango* Eduardo Hernández Mercado, cuyos colaboradores afirmaban, en 1980, que su jefe controlaba, él solo, 200 concesiones de combis de transporte público.

Si bien Flores Montiel y Delgado estaban impedidos para llegar a la Dirección General, ambos alcanzaron el máximo puesto al que podía aspirar un policía preventivo: coronel. Con el cambio de adscripción y el paso a Secretaría de Seguridad Pública, brincaron a superintendentes. De ese puesto al de secretario sólo hacía falta un pequeño salto que se cumplió más adelante con

los nombramientos de Santiago Tapia Aceves y, luego, de René Monterrubio López, como titulares de la Secretaría de Seguridad Pública. Con ellos, *La Hermandad* alcanzó el poder real.

La Hermandad únicamente se ocultó entre 1976 y 1982, conocidas la leyenda negra, valga la expresión, y la cercanía, desde su niñez, de *El Negro* con el presidente de la República y la familia de éste. Los líderes del grupo hicieron lo mismo que los militares: guardar silencio, replegarse y aceptar, sumisos, lo que les dejaran: algunas jefaturas de sector y comandancias. Lo que fuera. Pero, como se dijo líneas arriba, años después Tapia y Monterrubio demostrarían que su regreso era simple cuestión de tiempo.

TERRITORIO INFRANQUEABLE

Poco a poco emergieron los secretos mejor guardados por *La Hermandad*: primero, en los 70 y los 80 se impusieron cuotas, ilegales, de dos pesos por agente, y descuentos, también ilegales, a cada uno de los efectivos por cada agente muerto que se reportara en la policía del Distrito Federal. Nunca nadie, es decir, ningún agente en activo, se enteró para qué servirían ni cómo se usarían los dos pesos. Más tarde, en esa misma década, se descubrió con horror que cada quincena se reportaba la muerte de 12 elementos o más que, en realidad, estaban vivos.

Cuando un policía se descubría él entre los “muertos” de la quincena, acudía a la Caja, donde era premiado con un bono especial en efectivo. El inesperado “regalo” hizo que muchos agentes desearan aparecer en la famosa lista quincenal.

“El ‘muerto’ recibía un apoyo de 5 mil pesos por guardar silencio”, recuerda un viejo policía quien, durante sus años en activo, fue declarado muerto en seis ocasiones.

La ilimitada codicia de *La Hermandad* se mostró sin pudor, pues hubo quincenas en las que se hicieron descuentos por 30 muertos. Dos por día. A finales de los 90 se habían reportado, a través de la Caja de la Policía —que aún se encuentra en la calle de Pedro Moreno, en la colonia Guerrero—, escandalosos fraudes con créditos hipotecarios y construcción de unidades habitacionales como La Capilla, en Ixtapaluca; Técnicos y Manuales, en Iztapalapa, y Bahía del Copal, en Tlalnepantla.

Y de eso hay testimonios que en su momento se entregaron al secretario general de Gobierno del Distrito Federal: Marcelo Ebrard.

“Nos empezaron a descontar cuatro años antes de la entrega.”

“Luego nos entregaron viviendas sin pisos, sin muebles de baño, sin ventanas, sin drenaje, sin puertas, sin luz eléctrica y sin agua, a pesar de que nos habían hecho los descuentos respectivos”, decía otro viejo agente, a quien la Caja incluso le retrasó cinco años, ya jubilado, el primer pago de su pensión.

“Y me pagaron a medias; después de cinco años acepté la mitad de lo que me tocaba, renunciando al resto con el compromiso de no hacer ruido ni denunciar, porque sólo así se comprometieron a liberar mis cheques mensuales.

“Ebrard, como secretario de Gobierno, y Manuel Camacho, como re- gente, recibieron las denuncias correspondientes de todas las anomalías, pero nunca hicieron nada.

“Para hacer ver bien al gobierno, en algunos lotes de Bahías del Copal *La Hermandad* entregó, simbólicamente y dos años y medio antes de la verdadera entrega, viviendas que no se habían edificado.

“La policía se había vuelto tan atractiva que, entre los 80 y los 90, profesionales universitarios como *El Chino* Lee o Marco Antonio Castillejos, *El Babalú*, dejaron a un lado sus carreras para mantenerse en el uniforme.”

A los agentes también se les descontaba, ilegalmente, en cuatro quince- nas una fianza de mil pesos para tener derecho a recibir una pistola para cu- brir su turno. Lo más relevante, sin embargo, es que se había denunciado un fraude por al menos 6 mil millones de pesos para la supuesta construcción de viviendas.

En los caminos de una vejatoria impunidad, donde la historia se pervier- te, al iniciar la década de 1990 se sintió pleno el poder de *La Hermandad*, cuando logró imponer como jefe de la Policía de la Ciudad de México —o secretario de Seguridad Pública del Distrito Federal— a Tapia Aceves, un funcionario que después sería acusado por los delitos de cohecho y vincula- ción con bandas de narcotraficantes, secuestradores y asaltabancos. Tapia fue sucedido por el segundo líder de *La Hermandad*: Monterrubio López.

La joya de la corona fue el descuento puntual que se hizo para la cons- trucción del que sería el mausoleo del policía. Del Ángel se llamaría el pan- teón en el que descansarían los restos de los policías muertos, incluidos los caídos en el cumplimiento de su deber, pero la única referencia que tienen los agentes que entre 1976 y 1982 recibieron sus descuentos quincenales es el Ángel de la Independencia en Paseo de la Reforma.

Hacia 2005, la cantidad de personal operativo de la Secretaría de Segu- ridad Pública rayaba en la monstruosidad: 35 mil efectivos en la Policía Pre-

ventiva —Sectorial, Agrupamientos y Tránsito—, además de 28 mil de la Auxiliar y 15 mil de la Policía Bancaria e Industrial, ambas ya legalmente integradas a la SSP. Si las sumas no fallan y se deja de lado al personal burocrático inserto en la estructura, la Ciudad de México tenía en aquel año, cuando Andrés Manuel se perfilaba como candidato presidencial único del PRD, 78 mil elementos en activo.

Andrés Manuel estaba obligado a conocer lo que pasaba en la corporación que le encargó a Leonel Godoy, Marcelo Ebrard y, por último, a Joel Ortega Cuevas. Un estudio elaborado en 1998, cuando el PRD ganó la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, y validado cuatro años más tarde, en 2002, alertaba sobre el poder de las mafias policiales que controlaban la Secretaría de Seguridad Pública. *La Hermandad* aparecía en el primer lugar de la lista.

El documento que se hizo llegar a algunos diarios prevenía: “Tenemos la presencia de uniones de jefes policiacos, que independientemente a la función que deben desempeñar, obedecen primordialmente a sus intereses de beneficio económico. [...] Tenemos varios grupos de influencia (cotos de poder) [...], el caso más remarcado es la denominada *Hermandad*, además de que se ha logrado establecer la existencia de otras fraternidades que pretenden seguir los pasos de ésta. [...] *La Hermandad* policiaca que opera al interior de esta secretaría la integran todos aquellos jefes y oficiales que ingresaron a esta corporación en el escuadrón de Motopatrullas y agentes de tránsito de aquella época (1958). [...] Buscan cargos de importancia para alentar prácticas de corrupción y abuso policiaco, y proveerse de recursos económicos exigiendo componendas a sus subalternos”.

El dominio de Monterrubio López se mostró hasta 2005, cuando dejó de sentirse la mano pesada de *La Generala* o *La Jefa*, Esperanza Epigmenia Galicia Carrillo. Si bien nunca fue miembro formal de *La Hermandad*, sí fue una de su grandes beneficiarias —debido a su cercanía con Rodimiro Ruiz Rodríguez y a su amistad con Ignacio Flores Montiel— porque en la época del general Ramón Mota Sánchez se convirtió en la primera y única mujer que llegó a una jefatura de sector, desde la cual se catapultó a una superintendencia.

Durante algunos años la hicieron “dueña” única del Agrupamiento Femenil, donde adoptó el lema que la hizo legendaria: “Ninguna mujer bonita” en la policía. Si descubría alguna atractiva, al menos más que ella, y que con anterioridad hubiera sido aceptada en la corporación, la degradaba o la cambiaba de adscripción, lo que en los hechos equivalía al hostigamiento. Después, se le despedía.

La historia de los acercamientos de Esperanza Epigmenia a *La Hermandad* es harto conocida. Resalta el de un día de los años 80 cuando, en menos de tres horas, bandas delictivas formadas por agentes de la Policía Preventiva le asaltaron cuatro bancos. Los atracos tenían varios objetivos, pero sobresalía uno: vengarse por el despotismo y los abusos de *La Generala*.

“Se refugió llorosa en el hombro de Ignacio Flores Montiel. Como testigos mudos quedaron en el cuadro *El Mocho* Pedro Luna Castro y Faustino Delgado Valle, *El Queso de Puerco*.

”—¿Qué hago? —preguntó—, ya me asaltaron cuatro bancos.

”—No te preocupes, yo hablo con *Titán* —fue la respuesta de Flores Montiel.

”—En las vías del ferrocarril, ella se sentó a esperar [que la renunciara *Titán* por los asaltos sufridos] frente al Banamex de Ejército Nacional, uno de los bancos que recién le habían asaltado.”

Los ladrones —se asumió que la misma banda participó en los cuatro asaltos—, nunca fueron ubicados, pero Flores Montiel ciertamente habló con *Titán*, clave con la que era identificado el general Ramón de Mota Sánchez. Esperanza Epigmenia, *La Generala*, conservó su cargo y mantuvo su influencia en el grupo de poder. En diciembre de 2000 ya era una leyenda negra en la policía del Distrito Federal.

Hábil como era, se montó en el lopezobradorismo. Acoplada al nuevo grupo en el poder, se volvió más poderosa e influyente. En 2005 la nombraron titular de la Dirección General de la Carrera Policial. Sin embargo, cayó por una serie de errores que sus subalternos no pudieron tapar. El periodista Gerardo Jiménez recogió, en mayo de 2007, parte de las páginas negras de doña Esperanza Epigmenia: “Su historia dentro de la policía capitalina ha sido de escaladas rápidas y caídas precipitadas. Esperanza Epigmenia Galicia Carrillo se puso su primer uniforme de policía cuando su jefe Arturo Durazo Moreno, entonces director general de Policía y Tránsito, le trajo un programa ‘diseñado’ contra la contaminación que el mismo polémico mando había implementado.

”A mediados de los años 70 no sólo era uno de los rostros amables, sino de los más atractivos de la corporación. Jefes y policías rasos la consideraban como una de las más guapas. Incluso se cuentan anécdotas de que su belleza figuró en pequeños papeles de películas de *El Enmascarado de Plata*, *El Santo*.

”En esos años se involucró con Rodimiro Ruiz Rodríguez, quien era el jefe de escoltas de *El Negro* Durazo, hoy en día superintendente y director de la región 5, con quien procreó un hijo, según cuentan personas cercanas a

Galicia Carrillo. Es a principios de los 80 cuando empieza a ascender en el Agrupamiento Femenil, y entre 1985 y 1986 es designada jefa de sector en la delegación Miguel Hidalgo.

"A finales de esa década, *La Jefa Esperanza* regresa al Agrupamiento Femenil, donde comienza a forjar su fama de mujer de mano dura y de lealtades incuestionables con sus allegados. En esa época, *La Jefa Cisne* —como se le conocía por su clave en el agrupamiento— llegó a tener, además de jerarquía, una serie de beneficios.

"Cuentan uniformadas que la 'padecieron' que además de su oficina tenía un comedor para ella y un baño con agua caliente, a diferencia de la tropa. Además, había de dos a tres uniformadas asignadas a la confección de manualidades que, después, eran vendidas y las ganancias entregadas a Galicia Carrillo.

"Las tenía pintando cerámica y [en la elaboración] de otras manualidades [...] después se ponían a la venta y todo lo que se ganaba iba a parar a sus bolsillos. [...] En 1996, con la militarización de la policía, Tomás Enrique Salgado Cordero ocupa la Secretaría de Seguridad Pública y *La Jefa Esperanza* 'es puesta' a disposición y congelada por dos años.

"Ya en el nuevo milenio y con la administración perredista, Galicia Carrillo regresa al Agrupamiento Femenil. En 2005, ya con Joel Ortega como secretario de Seguridad Pública, recibe la encomienda de encabezar la Dirección General de la Carrera Policial, donde es responsable de los ascensos y reconocimientos para los policías.

"Hay un sinfín de quejas porque, a consideración de mandos y policías, en forma indiscriminada ofreció ascensos y premios. A su mano derecha, Francisca Galicia, jefa del sector Iztaccíhuatl, la hizo primer inspector; al subdirector Fausto Gómez lo ascendió a primer oficial sin ningún mérito, lo mismo ocurrió con la esposa de Gómez, quien ya es primer oficial.

"Otros uniformados han denunciado que, por no pertenecer a su círculo, les retrasó trámites de ascenso y a otros más les negó abiertamente subir de puesto. Estas denuncias fueron algunas de las gotas que derramaron el vaso para su salida del cargo. Un nuevo capítulo se escribe en la vida de Esperanza Epigenia Galicia Carrillo."

Pero, como suele suceder, la historia había comenzado antes. A principios de 1996 mujeres policías pidieron la destitución de la jefa del Agrupamiento Femenil —Esperanza Epigenia, que ya se había ganado el mote de *La Generala*—, a quien le atribuían la implementación de jornadas forzadas de trabajo y manejo de negocios ilegales en las instalaciones del agrupamiento.

Una de las uniformadas, identificada como Alma, dijo que ya había solicitado la destitución de la funcionaria, pero recibió represalias: “Yo pertenecía al agrupamiento, pero me manifesté solita [en contra de Galicia Carrillo] aquí en el Zócalo y me cambiaron al Sector Dos Oriente, como administrativa.

”En el documento que elaboraron de mi cambio especificaron que no debía patrullar, de manera que no puedo ahora recibir ninguna compensación por riesgo, y mis percepciones son mínimas.” Alma solicitó en aquella época que se investigara la Agrupación Femenil porque en el interior operaban un casino, un salón de belleza y un restaurante en el que debían consumir las mujeres policía. Nunca se abrió una investigación oficial.

En junio de aquel año, Esperanza Epigmenia, quien estaba a punto de cumplir 25 años de carrera policial, fue sustituida por la teniente coronel enfermera María del Carmen Robles Domínguez. Ella misma confirmó la noticia, que se publicó el 26 de junio en el periódico *Reforma*: “Estamos en el periodo de entrega de equipo y personal a la nueva comandante, quizá dure 15 días o un mes; hasta el momento no estoy en condiciones de decir qué va a pasar porque lo ignoro, no se nos ha ofrecido nada todavía. [...] soy policía de carrera, soy segundo superintendente y mi cargo está bien consolidado; estoy en espera de que me reciba el general Felipe Bonilla para que me informe qué va a suceder”.

No tuvo que esperar demasiado. El 10 de septiembre de aquel año ya estaba de regreso. En un lacónico comunicado se informó: “Dos de los cuatro nuevos jefes de Sector de la Policía que tomaron posesión de sus cargos esta semana ya habían sido removidos de alguna dirección que tenían a su cargo”.

La Secretaría de Seguridad Pública informó que Esperanza Galicia Carrillo asumió funciones como jefa del Sector I Oriente, en la Delegación Gustavo A. Madero; José Flores Arzate, como jefe del Sector I Poniente, en la misma demarcación; José Luis Gutiérrez Aranda, como jefe del Sector 2 Norte en la Venustiano Carranza, y Juan Pérez Pastrana como jefe del Sector 3 Sur en la Cuauhtémoc. La segunda superintendente Galicia Carrillo había sido removida de su cargo como directora del Agrupamiento Femenil.

El 25 de julio de 2007, cuando Esperanza Epigmenia estaba por cumplir 53 años de edad, el mismo rotativo publicó una nota que espantó a los policías que no tienen derecho a jubilación del ISSSTE, sino de la Caja de Policía: “Con el argumento de invalidez para desempeñar sus funciones, dos ex mandos de la Secretaría de Seguridad Pública local (SSP) buscan una pensión que podría superar 3 millones de pesos para cada uno. [...] Epig-

menia Esperanza Galicia Carrillo, ex directora General de Carrera Policial, y Genaro Gutiérrez Gutiérrez, ex director ejecutivo de Control de Tránsito, dicen sufrir diversos padecimientos físicos como consecuencia de sus actividades dentro de la corporación. [...] Mediante dos escritos de demanda, de los que *Reforma* posee copia, solicitan al ISSSTE una indemnización y pensión del 100 por ciento de sus salarios de su último puesto. Fuentes de la dependencia señalaron que los ex mandos sostenían que no podían continuar con sus labores, por lo que se les notificó que serían removidos. [...] Ante esta situación promovieron amparos para continuar como directores, al tiempo que solicitaban una indemnización de mil 94 días de salario mínimo. Como encargada de Carrera Policial, Galicia Carrillo percibió un sueldo mensual integrado de 97 mil 528 pesos desde enero del 2006 hasta mayo de este año, según el expediente que se encuentra en el Tribunal Federal de Conciliación y Arbitraje. [...] A finales de mayo del 2007, la ex mando solicitó en la demanda la indemnización por incapacidad física, porque según un diagnóstico médico padece neurosis por estrés, lesión cervical y lumbar crónica, osteoporosis, miopía, migraña y presión arterial alta. El documento señala que para su puesto se requiere capacidad de decisión en situaciones de riesgo, línea de mando, solución ágil de problemas, concentración elevada, control de sus emociones y reflejos altos, entre otras cualidades con las que al parecer ya no cuenta. [...] A estas demandas, tanto el ISSSTE como la SSP han respondido que son improcedentes, pues ninguno de los dos notificó con anterioridad a la demanda que tuviera padecimiento o molestia alguna relacionada con su trabajo”.

PEOR QUE CON DURAZO

Esperanza Epigmenia es apenas uno de los rostros del fracaso de la policía en el gobierno lopezobradorista. El 30 de mayo de 2007, cinco meses después de su renuncia con visos de despido, el ex director de Asuntos Internos de la SSP-DF, Javier González del Villar hizo declaraciones que volvieron los reflectores a la corporación y exhibieron la triste realidad de los gobiernos pe-redistas en ese tema.

En una entrevista que se difundió al día siguiente alertó: “El hampa se apoderó de la institución [...], los niveles de corrupción que prevalecen son superiores a los que se vivieron en la administración de *El Negro Durazo*. [...] responsabilizó al subsecretario Luis Rosales Gamboa —al hermano de éste,

de nombre Felipe, subdirector de Investigación de Asuntos Internos, cuyos lazos familiares los llevan a los fundadores de *La Hermandad*— de proteger y estar coludidos con la delincuencia organizada”. [...] Y remató: “No pueden declarar y decir que no es cierto, porque yo viví dos años en las entrañas de la SSP-DF”.

Sobrino de Samuel del Villar, procurador de Justicia, en el primer gobierno perredista capitalino que encabezó Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, y funcionario de bajo perfil, González del Villar concedió una entrevista que el jueves 31 de mayo se publicó, pregunta-respuesta, en un diario que desapareció en octubre de 2008, pero que nadie desmintió:

—¿Hasta dónde llega la corrupción en la Secretaría de Seguridad Pública del D.F. [...] hasta con el secretario [...] hasta dónde está enquistada?

—El hampa está apoderada de la policía, los niveles de corrupción en los que está actualmente la SSP son peores que en los que se encontraba en la época de Durazo. Encabezada por Luis Rosales Gamboa, y si el señor secretario de Seguridad Pública (Joel Ortega) públicamente ha manifestado que no va a tolerar actos de corrupción, ¿cómo puede explicar o cómo se atreve a decir públicamente eso?, cuando el subsecretario de Seguridad Pública a través de funcionarios del piso II —hacía referencia al edificio de la SSP-DF en la glorieta Insurgentes conocido como la cueva de Alí Babá— pide una cuota de 5 mil pesos en su cumpleaños y en época decembrina.

—¿También se puede hablar de delincuencia organizada y narcotráfico dentro de la policía o hay alguna colusión?

—Por supuesto que sí, yo le presenté a Joel Ortega la última investigación en octubre pasado —a dos meses del término de la administración López Obrador-Encinas— en donde cerca de diez policías operaban encabezados por José Antonio López Pérez (comandante de patrullas del sector Alpe relacionado con elementos de Fuerza de Tarea) en la Delegación Álvaro Obregón protegiendo y repartiendo droga.

“Fueron puestos a disposición del Ministerio Público federal, se cumplió con la ley, la Dirección de Asuntos Internos cumplió, pero los señores salieron, porque este señor López Pérez tiene muchas influencias. Días después de que sale José Antonio López Pérez acude a la oficina de Armando Palacios, en compañía de Felipe Rosales Gamboa, subdirector de Investigación de Asuntos Internos, y de lo que estoy diciendo tengo las pruebas, nada más que compete investigar a la SSP.

—¿De esta declaración tuvo conocimiento el secretario de Seguridad Pública?

"—El secretario conoció este caso públicamente, y por los dichos de Felipe Rosales Gamboa y de Luis Rosales Gamboa, en una ocasión quiso darme a entender que yo estaba coludido, que yo estaba protegiendo narco-trafficantes.

"—¿Qué otras investigaciones hizo contra Felipe Rosales Gamboa?

"—Cuando se ha dado seguimiento a una acusación contra Felipe, yo he declarado, hay actas administrativas, no les dan seguimiento ¿por qué? No te deja lugar a dudas de que hay una colusión de servidores públicos permitida por Joel Ortega Cuevas.

"—¿Qué dice la SSP?

"—No, no puede ser. ¡Por Dios!, que acepten su responsabilidad, que no utilicen a la SSP como instrumento político.

"—¿Con esto me da usted a entender que ni el secretario de Seguridad Pública se salva?

"—En el secretario de Seguridad Pública, durante los dos años que estuve en Asuntos Internos, no estaba en su prioridad el combate a la corrupción.

"—Durante esos dos años, ¿cuántas investigaciones inició usted [...], a cuántos policías cesaron?

"—Durante dos años fueron dados de baja, con la propuesta directa de la Dirección General de Asuntos Internos, 2 mil 758 elementos.

"—Cuénteme, ¿cómo fueron esos últimos días de diciembre? ¿Qué ocurre? ¿Por qué tiene que salir esa renuncia tan intempestiva? ¿O lo renunciaron?

"—El 26 de diciembre de 2006 le presenté mi renuncia a Joel Ortega Cuevas, con fecha aplicable al 31 de diciembre. Que él explique públicamente el motivo por el cual me pide un día que yo siga al frente de la unidad de Asuntos Internos, y dos días después tiene que acabar con todo lo que huele a la administración de Alejandro Encinas Rodríguez. Empezó por mí, mandándome al Consejo de Honor y Justicia de la SSP, y de ahí ¿qué seguía: la calle?

"—En ese entonces ya estaba Marcelo Ebrard, ¿se enteró de su renuncia? ¿Le dijo algo?

"—Sí, estuve con él, platicué con él, conocía mi trayectoria y le dije que siempre había actuado de una forma institucional, que checara con el secretario de Seguridad Pública por qué salí de la secretaría.

"—¿Qué hay de las acusaciones directas en su contra por tortura contra elementos policiacos y por agresiones contra homosexuales?

"—Esas acusaciones se dieron por terminadas estando yo al frente de la unidad de Asuntos Internos y curiosamente las vuelven a echar a andar, y

¿quién las vuelve echar a andar? El (actual) director de Asuntos Internos, Felipe Rosales Gamboa, y el director de Comunicación Social, Ricardo Olayo. La tortura, ¡por el amor de Dios!, que me acusen y que saquen las pruebas de esas torturas y que se presenten las denuncias correspondientes.”

Destapada la cloaca, todos los involucrados buscaron salvar el pellejo. Así, no es de extrañar que emergieran los relatos más oscuros de la aún más oscura policía del Distrito Federal. Y si bien la raíz de los males no puede ser directamente adjudicada a los gobiernos perredistas, lo cierto es que éstos tampoco hicieron nada para sanear, por completo y con mano dura, a la corrompida corporación. Ocupado con su ascendente carrera política, Andrés Manuel no vislumbró la bomba de tiempo que tanta impunidad había sembrado, pero, sin duda, terminó comprendiendo que aún hay *Hermanidad* para rato.

La historia negra

ANTES DE LA TOMA DE POSESIÓN de Marcelo Ebrard, en diciembre de 2006, brotaron los problemas añejos que ahogaban a la Policía Preventiva. Si con generales y coroneles no le había ido bien, con el ascenso del primer superintendente Santiago Tapia Aceves —primer policía de carrera en ocupar el cargo de titular de la Secretaría General de Protección y Vialidad, que dio paso a la Secretaría de Seguridad Pública—, se marcó para siempre el legado infame de *La Hermandad*.

Cuestionada la moral de Tapia Aceves por diputados locales y federales, y marcado por señalamientos públicos de enriquecimiento inexplicable, apenas duró dos años en el cargo, de enero de 1991 a junio de 1993. Su caída se precipitó cuando algunos policías —políticos y periodistas lo atribuyeron a intrigas o golpeteo interno de su “amigo” René Monterrubio López— lo acusaron de recibir un cuantioso soborno del capo Joaquín *El Chapo* Guzmán Loera.

Apenas lo renunciaron, ese mismo año de 1993 Tapia Aceves fue señalado por aceptar —en junio de 1991, cuando ya era secretario— 50 mil dólares a cambio de dejar escapar al famoso narcotraficante, retenido por policías preventivos que lo acusaban de participar en una balacera. Tapia cayó en desgracia, *El Chapo* estuvo en prisión un tiempo —en Almoloya de Juárez, Estado de México, y Puente Grande, Jalisco—, pero se fugó y reapareció con más fuerza para convertirse en capo de capos, superando la historia criminal de Amado Carrillo Fuentes, *El Señor de los Cielos*.

Aunque hubo quienes vieron en la renuncia, con visos de despido, y en la posterior acusación y encarcelamiento del 19 de junio de 1993, actos enmarcados en la lucha por la sucesión presidencial —que culminaría con los comicios de 1994—, así como un producto de las ambiciones de Monterrubio —muy cercano a gente cercana al presidente Carlos Salinas de Gortari—,

lo cierto es que se difundió que Tapia Aceves viajó en helicóptero para reunirse con Fluvio Jiménez Turégano, el comandante de la Policía Judicial Federal, quien en ese entonces era amigo de *El Chapo*, y que entre los dos acordaron liberar al narcotraficante.

Presunto responsable de los delitos de enriquecimiento ilícito, cohecho, ejercicio indebido del servicio público y de haber facilitado la huida de *El Chapo*, Tapia estuvo preso durante ocho meses en el Reclusorio Oriente. Luego, beneficiado por las reformas al Código Penal, alcanzó su libertad bajo fianza el 10 de febrero de 1994.

El ex funcionario pagó una fianza de 771 mil 492 nuevos pesos —en billetes de depósito, efectivo y su casa de Cuernavaca— para abandonar el reclusorio. La jueza del Distrito 26, María de Jesús Medel Díaz, explicó: “Como el delito de enriquecimiento ilícito no es de los catalogados graves, se le notificaron [de inmediato] los requisitos para dejarlo en libertad bajo fianza”.

Como pasó con *El Negro Durazo*, Tapia se convirtió en una vergonzosa “celebridad” en el Reclusorio Oriente. Ambos son parte de los contados jefes policiacos mayores de un cuerpo preventivo que han enfrentado un proceso penal federal por haber cometido irregularidades o corrupción estando en sus funciones.

A *La Hermandad* no le fue tan mal. Aunque no tenía la misma fuerza de su antecesor caído en desgracia, Monterrubio López no sólo se convirtió en titular de la Secretaría General de Protección y Vialidad, sino también en cabeza única de aquella cofradía. Para evitar que lo traicionara su falta de carisma y para mantener bajo control a los policías, Monterrubio creó un temible cuerpo elite conocido como Grupo Especial de Disuasión Bengala, más tarde Jaguar, conformado por células de motopatrulleros, origen de *La Hermandad*.

Estos policías fueron equipados con armas de alto poder. Su tarea oficial concreta consistía en realizar operativos especiales para recorrer áreas comerciales, bancarias y zonas conflictivas. Paralelamente mantenían los ojos abiertos para evitar cualquier acto de insubordinación que afectara la imagen de Monterrubio López. Por sus abusos y conductas delictivas generaron un ambiente de terror entre los defensores.

Llámense *Bengalas* o *Jaguares*, la creación de estos grupos represores tenía una poderosa razón de ser: policías rasos y oficiales estaban empeñados en denunciar extorsión y malos tratos por parte de sus jefes, falta de equipo y mala alimentación, así como en exigir mejoras salariales. Según los reportes

de la época, “la administración de Monterrubio se caracterizó por las marchas, plantones y paros de labores de policías preventivos, motopatrulleros, empleados de corralones y hasta administrativos”.

Como se llame, nadie ha podido domar a la policía del Distrito Federal. Desde 1897 no han dado resultado los militares —al menos 31 generales y 16 coroneles— que han ocupado el despacho de la dirección o secretaría, ni los policías de carrera —Tapia y Monterrubio—, ni los civiles como Marcelo Ebrard, Leonel Godoy o Joel Ortega.

Lo más dramático de la situación se escuchó a finales de 1994, cuando Monterrubio reconoció que sus esfuerzos eran vanos, pues recibió una corporación corrupta “desde hace mucho tiempo”. Si bien desesperado, el señalamiento fue una respuesta tardía a 200 elementos del Agrupamiento de Motopatrulleros, quienes en agosto de aquel año retaron a Monterrubio a entrar a las instalaciones de ese grupo en Balbuena y lo hicieron prometer que erradicaría la corrupción “que practican los altos mandos”.

UNA CAJA DE PANDORA

El Consejo para la Ley y los Derechos Humanos mantiene en su página de Internet un reporte especial en el que rearma parte del gran rompecabezas que representan las fichas de los policías preventivos que se han convertido en centro de controversias y denuncias. Bajo el título “La Hermandad, policías delincuentes”, elaborado con declaraciones que atribuye a un informante que formó parte de esa cofradía, así como a documentos del Centro de Investigación y Seguridad Nacional (Cisen).

La historia de los agentes es de una aterradora crudeza: importantes jefes policiacos de la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal (SSP-DF) cuentan con pésimos antecedentes penales por haber incurrido en delitos como cohecho, extorsión, homicidio, violación, acoso sexual y abuso de autoridad. Inexplicablemente, son mantenidos en sus puestos y están encargados de combatir a la delincuencia organizada, siendo ellos mismos delincuentes.

“[...] integrada por mandos policiacos y policías de tropa, [*La Hermandad*] ha operado desde hace varias décadas, durante muchos años se mantuvo dentro de la Secretaría de Seguridad Pública y ahora ha extendido sus redes a la Procuraduría capitalina, a la Procuraduría General de la República, la Policía Federal Preventiva e incluso a cuerpos policiacos de varios estados.

"*La Hermandad* participa en forma organizada en secuestros de alto impacto, extorsiones telefónicas, asaltos a camiones de carga, secuestros tipo exprés, protección y extorsión a bandas criminales, extorsión y venta de seguridad a comerciantes. En declaraciones públicas de Alejandro Gertz Manero, quien fue secretario de Seguridad Pública en el DF y a nivel federal, *La Hermandad* sustenta su poder en el gran número de integrantes con que cuenta; mientras que unos cuantos intentan combatirlos, *La Hermandad* posee una fuerza de miles, fuerza que se activa cada vez que alguien atenta contra sus intereses [...] son errores estructurales los que han permitido a este grupo criminal mantener control de la policía.

"Son muchas las fuentes de ingreso con que cuenta este grupo criminal, todas ellas ilegales, corruptas y de alto impacto social. Originalmente fue conocido el 'entre', que consiste en la entrega de cuotas que cada policía debe hacer a sus mandos, pero en la actualidad, la gran cantidad de delitos que cada día cometen quienes son miembros de esta organización ha permitido generar ganancias que, al año, pueden llegar a cientos de millones de pesos.

"Por ejemplo, el secuestro tipo exprés que, de acuerdo con el informante, ocurre principalmente de jueves a sábado en al menos 30 hoteles y moteles del DF, son secuestradas un promedio de ocho personas al día, al salir de dichos hoteles. El monto promedio del botín que se obtiene por víctima es de 30 mil pesos y se ejecuta este delito principalmente en hoteles y moteles en las delegaciones Cuauhtémoc, Benito Juárez, Coyoacán, Miguel Hidalgo, Tlalpan e Iztapalapa.

"En cifras, esto quiere decir que *La Hermandad* obtiene, en un día, 240 mil pesos o 720 mil por semana, lo que representa una ganancia anual de 37 millones 440 mil pesos. [...] La extorsión a comerciantes es otro de los negocios rentables de *La Hermandad*; en zonas como el Centro Histórico los comerciantes deben pagar cuotas para poder hacer maniobras de descarga fuera de los negocios; si no se paga la cuota, una grúa puede levantar al camión con la mercancía del negocio y afectar sus operaciones; la cuota para algunos negocios puede llegar a 500 pesos cada vez que se requiere descargar mercancías.

"El monto de las ganancias por este tipo de extorsiones no se puede calcular, pero el número de comerciantes afectados es de miles. A estos ingresos se deben sumar las ganancias por protección a grupos delictivos, como los dedicados al robo de autopartes, narcomenudeo, productores y distribuidores de mercancía pirata, extorsión y venta de seguridad a giros negros y locales donde se ejerce la prostitución, entre otros."

El reporte advierte que la unidad de Asuntos Internos ya fue infiltrada. Luego, el Consejo para la Ley y los Derechos Humanos también recoge información de inteligencia que atribuye al Centro de Investigación y Seguridad Nacional. Con ésta y declaraciones de policías jubilados —que iniciaron su carrera policial en la década de 1960—, quienes aceptan colaborar para dos capítulos de este libro, reconstruye parte del historial de algunos de los principales personajes de *La Hermandad*.

Pedro Luna Castro: director de Control de Tránsito. Fue acusado de encubrimiento y nepotismo por haber nombrado director de Asuntos Internos de la corporación a su yerno Luis Rosales Gamboa —*El Titino*, relevo de *La Hermandad*—, que tiene antecedentes penales por estar involucrado en el robo a bancos. Sobre este asunto existe una averiguación previa y hasta un juicio penal. En 2000, Alejandro Gertz Manero, entonces titular de la SSP del D.F., le dio un “jalón de orejas” a Luna Castro porque los uniformados constantemente se quejaban de ser objeto de extorsión. Y un ex diputado federal lo responsabilizó de haber participado directamente en las matanzas estudiantiles de Tlatelolco, en 1968, y de San Cosme, en 1971.

El jueves 24 de agosto de 2006 se dio a conocer que, después de poco más de 30 años y de una serie de negociaciones de alto nivel, el titular de la Dirección General de Tránsito de la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal, Pedro Luna Castro —más conocido como *El Mocho*—, dejaría su cargo la semana siguiente.

Una nota del periódico *El Universal* recordó sus orígenes: “Luna Castro es uno de los elementos con mayor antigüedad. Sus inicios se marcaron cuando era policía de tránsito raso. Poco a poco fue ascendiendo de escalafón. Fue director ejecutivo de Programas de Vialidad y elemento muy cercano a David León Méndez, quien fue director de la Policía Sectorial de la Secretaría de Seguridad Pública capitalina y de la Policía Bancaria e Industrial, una de las corporaciones de paga de la dependencia.

“No obstante, León Méndez, quien se salvara de un atentado, fue acusado de delitos contra la administración de justicia durante su estancia en la corporación policiaca capitalina. [...] Se ha relacionado a ambos mandos policiacos con la llamada *Hermandad* dentro de la Policía capitalina [...] un grupo de poder, cuyos intereses se centran en la obtención de beneficios económicos principalmente y en ostentar cargos de importancia que les permitan mantener su situación. Se tienen datos de la existencia de este grupo desde finales de 1980 y principios de 1990. [...] También es [Luna Castro] uno de los pocos jefes policiacos cuyos hijos ocupan puestos directivos en la

corporación. Recientemente, Pedro Luna Pacheco —otro relevo del grupo— fue nombrado jefe de la Región Cuatro de la Secretaría capitalina. [...] De formación militar, el hijo de Pedro Luna Castro fue también jefe del Sector San Ángel y Narvarte de la Policía Preventiva.”

En el gobierno de Andrés Manuel, Luna Castro jugó un papel primordial como titular de la Dirección General de Control de Tránsito e Ingeniería Vial de la SSSP. Y hay quienes sostienen que fue intocable porque se encargó del operativo para que, la noche del sábado 12 de mayo de 2001, José Ramón López Beltrán burlara a las autoridades y evadiera la tramitología legal después de estrellar, contra una patrulla, una camioneta del GDF que manejaba sin permiso.

Lucio Faustino Gómez Lira: ex director del agrupamiento Fuerza de Tarea. Fue acusado de lesiones y abuso de autoridad el 9 de noviembre de 2000, en la Contraloría General del Gobierno del D.F. En la denuncia, con número de folio 22576, se le responsabiliza de agredir con una barra metálica a los policías Eliseo Aguilar Ruiz y Gregorio Hernández Zárate, por negarse a ser extorsionados.

Como integrante del famoso y temido grupo Zorro, en 1989, con Manuel Camacho Solís al frente del entonces Departamento del Distrito Federal, Gómez Lira participó en la masacre de 23 personas en el penal de Tepic, Nayarit, cuando la policía capitalina fue llamada para reprimir un motín de reos en aquella entidad. Nunca quedó clara la actuación de los Zorros en esos hechos. Muchos testigos acusaron a la policía capitalina de haber ejecutado a los amotinados pese a que ya se habían rendido.

Irónicamente, en su calidad de diputado federal, Leonel Godoy exigió en 1989 que se abriera una investigación a fondo sobre la actuación de los Zorros en Tepic. Quién iba a decir que 11 años después el mismo Godoy, pero ya como titular de la Secretaría de Seguridad Pública, impulsaría a un ex Zorro concediéndole un destacado nombramiento durante su gestión.

El 21 de agosto de 2003, la SSP-DF confirmó en un comunicado que dio de baja al director del Agrupamiento Fuerza de Tarea, Gómez Lira. En su lugar nombró a otro personaje de *La Hermandad*: el segundo superintendente Rodimiro Ruiz Rodríguez, quien desempeñó un rol protagónico durante el sexenio de *El Negro Durazo*.

A pesar del comunicado, la dependencia no pudo frenar la ola de especulaciones ni las filtraciones a los medios de comunicación, en las que se atribuía la salida de Faustino a nexos entre el cuerpo de elite de la SSP que dirigía y el narcotráfico. Según los señalamientos, la expulsión del jefe po-

liciacos tenía que ver con los casi 30 kilogramos de cocaína que media docena de agentes de Fuerza de Tarea tenían en su poder, el 8 de julio de aquel año, en un microbús del servicio público detenido en las inmediaciones de Xochimilco.

Javier Espinosa Hernández: ex primer inspector en Iztapalapa y prófugo de la justicia buscado por la PGR. En los medos policiacos es conocida su intervención, con el otrora poderoso Justo Ceja Martínez —en su momento secretario particular del presidente Carlos Salinas—, para lograr, mediante el pago de una jugosa cantidad de dinero, en el sexenio salinista, el nombramiento de René Monterrubio López como jefe de la policía uniformada en el D.F.

Javier Orozco Paz, *El Pecha Cabecha*: fue primer superintendente, jefe regional en las delegaciones Cuauhtémoc y Miguel Hidalgo. Es uno de los fundadores de *La Hermandad* y amigo del legendario Arturo Durazo Moreno. Ha recibido acusaciones por hostigamiento sexual, abuso de autoridad, extorsión, amenazas, secuestro y tortura, asentadas todas en la CNDH en 1991, cuando Jorge Carpizo McGregor era el titular. Tiene una “pequeña” mansión en la colonia Constitución de 1917.

Orozco Paz cobró notoriedad cuando algunos detenidos contaron que él, personalmente, les colocó monedas de mil pesos en los ojos, luego los vendó, les quitó los zapatos, los calcetines y, con una “tunfa” o tolete, les pegó en las plantas de los pies para que confesaran los delitos de los que se les acusaba en la Policía Preventiva.

En aquella época segundo superintendente, Orozco Paz desistió de ese tipo de tortura —que ejecutaba en los baños del personal, en la planta alta del cuartel, arriba de la armería y frente al jardín del viejo edificio delegacional— cuando un policía lo encaró y le dijo que, si lo volvía a hacer, mandaría videos a la CNDH.

El historial negro de *El Pecha Cabecha* es largo, larguísimo. Su expediente, que se encuentra en los archivos de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, guarda varios secretos oscuros. Por ejemplo, a él y al gerente general de la Caja, Fernando Flores Macías, les ordenaron castigar y callar al policía que denunció el fraude por 6 mil millones de pesos a través de la construcción de unidades habitacionales, y la corrupción en el sector I5 —Delegación Miguel Hidalgo— de la Policía Preventiva.

“Me tenían en el cuartel haciendo guardia semidesnudo. Se enfurecieron porque denuncié la entrega irregular de viviendas en Bahías del Copal. Eran 240 departamentos sin ventanas, sin piso, sin puertas, sin muebles para baño

[...], me pedían que me calmara y Flores Macías me ofreció, por cerrar la boca, 40 millones de pesos y una casa en el lugar 'que tú quieras'.

"Me decía: toçayito, me tiene con un pie en la cárcel. No seas mala gente. ¿Qué estudios tienes? ¡Cómo que sólo primaria! No puede ser posible que una persona analfabeta me tenga con un pie en la cárcel. [...] Ni cuando estuve en la Procuraduría de Tlaxcala y me echaba yo a gallones me tuvieron así. No puedo entregar la Caja hasta que se demuestre el destino de esos 6 mil millones. [Pero] nadie te hará caso. Mejor acepta lo que te ofrecemos. Es eso o correrte.

"Tapia Aceves quiere hablar contigo.' [...] Y ese día, afuera de la Caja, había una patrulla que me llevó directamente al edificio de Liverpool —a un costado de la glorieta Insurgentes—, la sede de la Secretaría. Allí también me hicieron entrevistar con Samuel Presa Ortiz, director de Servicios de Apoyo, quien me dijo que se había dado la orden de callarme.

"Un día me citaron a las siete de la mañana en el cuartel, cuando la hora de entrada era a las seis. Acaté la orden y llegué a las siete. El cuartel estaba vacío [...] sólo estaba un compañero que había recibido una orden. Amedrentarme con una ametralladora. Me dijo: 'Tengo la orden de matarte'. [...] Luego desaparecieron el arma. Nunca se encontró."

La presión, las amenazas, las órdenes de hacer guardia semidesnudo, la prohibición de entrar al cuartel, una muy irregular acta de abandono de empleo y un Gobierno del Distrito Federal controlado totalmente por un PRI corrupto hasta la médula, hicieron el resto. *El Pecha Cabecha* mantuvo su poder. La Caja nunca fue auditada y nadie supo al final qué había pasado con aquellos 6 mil millones de pesos.

Marcelo Ebrard, secretario de Gobierno del Departamento del Distrito Federal en aquella época, conoció ampliamente las denuncias sobre la corrupción en *La Hermandad*. Indolente, continuaría con una carrera política que lo llevaría a la Jefatura de Gobierno del D.F.

Mario Montaña Alcocer: ex director de la Policía Montada. Él mismo detallaría que le achacaban nueve averiguaciones previas, además de dos homicidios, por colusión con bandas de asaltantes, de robo a vehículos, de secuestradores y de narcotraficantes. Acusado, también, de lesiones, robo de armas y abuso de autoridad en la Fiscalía Especial de Servidores Públicos de la Procuraduría de Justicia del D.F., debido a que en 2000 golpeó a dos uniformados a fin de liberar a un vendedor de droga que policías del Centro Histórico habían atrapado infraganti. Este jefe policiaco dejó en libertad al detenido.

El 25 de febrero de 2005, cuando cumplía 36 años en la corporación, Montaño fue destituido y despedido. Pero su singular caso fue tan mal manejado que unas semanas más tarde se convirtió en un búmeran y dio pie para que involucrara a López Obrador y presentara una denuncia penal ante la Procuraduría General de la República, por difamación y calumnias, contra el titular de la SSP-DF, Joel Ortega Cuevas.

La demanda propició que Montaño se acercara a los medios y atribuyera su despido a su oposición a un descuento generalizado de 30 por ciento al salario de los policías —incluidos los auxiliares y los de la Bancaria e Industrial—, para apoyar la precampaña presidencial —o el “No al desafuero”— de Andrés Manuel López Obrador.

Ricardo Alemán lo recordó en su *Itinerario Político* que se publicaba en algunos diarios: “Pero Mario Montaño Alcocer no es un policía cualquiera, es uno de los jefes de la llamada *Hermandad*, grupo mafioso que mantiene el control de la policía capitalina. Se atrevió a denunciar el abuso, de manera pública, porque sabe del poder que tiene la *Hermandad*. Y es que lo que no dijo el policía despedido, pero que sí han dicho otros uniformados inconformes, es que ‘se le está jalando la cola al tigre’. ¿Qué quiere decir eso? Pues nada, que los policías nunca pierden, que 10 por ciento que se les quita para alimentar la glotonería de la campaña presidencial de AMLO será trasladado a los ciudadanos. Sí, los policías buscarán la forma de recuperar ese dinero. Y todos sabemos cuál es esa forma.”

Para el 8 de marzo, Montaño presentó una denuncia ante la Comisión Nacional de Derechos Humanos. En su escrito, recordó que [el 22 de febrero] los directores de diversos agrupamientos de la Policía Preventiva fueron convocados a una reunión en las instalaciones de la SSP. El objetivo era pedirles 30 por ciento de su salario para apoyar la campaña del jefe de Gobierno capitalino. Y fue el primer superintendente Darío *El Morongón* Chacón Montejo, director general de Agrupamientos, quien les indicó que cada uno de ellos debía realizar la “donación”.

Politizado el caso, Montaño Alcocer exhibió listas de mandos policiacos a los que la Secretaría de Seguridad Pública habría exigido cuotas de 4 mil a 15 mil pesos, según el nivel salarial, para la campaña contra el desafuero de Andrés Manuel. La respuesta no llegó. Sólo se dio a conocer que la Contraloría General del Gobierno del D.F. iniciaría una auditoría en la Unidad de Policía Montada, para constatar que los recursos asignados y erogados para sus funciones se encontraran apegados a la ley.

Si bien los documentos que exhibió Montaño no tenían logotipo ni se-

llo de la SSP ni de la dirección que solicitaba la aportación, sí detallaban los puestos y las cantidades que, supuestamente, cada área debería entregar a lo largo de tres quincenas. En el listado aparecían las “colaboraciones” que correspondían a unos 250 elementos de las policía del Transporte, Femenil, Granaderos, ERUM, corredores turísticos y sectores.

La lista que exhibe del Consejo para la Ley y los Derechos Humanos incluye también la ficha de Alfredo Angulo Montiel —conocido como *El Flaco* o *El Loco*—, ex director de motopatrulleros y primer inspector, quien cuenta con múltiples denuncias en la Contraloría Interna de la SPP-DF por cohecho, soborno, extorsión y por utilizar recursos para beneficio personal. Con este currículum no es de extrañar que tenga mala fama entre los uniformados.

A finales de enero de 2002, la periodista Pilar Mansilla Echegoyen publicó declaraciones que mostraban una de las caras ocultas de Angulo Montiel, a propósito de una serie de exámenes para evaluar a motopatrulleros y determinar si la SSP mantenía el agrupamiento o lo desintegraba. “Las 20 mujeres motopatrulleras son víctimas de la misoginia del director del Agrupamiento de Motopatrulleros, Alfredo Angulo Montiel, quien en la prueba de conducir que les realizaron pidió a sus ayudantes que las hicieran pasar inmediatamente ‘para reprobarlas de una vez y no perder el tiempo’.

”Angulo dijo que una mujer no puede desempeñar las labores de un motopatrullero, ya que no tienen fuerza para mantener la motocicleta de pie, ‘siempre se caen’. [...] En tanto, la motopatrullera Laura Carrillo dijo que ‘por ser mujeres siempre nos mandan con un compañero en la parte de atrás de la motocicleta, sólo hay una compañera a la que la dejan manejar una unidad sola’. [...] Y la psicóloga del agrupamiento de Motopatrulleros, Yolanda Ramírez, informó que las mujeres adscritas a la corporación ‘se sienten frustradas’ por el trato que les dan sus compañeros, ya que no les permiten realizar su trabajo de manera independiente, como es el andar solas en una unidad.”

Pocos recordaron que, el miércoles 26 de enero de 2000, el entonces secretario de Seguridad Pública local, Alejandro Gertz Manero, suspendió, por ineficacia y baja productividad, a cuatro jefes de sector: de la Roma, Alfredo Angulo Montiel, Vallejo y Alfredo Briones Lozano; de Chapultepec, Celso Hernández Leite; y de Tlatelolco, Jorge Alegría Gómez.

Durante una visita sorpresa, el secretario encontró, por ejemplo, que ni los ni jefes ni los subjefes ni los responsables del sector se encontraban labo-

rando. También se percató de intentos de extorsión que policías preventivos realizaban, y encontró patrullas nuevas no estaba siendo utilizadas para los recorridos de vigilancia en las colonias.

En lo que fue considerada una medida espectacular, ese mismo mes Gertz Manero removió de sus cargos a 108 jefes policiacos acusados de diversas irregularidades. Entre ellos se encontraban Alfredo Angulo Montiel, Francisca Galicia Cáceres, Salvador Mier Pérez, Rosaura Díaz Moreno y Juliana García Domínguez, jefa y subjefa, respectivamente, del agrupamiento femenino; así como los jefes de Granaderos Oriente, Isaías Cisneros Arellano; y Poniente, Juan Evangelista Pérez Pastrana.

A pesar de la enfática medida, la SSP nunca procedió contra ellos, ya que no hubo denuncias formales en su contra. Continuaron incluso laborando en la dependencia, por lo que casi dos años después de ser exhibidos públicamente ya se les había nombrado como jefes de siete de las coordinaciones territoriales.

Víctor Manuel Juárez Sierra: segundo superintendente en Azcapotzalco. Fue secretario particular de Santiago Tapia Aceves, ex jefe de la policía capitalina que terminó su gestión en la cárcel aunque luego salió libre. También fue secretario particular de otro jefe policiaco sobre el que cayeron sospechas de fomentar la corrupción en la corporación René Monterrubio. En ambas administraciones, Juárez Sierra fue señalado como el responsable de recoger dinero de las extorsiones y llevarlo a su jefe en turno. Si hubo alguna investigación interna seria, nunca se conoció.

Rodimiro Ruiz Rodríguez, pareja sentimental de Esperanza Epigmenia, y ex director de Protección Ciudadana de Fuerzas Especiales, es policía en activo desde 1970. Tuvo diferentes comisiones y cargos durante la temible administración de Arturo Durazo Moreno. Hasta hace unos meses contaba con la clave *Apolo*. En la PGR existe la averiguación previa en su contra —246/MPINCD/95— y mediante el oficio MET/064/95, con fecha del 26 de enero de 1996, fue citado a declarar con relación a denuncias de supuesta venta de drogas prohibidas entre elementos bajo su mando.

El 5 de febrero de 1998, el entonces vicepresidente de la Comisión de Seguridad Pública de la todavía Asamblea de Representantes del Distrito Federal (ARDF), Víctor Manuel Soto Camacho, demandó públicamente el cese de este jefe policiaco por estar supuestamente relacionado con la venta de drogas, robos, lesiones y abuso de autoridad.

Aquel día, el perredista Soto Camacho denunció que al menos dos man-

dos superiores de la SSP, que formarían parte de *La Hermandad*, estaban inmiscuidos en actos ilícitos como la venta de estupefacientes, robo, lesiones y abuso de autoridad. Y apuntó que a pesar de que las procuradurías General de la República y de Justicia del Distrito Federal iniciaron las investigaciones correspondientes, nunca se conoció los resultados.

El representante se refería, con nombre y apellidos, a Rodimiro Ruiz Rodríguez, segundo superintendente y entonces director de la Región II Centro, y a Pablo Jaime Mendoza Álvarez, también segundo superintendente y en aquellas fechas titular de la Región III Oriente del D.F., quienes tuvieron diversas comisiones y cargos “durante la siniestra y temible” administración de Arturo Durazo Moreno. El primero estaría activo desde 1970, y el segundo, a partir de 1975, escribió en su momento Raúl Llanos Samaniego.

Soto Camacho exigió suspender de sus cargos a esos funcionarios y someterlos “a una profunda, vasta e imparcial investigación”, ya fuera para que quedaran definitivamente fuera de toda sospecha o bien para que se les sancionara por la responsabilidad y cargos que pudieran resultarles.

“En el caso de Ruiz, con clave policiaca *Apolo*, precisó: según constancias que deben obrar todavía en los archivos de la PGR, de conformidad con la averiguación previa 246/MPINCD/95, mediante oficio MET/064/95, de fecha 26 de enero de 1996, fue citado a declarar en relación con la supuesta venta de drogas prohibidas por y entre elementos bajo su mando. [...] Acerca de este asunto, se ignoran los resultados de las investigaciones del Ministerio Público Federal adscrito al desaparecido Instituto Nacional para el Combate a las Drogas (INCD), lo cual debe aclararse debidamente en atención a las graves responsabilidades que desempeña.

“Por lo que hace a Mendoza, clave *Dragón*, destacó que, de conformidad con la averiguación previa 6327/93, le resultó orden de aprehensión como presunto responsable en la comisión de los delitos de robo, lesiones y abuso de autoridad en pandilla, habiéndose consignado el expediente ante el juzgado 15 de lo penal, bajo el número de partida 95/93. [...] Se ignora la suerte que corrió el proceso judicial correspondiente, cuando al parecer y quedando por confirmarse la versión, existe el antecedente de que en el año de 1997 estuvo involucrado en hechos de sangre y por lo cual pasó alrededor de un año de encarcelamiento preventivo.”

Eduardo *El Chango* Hernández Mercado: fue segundo superintendente. Inició su trabajo como policía en la época de Arturo Durazo Moreno, quien lo envió al área de Canje de Placas. Se hizo de mala fama por golpear al personal bajo su mando que no aceptaba ser extorsionado. Es motociclista y ha

sido denunciado por corrupción. Durante mucho tiempo estuvo comisionado en lo que era la Dirección General de Autotransporte, donde logró amasar una cuantiosa fortuna. Es un hombre millonario, según destaca la ficha del Consejo para la Ley y los Derechos Humanos.

De acuerdo con testimonios de algunos viejos policías, Hernández llegó a ser de los más admirados porque desde la Dirección General de Autotransporte logró controlar hasta 200 combis del transporte público. Su "fama" aumentó cuando, a pesar de su conducta, lo nombraron jefe de la compañía 15 en la Delegación Miguel Hidalgo, quedando bajo su jurisdicción las zonas de Tacuba, Tacubaya, Legaria y Lomas de Chapultepec.

Su popularidad despegó cuando se convirtió en uno de los hombres de confianza del general José Domingo Ramírez Garrido Abreu, secretario de Seguridad Pública, después de la renuncia del también general Ramón Mota Sánchez. Era, dicen, uno de los pocos que tenía derecho de picaporte en las reuniones de alto mando de Ramírez Garrido en la residencia de El Huizachal.

Las fichas destacan a dos personajes más: el primero, Gildardo García Lora, fue coronel en la Preventiva, capitán en la Auxiliar y primer inspector. Es hijo heredero de Gildardo García Pérez, policía de carrera y coronel jefe de área con Durazo. Señalado como el responsable de recolectar el 'entre' que luego llevaba a René Monterrubio. Es, además, conocido como protector de asesinos porque el 30 de mayo de 1995, cuatro de sus subalternos asesinaron al piloto aviador Eduardo Torres Garcicreso, y evitó que fueran procesados por abuso de autoridad y homicidio.

El segundo, Raúl A. Durán Cabrera, segundo superintendente —jefe regional en las delegaciones Gustavo A. Madero y Azcapotzalco— fue segundo comandante del grupo Zorros cuando Manuel Camacho Solís era regente de la ciudad. Estuvo involucrado en la ejecución de 23 personas en el penal de Tepic, Nayarit. Y fue investigado por la PGR, en 1996, por otorgar protección a narcotraficantes en el Distrito Federal.

También es agresor de periodistas. El 8 de febrero de 1990, encabezando al grupo Zorros, viajó a Veracruz por órdenes del entonces jefe de la policía capitalina, Javier García Paniagua, para escoltar un tráiler cargado de armas. Al ser descubiertos por reporteros del periódico *Notiver*, agredieron a comunicadores y les destruyeron sus cámaras fotográficas. El lío fue de tal magnitud, que policías estatales llegaron a apoyar a los periodistas agredidos. Durán Cabrera y sus subalternos fueron detenidos y trasladados a la Procuraduría estatal de Veracruz.

REGRESO AL FUTURO

La policía y *La Hermandad* se reacomodan constantemente. Empero, hasta el término de los gobiernos de Andrés Manuel y Alejandro Encinas —del 5 de diciembre de 2000 al 4 de diciembre de 2006— los grupos de poder se mantenían en pie, enquistados en una estructura que agrupaba a unos 70 mil uniformados.

El documento interno que se entregó a parte del equipo de transición de Marcelo Ebrard Casaubón, quien tomó posesión el 5 de diciembre de 2006 —y que no debió ser del todo desconocido, pues Marcelo fue titular de la SSP de febrero de 2002 al 6 de diciembre de 2004—, colocaba a *La Hermandad* como el grupo de mayor influencia que, en menos de un año, había experimentado cambios en su liderazgo.

La presencia de *La Hermandad*, escribió el periodista Gerardo Jiménez, es un secreto a voces. Es un grupo informal de poder que lleva más de 30 años de operaciones y ha sido estudiado, aunque nadie se atreva a reconocerlo. “El último jerarca conocido de la cofradía fue Pedro Luna Castro, quien al final de sus funciones desempeñó el cargo de director de Control de Tránsito y se mantuvo en la corporación durante 49 años y cinco meses.”

Luna Castro conservó el poder hasta el 4 de septiembre de 2006, cuando se acogió a un programa de retiro voluntario y pidió su jubilación. Sin embargo, su influencia se sintió hasta el último día, porque los nuevos líderes del grupo eran sus allegados, entre ellos, el más destacado y visible, su yerno Luis Rosales Gamboa, quien había escalado hasta la Subsecretaría de Seguridad Pública. También se encontraban Pedro Mancilla, director de la Región II; Pedro Luna Pacheco, director de la Región IV e hijo de Pedro Luna Castro; el segundo superintendente, Mario Montaña Alcocer, quien intentaba formar una corriente propia, y los remanentes de René Monterrubio.

En ese reacomodo de fuerzas, resalta el documento, se mantenía vigente *La Vieja Guardia*, otro grupo de poder que surgió en 1987, a partir de un pequeño bloque de altos mandos, que se negaban a dar el “entre” que les exigía *La Hermandad*. Estaba encabezado por el primer superintendente Marco Antonio del Prado Rodríguez, quien había escalado hasta una dirección regional, de donde fue removido el primer trimestre de 2007, por supuestos actos de corrupción y un relajamiento en la disciplina.

La página tres del documento establece que su influencia era cada día menor, porque “Del Prado Rodríguez únicamente se dedicó a mantenerse

sin problemas en su encargo de director ejecutivo de la Región IV. [Mientras] el resto de sus integrantes, por el tiempo de años de servicio, ha empezado a jubilarse”.

Otro de los grupos estudiados fue el de *Los Granolocos*, que encabezaba el superintendente Darío Chacón Montejo, funcionario que alcanzó el máximo de su poder cuando Santiago Tapia Aceves fue titular de la SSP. La caída y posterior encarcelamiento de su jefe —al que atribuyeron nexos con Joaquín *El Chapo* Guzmán— lo dejaron en la orfandad.

Los Granolocos destacaron cuando el priista Enrique Jackson Ramírez fue nombrado titular de la entonces Secretaría General de Protección y Vialidad, en 1988. Según algunos reportes, su rostro más visible era el del coronel José Manuel Orona Banderas, primer inspector, cuyo bastón de mando se notaba en David León Méndez, a quien logró colocar en la Dirección de Acciones Preventivas. Además de Orona y León Méndez, en este grupo estaban José Evangelista Pérez Pastrana, Isaías Cisneros Arellano, Faustino Gómez Lira y Raúl Durán Cabrera.

Más tarde, León Méndez fue destituido de la Policía Sectorial, acusado de encubrir a dos policías involucrados en un asesinato.

Un reporte interno de la Policía Preventiva, elaborado en octubre de 2005, ubicó a Chacón Montejo como uno de los representantes de *La Hermandad*. A pesar de que ya se había retirado de la corporación por tener más de 41 años de servicio, Chacón Montejo o *Jefe Anibal*, como era conocido, regresó en 2005 para hacerse cargo de la dirección de Agrupamientos, invitado por Joel Ortega Cuevas, con quien había colaborado en la Secretaría de Transporte.

Para tratar de minar la influencia de esas cofradías, cuando el PRD llegó a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, en diciembre de 1997, se formó el grupo *Los Excelencia* —que se consolidó en 2002, ya bien asentado el lopezobradorismo—, con oficiales adscritos a las 27 unidades de Protección Ciudadana.

El documento de noviembre de 2006 establece que *Los Excelencia* se mantenían muy pasivos, pero también hace hincapié en la necesidad de mantenerlos bajo observación: “A pesar de que [entre] estos jefes integrados en el proyecto [a futuro] de transformación de la Policía Preventiva, no existe un líder visible como tal”, sí hay corruptelas. La agrupación fue concebida por Mario Montaña Alcocer, “aspecto que debe cuidar la nueva administración” de Marcelo Ebrard.

Debido a los antecedentes de Montaña en *La Hermandad*, en la SSP ha-

bía una especie de morbo por una eventual lucha de poder que se daría entre éste y los grupos que, en los 72 sectores, apoyaban a Luis Rosales Gamboa, Pedro Mancilla y Pedro Luna Pacheco. La situación involucraba también a otros grupos que se creían desaparecidos, como *Los Bachilleres*, cuyas actividades podían seguirse hasta 1987 en el mando del primer superintendente Rafael Avilés, en esa época director del Agrupamiento de Granaderos.

Los Bachilleres eran aquellos elementos que, aun formando parte de otros grupos, optaron por cursar el bachillerato en la policía, lo que les dio acceso a grados superiores. Al menos 300 jefes y oficiales tenían vínculos con ese grupo y, de acuerdo con algunos informes, Avilés estableció nexos con Marcelo Ebrard en 1993, cuando éste fungía como secretario general de Gobierno del Departamento del D.F., esto es, la Regencia de Manuel Camacho Solís.

Entre 1993 y 1994, cuando Monterrubio López urdió una serie de intrigas para desplazar de la SSP a Santiago Tapia Aceves (1991-1993), Avilés llegó a la Dirección de la Academia de Policía. Y entre 1994 y 1996, con David Garay Maldonado como titular de la SSP, logró colarse a la Dirección General de Operaciones de la Policía.

Si bien existía la creencia generalizada de que *Los Bachilleres* eran historia, había también recomendaciones para mantener a la vista a personajes que, en su momento fueron cercanos a Rafael Avilés: Mario Daniel Montiel, los hermanos Jorge y Pedro Hernández Leite, y *El Español* o *El Babalú* Marco Antonio Castilleja. Después de una confrontación abierta, de poder a poder, *Los Granolocos* lograron desplazar a *Los Bachilleres* en el periodo de Alejandro Gertz Manero, y así se mantuvo la situación hasta la llegada de Leonel Godoy, en 2000.

Al final se sugería observar a *Los Administradores*, un grupo de poder “pasivo” que se formó en 2004 y esperaba su oportunidad para sobresalir. Sus integrantes eran “considerados como los futuros mandos policiacos [...] han caído en la soberbia y en el inicio de las corruptelas [y] es un aspecto en el que la nueva administración [de Marcelo Ebrard] debe poner especial interés”.

Sin embargo, ni Marcelo ni Andrés Manuel hicieron caso. En lo que atañe a AMLO, el cúmulo de asuntos que dejó sin atender, o atendió mal o que desdeñó como líder político de la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, como el de las mafias insertas en la policía, la corrupción en el PRD-DF —que estaba obligado a conocer— y los recuerdos ominosos de Ahumada, Bejarano, Ponce y el *Nicogate*, serán mínimos en comparación con

lo que se vislumbra será la batalla principal. En el camino a los comicios de julio de 2012 enfrentará otras situaciones que le causan escozor: las máximas expresiones del viejo priismo, el antiguo régimen autoritario que, en dos ocasiones, le impidió, a través de sendos fraudes, llegar a la gubernatura de Tabasco.

Andrés Manuel, el lopezobradorismo encarnado en el Movimiento Regeneración Nacional, el PRD, así como lo que queda de los comunistas y la vieja izquierda, deben lidiar con su turbulento pasado reciente y con las sombras de uno lejano que arrumbó al socialismo. Al mismo tiempo, necesitan encontrar fórmulas efectivas para enfrentar al PRI reposicionado con la imagen del ex gobernador mexiquense, Enrique Peña Nieto, y poner atención al bagaje que éste carga como nuevo cachorro del Grupo Atlacomulco y como representante de esa secta católica conocida como la Obra de Dios u Opus Dei, que busca tener su primer presidente en un país de América Latina.

En el imaginario popular quedó grabado y gravado el rasgo caricaturesco de este joven priista con sus resbalones en la FIL de Guadalajara en 2011, el *tuit* que su hija Paulina usó para responder a las críticas, y una desafortunada entrevista que Peña concedió al periódico español *El País*. En temas más serios al PRD y al PAN les preocupa lo que implicaría el regreso del PRI a la Presidencia de la República, esto es, la corrupción, la opacidad y el autoritarismo que reinaron en el país durante casi siete décadas. Pero, incluso, advierten que hoy sería mucho peor porque los priistas se han vuelto aún más conservadores.

“Quienes se creen dueños de México, quieren perpetuarse en el poder mediante la supuesta alternancia entre el PRI y el PAN. Queremos que el gobierno deje de estar al servicio de una minoría, queremos una patria para todos. [...] [Por eso] hay que luchar por un cambio de régimen”, ha dicho en varias ocasiones López Obrador.

Otros comentarios sobre Peña son más puntillosos: el regreso del PRI cambiaría muchas cosas, excepto los niveles de corrupción. Peña no podría, aunque quisiera, garantizar un mejor gobierno si toma como base lo conseguido durante su sexenio en el Estado de México. Por eso, insisten en la necesidad de analizar, sin pasiones de por medio, los resultados: amiguismo, impunidad o silencios cómplices —como en el caso de Montiel—, demagogia, nepotismo, improvisación, persecución y amedrentamiento de líderes sociales que echan por la borda el manoseado discurso del Estado eficaz.

Y si el viejo Alfredo del Mazo Vélez se quedó a medio camino por su escasa preparación, mientras el profesor Carlos Hank mató sus aspiraciones por el grandísimo invento de que era hijo de un inmigrante alemán —para ocultar la verdad sobre su pasado—, y el joven Alfredo del Mazo González —hijo del primer Alfredo— cayó por confiar en su “hermano”, el presidente Miguel de la Madrid Hurtado, y Montiel dilapidó por dinero su oportunidad, a Enrique las cosas se le presentan como a ningún otro priista mexicano. La profecía de una vidente que hace muchos años ubicó a un hijo de Atlacomulco en Los Pinos está próxima a consumarse.

Rival inevitable... el lado oscuro de Peña Nieto

SIN DESDEÑAR A LOS ELECTORES FIELES, duros, de las clases media, media-alta y alta, amarrados ciegamente al PAN, que aspiran a un tercer mandato con Josefina Vázquez Mota a pesar del desastre en el que se encuentra el país por las incapacidades de Felipe Calderón, en particular, y de los panistas, en general, desde hace tiempo Andrés Manuel tiene la mirada fija en el candidato presidencial priista oriundo de Atlacomulco: Enrique Peña Nieto.

Enrique mantiene firmes sus ambiciones de mudarse a Los Pinos y despachar en Palacio Nacional a partir del 1 de diciembre de 2012. Ello a pesar de que él mismo ha sembrado dudas acerca de su preparación política, académica e intelectual, e incertidumbres respecto a la muerte de su primera esposa, Mónica Pretelini Sáenz. Inclusive, y como se verá más adelante, sobre el Estado de México pesan serias sospechas por la ejecución de cuatro escoltas de la familia Peña Pretelini en el puerto de Veracruz.

Si es o no un error minimizar a Josefina y confiarse en el sentido común del electorado, sólo el tiempo lo dirá. El punto es que la situación es recíproca. Los priistas mantienen un ojo vigilando el desarrollo de las campañas panistas, pero los múltiples traspiés de Calderón —quien pasará a la historia como uno de los tres presidentes más mediocres del México contemporáneo— los han obligado a tener, también, la mira puesta en Andrés Manuel.

Los priistas mexicanos saben que, por cuestiones de honor, el choque con AMLO es inevitable. En el primer grupo de colaboradores de Peña todavía se recuerda la dolorosa derrota que les propinó el efecto López Obrador en los comicios de 2006. Por Andrés Manuel, el joven e inexperto Enrique hizo el ridículo cuando perdió prácticamente todo: las 45 diputaciones federales y las tres senadurías. Ahora, el peñanietismo ha tomado julio de 2012 como una revancha directa. Su venganza será enterrar al lopezobradorismo.

A casi 12 años del estupor causado por la pérdida de la Presidencia y a seis del vano intento del tabasqueño Roberto Madrazo Pintado por recuperarla, los priistas mexiquenses ven signos inquietantes porque, contra todos los pronósticos, Andrés Manuel mantuvo su presencia, consolidó una organización propia a través de Morena, le ganó la candidatura perredista a Marcelo Ebrard Casaubón y, por consiguiente, tendrá el apoyo de la estructura formal del PRD, del PT y de Movimiento Ciudadano.

Los priistas se han hecho a la idea de que, a fin de cuentas, Enrique, y nadie más, contará con el respaldo de los dueños del dinero y de la jerarquía de la Iglesia católica; confían además en que los poderes mediáticos terminarán por someter a Felipe Calderón. Pero el recuerdo de la derrota de julio de 2006 —sumado a las impericias, debilidades e incapacidades que se mostraron en el arranque de la precampaña peñista— sintetiza los temores y las heridas del priismo.

El 27 de noviembre de 2011, Peña fue entronizado formalmente —porque nada más hacía falta la formalidad— como el hijo pródigo del priismo, la cabeza del plan de reconquista, el hacedor del milagro de llevar, por primera vez, al Grupo Atlacomulco hasta la Presidencia de la República, una lucha que tiene sus orígenes en marzo de 1942, cuando el presidente Manuel Ávila Camacho impuso ilegalmente al diplomático y humanista Isidro Fabela Alfaro como gobernador sustituto del Estado de México.

Según su edulcorada biografía oficial, Enrique Peña Nieto es hijo del ingeniero Gilberto Enrique Peña del Mazo y de la señora María del Perpetuo Socorro Nieto Sánchez, y nació el 20 de julio de 1966 en Atlacomulco, municipio del norte mexiquense. El árbol genealógico familiar establece que su padre era pariente cercano de los ex gobernadores Alfredo del Mazo Vélez y Alfredo del Mazo González, padre e hijo respectivamente, ambos, a su vez, familiares del extinto Fabela, y de su excelencia, Arturo Vélez Martínez, primer obispo de la Diócesis de Toluca.

Por el lado materno, doña *Socorrito* o *Soco* —como se conoce coloquialmente en Atlacomulco a la madre de Enrique— es, como dicen los médicos, consanguínea del ex gobernador Salvador Sánchez Colín. Y aunque perdió el apellido porque venir éste de la familia materna, es descendiente directa de Constantino Enrique Nieto Montiel. En resumen, es parte de la numerosa parentela del ex gobernador y fallido candidato presidencial Arturo Montiel Rojas.

Todavía hay quien recuerda a la fallecida Mónica Pretelini Sáenz —de Peña— llamando, cariñosa y formalmente, “tío” a Víctor Gregorio Montiel

Monroy, alcalde sustituto de Atlacomulco en 1969 y, para más señas, padre de Arturo.

Enrique tiene dos hermanas, Ana Cecilia y Verónica, y un hermano llamado, curiosamente, Arturo. Hecha la aclaración, es necesario traer a colación un nombre; uno que no dice nada a nadie. Bueno, a casi nadie. Con su muerte, a principios de la década de 1950, se olvidaron su historia y sus logros. Pero, como se verá más adelante, fue y es fundamental en la formación “espiritual” de la aristocracia atlacomulquense.

Y éste no es un tema menor, de hecho, es imposible hacerlo a un lado. Se trata de monseñor, el excelentísimo Maximino Ruiz y Flores, familiar muy cercano de Eulalia Flores de la Vega, esposa del primer cacique del Grupo Atlacomulco: Maximino Montiel Olmos. Desde principios del siglo XX, Maximino Ruiz se convirtió en guía “moral” de los caciques atlacomulquenses. Y todavía tuvo tiempo de ver sus frutos al ordenar como sacerdote a Vélez Martínez.

Por su parte, pasada la Revolución, Maximino Montiel llevó a la práctica las enseñanzas de otros de sus familiares: reagrupó a la elite local y se lanzó a la conquista de la presidencia municipal. Él repartía todos los puestos. Era una especie de semidiós. En 1918, por ejemplo, impuso como alcalde a Manuel del Mazo Villasante, padre de Alfredo del Mazo Vélez y abuelo de Alfredo del Mazo González.

Como anécdota, vale la pena señalar que el más sobresaliente de los Montiel fue el pintor José Vicente Montiel Rodríguez (1815-1875), cuyas biografías reconocidas destacan que fue hijo de doña María Manuela Rodríguez y de Manuel Montiel, un hombre amante de la pintura, pero que terminó dedicándose a otras labores para poder mantenerse a sí mismo y luego a su familia.

Después de estudiar seis años en la Academia de San Carlos, en la Ciudad de México, José Vicente regresó a su tierra, donde se convirtió en la raíz de todos los pintores sacros que se darían en la zona norte mexiquense. Su obra es aún reconocida, y algunos de sus cuadros se valoran en varias decenas de miles de dólares. Él fue el progenitor del primer Montiel que se dedicó a la política, pero ésa es otra historia.

En lo que es considerado un golpe de suerte o una mera coincidencia, a mediados de la década de 1970 —cuando el primo Alfredo del Mazo González encajaba en la estima de Miguel de la Madrid, secretario de Programación y Presupuesto del presidente José López Portillo— la familia Peña Nieto abandonó Atlacomulco para asentarse en Toluca. En la capital mexiquense

Enrique terminó quinto y sexto años de primaria, hizo dos de secundaria —segundo y tercero, pues cursó el primero en un exclusivo internado de un pueblo de Maine, en Estados Unidos— y la preparatoria, estas últimas en colegios particulares.

De allí, el joven Peña se fue directo a las aulas de la Universidad Panamericana en la Ciudad de México y luego a las del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

El peregrinar de Enrique Peña Nieto por la política partidista tampoco es un secreto: siempre a la sombra y bajo la tutela única de su tío Arturo Montiel Rojas. De la mano de éste obtuvo sus primeros puestos partidistas y públicos: desde la coordinación del manejo de los dineros en la campaña de Emilio Chuayffet Chemor a la gubernatura mexiquense, pasando por una subsecretaría de Estado que lo impulsó a una secretaría, a la candidatura a una diputación local y a la presidencia de la legislatura, ya en el sexenio montielista.

Miguel Alvarado, el periodista toluqueño que más ha escrito sobre el nuevo candidato presidencial priista, ha señalado: “Pocos recuerdan a Enrique cuando aparecía, casi tímido, al lado de Arturo en ceremonias oficiales, desfiles o las fotos que el ex mandatario concedía en entrevistas de banqueta en las calles de Toluca. Su sobrino, un joven impecable hasta en el trajeado, guardaba respetuosa distancia mientras esperaba su turno, aunque no se le notaba interesado en ocupar la gubernatura. [...] Siempre deferente con los [que] estaban arriba de él, era, sin embargo, el funcionario más asequible del montielismo, al menos para los reporteros locales que podían hasta bromear con el entonces secretario de Administración, a quien se le recuerda coqueto y amistoso. Luego los objetivos se irían imponiendo y el joven político debió cambiar su actitud. Más ensayado, comenzó a imponer lejanías en los tratos aunque siempre respondió a saludos y ademanes con la respetuosa caravana. [...] Bien parecido, muy por encima de la media de la imagen de los políticos del Edomex, a Enrique no se le dificultó sacar partido de todo y casi de inmediato, en 2005, se le mencionó como un presidenciable en potencia, [lo] que fue confirmado con el tiempo. A Peña se le puede criticar todo, menos que haya descuidado su proyecto personal, al cual se enfocó con ahínco. Ni gracias ni desgracias lo desviaron de su objetivo y hoy está a las puertas de éste. Se permite guiños, algunos innecesarios como el libro donde publica un proyecto de nación que ha venido repitiendo con santidad fervorosa desde hace seis años. [...] Su andar político se fue entreverando con la parte más privada de su vida y cuando sabía que sería sucesor de Montiel había cambiado su carác-

ter. Irascible, se enojaba con poco con sus allegados y no le gustaba tomar decisiones a la ligera, menos cuando se trataba de exponer su imagen. [...] Delegó, por otro lado, las elecciones más importantes en cabezas que no estaban capacitadas para trabajar de la mejor forma y se metió en los más inverosímiles problemas, públicos e íntimos y pronto su foto pudo llegar a las revistas del corazón, de telenovelas y farándula, desplazando el factor político como eje central. Aquello era parte del tinglado, de una empresa que tenía sus orígenes décadas antes, incluso antes de que Carlos Hank formalizara los fantasmales sustentos del Grupo Atlacomulco. [...] Peña hizo un poco más. Escribió un libro cuyo lanzamiento coincidió con la candidatura única y *México, la gran esperanza*, reproduce el discurso del Estado Eficaz desarrollado a lo largo de los seis años de gobierno. Y [las] lenguas, malas o buenas, aseguran que el escritor detrás de aquel legajo no es otro que el ex gobernador de Veracruz, Fidel Herrera, ferviente partidario del peñismo”.

Para quedar bien, desde que llegó a la gubernatura, en septiembre de 2005, todo mundo, y eso es literal, borró de su memoria y para siempre los sobrenombres de este joven priista, algunos enraizados entre 1999 y 2004. A partir de enero de 2005, *El Charal* y *El Patotas*, apodo con el que lo hacían llorar, dieron paso al cariñoso diminutivo de *Quique*.

En la misma campaña por la gubernatura en 2005, nació el *Astroboy*. Y vendrían otros: el *Justin Bieber* o el *Luis Miguel* de la política mexicana —como lo vislumbraba Mónica Pretelini—, hasta *Truman Copetes*, *Fox reloaded*, *Cantinflas 2*, *Gelboy*, *El Muñeco PN*, *Pena Nieto*, *Gaviotón*, *Payasito de la Tele* y un centenar más nacidos a propósito del papelón que hizo en la presentación de su libro durante la FIL de Guadalajara, en diciembre de 2011.

Más tarde haría su aparición el “verbo” reflexivo “apeñandear”, que tiene un significado claro: apenejarse al hacer una declaración. Y con éste vendrían las respectivas conjugaciones en presente indicativo: yo me apeñandajo, tú te apeñandejas, él se apeñandeja, nosotros nos apeñandejamos, vosotros os apeñandejáis, ellos se apeñandean, que se encargaron de reproducir, por ejemplo, hacedores de opinión como Manuel Ajenjo.

EL SEXTO HIJO DE ATLACOMULCO

Con una agenda cuidadosamente elaborada para aprovechar los adelantos tecnológicos, es decir, a través de millonarios presupuestos destinados a los medios de comunicación, en particular Televisa y las revistas del corazón,

Montiel heredó a su sobrino un imperio originalmente construido para él. La agenda montielista labró una imagen pública que convirtió a Peña en un *showman*, una celebridad que hizo de su vida privada un asunto de trascendencia política, como ocurrió con la muerte de su esposa Mónica.

Con Arturo como operador político, y mientras salinistas y del macistas —por Carlos Salinas de Gortari y Alfredo del Mazo González, el otro tío cercanísimo de Atlacomulco— recibían la encomienda de preparar la agenda para allegar fondos para una campaña presidencial que inició de inmediato, en 2005, Enrique fue impuesto ese mismo año como candidato del PRI a la gubernatura mexiquense. Así, en 2011 no tuvo problemas para arrollar a su único rival en la lucha por la precandidatura presidencial priista: por voluntad propia, doblegado por una convocatoria amañada, el senador sonorense Manlio Fabio Beltrones Rivera se hizo a un lado.

Si bien su principal enemigo es él mismo, hay cuatro acontecimientos recientes y uno muy lejano, todos de trascendencia, que marcaron el desarrollo político de Enrique y lo encauzaron en la búsqueda de la Presidencia de la República. El primero fue el fracaso de Arturo Montiel en 2006. En aquel año, y desde 2005, pocos priistas mexiquenses creían que Montiel tendría éxito en su lucha por convertirse en el sucesor de Vicente Fox.

Los priistas mexiquenses jamás vieron a Montiel Rojas como candidato. Mucho menos lo imaginaban como presidente de la República. En realidad les asustaba la idea: había desconfianza e inquietud. Y es que, en su alocada carrera hacia la candidatura presidencial, Montiel gastó demasiado en los medios, sobre todo en televisión, pero descuidó a su más sólido rival interno: Roberto Madrazo, quien desde la presidencia nacional priista moldeó la convocatoria para erigirse como candidato en 2006.

Segundo, los mexiquenses conocían las fisuras de Montiel debido a su paso por la gubernatura. No sólo había acusaciones de corrupción personal y familiar que explotarían en Televisa, empresa a la que entregó gran parte del presupuesto con tal de hacerse de imagen y capital político y, al mismo tiempo, labrar los de su sobrino. No, las sospechas también recaían sobre su trabajo: había encabezado un gobierno marcado por la improvisación e inestabilidad de funcionarios, por el amiguismo, el compadrazgo, el dispendio, el nepotismo y la protección grupal, que luego heredaría el joven Peña.

Tenía, en fin, una cola larga, muy larga: de Atlacomulco a Toluca, ida y vuelta.

La tercera condición, fundamental, aunque misteriosa, fue la inclusión de Enrique en la lista de líderes mundiales juveniles, que en febrero de 2007

hizo pública el Foro Económico de Davos. Esto colocó a Peña en otra dimensión: alimentó la esperanza y le dio el impulso definitivo. Fue como un banderazo de arranque. En esa misma relación, pero años antes, se había escrito el nombre del panista Felipe Calderón Hinojosa.

Davos es la tribuna habitual de los dueños del dinero y del poder. La directriz de las agendas del neoliberalismo se dicta en aquel lugar. Y desde ese lugar algunos políticos intentan derribar, cuando las hay, las barreras del empresariado. Por eso los priistas mexiquenses tomaron la lista como una señal de que Enrique iba por el camino correcto. Tenía 40 años de edad.

El opulento escenario suizo, convertido los primeros meses de cada año en la capital de la globalización, ratificó a Peña en enero de 2008 como líder mundial juvenil. El de Atlacomulco se presentó ante 27 jefes de Estado, al menos 113 ministros, mil 300 directivos de grandes empresas y 340 representantes de la sociedad civil. Mejor, imposible. El significado verdadero se notaría en los siguientes años. Lo atestiguaría el país entero.

En enero de 2008, gracias al presupuesto estatal, Enrique se encargó de que todos los políticos priistas mexiquenses atestiguaran su entronización. Mediante un desembolso de 60 mil dólares, viajó a Davos con una selecta comitiva: los secretarios de Finanzas, Luis Videgaray Caso; Comunicaciones, Gerardo Ruiz Esparza; Desarrollo Urbano y Vivienda, Marcela Velasco; Turismo, Laura Barrera, y Desarrollo Económico, Enrique Jacob Rocha. Ellos representaban a cada uno de los más importantes subgrupos políticos del PRI del Estado de México.

Era evidente que Peña estaba montado en una gran campaña mediática para mostrarse como un político moderno con una imagen radicalmente opuesta a la de su antecesor en el gobierno mexiquense, su tío Arturo Montiel. Atrás de él se notaba la firme presencia de otros personajes como los ex presidentes Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo —a través de su ex secretario particular Liéban Sáenz—, así como la lideresa magisterial Elba Esther Gordillo Morales. Y se reconciliaba, por ejemplo, con la familia Hank Rhon.

Socarrón, Alvarado señala: “[Peña] tiene debilidades pero muestra fortalezas que en otros apenas están en proceso de desarrollo. [...] Una de ellas, la más importante, tal vez, tiene que ver con un alto sentido de la lealtad. Se ha preocupado por ayudar a la gente en desgracia o a la que se le ha quitado la credibilidad o a quienes no la tienen por alguna sinrazón o equívoco. Esto incluye grupos y organizaciones sociales y políticas. Un ejemplo de primera mano lo representan Montiel, Salinas y la maestra Gordillo. Sería cándido creer que fue Peña quien los reunió y propuso su rescate moral, además

de encumbrarlos en cargos de poder si es que gana la Presidencia, pero también pudo escoger a cualquier otro para participar en sus campañas.

"De Arturo Montiel, tío del aspirante, se pensaba que su carrera política estaba terminada luego de ser balconeadado por Televisa y Roberto Madrazo. Y así era. Seis años en el ostracismo y el vilipendio bastarían para terminar de retirar a cualquiera. Dos matrimonios y toda clase de señalamientos sobre enriquecimiento ilícito lo marcaron. Pero el buen corazón de Peña lo ha rescatado y ahora Arturo se pasea por todos lados, disfrutando de esa veda que milagrosamente le construyó el sobrino."

Derrotado por Madrazo y una vez cedido su imperio, Montiel se parapetó detrás de la figura de Enrique y empezó una cruzada, presupuesto estatal de por medio, para quitarle a éste el miedo escénico, pulirle la imagen y hacerlo aparecer como una nueva generación de priistas, un político capaz de gobernar a más de 100 millones de mexicanos. Lástima que, de inmediato, su pupilo mostraría el cobre porque desconoce el monto del salario mínimo, ignora cuánto cuesta un kilogramo de tortilla y es incapaz de decir el precio de un refresco.

En una sociedad que resintió el embate mediático contra López Obrador, la debacle económica del calderonismo y el fracaso en la guerra contra el crimen organizado —con sus más de 60 mil muertos en cinco años—, la imagen de Peña Nieto se hizo familiar y empezó a ubicarse en el imaginario colectivo. Pero muy pocos conocen la realidad económica, política, laboral, de seguridad pública, social y de inseguridad que priva en el Estado de México.

El cuarto y último hecho reciente es la muerte de su primera esposa, Mónica Pretelini Sáenz de Peña, ocurrida en extrañas circunstancias, que le brindó a Peña la oportunidad de presentarse, en la desgracia, como un viudo doliente, amante de su mujer y ejemplar padre de familia. El fallecimiento de Mónica le dio, durante semanas, una presencia mediática que nadie pudo imaginar. Ni siquiera se le dio importancia a su obsesiva tendencia a la infidelidad que, entre otras cosas, le dio hijos fuera del matrimonio. Su moral, más allá de su gusto por "enamorar" a cuanta mujer tenga enfrente, quedó a salvo.

Finalmente, el más viejo acontecimiento es un atesorado recuerdo de familia. Se trata del referido presagio que, en 1940, tuvo la vidente de Atlacomulco, Francisca Castro Montiel.

La profecía reza: "Seis gobernadores saldrán de este pueblo. Y de este grupo compacto uno llegará a la Presidencia de la República".

En efecto, hasta 2011, cuando Eruviel Ávila Villegas, oriundo del llamado Valle de México, dejó en el camino a Alfredo del Mazo Maza y ganó la gubernatura, seis gobernadores mexiquenses dio el municipio de Atlacomulco: Isidro Fabela Alfaro, Alfredo del Mazo Vélez, Salvador Sánchez Colín, Alfredo del Mazo González, Arturo Montiel Rojas y Enrique Peña Nieto, convertido desde 2005 en un personaje de telenovela.

Doña Francisca, nadie más, les dio identidad y cohesión a los políticos de este oscuro pueblo condenado a vivir, hasta entonces, a la sombra de su vecino minero El Oro. Los llenó de esperanza. El resto fue cuestión de suerte, de ver cómo se iba cumpliendo la predicción, de reforzar sus lazos familiares, de esperar, de reclutar a políticos de otras zonas del estado y del país, y de aprovechar el aprendizaje en las alcaldías de dos pequeños municipios que controlaban desde finales del siglo XIX y principios del XX: Atlacomulco y Acambay.

Desde que en marzo de 1942 el internacionalista Fabela, padre de la diplomacia mexicana moderna, se encaramó en la gubernatura mexiquense violando la Constitución federal, la Constitución estatal y otras leyes secundarias interpuestas en su camino, después del atentado que costó la vida al gobernador Alfredo Zárate Albarrán —pero cuya autoría intelectual nos lleva hasta las oficinas del presidente Manuel Ávila Camacho y al despacho de su ambicioso hermano, el general Maximino Ávila Camacho—, los atacomulquenses alimentan una obsesión: llegar a la Presidencia de la República.

LAS DEUDAS DE PEÑA NIETO

Los seguidores de AMLO agrupados en Morena —así como en el PRD, el Partido del Trabajo y Movimiento Ciudadano— confían en que, poco a poco, saldrá a la luz que Enrique es un guiñol de su tío y, por lo tanto, es Arturo Montiel el verdadero poder tras el trono. Asimismo, confían en que, en el imaginario colectivo, emergerán detalles profundos de casos vergonzosos y regresivos, que marcaron al peñanietismo de septiembre 2005 a septiembre de 2011, cuando Enrique inició y concluyó su periodo como gobernador.

Y tienen razones fundamentadas. Si se rasca, apenas incluso en la superficie del territorio mexiquense, algunos casos presagian dificultades severas inevitables.

El mediocre trabajo en el combate a la pobreza. Según estadísticas federales hasta julio de 2011, dos de cada tres mexiquenses viven en la pobreza. Detrás de este número hay una realidad inocultable: 6 millones 300 mil personas padecen la llamada *pobreza patrimonial*; y 1.9 millones no tienen para comer, lo que los sitúa en la pobreza alimentaria, por lo que aquel año unos 5 millones de mexiquenses debieron recibir apoyos del programa calderonista Oportunidades. Por si algo hiciera falta, la entidad tiene 3 millones de desempleados y marginados. La situación es tan dramática que residen en Estados Unidos al menos 500 mil mexiquenses.

Para empeorar el panorama, el miércoles 30 de noviembre de 2011 un diputado local panista, Carlos Madrazo Limón, hizo público un dato celosamente guardado durante la administración de Peña: la deuda pública del Estado de México se ubicó en 75 mil millones de pesos, es decir, 52 mil millones más de lo que se debía al 16 de septiembre de 2005, cuando ocurrió el cambio de gobierno.

Presidente de la Comisión de Vigilancia del Órgano Superior de Fiscalización de la legislatura mexiquense, Madrazo Limón precisó que del total del adeudo, 52 mil millones 147 mil 329 pesos correspondían al gobierno estatal. La deuda de los ayuntamientos sumaba 14 mil 454 millones; la de los organismos de agua, 8 mil 553, en tanto que los sistemas del DIF municipales tenían un adeudo de 227 millones de pesos.

Los saldos que dejó Peña actualizados hasta el 31 de diciembre del 2010 —nueve meses antes de que terminara su gobierno—, representan más de lo heredado por Humberto Moreira Valdés, ex gobernador de Coahuila, precisó el diputado. El tema de la deuda propició la caída de este político de la presidencia nacional priista. El del Estado de México fue tema ignorado.

En el aire quedó también un resultado de la cuenta pública de 2009, que encontró la Auditoría Superior de la Federación (ASF): ejercicio indebido por 2 mil 350 millones de pesos que se destinaron para apoyos sindicales, maestros “aviadores” y plazas inexistentes, entre otras “licencias” presupuestales.

Pero hay otros temas que revisten la misma gravedad: el pacto antialianzas de 2010 firmado en secreto por los dirigentes nacionales del PRI —Beatriz Paredes— y del PAN —César Nava—, a solicitud de Peña Nieto, a fin de proteger sus intereses frenando alianzas entre panistas y perredistas del Estado de México.

Aunque a veces los temas no salen a la luz pública, el peñanietismo dejó otros oscuros pendientes: la venganza e imposición del régimen de terror a través de corporaciones policiacas estatales, la criminalización de movimien-

tos sociales e invención de delitos a sus líderes —destacan los ejemplos de Ignacio del Valle Medina, Juan Carlos Estrada Romero, Julio César Espinoza Ramos, y el del activista y defensor de indígenas mazahuas Santiago Pérez Alvarado— o las cuatro exoneraciones endilgadas al tío Montiel Rojas.

La sólida relación comercial de Televisa y Enrique Peña tampoco pudo ocultar otros hechos, ocurridos en suelo mexiquense, que se convirtieron en fuente de peligrosas controversias. Entre éstos destacan, por ejemplo, los casos no aclarados sobre el involucramiento en el crimen organizado de José Manzur Ocaña —heredero de uno de los apellidos de mayor abolengo político mexiquense en las últimas décadas— y del extinto atacomulquense Cuitláhuac Ortiz Lugo —primo de sangre de Peña—, quienes en el sexenio peñanietista abrieron la puerta para convertir al Estado de México en el refugio de los grandes capos del narcotráfico.

El 22 de junio de 2009 se instruyó un pliego de ejercicio de acción penal, por delincuencia organizada y otros delitos, contra Manzur Ocaña, delegado de la Procuraduría General de la República en el Estado de México, del 1 de agosto de 2007 al 7 de julio de 2008. Hoy es considerado prófugo de la justicia federal mexicana y desde ese día nadie sabe nada de él.

Por si pocos lo notan o lo saben, el caso no es menor. Como referencia puede señalarse que Manzur Ocaña es medio hermano del actual presidente de la legislatura mexiquense, José Manzur Quiroga, quien por tres años se desempeñó como subsecretario general de Gobierno en la administración de Peña Nieto, cargo que también ocupó durante el sexenio de Arturo Montiel Rojas. Los Manzur son originarios de El Oro.

Por su parte, Cuitláhuac Ortiz, cuya carrera policial despegó con Peña Nieto —unidos por lazos de sangre a través de la madre del comandante y el finado padre del gobernador—, fue involucrado en la cadena de jefes de las policías del Estado de México comprometidos con Joaquín *El Chapo* Guzmán y los hermanos Beltrán Leyva, pero que se habían acercado a La Familia.

Aunque el parentesco con el gobernador Peña Nieto le sirvió como manto protector y nunca se le abrió una investigación formal, a Ortiz Lugo sí se le implicó en el robo de 3 millones de dólares que La Familia habría entregado a un grupo de policías mexiquenses. Esa cantidad era independiente de las que la organización destinaba cada mes para el delegado de la PGR, José Manzur Ocaña.

El 15 de noviembre de 2009, desde las corporaciones policiacas mexiquenses se informó que Ortiz Lugo había muerto porque, en estado de ebriedad, estrelló contra un árbol la camioneta Silverado que conducía. Esto

sucedió a las afueras del lujoso fraccionamiento en el que se encontraba su residencia, en una de las zonas exclusivas de Atlacomulco.

Con su muerte se fueron para siempre las acusaciones y los señalamientos públicos de su complicidad con el crimen organizado. Y nadie recordó su parentesco con Enrique, o muy pocos se atrevieron a hacerlo. La mayoría prefirió olvidar que, en el sexenio peñista, el comandante alcanzó todo lo que se podía en las corporaciones policiacas del Estado de México. Quizá un poco más.

Para ilustrar la situación basta con enumerar a los “distinguidos” personajes del crimen organizado que, en los sexenios de Arturo Montiel Rojas y Enrique Peña Nieto, se asentaron en algunas de las más exclusivas zonas del Estado de México, entre ellas Metepec, Interlomas en Huixquilucan, Valle de Bravo, Luvianos, Lerma, Condado de Sayavedra en Atizapán de Zaragoza, Coacalco y Naucalpan:

Los hermanos Beltrán Leyva, *El Chapo* Guzmán, el texano Édgar Valdés Villareal —*La Barbie*—, Carlos González Montemayor —*El Charro*—, Jorge Balderas Garza —*El JJ*— Jorge Gerardo Álvarez Vázquez —*El Indio*—, José Filiberto Parra Ramos —*La Perra*— y el colombiano Pablo Emilio Reyes Hoyos —*El Chaparrito*.

Al amparo del peñanietismo en territorio mexiquense nació un cártel: La Mano con Ojos. Y, en septiembre de 2008, se reportó la primera gran matanza colectiva del país en la zona boscosa del parque nacional de La Marquesa. Un escuadrón de la muerte —poco investigado por cierto—, formado por policías municipales y estatales, bajo el mando de Raúl Villa Ortega —*El R*, por el reclutador—, asesinó a 24 humildes albañiles.

Autoridades estatales y federales se encargaron de ocultar ciertos detalles de la masacre que inició con un par de levantones colectivos en dos domicilios de Huixquilucan, la posterior retención en una lujosa residencia de Interlomas y la ejecución en La Marquesa. El asesino material hizo 90 disparos a los cuerpos de los albañiles, originarios, en su mayoría, de otros estados, como Puebla y Veracruz, y uno del Distrito Federal.

También se omitió, entre otros puntos, que un comandante de la Procuraduría General de Justicia del Estado de México (PGJEM) fue copiloto de la camioneta principal del convoy que transportó a las víctimas, y la mitad de las cuales vivía en relaciones homosexuales. Por eso hay elementos para señalar que, desde la policía, se había puesto en marcha una campaña de limpieza social en el Estado de México.

El sexenio peñista atestiguó el asesinato, en octubre de 2008, de Salva-

dor Vergara Cruz, alcalde de Ixtapan de la Sal y un político muy cercano al gobernador. La de Vergara Cruz fue una de las primeras ejecuciones emblemáticas de un presidente municipal mexicano, perpetrada por encargo de los cárteles del narcotráfico. Destacó asimismo el ajusticiamiento, la noche del 12 de diciembre de 2008, de Eduardo Manzur Ocaña, hermano y medio hermano de José Manzur Ocaña y José Manzur Quiroga, respectivamente.

Siempre sonriente con las cámaras de televisión, y acostumbrado a las entrevistas suaves para revistas del corazón —en las que se mueve, valga el cliché, como pez en el agua—, Peña también dejó pendientes las escandalosas estadísticas de los asesinatos de mujeres —denominados *feminicidios*—, que en algunos municipios superaron, con mucho, los niveles reportados en Ciudad Juárez, la “capital” mexicana del feminicidio.

En abril de 2010, el Instituto Ciudadano de Estudios Sobre Inseguridad (ICESI) dio a conocer que por cada 100 mil habitantes, en Toluca, capital mexiquense, se reportaban 12.2 feminicidios; mientras que Naucalpan, centro industrial del Estado de México, la cifra se ubicaba en 7.3, contra 4.8 de Ciudad Juárez, y 4.6 de Chimalhuacán, otro municipio mexiquense.

Estadísticas de Organismos No Gubernamentales muestran la escalofriante realidad:

En el Estado de México se registraron 922 casos de presuntos feminicidios de enero de 2005 a agosto de 2010. De éstos, las mujeres asesinadas por disparo de arma de fuego sumaron 303 —32.86 por ciento— y en 60.63 por ciento de los casos las mujeres murieron a consecuencia de traumatismos craneoencefálicos, heridas punzocortantes y asfixia por uso excesivo de la fuerza física. En otras palabras, seis de cada diez mujeres asesinadas son victimadas en actos con un alto grado de violencia.

Resultados documentados en estudios conjuntos de algunas ONG demuestran que el lugar donde se encuentran los cuerpos de las víctimas es importante, en la medida en que es una manifestación del ejercicio de la violencia extrema. El abandono, la exposición y el castigo después del asesinato resultan, pues, contundentes.

En el Estado de México, 59.76 por ciento de las víctimas —551 casos— fueron halladas en un lugar público —como centros comerciales y hoteles— o en una vía pública —calles, avenidas, carreteras o caminos vecinales—, en tanto que 36.23 por ciento —334 casos— de los cuerpos fueron descubiertos en una casa habitación. Se presenta, entonces, un escenario que exhibe abiertamente cómo el espacio público se ha transformado en un territorio en el que la violencia y la impunidad acompañan el feminicidio.

LA MUERTE TIENE PERMISO

Con 15 millones 175 mil habitantes, el Estado de México es la entidad más poblada del país. Su presupuesto de 150 mil millones de pesos anuales y el asentamiento de dos de las tres zonas industriales más importantes de la nación la hacen la más acaudalada, incluso por arriba del Distrito Federal. Esas tres condiciones la han convertido en un atractivo político y empresarial.

Pero a partir de 2005, su riqueza, su ubicación geográfica y sus colindancias —con Guerrero, Michoacán, Hidalgo, Tlaxcala, Puebla, Morelos, Querétaro y la Ciudad de México— la hicieron también una de las entidades más inseguras y un refugio para los grandes cabecillas del narcotráfico. Crímenes como la ejecución de los 24 albañiles el viernes 12 de septiembre de 2008, la primera matanza masiva después de la toma de posesión presidencial de Felipe Calderón Hinojosa, exhiben a una entidad en la que coexisten todos los tipos de violencia a través de grupos, pandillas o cárteles que movilizan fuentes inagotables de recursos ilícitos.

Un informe de la Policía Federal, fechado el 17 de febrero de 2011, enlista 38 municipios en los que tienen presencia de una a cinco organizaciones que trafican, distribuyen y venden droga; secuestran y asesinan. Aunque esas demarcaciones representan sólo la tercera parte de los 125 ayuntamientos que conforman el Estado de México, allí viven 11 millones 578 mil personas.

El crimen organizado se asentó también en pequeños pueblos como los sureños Tejupilco, Tlatlaya y Luvianos, colindantes con Guerrero y Michoacán. Tampoco se han librado de presencia criminal el balneario de Ixtapan de la Sal, el vacacional Valle de Bravo, Coacalco y Atizapán de Zaragoza —con su residencial Sayavedra, donde se ha documentado la presencia temporal de Joaquín *El Chapo* Guzmán Loera— en el valle de México. Y Metepec, en el valle de Toluca, que ha sido refugio a familiares, abogados, operadores, pistoleros y contadores de los capos históricos del narcotráfico —como *El Vampiro* Miguel Ángel Félix Gallardo, Ernesto *Don Neto* Fonseca Carrillo y Rafael Caro Quintero— o de otros más recientes, en el sexenio de Peña, como los hermanos Arturo —*El Barbas*— y Héctor —*El H*— Beltrán Leyva.

La violencia generada por los grupos delictivos organizados se remonta a principios de la década de 1990, cuando el gobierno federal puso en operación el primer penal federal de máxima seguridad, que se conocería como Almoloya, La Palma o El Altiplano, a 15 minutos de Toluca, la capital del Estado de México. La primera oleada de criminales llegó a sus celdas el 25

de noviembre de 1991: asesinos, secuestradores, capos narcotraficantes y algunos clasificados como terroristas o “sujetos extremistas”.

Construido sobre una superficie de 260 mil metros cuadrados —de los cuales 27 mil 900 son de instalaciones carcelarias—, en 2008 el penal recibió 37 mil visitas, entre ellas 8 mil 350 de esposas y 13 mil 773 de abogados. En 2009 albergaba a 499 de los narcotraficantes más violentos y peligrosos, 276 de los secuestradores más sanguinarios, 114 de los peores asesinos, 28 de los ladrones más habilidosos, ocho de los más notorios falsificadores y seis de los más perversos depredadores sexuales.

Estadísticas que la PGR y la PGJEM han elaborado sobre asesinatos con características de ejecución o ligados al crimen organizado —cuerpos con señales de tortura, maniatados, mutilados, con los ojos vendados y, en su gran mayoría, con el tiro de gracia— indican que en el Estado de México las muertes violentas por arma de fuego aumentaron de 111 en 2007 a 364 en 2008; 490 en 2009, y 623 en 2010.

Un análisis elaborado en mayo de 2005, con estadísticas de la PGJEM, y publicado después en el libro *Tierra narca, el Estado de México, refugio de los grandes capos del narcotráfico*, de editorial Planeta, sorprendió al gobierno estatal: “Durante los últimos cinco años se han cometido más de un millón 220 mil 142 delitos, o unos 637 por día, un crimen cada dos minutos, promedio.

“En el periodo comprendido de 2003 al primer trimestre de 2008 se denunciaron 431 mil 466 robos; 27 mil 287 homicidios; 13 mil 456 violaciones y 216 secuestros”, entre otros, “y éstos son sólo los que se denunciaron; faltaría por saber la cifra de aquéllos no reportados”.

Las proyecciones más confiables estiman que el Estado de México tuvo en 2005 un subregistro de 2 millones de delitos. La cifra negra de los delitos no denunciados está en 85 por ciento, aproximadamente, según la Sexta Encuesta Nacional Sobre Inseguridad, que en octubre de 2009 hizo pública el Instituto Ciudadano de Estudios Sobre Inseguridad.

Reportes de la Agencia de Seguridad Estatal (ASE) establecen: “Los delitos de alto impacto, como son secuestro, homicidio y violación se incrementaron en casi 21 por ciento en el periodo comprendido del 2005 a 2007. [...] En materia de secuestro, el porcentaje se incrementó en casi 21.5 por ciento entre 2005 y 2007, con 140 casos en total. [...] Y el homicidio aumentó [cerca de] 23 por ciento, ya que en 2005 se reportaron 5 mil 108 casos, contra 2 mil 365 denuncias de 2006 y 6 mil 274 en 2007”.

La Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos (CMDPDH), la Federación Internacional de los Derechos Humanos

(FIHD) y el ICESI ubicaron al Estado de México como la entidad con la tasa más alta de homicidios de mujeres. El primer organismo calculó que se cometían 4.8 asesinatos y los otros dos 7.5 por cada 100 mil mujeres.

Estudios del ICESI y del CMDPDH destacan que el Estado de México también tiene el peor desempeño en averiguaciones sobre homicidios. Mientras en el nivel nacional la eficiencia es de 21 sentencias condenatorias por cada 100 homicidios denunciados, en la entidad mexiquense solamente se castigan ocho de cada 100.

En 2010, la Secretaría de Gobernación publicó en el *Diario Oficial de la Federación* una lista con los 206 municipios de mayor peligrosidad en el país por su nivel de violencia. Incluyó a 22 mexiquenses acreedores a un subsidio especial para el combate a la inseguridad, entre los que destacaron los millonarios Metepec, Huixquilucan y Coacalco, la capital Toluca y Ecatepec.

Ello ratificó una situación que se presentó dos años atrás: el miércoles 16 de enero de 2008, el mismo *Diario Oficial de la Federación* dio a conocer que, por primera vez en la historia de los ayuntamientos, el gobierno federal destinaría una partida directa de 3 mil 589 millones de pesos para distribuir entre los 150 municipios más violentos del país, tomando en cuenta la población penitenciaria, el número de habitantes y el índice de criminalidad. Del Estado de México se incluyeron 18, entre ellos Ecatepec, Ciudad Nezahualcóyotl, Naucalpan, Toluca, Tlalnepantla, Tultitlán, Texcoco, Huixquilucan, Coacalco y Atizapán.

El entonces secretario de la Comisión de Seguridad Pública de la Cámara de Diputados federal, Édgar Olvera Higuera, advirtió que el número de homicidios dolosos o con violencia cometidos en el Estado de México, en 2007, fue de 18 por cada 100 mil habitantes, arriba de la media nacional. La entidad ocupó el segundo lugar en materia de secuestros, con 75 denunciados; el cuarto en muertes violentas, apenas por debajo de Guerrero, Oaxaca y Sinaloa. En suelo mexiquense se reportó uno de cada seis delitos perpetrados en el país.

La referida Sexta Encuesta Nacional Sobre Inseguridad reveló también que el número de víctimas por cada 100 mil habitantes se ubicaba en 10 mil 200. Arriba sólo aparecía el Distrito Federal, pero la media nacional estaba en 7 mil 500. Además, 76 por ciento de los mexiquenses mayores de 18 años consideraban que su estado era inseguro, cifra que se hallaba 11 por ciento arriba de la media nacional. El estado ocupó el tercer lugar en este rubro, pero en robo a mano armada subió al primero, superando en cinco puntos porcentuales a la capital mexicana y en 19 a la media del país.

En los municipios fronterizos con el Distrito Federal, la tasa de delitos por cada 100 mil habitantes se ubicó en 19 mil 700, unos 7 mil 200 arriba del promedio. Y en robo a mano armada ocuparon el segundo lugar, apenas debajo de Acapulco, Guerrero.

El Índice de Víctimas Visibles e Invisibles de Delitos Graves, elaborado por el Centro de Análisis de Políticas Públicas México Evalúa, alerta que apenas 20 por ciento de los delitos —secuestro, homicidio, extorsión, robo con violencia y robo de auto con violencia— son denunciados, por lo que no se puede dimensionar adecuadamente el fenómeno delictivo.

Pero los números son ilustrativos: de las tres últimas administraciones, la de Enrique Peña Nieto (2005-2011) ocupó el primer lugar en robo con violencia, con 18 mil 210 casos cada mes, contra los 16 mil 926 que se reportaron en la de su antecesor, Arturo Montiel Rojas, y los 13 mil 481 del antecesor de éste, César Camacho Quiroz. En cuanto al robo de autos con violencia, el sexenio peñista se ubicó en primer sitio con 5 mil 10 casos mensuales, seguido por el montielista, con 4 mil 215, y el camachista, con 2 mil 399.

Según el blog británico de análisis político *The Economist*, en su último informe de gobierno Peña manipuló la metodología para bajar el número de homicidios dolosos por cada 100 mil habitantes pasando de 16.5 en 2005 a 7.6 en 2010, cuando en realidad aumentó de 10.6 a 21.9.

El Estado de México ocupa el lugar número 25 en extensión: sus 22 mil 499 kilómetros cuadrados representan uno por ciento del territorio nacional. Es la entidad más rica del país y, por ello, algunos de los municipios colindantes con el Distrito Federal registran un crecimiento demográfico que raya en la monstruosidad. También es la entidad con mayores contrastes sociales. En este suelo, donde se ubican municipios de primer mundo como Metepec y Coacalco —según clasificaciones de la ONU en 2008 y 2009—, el abismo de la desigualdad se asoma a cada kilómetro cuadrado.

En medio de un panorama tan poco alentador, en el Estado de México poco a poco se define gran parte del destino del narcotráfico. Allí operan oficialmente seis bandas de secuestradores, aunque en los subregistros contabilizan al menos 100. Y también se encuentran cinco de los 15 municipios más peligrosos del país: Ciudad Nezahualcóyotl, Chimalhuacán, Naucalpan, Cuautitlán y Ecatepec.

Las organizaciones que pelean el territorio son los cárteles de Sinaloa, Los Zetas, La Familia Michoacana —que dio paso a La Mano con Ojos—, Los Pelones, Pacífico Sur, los remanentes del cártel de los hermanos Beltrán Leyva y el grupo del hoy detenido Édgar Valdez Villarreal, *La Barbie*. En

municipios al norte, como Atlacomulco y su vecino El Oro, se han identificado grupos del cártel de Juárez. Y en Valle de Bravo se ha documentado la presencia de células que responden directamente a *El Chapo* Guzmán.

El Departamento del Tesoro de Estados Unidos comprobó en 2010 —y lo hizo público en octubre de ese año— que el cártel de Sinaloa, con *El Chapo* Guzmán a la cabeza, trabajaba sin impedimento alguno desde Toluca. El capo usaba el aeropuerto de la ciudad como vía de transporte de la droga con ruta Colombia-Panamá-Estados Unidos.

Entre muchas otras, situaciones de esa naturaleza propiciaron que desde el 15 de septiembre de 2005 la PGJEM haya tenido cuatro titulares: Alfonso Navarrete Prida, Abel Villicaña Estrada, Alberto Bazbaz Sacal y Alfredo Castillo Cervantes.

La vorágine atrapó a la ASE, que dio paso a la Secretaría de Seguridad Ciudadana. Empezó 2005 con un cuestionado Wilfrido Robledo Madrid, sustituido por Héctor Jiménez Vaca. Éste abrió la puerta para la llegada de Germán Garciamoreno, cuyo lugar fue ocupado en 2009 por David Garay Maldonado, hoy sustituido por Salvador Neme Sastré.

Un informe publicado a principios de septiembre de 2011 —elaborado por el Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro Juárez; las organizaciones Derecho a Decidir, Centro de Derechos Humanos Fray Francisco de Vitoria, Red de Organismos Civiles de Derechos Humanos Todos los Derechos para Todas y Todos, Greenpeace, Servicios Legales e Investigación y Estudios Jurídicos, junto con Promoción y Defensa de los Derechos Económicos, Sociales y Culturales— presenta la realidad de los derechos humanos en tierra mexiquense:

Es posible conocer diversos casos relacionados con el sistema de justicia penal, la violencia hacia las mujeres, los derechos económicos, sociales, culturales y ambientales, así como con la vigencia del derecho a defender los derechos humanos. Y las conclusiones apuntan no sólo a una persistente omisión en la responsabilidad estatal de garantizar los derechos humanos, sino a una deliberada violación de los mismos, casi como si se tratase de una política pública.

El documento titulado *La violación sistemática de derechos humanos como política de Estado*, se enfoca exclusivamente en la entidad gobernada hoy por Eruviel Ávila Villegas. El informe se convierte en un viaje de 103 puntos por los casos de represión más importantes en la administración peñista y recoge las historias de San Salvador Atenco, del luchador social Santiago Pérez Alvarado, de los feminicidios y obras públicas que han afectado pa-

rimonio de particulares, entre otros, recordando además índices de pobreza, el dinero destinado a la procuración de justicia y sus resultados, así como las recomendaciones emitidas por la Comisión Estatal de Derechos Humanos (CODHEM).

El feminicidio ha reflejado un importante crecimiento durante la primera década del siglo XXI. Esta problemática se ha venido registrando a partir de 2000 y los resultados del periodo 2000-2004 se encuentran en el documento *Violencia feminicida en 10 entidades de la República*, publicado en 2006 por la Cámara de Diputados. Dicho informe señala que mil 288 niñas y mujeres mexiquenses fueron asesinadas del año 2000 al 2003 víctimas de homicidios dolosos y culposos.

Estos hechos llevaron a varias organizaciones a documentar los feminicidios en la entidad. El Observatorio Ciudadano Nacional del Feminicidio (OCNF) documentó —durante 2007, 2008 y el primer semestre de 2009— 472 asesinatos de niñas y mujeres, 89 de los cuales ocurrieron en lo que iba de 2009. Eso significa que, de las 12 entidades monitoreadas por el OCNF, el Estado de México es la que cuenta con el mayor número de víctimas de feminicidio.

La CODHEM reportó que, desde el inicio de la administración de Peña Nieto y hasta el 14 de agosto de 2009, 672 mujeres habían sido asesinadas en el estado, varias de ellas de manera violenta, ya que presentaban huellas de tortura y de abuso sexual. En nueve de cada diez asesinatos —89 por ciento de los casos— no se ha hecho justicia: pues únicamente 76 homicidas han sido sentenciados. Y de acuerdo con la PGJEM, 95 mujeres fueron asesinadas de enero a mediados de agosto de 2009.

La violencia contra las mujeres se ramifica y extiende por ámbitos que van más allá de lo privado; no sólo afecta a las mujeres de la localidad, sino también a todas las que transitan por su territorio. Por ello, un asunto por considerar es la migración: la entidad se ha convertido en una zona de alta peligrosidad para los migrantes centroamericanos y mexicanos del sur, quienes a su paso por el Estado de México pueden experimentar situaciones de violencia extrema.

LOS TORCIDOS CAMINOS DE DIOS

Salta a la vista que Peña carece de un discurso político y el que logra articular gracias a los apuntadores es mínimo y pobre. Tampoco tiene un posicio-

namiento ideológico y nunca ha mostrado una postura intelectual, ni siquiera simbólica, con los que se ha ganado ser ridiculizado por algunos representantes de la inteligencia mexicana, como el escritor Carlos Fuentes. Empero, encabeza las encuestas. Mientras, en Morena y la izquierda que se niega a renunciar al PRD todavía esperan que, milagrosamente, se aclaren muchas situaciones que no son sino los demonios inquietantes del peñanietismo.

Si uno se atiene a documentos que obran en investigaciones de fiscales federales, escuchas telefónicas o reportes internos elaborados por agentes de la Procuraduría General de la República, hay dos casos en especial que, por sus peculiaridades, se insertan en la tradición más oscura de la política mexicana priista: las eternas dudas sobre la muerte de Mónica Pretelini y el asesinato de los cuatro escoltas de la familia Peña Pretelini en el puerto de Veracruz.

Al paso de los años, cohíben las permanentes imágenes de estos eventos. Ambos se resumen neciamente entrelazados en la intimidad; sus fibras se arremolinan enmarañándose más. Se van para volver de nuevo. Detrás de la fachada de “olvido” persisten las dudas. Ese mismo “olvido” se ha convertido en un arma de doble filo que puede pulverizar a los priistas del Estado de México y, en especial, hacer motivo de escándalo a los originarios de Atlacomulco.

Para comprender en toda su magnitud los negros aspectos de algunos temas es necesario regresar en la historia, contarla, incluso, a partir de los exagerados dispendios oficiales que en el Estado México se destinaron para garantizar el triunfo de sus candidatos, con Eruviel Ávila Villegas en primer lugar, en los comicios de julio de 2011 para renovar la gubernatura, las 45 diputaciones locales y las 125 presidencias municipales.

De acuerdo con análisis de la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex) y de Dictamen Ciudadano, el proceso electoral mexicano costó unos 3 mil millones de pesos. Y si se toma en cuenta el elevado nivel de abstencionismo —57 por ciento, pero que en algunas zonas alcanzó 65 por ciento, como en la industrial Naucalpan o 60 por ciento, como en los populosos Ecatepec, Atizapán de Zaragoza, Nezahualcóyotl, Nicolás Romero, Chalco y Coacalco—, resulta que cada voto tuvo un costo promedio de 60 dólares.

Según se desprende del informe emitido por el Observatorio Electoral Latinoamericano, en Colombia cada voto cuesta 1.95 dólares; en Ecuador, 1.09; en Panamá 5.25 y en Uruguay, 3.72. El más elevado —sin contar a México— es el de Costa Rica, donde asciende a 8.58 dólares. ¿Y cómo estamos en relación con el costo del voto en el Estado de México? Evidente-

mente es muy caro, sentencia Dictamen Ciudadano en su informe final sobre la elección de gobernador en 2011.

El documento también establece: “La actuación del órgano electoral fue incierta y sesgada. Como se detalla en el informe, las principales decisiones del Consejo General, cobijadas con argumentos legistas, estuvieron inclinadas a favor del gobierno del estado y del PRI, y en nada abonaron al desarrollo equitativo del proceso.”

Peña es un político incapaz de entrar a un debate y polemizar. Como advierten especialistas, “ha sido entrenado bien para leer tarjetas o comentar textos previamente asimilados”. Para conocerlo a él y a su familia política original también se puede viajar en el tiempo, hasta deshilar las extrañas circunstancias en las que su tío Montiel obligó, en 2004, al empresario Carlos Hank Rhon y al ex líder estatal priista Isidro Pastor Medrano a renunciar a la candidatura, o los detalles de la guerra sucia contra el panista Rubén Mendoza Ayala, a quien se armaba un expediente para involucrarlo en escándalos de pederastia y en el homicidio del líder tenanguense Abraham Talavera López, uno de los priistas más ilustres que, fuera del Grupo Atlacomulco, ha dado el Estado de México.

El ascenso de Peña obedece a muchas razones sombrías, todas elaboradas en el sexenio de Arturo Montiel (1999-2005). También se puede retroceder más y empezar a contar a partir del atentado con armas de fuego que, el 5 de marzo de 1942, le costó la vida al entonces gobernador Zárate Albarrán y permitió imponer en su lugar a Fabela, con quien nació un régimen de corrupción familiar; de compra votos, de conciencias y lealtades; de fraudes electorales monumentales con los que se proclamaban siempre triunfadores; de represión, nepotismo, compadrazgos y enriquecimiento personal. La vieja simulación priista.

A su regreso al Estado de México en marzo de 1942, Fabela no sólo llevaba la palabra y las encomiendas del presidente Ávila Camacho para violar la Constitución —la estatal y la federal, así como las leyes secundarias—. No, bajo el brazo cargaba sus muy personales intenciones de “gobernar” y aprovecharse de los dineros públicos a través de su parentela política atlacomulquense, para consolidar lo que en el futuro sería conocido como Grupo Atlacomulco.

Hacia finales del siglo XIX, principios del XX y marzo de 1942, el Grupo Atlacomulco era apenas una “empresa familiar” que se conformaba con ocupar todos los puestos públicos de Atlacomulco, un pequeño y terregoso municipio de calles serpenteantes, al norte del Estado de México, vecino del

millonario minero El Oro y de Despeñadero o Peñasco de Dios, como también era conocido Acambay.

Los dineros públicos del pueblo eran controlados por familias como los Montiel, los Fabela, los González, los Vélez, los Sánchez, los Velasco, los Monroy, los Flores, los Ruiz, los Nieto o los Colín. Y en Acambay se asentaban los Del Mazo —quienes luego emigrarían hacia Atlacomulco—, los Peña, los Arcos, los Castañeda, los Colín, los Alcántara y los Huitrón.

El bisabuelo de Enrique Peña Nieto fue cacique del pueblo, con toda la carga negativa que implica la palabra. Severiano Peña había ocupado en cuatro ocasiones —1914, 1916, 1921 y 1923— la alcaldía de Despeñadero. Por problemas de tierras y luego de haber sido públicamente señalado como responsable intelectual del despojo de un rancho a una mujer local, fue asesinado por la espalda durante su último periodo.

Su hijo Arturo *El Chino* Peña Arcos —abuelo de Enrique— tendría el mismo trágico fin. Lo cazaron por la espalda, como a otros dos de sus amigos y cómplices, porque, cuentan los muy viejos habitantes de Atlacomulco y Acambay, formaba parte de la más peligrosa banda de abigeos —ladrones de ganado—. El hecho se documentó ampliamente en *Negocios de Familia, biografía no autorizada de Enrique Peña Nieto y el Grupo Atlacomulco*, publicado en junio de 2009 por editorial Planeta.

Décadas más tarde, Roque Peña Arcos fue impuesto como alcalde de Acambay para el trienio 1970-1973, gracias al manto protector del gobernador Carlos Hank González, un profesor rural que fue considerado hijo adoptivo y protegido de los atacomulquenses Maximino Montiel Olmos —líder del Grupo Atlacomulco hasta 1942— e Isidro Fabela Alfaro —cabeza de la misma agrupación hasta 1969, cuando pasó la estafeta a Hank, quien al morir en 2001 la dejó en manos de Arturo Montiel.

Pero antes, los acambayenses tuvieron a Rafael Peña y Peña, como alcalde de 1955 a 1957 y de 1967 a 1969. Y, todavía un poco antes, de 1952 a 1954, cuando los encargos edilicios duraban dos años, Alberto Peña Arcos, hermano de Roque, logró despachar como presidente municipal. Luego la familia desapareció de la vida política, se mudó al vecino Atlacomulco y reapareció plenamente hasta 2005, cuando Enrique Peña Nieto llegó a la gubernatura mexiquense.

Con la predicción de Francisca Castro Montiel guardada celosamente por cada uno de los gobernadores mexiquenses nacidos en Atlacomulco, y con la experiencia de los Peña, los Del Mazo, los Sánchez o los Colín, que controlaban aquellos dos pueblos, a partir de la década de 1940 los políti-

cos de Atlacomulco —junto con otras familias de la zona, destacadas en el ramo empresarial, como los Alcántara, los Manzur y los Monroy Cárdenas— despuntaron como los de mayor poder económico de la región, y luego, del Estado de México.

A éstas se unirían otras familias que también ganaron influencia y poder. Por el lado político-empresarial despuntó la de los Hank, del extinto gobernador con muchos *ex* —legislador, regente del Distrito Federal y secretario de Estado—; por el lado empresarial se asentó en Jocotitlán, municipio colindante con Atlacomulco, la de los Peralta, del inversionista e ingeniero Alejandro Peralta. Desde allí consolidó un emporio hoy conocido como Grupo Industrial IUSA.

El primero de los políticos atacomulquenses obsesionados con despachar en Palacio Nacional fue Alfredo del Mazo Vélez. Desde su oficina en la Secretaría de Recursos Hidráulicos, a mediados de la década de 1960, lanzó una feroz campaña para meterse en los ánimos del presidente Adolfo López Mateos, un político “mexiquense” que nunca sería parte del Grupo Atlacomulco porque se formó en los cacicazgos locales de los hermanos revolucionarios, el general Abundio y el coronel Filiberto Gómez Díaz.

De hecho, desde 1920 y hasta el atentado que costó la vida al gobernador Zárate Albarrán en marzo de 1942, aquellos dos militares revolucionarios controlaron la política del Estado de México, pese a que en 1925 Calles les impuso a Carlos Riva Palacio. Abundio y Filiberto eran apoyados por su Grupo Toluca y por personajes poderosos como Plutarco Elías Calles —el *Jefe Máximo* de la Revolución—, Álvaro Obregón —quien, como Elías, fue presidente de la República— y el general Joaquín Amaro Domínguez.

Con el paso del tiempo, Adolfo López Mateos contraería matrimonio con Eva Sámano, hija de Efrén Sámano, tesorero eterno del general Abundio Gómez Díaz. Por eso y porque su lugar de nacimiento se mantiene como un misterio —muy pocos aceptan hoy que haya nacido en Atizapán de Zaragoza, pues se ha documentado su pasado en Guatemala—, López Mateos nunca fue parte, ni lo será su memoria, del Grupo Atlacomulco.

Por la cercanía que tenía con su secretario de Recursos Hidráulicos, López Mateos lo consintió, lo dejó hacer su juego. Del Mazo Vélez no escatimó. Recursos del ministerio fueron para su precampaña. Se sintió el destinatario de la predicción de doña Francisca. Ya se veía despachando en Palacio Nacional. Ignoraba que el presidente le había escondido a su “tapado”.

Con el fracaso a cuestas, Del Mazo Vélez se sumió en una profunda depresión de la que nunca pudo salir. De verdad se sentía el depositario de la

profecía y esperaba mudarse a la residencia oficial de Los Pinos. Por aquella época, Del Mazo Vélez descubrió una realidad con visos de venganza: no había tenido el apoyo de su familiar Isidro Fabela.

La conducta del viejo diplomático tenía una razón. Sintiéndose traicionado porque Del Mazo le dio la espalda a algunos de sus protegidos e incluso intentó apoderarse del liderazgo del Grupo Atlacomulco, Fabela hizo todo lo posible para que el presidente Adolfo López Mateos se inclinara, como pasó al final, por el poblano Gustavo Díaz Ordaz, titular de la Secretaría de Gobernación, un hombre de mano tan pesada —represora— como la del señor presidente “originario” del Estado de México.

Del Mazo Vélez había tenido tiempo suficiente para olvidar su otro gran fracaso: fue incapaz de imponer en 1951 a su sucesor en la gubernatura mexiquense. Y aunque aquel año otro atlacomulquense se sentó a controlar la vida política, económica y social del Estado de México, Alfredo había fallado como operador político.

Desde Los Pinos, el presidente Miguel Alemán Valdés se inclinó por Salvador Sánchez Colín, un brillante ingeniero agrónomo especializado en cítricos, excelente científico y un destacado académico, pero hasta entonces un político-funcionario de la medianía, que ni siquiera imaginaba que algún día podría gobernar su estado natal.

Aunque en 1946 Sánchez Colín había sido senador suplente de López Mateos, su carrera política en el Estado de México empezó hasta 1950. Ese año el PRI lo impuso como diputado local por el IX Distrito con sede en Texcoco, debido a la amistad que le profesaba Alemán Valdés. Quien, literalmente, lo había tomado como “jardinero” personal, con una generosa plaza de consultor técnico de la Presidencia de la República.

Pero aun con el apoyo de Alemán Valdés, Sánchez Colín jamás se sintió depositario de aquella visión presidencial ni entró en disputa por el control del Grupo Atlacomulco, que dejó en manos de Fabela. Después de 1964, el grupo estuvo a la deriva, hasta que 1969 ascendió el más destacado protegido, alumno y socio del diplomático: el profesor Carlos Mario Hank González. Aquel año, el presidente Gustavo Díaz Ordaz impuso a Hank como nuevo gobernador.

En las siguientes décadas, el adulator Hank —un sutil maestro de la simulación— se levantaría como uno de los políticos más poderosos del país. También se distinguiría como símbolo de la corrupción priista, del cacicazgo, de la triangulación de contratos gubernamentales y del abuso de autoridad.

Hasta su muerte, sobre su nombre y su primer apellido pesarían graves sospechas de nexos con el crimen organizado, homicidio y lavado de dinero. Pero, como pasó con López Mateos, tampoco era originario de Atlacomulco: sólo era “hijo adoptivo”. Además, había innumerables aspectos oscuros, que él nunca quiso aclarar, sobre su llegada al pequeño pueblo para impartir clases en la escuela primaria.

Por eso jamás encajó en la profecía. Gobernador fue, pero originario de Santiago Tianguistenco. Y por razones también turbias no quiso que su primogénito, Carlos Hank Rhon, naciera en Atlacomulco. Cuando llegó el momento, partió con su esposa, la maestra Lupita Rhon de Hank, a la ciudad de Toluca.

Como se documenta en *Negocios de familia*, “la familia tuvo que esperar 22 años para recuperar la esperanza de cumplir la predicción. Alfredo del Mazo González, hijo de aquel Del Mazo Vélez, fue impuesto en la gubernatura en 1981 a pesar de la oposición de su predecesor, Jorge Jiménez Cantú, que no lo consideraba un político ‘de pantalones largos’; además, Jiménez Cantú —junto con Hank— ya le tenía prometido el puesto a Juan Monroy Pérez, su secretario general de Gobierno. Pero la decisión estaba tomada y el presidente José López Portillo, Miguel de la Madrid, secretario de Programación y Presupuesto, y Fidel Velázquez Sánchez, secretario general de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), no se echarían para atrás.

“Del Mazo González esperaba hacerse de la candidatura presidencial en 1987, pero De la Madrid tenía decidida la sucesión a favor de Carlos Salinas de Gortari. Se deshizo con facilidad de Del Mazo (después de utilizarlo para debilitar a Manuel Bartlett Díaz) y de Jesús Silva Herzog.” Del Mazo intentó conspirar contra la decisión e, intentando un madrugete, envió la cargada priista a las puertas de su rival, Sergio García Ramírez. Una inesperada declaración lo haría aparecer como el fantasma de lo que quiso ser: “Creo que es un acierto el que nuestro partido se haya fijado en las múltiples cualidades de un servidor público limpio y brillante, talentoso, como es el caso del doctor Sergio García Ramírez. Estoy convencido —dijo en una amplia declaración a la prensa— de que es una magnífica decisión de nuestro partido”. Pero el doctor, menos candoroso, no se prestó al juego ni escuchó el canto adormecedor de las sirenas: De la Madrid hizo pública la candidatura de Carlos Salinas esa noche, el 4 de octubre de 1987.

Para cobrarse el agravio, en cuanto llegó a Palacio Nacional Salinas lo borró del mapa. Lo desterró como embajador en Bélgica. En el sexenio de Ernesto Zedillo Ponce de León lo rescataron a medias, nombrándolo direc-

tor del Instituto del Fondo Nacional de Vivienda para los Trabajadores (Infonavit), pero nunca regresó a una secretaría de Estado, ni siquiera a una subsecretaría. En 1997 le dieron otra oportunidad de recuperar el orgullo perdido al designarlo candidato del PRI a la jefatura de Gobierno del Distrito Federal. Perdió las elecciones de manera bochornosa frente a Cuauhtémoc Cárdenas y terminó refugiado en el Estado de México.

Desde la alcaldía de Huixquilucan, donde se levanta Interlomas —la zona más opulenta del Estado de México—, en 2005 su hijo Alfredo del Mazo Maza intentó convertirse en el tercer Del Mazo en llegar a la gubernatura mexiquense, pero su primo Enrique Peña Nieto lo marginó de último momento y se inclinó por Eruviel Ávila Villegas.

Por disparatado y absurdo que parezca, en cada sexenio ninguno de los gobernadores de Atlacomulco ha resistido el impulso de sentirse el depositario de la profecía. Por eso resultó natural el esfuerzo de Arturo Montiel para buscar la candidatura presidencial por el PRI en 2006, hasta que las acusaciones de corrupción familiar y enriquecimiento ilícito lo obligaron a esconder la cara y renunciar a sus pretensiones. Caído Arturo Montiel, Enrique Peña Nieto se convertiría en el heredero real de la predicción de Francisca Castro Montiel: “Uno llegará a la Presidencia de la República”.

Enrique cumple con todos los requisitos: nació en Atlacomulco, fue gobernador del Estado de México, tiene injerencia real en el famoso grupo creado por sus antecesores y, lo más importante, cuenta con una clara ambición de poder. Lo que ni doña Francisca ni los priistas de Atlacomulco pudieron prever, sin embargo, es que la recta final del camino para materializar el vaticinio estaría cubierto de escollos que Peña Nieto, el elegido, tendría serias dificultades para superar.

MÁS ALLÁ DE LA MUERTE... DE MÓNICA

Sobre la preparación académica de Enrique Peña pesan duros cuestionamientos desde aquella noche de la primera semana de diciembre de 2011, cuando durante la presentación de su libro *México, la gran esperanza* fue incapaz de nombrar tres libros que le hubieran marcado la vida, confundió a un escritor con otro —a Carlos Fuentes con Enrique Krauze— y ni siquiera mencionó correctamente el título que le atribuyó.

Una semana después, él mismo reforzaría esa pobre imagen al mostrar su escasa vinculación con la realidad cotidiana. En una entrevista para el pe-

riódico español *El País*, no atinó a responder a cuánto ascendía el salario mínimo, ni cuánto costaba un kilogramo de carne o de tortilla, el alimento básico de los mexicanos. Y abandonaría abruptamente a los periodistas con un lamentable y despectivo: “Yo no soy la señora de la casa”.

Los episodios sobre su falta de cultura, su incapacidad para desligar su candidatura del ex gobernador coahuilense, Humberto Moreira Valdés, y su desconocimiento de la realidad se agravaron cuando los escritores Carlos Fuentes y José Emilio Pacheco lo ridiculizaron y descalificaron —por ignorante— para ser presidente de la República. Si lo académico fue un sismo que estremeció las estructuras del PRI, lo de su ignorancia sobre temas del día fundamentales para la dieta básica del mexicano fue una barbaridad, porque en el libro que presentó en la FIL justamente abordó una parte de la problemática económica. Los más suspicaces entendieron el mensaje: el libro se lo escribió alguien más. Lo peor es que, los derrapes sobre la carne, la tortilla y el salario mínimo —que tasó en 900 pesos, la mitad del real— erosionaron su imagen pulcra porque lo pusieron al peor nivel que sus operadores políticos y sus hacedores de imagen podían esperar: a la altura intelectual y académica del ex presidente Vicente Fox, aunque éste, por lo menos, tenía gracia para salirse de los atolladeros.

Antes de cerrar el año, cuando todavía no empezaba la verdadera campaña, la situación rayaba en desastre. Una encuesta de la firma especializada Mitofsky —levantada del 21 al 27 de noviembre, antes de la FIL y el *tuit* de la prole pendeja que endilgó Paulina Peña a los críticos de su padre— mostró la realidad: Peña cayó en las preferencias electorales de 54.3 por ciento en mayo de 2010, a 44.6 por ciento en noviembre de 2011. Josefina Vázquez ascendió de 10.7 a 19.7 por ciento en el mismo periodo y López Obrador subió de 12.5 a 16.1 por ciento.

Sergio Cortés hizo en *La Jornada Oriente* una observación puntillosa: “Es tal el desprestigio del PRI y su candidato, que la semana pasada se registró un triple empate entre Enrique Peña, Josefina Vázquez y Andrés Manuel López Obrador, si éstos fueran los únicos candidatos a la presidencia de la República y los electores fueran los ciudadanos del municipio de Puebla que disponen de teléfono en casa”.

“Los desaciertos políticos de Enrique Peña Nieto han puesto en aprietos al PRI, que antes de ello [los dislates en la FIL], aseguraba por todos los medios que la Presidencia de la República volvería a estar bajo su mando”, puntualizó por su lado Jesusa Cervantes, de la revista *Proceso*.

“Ahora, las infortunadas revelaciones de su ignorancia, la crítica que ha

recibido por destacados escritores, pero sobre todo las encuestas internas que han mostrado, por ejemplo, que el *tuit* de la hija de Peña Nieto, Paulina, que tanto malestar generó entre la población en general, lo llevó a perder en el acto ¡10 puntos! —porcentuales en las encuestas de opinión pública.

”Las encuestas están generando algo más que malestar entre un sector de la militancia priista y quienes ayer pensaban que Peña sería un mal presidente de la República pero un excelente candidato, hoy lo están dudando.

”El problema para los priistas es algo más que el ridículo en que ha quedado su candidato presidencial, lo que les está preocupando tanto a sus seguidores como a sus aliancistas —con personajes como Elba Esther Gordillo y organizaciones como Partido Verde—, es la falta de operación política que ha mostrado el exgobernador mexiquense y su incapacidad para imponerse a las nuevas directrices que está marcando el actual presidente nacional del PRI, Pedro Joaquín Coldwell.

”Y es que la salida de Humberto Moreira —que ya era insostenible como presidente del PRI— le ha pegado duro a Peña Nieto. En su partido se asegura que el encopetado candidato presidencial ‘negoció’ la llegada de Moreira para ganarse la confianza y apoyo de la ‘maestra’. En el círculo político todos saben de la gran relación que hay entre Moreira y Gordillo e incluso que fue ésta quien en 2003 operó para que fuera el candidato del PRI al gobierno de Coahuila.”

Dejando de lado qué tanto la historia política de Peña Nieto, como la de los cinco familiares suyos que pasaron por la gubernatura mexiquense, está neciamente amarrada al presagio de doña Francisca Castro Montiel, la vida de Peña destaca por su cercanía con la Obra de Dios u Opus Dei, fundada por el hoy santo español José María Escrivá de Balaguer, quien, hasta antes de morir, tenía una importancia similar a la del Papa.

El nombre de Opus Dei no figura oficialmente en ningún lado, pero está ligado a Peña no porque haya cursado su licenciatura en la Universidad Panamericana, escuela de educación superior que se encarga de promover en México el fundamentalismo católico de Escrivá de Balaguer y reclutar, para la Obra, a los hombres de poder, ni porque haya hecho sus estudios de posgrado en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, otra de las instituciones cercanas a esa secta radical católica creada por el cura español en octubre de 1928.

Tampoco porque haya estudiado sus primeros cuatro años de primaria en el colegio Antonio Plancarte, una escuela de monjas de la orden de María Inmaculada de Guadalupe, una congregación que forma líderes cristianos

para la transformación evangélica, como lo precisó Ignacio Rodríguez Reyna en el capítulo “Enrique Peña Nieto, el *Luis Miguel* de la política” del libro *Los suspirantes*, publicado por Planeta en 2011.

Incluso, no es porque su padre, el ingeniero Enrique Peña del Mazo, fuera devoto fiel de las misas matutinas en la iglesia de Santa María de Guadalupe, ni porque pasó un año en un internado en Estados Unidos —el Denis Hall School, en la pequeña población de Alfred—, atendido por curas católicos. No, la relación de los atacomulquenses de poder con la iglesia dogmática es más añeja, profunda e íntima.

Ese nexo comenzó desde que Escrivá puso el ojo en las Américas para la expansión de su secta, hoy la más poderosa en El Vaticano. Justo como ocurrió en España y Portugal, las instituciones de educación superior —incluso si era necesario crearlas—, complementadas con residencias universitarias, se convirtieron en grandes centros reclutadores y formadores de cuadros —con preponderancia banqueros, empresarios exitosos de extrema derecha y políticos ultraconservadores— para conquistar el poder.

Desde luego, advierten los especialistas en el tema, el Opus Dei nunca admitirá su participación en ninguna intriga ni operación política, pero también es justo eso. “Una agrupación política de gran envergadura”, como alguna vez la llamó Yvon Vaillante, autor de *La Santa Mafia*, uno de los libros que más expone la cara interna del Opus Dei.

Tampoco los fieles —organizados en cuatro categorías: numerarios, oblatos, supernumerarios y cooperadores— admitirán su pertenencia a esta sociedad secreta, cuyos fines pueden ser resumidos en pocas palabras: “Formar minorías escogidas”, células elite de las más variadas profesiones, para infiltrarlas, a través del Crucifijo y el evangelio, en las oligarquías dominantes de cada país. Mucho menos aceptarán que son devotos de la doctrina de San Escrivá de Balaguer.

Sería un error ver los contactos de Peña con el catolicismo sectario de la Obra de Dios en su ingreso a la Universidad Panamericana y, más adelante, al ITESM. El acercamiento se dio más temprano, incluso antes de su nacimiento, mediante las familias conservadoras de Atacomulco: ocurrió a finales del siglo XIX y principios del XX, a través de su más ilustre paisano, José Luis Maximino Bernardo, un clérigo de la más alta jerarquía, conocido como su excelencia ilustrísima monseñor don Maximino Ruiz y Flores.

Al linaje que le inyecta a Enrique la sangre “azul” de los cinco ex gobernadores, debe sumarse el de este personaje tres veces obispo —de Derbe, en

Asia Menor, la actual Turquía; de Chiapas y auxiliar de la Diócesis de México— y vicario general del arzobispado, rector del Seminario Conciliar de la Ciudad de México, gran Caballero de Colón e integrante de la Academia Mexicana de Santa María de Guadalupe. Al margen de sus incapacidades, Peña está lejos de ser un político improvisado.

Ruiz y Flores también fue canónigo penitenciario de la Basílica de Guadalupe, ferviente adepto de la teología dogmática. Antes de seguir los pasos de San Pablo apóstol, al inicio del siglo XX, la Pontificia Universidad Mexicana le entregó el capelo y la borla de doctor en Teología Sagrada, para ordenarlo como sacerdote dos meses más tarde. Tenía 26 años de edad. En abril de 1927 recibió con todos los honores eclesiales el cargo de gobernador de la Curia Metropolitana, la arquidiócesis más importante de México, y aún en 1938 se mantenía como vicario general del arzobispado.

En enero de 1928, en plena Guerra Cristera, el presidente Plutarco Elías Calles ordenó cerrar el seminario, saquearlo, detener al cura y encarcelarlo junto con más de 200 personas —entre seminaristas de cinco ciudades, párrocos y visitantes—. Un día después, el 27 de enero, el mandatario cambió de parecer: ordenó liberar de inmediato a su ilustrísima Ruiz y Flores, quien no tenía ningún parentesco con su contemporáneo, el queretano excelentísimo señor Leopoldo Ruiz y Flores, Arzobispo de Morelia y delegado apostólico.

A monseñor Maximino Ruiz y Flores le adjudican haber fundado la obra de difusión del Santo Evangelio, en la Arquidiócesis de México. Con sus debidas alabanzas, también fue arcediano de la catedral en la Ciudad de México, además de portar con el mayor de los orgullos su sociedad honoraria de la Academia Mexicana de Santa María de Guadalupe —cuya causa abrazaría Escrivá—, la defensa de su protectorado a los Caballeros de Colón y su devoción de la Adoración Nocturna.

La alcurnia de Enrique es complementada por el “humilde” vicario de la iglesia de San José, en Toluca, Arturo Vélez Martínez, a quien El Vaticano designó, en 1951, primer Obispo de la Diócesis de Toluca, gracias a la intervención personal y a los generosos donativos que dio a la Iglesia su primo hermano, el gobernador Alfredo del Mazo Vélez.

El excelentísimo Vélez Martínez fue conocido como *El Obispo del Diablo*, porque después de recibir las bulas papales decidió llenarse los bolsillos. Estuvo a punto de ser enviado a la cárcel por el abogado José López Portillo, pues además de fraude a la Ley de Juego y Sorteos, fue acusado de embolsarse sin miramientos las “limosnas” y “donativos” de sus feligreses, entre

otros delitos. Al margen de los abusos, para ser amable con las palabras y evitar las de *corrupción sacerdotal*, este monseñor fue la segunda influencia de Peña —y de todos los atacomulquenses con poder— en la Iglesia católica.

Además de la influencia que ejercieron su primo hermano y Maximino Ruiz y Flores, entre las poderosas amistades que apoyaron a Vélez Martínez destacó la de la elegante doña María Izaguirre de Ruiz Cortines, esposa del entonces secretario de Gobernación, el ex gobernador veracruzano Adolfo Ruiz Cortines, quien luego sería presidente de la República.

En resumen, todas las referencias de Peña conducen al catolicismo secular y algunas más particulares a la Obra, hoy una organización poderosa que tiene acceso a fuentes de financiamiento en México, mediante empresarios y banqueros, amparados en el voto de silencio o de secreto, pero, también, siempre, obedientes con sus superiores y altamente despersonalizados, intolerantes e inquisitoriales.

Más todavía, a los extraños se les oculta el número de socios y, peor, “los nuestros no han de conversar de estos menesteres con extraños”, o: “Socios numerarios y supernumerarios sepan bien que han de guardar siempre un prudente silencio respecto al nombre de los otros miembros; y que a nadie van a revelar nunca que ellos mismos pertenecen al Opus Dei”.

De entre los curas de verdadero poder en la Iglesia católica, Peña cuenta desde hace mucho con el apoyo decidido del primer Obispo de la Diócesis de Ecatepec, Onésimo Cepeda Silva. En los hechos, dirige la Diócesis más poblada del mundo. Y tiene un segundo “atractivo”: en 1995 fue elevado a esa categoría por el Papa Juan Pablo II.

Peña tiene, asimismo, el respaldo pleno de Antonio Chedraoui Tannous, Arzobispo Metropolitano de la Iglesia Apostólica Ortodoxa de Antioquía —en México, los ortodoxos congregan a gran parte de la influyente comunidad libanesa—. Por si fuera poco, es muy conocida y está documentada su estrecha relación con personajes del PRI y del PAN; de los ámbitos sociales y periodísticos. Y entre sus amistades está el magnate Carlos Slim.

EL GRAN MAL

Nada de eso ha logrado opacar los sucesos del jueves 11 de enero de 2007, que trastornaron la vida de Enrique. Aquella noche, el conductor del noticiario de Televisa daba a conocer una versión, con todo tipo de detalles, como si él, Joaquín López-Dóriga, hubiera estado en el dormitorio de la es-

posa del gobernador mexiquense. Con el énfasis característico de vocero de los poderes fácticos del país, informó: “Un poco después de la medianoche, a las 0:50 ya del jueves, Enrique Peña le llamó por teléfono [a Mónica] para decirle que ya iba de regreso. Estaba por Santa Fe, volaría en helicóptero y en 25 minutos estaría con ella en casa. Así fue. Llegó, entró a su cuarto sin encender la luz, le susurró al oído que le hiciera un lugar en la cama y no le respondió. Le insistió y nada. Alarmado, encendió la luz y la vio muerta. Intentó respiración artificial al tiempo que pedían las urgencias médicas”.

Aunque hay datos en voluminosos expedientes de investigaciones que encabezan fiscales federales de la PGR, también en la bruma quedarán las consecuencias que ese fallecimiento esparció hasta el puerto de Veracruz, donde meses después los escoltas de la familia Peña Pretelini fueron ejecutados por presuntos narcotraficantes, quienes equivocaron el blanco e hicieron fuego contra ellos.

Como escribió Miguel Alvarado dos años después: “La vida de Peña se convulsionó a partir de entonces, epilépticamente desgarrada. Pero el luto no duró mucho. Pronto estaba de vuelta, tratando muy a su manera la administración estatal. El nombre de Mónica pronto fue sustituido y una larga lista de aspirantas [*sic*] al DIF estatal apareció en la agenda del llamado viudo de oro.

”Artistas, reporteras y galanas del jet set recorrieron el tiempo libre del priista y, por fin, una *Gaviota* —llamada Angélica Rivera— devolvió claridad a la vida del desconsolado. Hoy, con una relación pública y afincado en la carrera por la tenebrosa silla presidencial, a Peña se le ve sonriente, maduro solamente para aparecer en televisión [...]. Pero nada pudo enterrar de manera definitiva la sombra de aquel II de enero”.

El “desconsolado” gobernador y la actriz que iluminó su vida han protagonizado un romance digno de telenovela. El jueves 19 de diciembre de 2008, a través de la Coordinación General de Comunicación Social, se emitió una aclaración oficial para desmentir que el gobernador haya pensado contraer matrimonio con la actriz Angélica Rivera. En su número del 3 de octubre de 2008, *Quién* le dio de nueva cuenta a Peña la nota principal para confirmar el vínculo sentimental “de cuatro meses” con su nueva “dueña”, la actriz Angélica Rivera Hurtado. “El hombre que da la última palabra en territorio mexiquense palomeó el nombre y, a principios de abril de 2008, Angélica Rivera estaba llegando a la Oficina de Representación que tiene el gobierno del Estado de México en la calle Explanada, en las Lomas de Chapultepec. [...] El gobernador, entonces de cuarenta y un años, y la Gaviota, de treinta y siete, nunca se habían visto personalmente. La cita era, en primer lugar, para cono-

cerse y, en segundo, para que él explicara a la que fuera *El Rostro de El Herald* en 1987 la campaña de publicidad que ella iba a realizar, con el objetivo de que entendiera y se comprometiera de lleno con el proyecto del verdadero *góber* precioso." Y así nació el nuevo amor de Peña Nieto.

Volviendo a Mónica Pretelini Sáenz —de Peña—, los recuerdos sobre su vida, sus últimos meses tortuosos al lado de Enrique Peña Nieto —por las constantes infidelidades de éste, que dieron como fruto dos hijos fuera del matrimonio— y los secretos de una enfermedad desconocida se han diluido en la corta memoria de los mexicanos para dar paso a la euforia por lo que los priistas ven como la inminente llegada del primer atacomulquense —y con él *La Gaviota*— a la Presidencia de la República.

El país se estremeció la mañana de aquel 11 de enero cuando fuentes extraoficiales confirmaron que, en los primeros minutos de la madrugada de ese jueves, Mónica había muerto a los 44 años de edad. Encabezado por Peña, el gobierno del Estado de México calló deliberadamente y no hizo nada por aclarar rumores de todos los calibres —incluidos uno sobre suicidio y otro sobre homicidio— ni las contradicciones que se hicieron públicas y se convirtieron en una fuente inagotable de especulaciones que aún persiguen a Peña.

La versión de López-Dóriga, por ejemplo, persistió durante semanas. Pero surgieron otras tan fantásticas como la oficial, que daban cuenta incluso de que Pretelini vivía en Europa, merced a un acuerdo secreto de separación, que liberaba al esposo y le permitía una nueva vida política y sentimental. Otras puntualizaban que aquella noche triste el gobernador habría peleado con su mujer y, en un forcejeo, ella se golpeó la cabeza, y en consecuencia murió.

Cinco años después nadie sabe a ciencia cierta qué sucedió. No lo saben ni siquiera los operadores que atendieron aquella noche en la Cruz Roja, ni los empleados del Centro Médico de Toluca —en Metepec— y del Instituto de Seguridad Social del Estado de México y Municipios (ISSEMyM), a quienes les preguntaron insistentemente si allí se encontraba internada una persona de apellido Pretelini. Todos sabían que, antes del traslado a la Ciudad de México, en esos tres lugares se había atendido a la esposa del gobernador.

Hasta muy entrada la tarde de ese jueves, pero sin aclarar rumores ni contradicciones, voceros de Peña confirmaron lo que todo mundo sabía. La noticia había viajado velozmente de voz en voz. Hoy, a poco más de cinco años de distancia, la actriz de telenovelas de Televisa, Angélica Rivera, ocupa

el lugar de Mónica y, desde hace tiempo, los espacios mediáticos en la lucha política de su nuevo esposo.

Sin embargo, el tiempo se ha encargado de diseminar y alimentar las dudas en torno al súbito fallecimiento. Y el atentado estilo ejecución sumaria, que la noche del 10 de mayo de 2007, en una avenida del puerto de Veracruz, cobró la vida a los agentes mexiquenses Roberto Delgado Nabor, Erick Rey López Sosa, Guillermo Ortega Serrano y Fermín Esquivel Almazán —de 24, 37, 34 y 35 años de edad, respectivamente—, abrió nuevas y profundas interrogantes.

Pequeños detalles contenidos en documentos de la Subprocuraduría de Investigación Especializada en Delincuencia Organizada (SIEDO) —archivados en juzgados federales o agencias del Ministerio Público a los que se tiene acceso en los primeros días de enero de 2012— muestran, entre otras cosas, por qué las autoridades mexiquenses se apresuraron a declarar, anticipándose a las autoridades judiciales veracruzanas, que los cuatro guardaespaldas de la familia Peña Pretelini fueron víctimas de matones al servicio del narcotráfico.

Si ha de confiarse en las indagaciones de las autoridades federales, los documentos también mostrarían que, en cierto modo, funcionarios mexiquenses de entonces —como Humberto Benítez Treviño, secretario general de Gobierno— tuvieron razón al madrugar a las autoridades veracruzanas y responsabilizar al narcotráfico por la ejecución de los cuatro agentes, que, aquel 10 de mayo, escoltaban a Paulina, Alejandro y Nicole —hijos de Mónica y Enrique—, quienes vacacionaban en el puerto acompañados por su abuelos maternos Hugo Pretelini y Olga Sáenz, además de Claudia, hermana de Mónica.

Según los informes que obran en poder de la PGR, los asesinos sí serían narcotraficantes, acompañados por sus respectivos comandos de sicarios, procedentes de la zona sur del Estado de México. Sin embargo, sólo es una parte de la razón. Pero eso es adelantarse demasiado en una historia que tiene de todo y que es prácticamente imposible saber cómo y cuándo se cerrará.

Los misterios de la temprana relación Montiel-Peña son muchos. Lo importante es que el encuentro de ambos fue providencial y algunas celebraciones rutinarias y en apariencia irrelevantes se convirtieron en el escenario de decisiones de trascendencia política y en actos de gobierno. Cuando Montiel ya estaba transformado en guía del joven Enrique, del brazo de su esposa Paula, le sirvió como testigo en la boda civil con Mónica.

Años más tarde, antes de que se enamorara y se casara con la francesa Maude Versini, Arturo y su esposa Paula serían elegidos para apadrinar el bautizo de uno de los hijos del matrimonio Peña-Pretelini. La amistad y el parentesco se sellaron con el lazo del compadrazgo.

“Cuando se descubrió su inseguridad para improvisar y las crónicas de los diarios exhibieron esa debilidad como una incapacidad, el maquillaje se encargó de vencer la timidez endureciéndole las inexpresivas líneas de expresión; desde luego, también contó con la tranquilidad de los discursos escritos. Eso redituó en una amplia popularidad televisiva”, consta en *Negocios de familia*. Y esa inseguridad, revestida de ignorancia, destacaría de manera más que bochornosa durante la primera semana de diciembre de 2011, en la FIL de Guadalajara.

Arturo Montiel siempre se preocupó por cuidar a su sobrino Enrique. Cuando en los 90 Enrique fue rechazado como líder juvenil en el PRI estatal, Montiel lo hizo su asistente. Con tiento y cuidado, Enrique encajó en el gusto de Arturo. Con un claro sentido de paternidad partidista, Arturo guió esos primeros pasos desoyendo voces que los caricaturizaron o los hicieron blanco del humor ácido, porque uno aprendió los gestos del otro y al otro le dio por vestir y adoptar los ademanes y las manías del otro.

Hacia 1993, a Peña Nieto se le veía siempre a la sombra de Montiel, compartiendo secretos con él, quizá incubando inconscientemente un proyecto personal, Arturo influyó entonces para que su protegido fuera nombrado tesorero del Comité de Financiamiento del Comité Directivo Estatal (CDE) del PRI, durante la campaña de Chuayffet. Con ese nuevo gobierno, que empezó el 16 de septiembre de 1993, Montiel llegó por primera vez al gabinete. Lo designaron titular de la Secretaría de Desarrollo Económico, y hasta allá lo acompañó su sobrino como secretario particular. Posteriormente, cuando Montiel se fue con Lira como subsecretario de Acción Electoral, se cuidó de blindar a Enrique y de mantenerlo en la nómina del Estado de México. La protección a Peña Nieto no fue casualidad.

Por su parte, además de darle tres hijos, Mónica se convirtió en la mejor colaboradora de Enrique. Tanto que, como él mismo confesaría seis años después, le aguantó y le perdonó sus constantes infidelidades y hasta los dos hijos que procreó fuera del matrimonio.

En marzo, abril y todavía en mayo de 2005, Mónica estaba convencida de la necesidad de promover la campaña de su marido. El cuadro familiar lucía sereno. Expuso sus cálculos sobre las seguidoras de la candidatura de Peña y le puso números redondos de 5 mil promotoras en los 125 munici-

pios de la entidad. Con la impecable imagen del candidato guapo y con el foco puesto en la televisión, Mónica quería dar a las concentraciones políticas el toque de *showman* y hacer de las arengas de su marido un eterno concierto al estilo de Luis Miguel. El llamado al voto por Enrique recibió un caudal de respuestas femeninas.

Pero no resistió. Aglutinadora y promotora del club de admiradoras, Mónica se fue apagando en las giras. Poco antes del final lucía distante, cansada y melancólica cuando en los acarreo creció el ensordecedor: “¡Enrique, mi amor, serás gobernador!”. Daba la impresión de que no encontraba la fórmula para cambiar situaciones que la incomodaban, como la aparición de las estrellas del elenco de Televisa. Le robaron a Enrique. Y algunos asombrados reporteros aún tienen fresco el día en que le recordó a su marido que ella no era Paula.

Si hizo alusión a los conflictos de sus compadres, Arturo y Paula, por el engaño, divorcio y el posterior matrimonio Arturo-Maude, Mónica se los llevó consigo. Si fue alguna otra alusión, igual murió con ella. También quedaron en el aire algunas advertencias familiares de no casarse con Enrique. La información se filtró a la prensa, un descuido extrañísimo en una entidad donde las noticias se maquillan hasta el punto final.

Como Mónica fue el alma inicial de la campaña, para algunos resultó inexplicable que la ola roja la fuera haciendo huraña. Se presentaron situaciones incómodas con el “¡Enrique, bombón, te quiero en mi colchón!”, en algunos mítines escuchó con molestia el “¡Enrique, mangazo, contigo me embarazo!”. Nadie dijo una palabra sobre el estado anímico o las depresiones de Mónica, mientras se halagaba y encumbraba a Enrique. Su esposo apareció un día con el pelo engominado y, con otra personalidad, más estudiada y ampulosa. Lo convirtieron en un producto publicitario.

El día de la toma de posesión eran otros. Se alzaron rumores sobre una posible separación y se recordó la solidez económica de los Pretelini Sáenz. Él también era otro, más duro y más confiado en el futuro. Como nuevo producto en el mercado, se allegó de una corte de cronistas. Además de los millonarios contratos publicitarios, el encarcelamiento y persecución de líderes sociales, la represión en San Salvador Atenco, el despido de maestros disidentes y su cercanía incurable a la industria del espectáculo, en la legislatura se aprobó una ley para darle el control de los procesos comiciales locales a través del Instituto Electoral del Estado de México (IEEM) y reposicionar a un maltrecho PRI estatal. Controlado el partido en territorio mexiquense, la segunda etapa consistiría en hacerse de aliados para apoderarse de la candidatura presidencial.

Mónica se apagó más al protestar como presidenta del DIF. Haber donado su salario para la beneficencia fue un detalle admirado, porque estaban presentes los más de 120 veinte mil pesos mensuales que cobraba su antecesora Maude. Su desencanto fue palpable porque descubrió cómo desde la gubernatura su marido empezaba a dismantelar la mayoría de los programas del DIF para la niñez mexiquense y los adultos mayores, para transferirlos a la Secretaría de Desarrollo Social, controlada por Ernesto Némer Álvarez, esposo de una prima de Enrique. Sin recursos, Mónica sería una figura decorativa.

Sintió su puesto como una condena a representar el papel sumiso de la esposa del gobernador.

Aún hay quienes recuerdan las palabras de la señora Pretelini durante una reunión celebrada con la mayoría de las presidentas de los 125 comités municipales del DIF: "No dejen que les quiten recursos, no permitan el dismantelamiento de los programas de apoyo, porque así no se puede ayudar". Fue allí donde le metieron de nueva cuenta o un poquito más, los nombres de las amantes de su marido. Fuera verdad o no lo de las supuestas relaciones extramaritales, el caso había estallado. Lo de los otros hijos de Enrique fue como la cereza del pastel.

Peña también tuvo un arranque difícil por la exposición pública y documentada del compadrazgo, el nepotismo y el reparto de cuotas grupales en su gabinete; las demandas judiciales contra su antecesor y su negativa inicial para abrir los contratos de publicidad. Pero eso nada más fue el prelude de una tragedia mayor. Lo que estaba por ocurrir ni siquiera se comparaba con el cúmulo de chismes sobre cada una de las mujeres que pasaban por su vida y cuyos nombres llegaban puntuales a los oídos de Mónica.

El 11 de enero de 2007 comenzó con rumores de diversos calibres. Hasta se dijo que el propio gobernador habría perdido la vida en un accidente de helicóptero. Hacia las diez de la mañana la versión había cambiado: eran los dos, Mónica y Enrique, quienes habrían fallecido. Minutos después se supo que la presidenta del DIF estatal estaba internada en el hospital ABC de la Ciudad de México.

Son cuatro las versiones sobre las horas finales de la mujer. Dos de ella fueron publicadas por la revista rosa *Quién*. Una proviene de Claudia Pretelini, y coincide casi en todo con la del gobernador. "Cuando llegué, fue muy fuerte para mí ver a mi hermana toda entubada y conectada al aparato de resonancia. Entraban y salían doctores y enfermeras que le hacían toda clase de estudios para salvarle la vida", recuerda Pretelini, y añade que ella y su cu-

ñado acompañaron a Mónica en la ambulancia. El gobernador tomaba la mano de su esposa y le rogaba que no lo dejara.

Claudia recuerda que “a las 11 de la mañana del jueves, el doctor [Paul Shkurovich [Bialik]] fue muy claro con Enrique: ‘Ella ha entrado en un estado de muerte cerebral y no hay nada que la pueda salvar’. Peña Nieto, inconsolable, se negaba a aceptarlo. La ciencia ya había agotado lo humanamente posible, pero él aún tenía esperanza”. Las versiones de los familiares de Mónica concuerdan en que un ataque epiléptico fue el origen de los males mortales, y desmienten que la esposa del gobernador tomara pastillas para dormir o antidepresivos.

Sin embargo, a decir de Claudia, su hermana no tenía epilepsia sino una especie de crisis nerviosa, pues estaba sometida a una gran tensión debido a su trabajo en el DIF. También desmintió cualquier infidelidad de Peña Nieto y defendió la integridad moral del Ejecutivo local.

Aquel jueves 11 de enero los rumores fueron incontrolables por la falta de información oficial y porque médicos indiscretos hicieron comentarios sobre un supuesto traslado de Mónica, durante las primeras horas de la madrugada del jueves, a la Cruz Roja, cuyas instalaciones se encuentran a tres cuadras de la Casa de Gobierno, y donde no la recibieron porque ya iba muerta. Pero en esa institución nadie conocía el nombre de la rechazada. Y luego al Centro Médico de Toluca, que en realidad está en Metepec, a donde también había llegado muerta, y finalmente a un hospital del ISSEMyM.

Pasadas las diez y media de la mañana intentó aclararse la confusión. Se supo entonces, a través de portavoces, que la presidenta del DIF estatal y primera dama mexiquense estaba grave, internada en el hospital ABC de Santa Fe, en la Ciudad de México, por complicaciones derivadas de una crisis epiléptica. Hacia las once había sido trasladada a terapia intensiva. Y a la una de la tarde se confirmó: atendida por un grupo de médicos encabezados por el neurólogo Paul Shkurovich Bialik, Mónica presentaba muerte cerebral.

Al filo de las tres y media de la tarde se rompió el silencio para oficializar el fallecimiento de Pretelini. Atribuida su muerte a un brote de epilepsia tónica generalizada que le ocasionó un derrame cerebral y un paro respiratorio, la noticia cimbró a la clase política estatal. La ola expansiva le dio otros contornos a la tragedia porque, a través de esta defunción, con tintes de un negado suicidio, el electorado del país se condolió de la figura frágil del joven y apesadumbrado político viudo con sus tres hijos huérfanos. Habían estado juntos casi 14 años.

Nacida el 29 de noviembre de 1962, vivió casi siempre en la zona resi-

dencial Lomas de Tecamachalco, en el municipio mexiquense más panista: Naucalpan. Graduada en Historia del Arte y Filosofía, y con algunos diplomados a acuestas, Mónica conoció a Enrique en julio de 1993 mientras comían en El Mesón del Caballo Bayo. Fue amor a primera vista. Gracias a la intervención de su tío Montiel, él trabajaba para el exigente gobernador Chuayffet. Ella era presidenta de la Asociación de Colonos de Tecamachalco.

El era descendiente de cinco gobernadores, de muchos presidentes municipales —de Atlacomulco y Acambay— y de dos extintos jefes de la Iglesia católica mexicana, pero ella no desmerecía sin tener apellido de la elite política mexiquense. Y es que tenía amplias relaciones de poder, político y económico. Puede afirmarse que, incluso, más que él.

Aquel año sellaron su destino de la manera más simple, en una comunión plena de futuro. Se casaron el 12 de febrero de 1994 en la iglesia de Santa Teresita, en Lomas de Chapultepec. Ella era una mujer atractiva, de barba partida, de ojos pequeños y muy expresivos, de frente amplia; simpática, de carácter recio, exigente y mandona. Era independiente. Él tenía 28 años, pero representaba menos. Parecía adolescente y todavía no se engominaba el pelo. Ella tenía autoridad. Como dicen algunos que la conocieron, era una mujer de mando y de mano fuerte.

Se instalaron en una casita en Toluca, propiedad del ingeniero Enrique Peña del Mazo. Fueron años de felicidad, tenían todo en común. Más tarde se mudaron al residencial La Asunción, uno de los más fraccionamientos más exclusivos de Metepec. Nada hacía presagiar ningún panorama ominoso. De hecho, el horizonte fue más luminoso en 1999, cuando, a través de un escandaloso fraude, Arturo Montiel fue impuesto primero como candidato priista y luego como gobernador “constitucional”.

Valga la exageración, todo fue mucho mejor: Enrique llegó al gabinete, más tarde ganó una diputación local y, gracias a una orden que salió de la gubernatura, a la presidencia de la legislatura mexiquense. El resto era cuestión de tiempo.

MORIR DOS VECES

Aunque la televisión hizo una cobertura discreta de las exequias de Mónica, los centenares de esquelas publicadas en los diarios durante los tres días posteriores reflejaron el impacto por el duelo. Hubo quienes consideraron que muchas se insertaron para hacerse presentes, con fines políticos, antes los

ojos del gobernador, pero otras tantas apelaron a la pena real. Se hicieron familiares las imágenes de Paulina, Alejandro y Nicole, los tres hijos de la pareja, entonces de 12, diez y seis años de edad, respectivamente. La popularidad del gobernador se afianzó en su figura doliente.

La desventura sedujo a un país urgido de esperanzas y de héroes. En medio de la corrupción, las matanzas del narcotráfico, los secuestros, los asaltos y la pobreza, la muerte de aquella mujer, al margen de las extrañas circunstancias, levantó una ola de solidaridad generalizada. Como una caja de resonancia, las noticias sobre la decisión familiar de respetar la voluntad de Mónica y donar sus órganos para salvar o mejorar la calidad de vida de personas en lista de espera, fueron un bálsamo para los atribulados mexicanos.

Aun a riesgo de parecer prosaicas, en el mismo dolor brotaron sospechas y dudas por lo inusual de una muerte atribuida a la epilepsia. Eso dio lugar a otros rumores que desvanecieron la imagen de una pareja perfecta y feliz. Apenas empezaba a hablarse sobre las honras fúnebres en un mausoleo familiar de Toluca o Atlacomulco, cuando se filtró la revelación de una desacostumbrada ceremonia de cremación de los restos de Mónica.

También se desconocían los orígenes de la enfermedad, el llamado gran mal, del que nunca nadie habló y que aquejaba a Mónica desde 2005. Proliferaron asombradas versiones sobre su estado físico y emocional. Hubo quienes advirtieron que llevaba una vida normal y no presentaba signos del padecimiento mortal. Incluso se destacó que nadie se enteró jamás de la existencia de medicamentos o tratamientos especializados.

Lo que sí fue patente es que, al llegar a la gubernatura, Mónica y Enrique ya eran otros. Tenían problemas maritales. Pero a sus 44 años, su aspecto en público distaba de ser el de una mujer frágil, asustada y enferma. En todo caso, desde hace mucho tiempo la epilepsia dejó de ser mortal. Las estadísticas muestran que es rarísimo el deceso de un epiléptico si éste tiene buena atención médica, a menos que sea negligente en su cuidado. Las dosis de medicamento pueden reducirse en forma paulatina y, a la larga, las crisis pueden controlarse.

Verdad o no, salieron a la superficie el enfado de ella en la campaña, la frialdad de las últimas semanas, la crisis depresiva y una sobredosis de barbitúricos. Esto obligó al gobernador, a declarar a la revista *Quién*: “Mónica no se suicidó”. En esa entrevista, publicada el 21 de diciembre de 2007, confirmó versiones surgidas aquel fatídico jueves en Toluca: su esposa murió en Toluca la noche del mismo miércoles o durante las primeras horas de la madrugada del jueves, y no al mediodía del jueves en la Ciudad de México. Pa-

labras más, palabras menos, le dijo al reportero Alberto Tavira Álvarez que en el Centro Médico, en Metepec, intentaron reanimarla y reactivar sus signos vitales, aunque ya iba con muerte cerebral.

Si debe o no ventilarse en público el tema, es el mismo Peña quien se ha encargado de llevarlo a la prensa y mantener el impulso. Aprovechó las páginas de *Quién* para hablar de una conspiración de aquellos periodistas que plantearon interrogantes sobre la extraña muerte de Mónica: “Cuando estás en la política, cualquier tema que pueda ser aprovechado por tus adversarios para golpearte, lastimarte o desgastarte se va a utilizar. Lamentablemente, ésas son las reglas de la política”. Para él, las dudas sembradas fueron una barbaridad ofensiva y lastimosa. “Después del fallecimiento de mi mujer, comenzaron a decir mentira y media.”

Al día siguiente del fallecimiento, otra versión atizó las contradicciones. En su columna “En privado”, publicada el viernes 12 de enero en *Milenio Diario*, Joaquín López-Dóriga —quizá el periodista más escuchado e influyente en el gobierno mexiquense— reconstruyó algunas escenas, enriqueciendo lo que había dicho por televisión: “Inconsciente, llegó a un hospital de Toluca, desde donde, a las tres de la mañana, la trasladó [*sic*] al ABC, en el que era atendida por su médico, el neurólogo Paul Shkurovich Bialik, quien a las once de la mañana diagnosticó la muerte cerebral provocada por un paro cardiorrespiratorio a las dos de la mañana, a causa de un evento convulsivo, mal del que venía atendiendo a Mónica desde hace dos años”.

Sin embargo, en enero de 2007 el doctor Shkurovich dijo a José Gil Olmos y Ricardo Ravelo, reporteros de *Proceso*, que al filo de las once de la mañana del jueves la paciente se agravó y fue trasladada al área de terapia intensiva. Luego se le colocaron varios catéteres para regular algunas funciones. “Poco después el médico logró restablecer su respiración por medio de un ventilador y, tras una pausa, Pretelini fue sometida a un encefalograma y en ese momento, según Shkurovich, se determinó su muerte cerebral por falta de oxigenación, lo que técnicamente se conoce como encefalopatía anóxica —daños al tallo cerebral por falta de oxígeno— y se tradujo en la verdadera causa de su fallecimiento”. Mónica obró el milagro de morir dos veces.

Las cuidadosamente ocultas y enredadas circunstancias que rodearon la enfermedad, la medicación y los tratamientos de Mónica proporcionaron los ingredientes necesarios para que se rebasara los límites de la curiosidad, en virtud de ser Enrique el funcionario de mayor peso en la entidad mexiquense. Si los problemas de la pareja se pudieron ocultar y el alejamiento en cam-

paña quedó inscrito en el ámbito familiar, las interrogantes sobre el fallecimiento ejercieron una poderosa atracción.

¿Qué pasó aquella noche? Eso sólo lo sabe Enrique Peña. ¿Por qué la cremación? También él tiene la respuesta. El hecho es que la muerte de Mónica arremolinó las aguas de la política.

Al margen de las conjeturas, se supo que, desde al menos ocho meses antes de las convulsiones fatales, Mónica era atendida por el doctor Shkurovich, pero en Toluca se habló de un trastorno surgido en 2005. Si es exacta la versión, la campaña política supuso un gran sacrificio, aun si hubiera aprendido, como la experiencia ha demostrado en el caso de otros epilépticos, a controlar las crisis. Si desde ese 2005 apareció en forma repentina el gran mal, se lo ocultaron al público y a los funcionarios cercanos a Peña. Y el equipo de colaboradores de Mónica supo guardar un silencio sepulcral durante dos años, aunque estaba en peligro la vida de su jefa.

Conociendo la enfermedad, fue arriesgado, entonces, involucrarla en la campaña, porque provocar un ataque epiléptico es sencillo. Basta un pequeño susto para alterar el sistema nervioso central, por ejemplo, lo que desarrollaría un aura y el posterior ataque. Se ha documentado ampliamente que el inicio de los ataques también tiene relación con los estadios del sueño, sobre todo con las fases profundas. Los médicos saben que el REM —*Rapid Eye Movement*, en inglés; MOR, en español: Movimientos Oculares Rápidos— “es una fase anticonvulsiva, pero el resto del sueño no. Y por eso muchas crisis se presentan de noche”.

Y allí surgieron nuevas interrogantes. Si se conocía la enfermedad y sus riesgos, ¿por qué no hubo nadie para atender a Mónica en el inicio de la crisis, aquella noche del miércoles, con los recursos materiales y humanos a disposición de la gubernatura? Poquísimas evidencias públicas quedaron sobre ese problema personal de la primera dama. Física y anímicamente, Mónica parecía una mujer saludable y con muestras de entereza.

MASACRE EN VERACRUZ

Pero hay otro acontecimiento que se sumó a las dudas que continúan en el aire. El jueves 10 de mayo de 2007, en un ilógico asalto en las calles de Veracruz, asesinaron a cuatro escoltas de los hijos del gobernador mexiquense, todos elementos de elite y de confianza comisionados por la Agencia de Seguridad Estatal. La historia del atentado también está llena de contradicciones.

Para la familia Peña Pretelini todo comenzó por la noche, después de una cena en el tradicional café La Parroquia, en el malecón. Aquella era la primera celebración de las madres sin Mónica. Según los informes oficiales, pasadas las diez y media, los comensales abandonaron el restaurante. Paulina, Alejandro y Nicole, los hijos del gobernador, subieron a una camioneta Suburban negra acompañados por su tía, Claudia Pretelini Sáenz, y por otros dos adultos. Atrás, en una Durango gris plata, los escoltaban los cuatro agentes, encabezados por el experimentado Esquivel Almazán, armados con las reglamentarias armas cortas y, como apoyo, rifles de asalto R-15. Con excepción de Delgado Nabor, ninguno carecía de experiencia.

Minutos más tarde, al veinte para las once, mientras se dirigían al hotel Galerías Plaza avanzando sobre el bulevar costero Manuel Ávila Camacho y apenas cruzando la esquina con Simón Bolívar, frente a la Plaza de la Soberanía, el corazón de la zona turística del puerto, otras cuatro camionetas —dos de éstas Mitsubishi, de acuerdo con testigos— se unieron a la comitiva oficial mexiquense. En lo que pareció una acción agresiva y violenta, uno de los vehículos intentó rebasar por la derecha a la Durango para colocarse atrás de la Suburban de la cuñada y los hijos de Peña, pero lo impidió una maniobra efectiva de los guardaespaldas.

En otro rapidísimo movimiento, una de las Mitsubishi emparejó a la Durango y, ahora por el lado izquierdo, volanteó y golpeó al vehículo mexiquense, que se impactó contra la banqueta. Pero —y es necesario hacer un alto—, con dos acciones violentas, y con la delicada encomienda de cuidar a los hijos del gobernador Peña, ninguno de los cuatro escoltas supuso que eran víctimas de una agresión. Ninguno sospechó.

¿Acaso pensaron que jugaban a los autos chocones o que los conductores de las otras camionetas pretendían practicar arrancones? De forma sorprendente, todavía uno de los agentes se dio su tiempo para tomar el celular y comunicarse con Claudia Pretelini para pedirle:

—Siga usted al hotel, señora, tenemos un incidente, en seguida los alcanzamos.

Más incongruente resultó que los cuatro agentes responsables de velar por la seguridad de la familia del gobernador mexiquense hayan decidido detenerse para arreglar el “incidente” con los conductores de las Mitsubishi. La Suburban se adelantó “a toda velocidad” y se perdió calles adelante, hasta llegar al Hotel Galerías Plaza, donde se hospedaban los Peña Pretelini.

Entonces, dos de los escoltas mexiquenses se bajaron de la Durango, mostraron sus credenciales, se identificaron como policías y descubrieron,

ahora sí, que algo andaba mal. Recibieron una lluvia de disparos. Entre las calles Simón Bolívar y Valencia, sobre el bulevar, fueron recogidos más de doscientos casquillos percutidos. Los dos guardaespaldas que se quedaron arriba de la Durango, en el asiento posterior, tampoco notaron ninguna irregularidad. Y tampoco tuvieron tiempo de sacar sus armas.

Dos guardaespaldas cayeron muertos al instante, a unos metros de su vehículo. Los otros dos murieron dentro de la camioneta. Inútiles fueron las escuadras y los rifles de asalto R-15. "Fue una agresión sorpresiva y violenta, y cuando la cuñada del gobernador escucha los disparos, la camioneta iba adelante, imprime mayor velocidad para huir y llegar hasta el hotel", comentaría casi de inmediato Humberto Benítez Treviño, secretario general de Gobierno del Estado de México. Aparentemente, sin ninguna prueba, se atrevió a declarar que los agentes murieron en una confusión de narcotraficantes.

Muertos los cuatro escoltas, los asesinos abordaron sus camionetas y se perdieron en la zona turística del puerto. Minutos después llegó la policía veracruzana al lugar de la masacre e identificó a los cuerpos. Un comunicado emitido durante los primeros minutos del 11 de mayo dio cuenta del hecho, omitiendo la identidad de las víctimas. Sin embargo, la información generada en Veracruz no coincidió en algunos detalles.

En su boletín, la procuraduría veracruzana, que tampoco tenía pruebas, atribuyó la muerte de los policías mexiquenses a una confusión producto de las luchas de poder entre bandas del crimen organizado. Descartó cualquier atentado contra los hijos de Peña, porque éstos "ya se encontraban hospedados en su hotel" al momento del ataque. Luego surgió la otra versión: los custodios viajaban solos y no escoltaban a nadie.

En ese ambiente enrarecido, el procurador de Justicia veracruzano, Emeiterio López Márquez, informó que el caso había sido atraído por la PGR, aunque ésta lo negó. La Subprocuraduría de Investigación Especializada en Delincuencia Organizada sólo pidió una copia certificada de la averiguación previa. Antes que los veracruzanos, el gobierno mexiquense deslindó las razones del "incidente": no fue intento de secuestro, dijo un pálido gobernador. Tampoco fue acción de los narcos, informaba apresurado el secretario de Gobierno, quien sin evidencia alguna, señaló que una banda había confundido a los escoltas con un grupo rival y por eso había disparado. No dijo qué banda ni por qué los escoltas parecían miembros de una organización delictiva.

Un día después, en Valle de Chalco, Peña descartó que el homicidio de los escoltas asignados a sus hijos fuese un ataque dirigido a su persona o a

su familia. Con base en las primeras investigaciones, señaló que el tiroteo —que no fue sino una matanza— había sido una confusión de grupos relacionados con el narcotráfico, quienes habrían visto en los guardaespaldas a los rivales de una banda organizada.

“No hay la más mínima sospecha de que se trató de un ataque personal; realmente las primeras investigaciones y conclusiones a las que llegan las autoridades son que, presumiblemente, se trató de una confusión de grupos de sicarios. Dejaré que las autoridades competentes realicen las investigaciones correspondientes.” En parte tenía razón. Por el modo de operar, al parecer los guardaespaldas conocían a sus agresores. Tal vez por eso no intentaron defenderse.

Los cuatro agentes fueron sepultados en panteones de Zinacantepec y Toluca. A los familiares les entregaron 360 mil pesos por los seguros de vida y una compensación. Se les ofreció apoyo y se les pidió la debida discreción. Todos callaron. Muy pocos repararon en que Fermín Esquivel era una de las pocas personas que conocía detalles de la vida matrimonial de Enrique Peña y Mónica Pretelini, porque su comisión oficial con la pareja no había comenzado el día de su asesinato: llevaba varios años trabajando como escolta de la familia. La figura de Esquivel se fue difuminando hasta desaparecer.

El asesinato terminó por perderse en una maraña burocrática judicial a partir del lunes 20 de mayo de 2008, cuando un comando de encapuchados irrumpió en un domicilio de la avenida I6 de Septiembre en Luvianos —un pequeño municipio al sur del estado, sumido en la pobreza y bajo el dominio de *El Chapo* Guzmán, Los Zetas y La Familia Michoacana—, y ejecutó al maestro Ranferi González Peña, un supervisor escolar de zona de cuarenta y cinco años de edad, considerado hasta ese momento cabecilla de los asesinos a sueldo de La Familia.

El homicidio fue perpetrado con al menos una decena de descargas de armas de fuego de alto poder. Los asesinos encapuchados —quienes vestían uniformes negros con las siglas de las AFI y de la ASE— abordaron dos camionetas que los esperaban y huyeron. Pero cuando la familia de la víctima aún no salía del estupor, regresaron, levantaron el cadáver y lo metieron en uno de los vehículos. Luego enfilaron en dirección a una casa de materiales, donde secuestraron al arquitecto Ranferi González Rodríguez, hijo de González Peña.

Aunque únicamente se habló de dos camionetas, vecinos de la familia recuerdan que, a las ocho y diez de la mañana, por la I6 de Septiembre apa-

reció un convoy, instaló un retén en dos esquinas y, en un par de minutos, unos cinco sicarios descendieron de dos camionetas con vidrios polarizados, irrumpieron en el domicilio de González Peña y lo asesinaron, frente a su madre y dos de sus hermanas, de nueve y diez años de edad.

En las calles de Luvianos nadie habla. Se respira el miedo. Pero todavía se recuerda que, en los días previos a la ejecución y al secuestro, allegados al maestro Ranferi —hermano de Alberto González Peña, *El Coronel*, jefe de una célula de Los Zetas en la zona, desde donde lo ascendieron a Veracruz— abrieron la boca y alardearon sobre algunas propiedades “liberadas” luego de una incursión al puerto de Veracruz para silenciar a un grupo de agentes del Estado de México.

La segunda semana de enero de 2012, un documento abrió nuevas interrogantes. Perdida en un expediente sobre delincuencia organizada, de más de 5 mil fojas, en la averiguación previa PGR/SIEDO/UEIDCS/231/2008, aparece la transcripción de llamadas —de un teléfono intervenido— en las que un par de narcotraficantes da a conocer pormenores de la ejecución de los cuatro escoltas de la familia Peña Pretelini.

Hasta la aparición de este libro, la transcripción de las conversaciones sostenidas a lo largo de 24 llamadas, nunca se había hecho pública.

La explicación legal es clara: “Mediante la presente diligencia —el día 12 de agosto de 2008 ante el licenciado Fernando Moreno Alonso, agente del Ministerio Público federal— se procede a verificar el contenido de un disco compacto, el cual tiene la leyenda escrita ‘24 llamadas extraídas de un teléfono celular marca Sony S500i’ para lo cual se utiliza el equipo de cómputo oficial que se encuentra dentro de las instalaciones que ocupa esta Unidad de Investigación de Delitos Contra la Salud en su Coordinación General ‘C’. Una vez que se procedió a verificar el buen funcionamiento del equipo de cómputo, así como la claridad de las bocinas que de fábrica se integran como accesorio, equipo marca Lenix, se procede a insertar el disco compacto motivo de la presente diligencia procediendo a verificar su contenido, para lo cual se logra apreciar lo que a continuación se transcribe”.

Las llamadas se transcriben en 42 hojas tamaño oficio y, desde el inicio, dejan en claro que se trata del Estado de México.

“—Entonces la situación es que, andan sobre varias cabezas. Acá también en el estado.

”—Ajá.

”—Hay algunos cambios, Fabián dice que se iba para el Distrito Federal, Pepe Manzur. El licenciado y los [...] se presentaron hoy. Y ya les mar-

caron un arraigo. Aunque es domiciliar, él está muy bien, el pedo es que tu hermano, bueno pues habló mucho y lo puso pero gacho a él.

—Ajá, ajá.

—La cosa es desafanar la bronca y que se desafane la mayoría.”

El “Pepe Manzur” al que se hace alusión en la página dos de ese documento es José Manzur Ocaña, ex delegado de la PGR en el Estado de México. Como referencia, valga recordar que es medio hermano de José Manzur Quiroga, actual presidente de la legislatura del Estado de México, así como ex subsecretario general de Gobierno en los sexenios de Peña Nieto y de Arturo Montiel.

Aunque prácticamente en cada una de las páginas se hace alusión al Estado de México, es al llegar a las primeras líneas de la página 14 cuando aparece pleno el tema de la ejecución de los cuatro escoltas de la familia Peña Pretelini:

—Nada más Manzur. Hay la posibilidad de que se vaya a Veracruz. Pero con éste, Miguel [Fidel] Herrera, lo pidió para allá por una chamba especial que se hizo para el gobernador.

—Ajá, ajá —responde Eduardo.

—Entonces pues, le dan en la madre a los de seguridad de Peña Nieto.

—Sí, sí, sí —lacónica es la respuesta de Eduardo.”

Más claro, ni el agua: el Estado de México mató a los escoltas de Mónica. Mató los últimos momentos que de ella se pudieran recrear.

Paradójicamente, no hay nada claro. De cara a los comicios presidenciales de 2012, Enrique Peña Nieto tiene tras de sí algo más que una profecía, una noble stirpe política y religiosa y la fuerza del Grupo Atlacomulco. El ex gobernador que ha sabido explotar su imagen de galán de telenovela, particularmente entre las mujeres, para ganar popularidad, necesitará mucho más olfato y pericia de los que ha demostrado, para conseguir sortear los escollos que ha ido poniéndole en el camino su propio pasado. Llegar vivo a las elecciones, pese a los escándalos y a lo que aún permanece oculto, es el reto de Peña. Que no lo logre, es la esperanza de las huestes lopezobradoristas.

La tierra de los ilusos

EN MEDIO DE ERRORES HUMANOS y fallas institucionales se desarrolló el cómputo de la elección para presidente de la República de julio de 2006. Se abrieron paquetes electorales de manera fraudulenta; se cuantificaron boletas de más y de menos, que no coincidían con el número de ciudadanos que asistieron a votar, quedó en evidencia la intervención de grupos empresariales y del mismo jefe del Ejecutivo —Fox—, y se documentó la participación activa de los medios de comunicación en una campaña contra el candidato de la coalición Por el Bien de Todos. Nada fuera de lo normal.

Si bien hay elementos suficientes para evidenciar que hubo un fraude electoral, como describió nítidamente en septiembre de ese año el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación al emitir la calificación de los comicios, también es necesario analizar los otros factores que impidieron a López Obrador asumir la Presidencia de la República el 1 de diciembre de 2006 y, en su lugar, erigirse en “Presidente Legítimo”.

Mucho se ha escrito sobre los errores tácticos cometidos por el equipo de campaña. Empero, el meollo del asunto podría estar en lo que se considera fue el cambio de estrategia que llevó a AMLO hasta la cima de las preferencias electorales de 2001 a 2005.

Durante su periodo como jefe de Gobierno desarrolló una exitosa campaña de comunicación centrada en cuatro ejes: uno, a través de las conferencias de prensa matutinas controlaba la agenda política nacional; dos, el contenido mayoritario del discurso en las “mañaneras” fueron las críticas sistemáticas a la actuación del gobierno federal que, debido a sus abundantes errores, facilitaba a López Obrador obtener provecho político; tres, la construcción de grandes obras de infraestructura vial; y, cuatro, la ejecución de programas de alto impacto social que evidenciaban su capacidad como

administrador y gobernante. Con esta sencilla, pero efectiva estrategia, López Obrador logró presencia nacional. Así lo evidenciaban diversas casas encuestadoras en 2005. Con una intención del voto de 40 puntos porcentuales era claro que la estrategia de posicionamiento mediático había sido exitosa. Sin embargo, cuando inició la travesía para conquistar la Presidencia de la República, desde los tiempos del desafuero, el cambio fue radical y, por encima de cualquier estrategia, se privilegió el contacto personal a través de una “campana a ras del suelo”, método que no era nuevo en su quehacer político, y el cual, a propósito, había sido utilizado por el tres veces candidato presidencial Cuauhtémoc Cárdenas, así como por el viejo comunista Arnoldo Martínez Verdugo en 1982.

Fue abandonado el manejo sistemático de los medios, disminuyó el número de entrevistas con los periodistas, desdeñó algunos foros a los que había sido invitado, como fue el emblemático vacío a los patios de la Universidad Nacional Autónoma del México, y fue el gran ausente durante el primer debate organizado con los otros candidatos presidenciales el 25 de abril de 2006. Este último hecho jamás sería reconocido como un error por el ex candidato presidencial, quien, por el contrario, se justificó diciendo que era parte de un ajuste en la estrategia de campaña, que daría paso al desarrollo de una mayor presencia en los medios electrónicos a través de *spots*.

López Obrador arribó a una arena en condiciones desiguales. Su evidente desprecio por los medios se incrementó luego del recio ataque del cual fue objeto a mitad del proceso electoral, y en el que lo etiquetaban como “un peligro para México” comparándolo con el mandatario venezolano Hugo Chávez.

Paralelamente surgió una confrontación directa con el presidente de la República, Vicente Fox; en el escenario de conflicto político ambos se atacaron con igual intensidad, mas no con los mismos recursos. Y tales diferencias nunca fueron ponderadas por su equipo de campaña, que dejó fuera del análisis los riesgos que implicaba enfrentar al aparato gubernamental y, al mismo tiempo, pelearse con los medios, teniendo a su lado a especialistas como Federico Arreola, ex director del periódico *Milenio*.

La guerra que se libró en los medios fue incisiva y decisiva. Por ejemplo, a través de un organismo llamado “Ármate de valor” se patrocinaron *spots* en contra del tabasqueño; al quite entró también el Consejo Coordinador Empresarial, violando la legislación electoral. En tanto que desde la Presidencia de la República se pregonaba que “a mitad del río no se cambia de jinete” o que “si seguimos por este camino, mañana México será mejor que ayer”. Los

mensajes publicitarios de los programas sociales del gobierno federal, tales como becas, seguro popular, sistema de pensiones o promoción de la vivienda fueron aprovechados descaradamente por los panistas, que no incluyeron la frase que impedía su uso con fines partidistas.

Por su parte, el equipo de campaña de AMLO tardó más de 50 días en responder a los ataques mediáticos. Pero lo hizo tímidamente, centrando su defensa en ganar el proceso jurídico a través de una controversia constitucional presentada ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación, cuyo fallo del 24 de febrero de 2006, obligó al presidente Fox a retirar la campaña, reconociendo implícitamente la ilegalidad del acto de promoción.

Es en medio de esta batalla desigual donde Andrés Manuel acuñó la desafortunada frase de “cállate, chachalaca”, en alusión a la intervención de Fox en el proceso electoral. Y aun, con una mala videograbación, realizada con un teléfono celular, sus palabras se difundieron en miles de *spots*. Los medios, una vez más, se convirtieron en el principal contrincante, y la capacidad de respuesta del equipo de campaña de *El Peje* fue tímida, retrasada y poco efectiva.

En el cuarto de guerra no se modificó la estrategia general: la campaña electoral continuaría a ras de tierra, “informando” al electorado desde las plazas públicas sobre la iniquidad del proceso. Con esto se dio la impresión de que los mítines eran, más que actos de promoción del candidato, arengas en su defensa.

REDES QUE NO HILARON

Por otro lado, las maniobras del Instituto Federal Electoral para imponer funcionarios de mesas directivas de casilla no se circunscribieron al día de la jornada electoral, cuando 3.85 por ciento de los funcionarios fueron sustituidos por ciudadanos que se encontraban formados en la fila para votar. Días antes de la elección, el IFE reportó 22.03 por ciento de sustituciones de los ciudadanos insaculados que fueron capacitados para los comicios del 2 de julio de 2006. Esto significa que más de una cuarta parte de las personas que participarían en la jornada electoral fueron remplazadas.

Por su parte, el equipo de campaña encargado de la estructura electoral para la defensa del voto abrió varios flancos. El primero fue la conformación de una estructura, llamada Redes Ciudadanas, paralela a la existente en los partidos políticos que integraban la Coalición Por el Bien de Todos (PBT).

Esto ocasionó, justificadamente, que las dirigencias, particularmente del PRD, se sintieran desplazadas, como lo fueron.

Los niveles de cobertura efectiva de los representantes de casilla oscilaron entre 33 por ciento, en estados como Nuevo León; 50 por ciento en Sonora y Jalisco; y más de 90 por ciento en otros como Tabasco, Guerrero, Michoacán, Zacatecas y Baja California Sur. De acuerdo con datos del segundo reporte del Sistema de Información sobre el Desarrollo de la Jornada Electoral del IFE, la coalición del PRI tuvo mayor presencia en las más de 130 mil casillas instaladas para recibir la votación, pues logró cubrir 89.4 por ciento. En segundo lugar quedó el PAN, con 79.9 por ciento, y finalmente la coalición del PRD con 79.4 por ciento.

La ausencia de más del 20 por ciento de los representantes de casilla el día de la elección y la consecuente imposibilidad de contar con todas las actas para la defensa del triunfo fueron yerros que, desde la cúpula perredista, sirvieron para revelar la pugna interna que meses atrás había iniciado en el choque entre las estructuras de los partidos políticos y la estructura propia de López Obrador.

El líder del PRD sostuvo que las Redes Ciudadanas, además de presentar deficiencias y errores de coordinación, compitieron contra la misma estructura de los partidos aliados. Ya en el carril de la desesperación, siguieron lanzando culpas y nombrando responsables del fracaso del acopio de actas. De manera coincidente, en las entidades donde la confrontación entre estas estructuras paralelas llegó a la descalificación, tales como Estado de México, Guanajuato y Nuevo León, el porcentaje de representantes de casillas de la coalición PBT fue menor.

Los recursos destinados al pago de la estructura de representantes ascendieron a unos 50 millones de pesos. El problema no fue la falta de dinero, sino que fue mal distribuido. El PRD pagó la representación de casillas para el proceso local, en tanto que el proceso federal —donde se eligieron presidente de la República, senadores y diputados— fue responsabilidad de Alberto Pérez Mendoza —operador personal de AMLO—, quien se encargó de coordinar los esfuerzos de la estructura electoral.

Hubo, por tanto, múltiples fallas y errores porque el primero controlaba la estructura electoral formal, y el segundo el proceso operativo sin ningún respaldo legal.

Durante los meses de campaña las confrontaciones se percibían incluso en los mítines que organizaban ambos equipos. Era el PRD el que disponía de recursos financieros para pagar el templete, sonorizar eventos y movilizar

a simpatizantes, en tanto que las “Redes Ciudadanas” se limitaban a presumir la convocatoria a un evento de Andrés Manuel. En síntesis, la maquinaria electoral perredista fue subutilizada y relegada, en tanto que las redes, en su arrogancia, siempre imponían su actuar a nombre de López Obrador.

A mediados de 2004, ante el evidente embate del desafuero, ciudadanos de todo el país se organizaban de manera espontánea con el fin de impulsar la candidatura de Andrés Manuel. Fue así como grupos ciudadanos que no militaban en ningún partido encontraron un espacio de participación política alterna, fuera de las principales opciones partidistas. Nacieron las redes. Y Pío López, hermano del candidato, fue uno de los primeros promotores de éstas en el estado de Chiapas.

En octubre del mismo año, AMLO dio a conocer que Ricardo Monreal, Manuel Camacho, José Agustín Ortiz Pinchetti, Leonel Cota, Socorro Díaz y Raúl Ojeda coordinarían las Redes Ciudadanas a través de las cuales se canalizaría el apoyo brindado a su candidatura. Debido a la trayectoria de los responsables y a su histórica cercanía con el régimen priista, se les calificó como una estrategia creada por los salinistas, desconociendo la naturaleza de un movimiento ciudadano.

Fue este un error de cálculo que deliberadamente ignoraron López Obrador y algunos de sus allegados tabasqueños. No fue así con los perredistas. Las Redes Ciudadanas fueron fundamentales para la campaña. Constituían una estructura celosamente cuidada que tenía como objetivo complementar la insuficiente estructura electoral del PRD, la cual, sin embargo, terminaron por suplantar. Los roces derivados de esa decisión se agravaron con la ineficaz promoción del voto y la escasa vigilancia de las casillas por parte de personas que no contaban con experiencia electoral.

Es difícil asegurar que la aceptación del candidato presidencial ocurrió gracias a la articulación de las mencionadas redes. Los dirigentes del PRD argumentan que el voto duro del partido era sólo de 18 por ciento, en tanto que la intención del voto por AMLO era de 40 por ciento, lo que significaría que los 22 puntos de diferencia correspondían a ciudadanos que respaldarían al candidato y no al partido. Con ello se inauguraba una nueva expresión política del voto apartidista, que reflejaba la crisis de credibilidad de los partidos.

Las Redes Ciudadanas fueron integradas, en buena parte, por ex militantes del PRD, críticos de las corrientes que lo constituyen, retirados de sus cargos o defenestrados por las tribus. Muchos de ellos, con militancia político-partidista habían sido excluidos de las tareas del partido, y las Redes

Ciudadanas se convirtieron en el espacio idóneo para que retomaran su desarrollo político. El problema fue que, dada su experiencia en movimientos sociales, fácilmente pudieron “apoderarse” de la estructura de las redes.

Esta circunstancia modificó sustancialmente la correlación de fuerzas dentro de la izquierda mexicana, puesto que los “excluidos” contaban con un nuevo instrumento de organización política y, lo más importante, eran respaldados por López Obrador. En estas condiciones, los adversarios internos del PRD se trasladaron a otras estructuras y se confrontarían de nuevo, sin haber tenido el espacio suficiente para superar sus diferencias.

PROTESTA POSTELECTORAL

Históricamente, la izquierda mexicana nunca ha estado preparada para generar estrategias alternativas de acción o, para decirlo coloquialmente, no saber armar un “plan B”. De hecho, difícilmente se toma el tiempo necesario para planificar los trabajos políticos o electorales.

La ruta establecida durante la campaña presidencial de 2006 jamás consideró en su diseño estratégico la posibilidad de perder la elección. Y si bien sus adversarios políticos —Fox y el PAN— fraguaron un fraude al más puro estilo priista, desde el interior del equipo de campaña lopezobradorista se contribuyó al traspie que finalmente impidió a López Obrador ser presidente de México.

La noche del 2 de julio, en el Zócalo de la Ciudad de México, López Obrador informó que, con base en una muestra representativa de los conteos rápidos, había ganado con al menos medio millón de votos de ventaja; lamentó que el IFE no se hubiera pronunciado a favor de la coalición que encabezaba y se comprometía a defender el triunfo electoral. A pesar de ser un discurso muy corto, el tono fue de regocijo y confianza.

El discurso fue diametralmente opuesto un día después del cómputo en los 300 distritos electorales federales. El jueves 6 de julio de 2006 se decidió convocar a una asamblea informativa en el Zócalo de la Ciudad de México, a realizarse el sábado. Allí se informó que al día siguiente se presentaría ante el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación una impugnación y la solicitud de realizar un recuento de voto por voto, casilla por casilla.

Durante la asamblea informativa se establecieron cuatro líneas de acción para defender el triunfo electoral. La primera actividad era convocar a una marcha nacional por la democracia, a partir del miércoles 12 de julio, que

partiría desde cada uno de los 300 distritos electorales hacia la Ciudad de México. Los encargados de organizarla serían los dirigentes de los tres partidos políticos de la coalición, candidatos a diputados y senadores, gobernadores, presidentes municipales y diputados locales.

Los esfuerzos por acatar la instrucción fueron aislados y no en todas las entidades del país se desarrollaron, porque se reveló de inmediato la inviabilidad material de esta actividad. La marcha era una barbaridad o una inconciencia. Por ejemplo, desde los distritos ubicados en Baja California habría que caminar más de 2 mil 786 kilómetros para trasladarse a la Ciudad de México, y lograrlo en cinco días, pues el domingo 16 de julio se desarrollaría la segunda asamblea informativa.

La siguiente acción fue convocar a la segunda asamblea informativa el domingo 16 de julio, con la consigna de que cada asistente invitara a diez personas más. Sin embargo, ante la incapacidad del Zócalo para albergar a tanta gente, se propuso marchar desde el Museo de Antropología, lo cual sí hizo, pero con un contingente diez veces inferior al convocado.

La tercera línea de acción consistió en conformar comités de difusión como sistema de contención ante un eventual cerco informativo. Pero la creación de éstos tenía varias implicaciones, por ejemplo, el reconocimiento implícito de la poca efectividad y madurez de las Redes Ciudadanas, que deberían ser la vanguardia del movimiento por la defensa del voto, puesto que, en teoría, tendrían presencia en cada estado, cosa que en los hechos no consiguieron.

Con esta definición se borró del esquema de defensa a la estructura paralela, después de meses de confrontación y desgaste. Finalmente, como en los tiempos del desafuero, se propuso portar el moño tricolor distintivo de la lucha por la democracia en México.

La segunda asamblea se desarrolló, como estaba previsto, el domingo 16 de julio. En ésta se informó la decisión de reforzar los campamentos levantados en las afueras de las instalaciones de los 300 consejos distritales donde se encontraban los paquetes electorales. El objetivo era evitar la extracción o introducción ilegal de boletas a los paquetes.

Cuando las fuerzas amadas tomaron las instalaciones, cada consejo se convirtió en un búnker impenetrable al que sólo podían acceder quienes acreditaran trabajar para el IFE o formar parte del Consejo Distrital, como los representantes de un partido político. De este modo, los campamentos lopezobradoristas no fueron sino guardianes del fraude, pues se plantaron frente a las instalaciones, pero no tenían derecho a entrar a ellas. Por lo mismo, ignoraban qué estaba pasando.

Luego la propuesta inicial se modificó sustancialmente. Ya no se marcharía al Distrito Federal sino que cada consejo se convertiría en un centro de información y divulgación a favor de la causa. Por otro lado, se olvidaron de los comités de difusión y, en su lugar, se llamó a integrar un comité único y central que definiría las acciones para defender la democracia mediante la resistencia civil pacífica.

El modelo de aprendizaje a través del método de prueba y error revela la inexistencia de un plan general de defensa del voto, el cual tardaría varios días en tomar forma y consolidarse en la convocatoria para la llamada Convención Nacional Democrática (CND), que tampoco escapó a las improvisaciones y a la falta de planificación.

El domingo 30 de julio se desarrolló la tercera asamblea informativa, durante la cual López Obrador expresó: "Es preciso que reconozcan mi triunfo como presidente la República, pero lo fundamental es que haya democracia en nuestro país", y para hacer valer esta consigna propuso un nuevo plan.

Como buen lector de la realidad y de sus circunstancias, López Obrador calculó el respaldo popular de sus seguidores y peso de los artistas, científicos e intelectuales que se habían sumado a su causa y lo seguían haciendo. En este contexto decidió iniciar el plantón, declarando asamblea permanente la movilización hasta que el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, contara los votos y se pronunciara por un presidente de la República, electo con un piso mínimo de legalidad. La decisión fue legitimada en el mitin con una simple votación a mano alzada.

En la plancha del Zócalo se instalaron 31 campamentos, uno por estado. A lo largo del corredor formado por las calles de Madero, Juárez y Paseo de la Reforma, hasta la Fuente de Petróleos, se establecieron los habitantes de las 16 delegaciones del Distrito Federal. En total 47 campamentos con una coordinación integrada por senadores y diputados electos, jefes delegacionales, dirigentes de los partidos y un representante de las Redes Ciudadanas

Si el respaldo ciudadano obtenido el día de la jornada electoral alcanzó los 35.31 puntos porcentuales, todo se fue abajo por esta operación radical: el costo político fue calculado en una pérdida aproximada de diez puntos. Además, las condiciones climáticas, el embate de los medios de comunicación y el cerco informativo minimizaron la efectividad de la presión a través del plantón. El resultado inmediato fue que personalidades de los ámbitos cultural, intelectual y artístico comenzaron a marcar distancia e incluso emitieron fuertes críticas al cauce que había tomado el movimiento.

El plantón duró 45 días. Inició el 30 de julio y concluyó el 15 de sep-

tiembre, y su organización sufrió severas modificaciones desde el principio. Por ejemplo, al mediodía del lunes 31 de julio, desde el templete del Zócalo, AMLO tomó la palabra y, en un mensaje corto, se detuvo, corrigió e invitó a los pocos que lo escuchaban a regresar a las siete de la noche. Era evidente que muchos de los campamentos estaban desolados, particularmente los más alejados del Zócalo.

En la segunda reunión de ese día, ya con más cuórum, hizo un intento desesperado por justificar el plantón, valiéndose de lo que llamó la hipocresía de la derecha. El mensaje no era para los asistentes a la asamblea permanente, sino para el presidente Fox, a quien le recordó que en 1991, cuando fue candidato a la gubernatura de Guanajuato, y quedó con una desventaja de 18 puntos, denunció un fraude electoral y convocó a la resistencia civil, tomó carreteras, el aeropuerto internacional de la ciudad de Guanajuato y las plazas municipales de León, Celaya, Dolores e Irapuato.

El doble discurso en contra de la derecha era veneno puro para el mismo candidato presidencial perredista, puesto que no más de 15 días antes, y en ese mismo lugar, durante la primera asamblea informativa, se había comprometido de manera contundente a no afectar a terceros con el cierre de carreteras.

Se organizó, asimismo, una detallada agenda de “pase de revista” a los campamentos que, diariamente, iniciaba a las siete de la mañana y concluía al medio día. El mensaje en cada campamento no variaba en lo sustancial. Básicamente agradecía a los “compañeros” por aceptar quedarse aun sin estar preparados; se agradecía también a los representantes populares electos que se habían solidarizado, y se recordaba la consigna motivo del plantón: la solicitud al tribunal de un recuento de todos los votos, a cambio del cese de las movilizaciones.

Durante los recorridos también hacía hincapié en que no se estaba pidiendo otra elección, sino limpiar la realizada. Este argumento tenía sentido, ya que la pérdida acelerada de respaldo popular y la embestida de los medios de comunicación hacían inviable una nueva contienda electoral con posibilidades reales de triunfo para la Coalición por el Bien de Todos.

Así se desarrollaron los 45 días del plantón. Desde ahí se fueron dando a conocer las evidencias del fraude. Horacio Duarte, Claudia Sheinbaum y Ricardo Monreal exponían en tono académico el conjunto de irregularidades. Destacaron los llamados “errores aritméticos” en el llenado de las actas en 60 por ciento de las 130 mil casillas, esto es, en 72 mil no se realizaron adecuadamente las sumas. Quedó en evidencia también que hubo 250 casillas donde se registraron más votos que electores; 600 donde el resultado no

coincidía con las actas, y se denunció, incluso, la falta de más de 900 mil boletas electorales que nunca aparecieron.

En términos mediáticos, la ocupación del Zócalo y Paseo de la Reforma fue la noticia constante durante esas largas jornadas, hasta el mes de septiembre. El tema que originó el conflicto, la elección, se fue diluyendo sin pena ni gloria. El plantón sirvió como una cortina de humo para tapar el cúmulo de irregularidades electorales, incluidas las de la votación.

El 6 de agosto, el TEPJF rechazó la solicitud de apertura de todos los paquetes electorales para el recuento voto por voto, aunque sí permitió la revisión de 11 mil 839 casillas. Un día después, en el mitin de las siete de la tarde, López Obrador dijo: “No estamos en contra de las instituciones”, en un intento desesperado por que el tribunal modificara su decisión y concediera la apertura total.

El 13 de agosto, AMLO tenía claro el camino de la imposición. Comenzó entonces a delinear las nuevas acciones del movimiento, entre las cuales propuso desarrollar una movilización cuando le dieran su constancia de mayoría a Felipe Calderón, protestar el 1 de septiembre en el informe presidencial, celebrar el Grito de Independencia en el Zócalo capitalino y convocar el 16 de septiembre a la Convención Nacional Democrática, donde se definirían las acciones posteriores.

El costo del plantón de 45 días ascendió a 45 millones de pesos, por la renta de carpas y templete, además de 600 mil pesos por la compra de arroz, frijol, azúcar, café y agua a granel. El PRD nacional pagó el alquiler de los baños portátiles dentro del Zócalo; se calcula que, con los gastos adicionales, el costo por mantener los 47 campamentos en el Centro Histórico y Reforma fue de 250 mil pesos diarios, como consigna la revista *Proceso*, edición 1553.

UN CAMINO DE SALIDA

La Convención Nacional Democrática se convertiría en la válvula de escape para dar una salida digna y de percepción trascendente e histórica al autodenominado Movimiento Nacional por la Esperanza. La convocatoria para la CND fue emitida el 15 de agosto y su comité organizador estaba integrado por José Agustín Ortiz Pinchetti, Jesusa Rodríguez, Rafael Hernández Estrada, Socorro Díaz, Dante Delgado, Gonzalo Yáñez, Elena Poniatowska y Fernando Shüte.

El punto de mayor trascendencia del llamado a la convención era el

nombramiento de los delegados que asistirían, puesto que serían los encargados de decidir y definir mecanismo para efectuar la conversión de un movimiento de protesta de origen electoral a un órgano de gobierno nacional que otorgaría la "Presidencia Legítima" a López Obrador.

A finales de agosto crecían los rumores en el interior de los campamentos. Se decía que maestros afines a la lideresa Elba Esther Gordillo Morales, en el estado Querétaro, estaban preparando un grupo de choque para desalojarlos, y que habían introducido artefactos a diferentes instalaciones para intimidar y crear desorden.

En este ambiente, el dirigente del movimiento declaró públicamente que se estaban preparando para enfrentar un golpe de Estado. Todos serían testigos del quebranto institucional. Y describió que el plan de consumación que la derecha ejecutaría, consistía en controlar los medios de comunicación, buscar legitimidad en el extranjero, pactar con el PRI —como pasó—, crear programas sociales de apoyo a los más desprotegidos y dar un golpe espectacular para desviar la atención.

En realidad no había nada nuevo en esa estrategia; era la reedición de lo sucedido en el fraude electoral de 1988 contra el Frente Democrático Nacional. Para esas alturas el escenario estaba bastante claro: los grupos de poder del país utilizarían todos los recursos del Estado para imponer en la Presidencia de la República al candidato panista.

El 28 de agosto el tribunal validó los resultados que daban ganador a Calderón. Ante esa circunstancia se describió el nuevo plan: uno, desconocer el resultado del cómputo oficial; dos, rechazar la usurpación del Ejecutivo; tres, convocar a constituir un gobierno de representación legítimo; cuatro, describir un programa de política gubernamental y, cinco, el nuevo órgano de gobierno tomaría posesión el 20 de noviembre.

Se proponía que la gente discutiera estas propuestas en las colonias, barrios, escuelas y en el interior de las organizaciones sociales. Tendría que haber debates y resoluciones que los delegados, previamente acreditados, expondrían en las distintas mesas que se instalarían, por regiones, el 16 de septiembre, para que, de manera democrática, se tomaran las decisiones.¹

En medio de este nuevo cambio de estrategia llegó el 1 de septiembre, día último informe de gobierno de Fox, cuando se tenía previsto acudir al recinto legislativo para protestar en contra de la imposición. Marcelo Ebrard informó que la Policía Federal Preventiva y el Ejército habían cercado San Lázaro con 2 mil 840 elementos de la PFP, 800 del Estado Mayor Presidencial, 200 del grupo de operaciones especiales; 40 tanquetas y 120 camiones costeros. Ade-

más habían instalado cinco retenes entre el Zócalo y el Poder Legislativo y habían cerrado 11 estaciones del metro en los alrededores. Se calculó que el costo del dispositivo de seguridad ascendió a 157 millones de pesos, de los cuales, 30 habían sido para pagar la valla de diez kilómetros de largo con la que físicamente se impedía el paso a la zona ocupada por la policía y el Ejército.

Se acercaba el clímax de la protesta. En su discurso de ese 1 de septiembre, López Obrador persuadió a sus seguidores de evitar la confrontación. Les pidió que no asistieran al lugar donde se desarrollaría el informe y centraran toda su creatividad y energía en la Convención Nacional Democrática. Fue en este marco en el que AMLO mandó al diablo a las instituciones.

Muchas organizaciones se dieron a la tarea de discutir seriamente los temas propuestos en la convocatoria, los cuales establecerían una etapa diferente en la vida pública del país, concretamente en el combate a la pobreza, la defensa del patrimonio nacional, el acceso público a la información, la lucha contra la corrupción y la impunidad y la renovación de las instituciones.

El movimiento fue conducido simultáneamente por varias rutas. Las decisiones fundamentales se modificaron de manera sustancial, tomadas a última hora y bajo un esquema vertical que sólo consultaba a la masa cuando de legitimación se trataba. Por ejemplo, la idea de continuar en plantón hasta el 15 de septiembre carecía de sentido; no había posibilidades de lograr eco en las demandas del movimiento. La realidad se había impuesto. La definición de que López Obrador daría el Grito de Independencia cambió y, por negociaciones con el Ejecutivo federal, fue designando Alejandro Encinas. El anuncio de que la CND iniciaría a las diez de la mañana también se alteró: arrancó por la tarde, tras concluir el desfile.

El 16 de septiembre iniciaron los trabajos de la CND. A las cinco de la tarde la escritora Elena Poniatowska habló de la capacidad crítica de los hombres libres. Rechazó al fanatismo que limita, pero elogió ciegamente a López Obrador.

Rafael Hernández dio cuenta de los trabajos previos a la convención. Informó que se desarrollaron más de 10 mil asambleas populares y más de 150 foros de debates en los estados de la República; se recibieron miles de ponencias individuales y colectivas de todo el país. Se registraron ante la comisión organizadora más de 1 millón 25 mil delegados.

Las conclusiones fueron las mismas que López Obrador había dado a conocer 20 días atrás: desconocer la declaratoria de validez de la elección presidencial y, en consecuencia, rechazar la imposición de Calderón, apoyar el programa de cinco puntos de la convocatoria y organizar un Congreso

Constituyente para refundar la República. Según la orden del día, al abordar los temas de las ponencias se presentarían iniciativas basadas en los materiales recibidos y analizados; sin embargo, escasearon las propuestas en los discursos que se limitaron a respaldar al líder máximo.

Para avalar el contenido de la convención se dio la vuelta al debate, se evadió la discusión y, a la socorrida costumbre mexicana, se recurrió al método “salvador” de la mano alzada. Todas las propuestas fueron aceptadas por mayoría. Se había decidido: la CND otorgaría el cargo de “Presidente Legítimo” de México a Andrés Manuel López Obrador.

Óscar Darán refiere en la revista *El Cotidiano*, de la Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, que durante el discurso se lograba percibir la comunicación entre el líder y sus seguidores, tanto que llegaba a asustar por los sentimientos que desataba: desde el más humilde cariño al personaje hasta la total sumisión a sus decisiones, sin importar si se contradijeran con medidas previas.

La CND cumplió un papel vital: le otorgó trascendencia al movimiento postelectoral que, dados los resultados, fracasó en sus demandas, aunque permitió levantar el plantón cubriendo sus debilidades y su enorme desgaste.

La CND generó una gran expectativa por los antecedentes históricos a los que se aludía, pero el desconocimiento de las reglas básicas sobre su propia organización derivó en caos. El día de la convención no hubo registro de delegados, no se dispusieron mesas regionales para el análisis de los temas; lo discutido por organizaciones sociales, sindicatos y asociaciones civiles no fue considerado trascendente, no se debatieron los puntos de la convocatoria y se enunciaron de manera superflua, sin concluir ni proponer nada en concreto.

Las decisiones importantes se habían tomado con antelación y solamente se expusieron para su conocimiento ante la asamblea, que tenía dos alternativas: las aceptaba o las rechazaba. No podrían modificarlas. El sentido de pertenencia al movimiento hizo imposible una discusión sobre cualquier tema que pusiera en duda directrices establecidas. En una organización política, estas prácticas distaban de ser democráticas; por el contrario, reproducían esquemas verticales de imposición.

“GOBIERNO LEGÍTIMO”

La crisis institucional en la que se sumió México a raíz del proceso electoral de 2006 generó un espacio idóneo para la supervivencia del movimiento en-

cabezado por López Obrador. La falta de confianza en las instituciones con autoridad para nombrar al presidente de México, se agudizaba con la falta de legitimidad del nuevo jefe del Ejecutivo.

Por su lado, Andrés Manuel continuó imponiendo su voluntad en el GDF, pese a que ya no lo encabezaba. Durante su discurso de toma de protesta, le “propuso” a Marcelo Ebrard, el nuevo jefe de Gobierno, implementar un mecanismo para que en el D.F. la leche Liconsa siguiera costando 3.50 pesos y no 4.50, como había dispuesto el gobierno federal. Convencido de que atendería la petición, dijo que con la sensibilidad social y política que lo caracterizaban, sabría corresponder con lealtad a los pobres de la Ciudad de México.

A pesar de no controlar las estructuras de la administración pública federal, la correlación de fuerzas entre los dos gobiernos, en el D.F. y el *legítimo*, ha permitido que el lopezobradorismo alcance niveles de organización tan elaborados que, en momentos clave, han marcado el rumbo de las decisiones en el país.

El 20 de noviembre de 2006, Andrés Manuel asumió la “Presidencia Legítima” y conformó su gabinete con 12 secretarías: Laura Itzel Castillo Juárez, asentamientos humanos y vivienda; Asa Cristina Laurell, salud; Raquel Sosa Elizaga, educación, ciencia y cultura; Martha Elvia Pérez Bejarano, estado de bienestar; Bertha Elvia Luján Uranga, trabajo; Claudia Sheinbaum Pardo, patrimonio nacional; Luis Linares Zapata, desarrollo económico y ecología; Mario Alberto di Constanzo Armenta, hacienda pública; Octavio Romero Oropeza, honestidad y austeridad republicana; Bernardo Bátiz Vázquez, justicia y seguridad; Gustavo Iruegas, relaciones internacionales y José Agustín Ortiz Pinchetti, relaciones políticas.

El recién nombrado gabinete conformado por seis hombres y seis mujeres tendría como tarea elaborar diagnósticos sobre los principales problemas del país y proponer soluciones, según fuera el caso. Sin embargo, si se elaboraron, no se sabe, ya que públicamente nunca se dieron a conocer. Por lo menos, ningún perredista de base conoció nada.

Con las elecciones intermedias de julio de 2009 hubo un ajuste importante en el “Gabinete Legítimo”. A través del Partido del Trabajo y de la Coalición Salvemos México, formada por el PT y Convergencia, AMLO consiguió su propia bancada legislativa realineando a Mario di Constanzo, Bertha Elena Luján Uranga y Laura Itzel Castillo.

Quienes asumieron sus nuevas responsabilidades fueron Agustín Díaz Lastra, hacienda pública; Jesús Martín del Campo, trabajo; Layda Sansores

Sanromán, asentamientos humanos y vivienda. El ex embajador Gustavo Iruegas falleció en octubre de 2008, y su cargo en relaciones internacionales pasó a manos de Héctor Vasconcelos. Con los nuevos nombramientos ya no se pudo presumir la igualdad de género inicial.

En las listas de candidatos a diputados federales plurinominales por el PT y la Coalición Salvemos México —PT y Convergencia—, AMLO incorporó a varias personalidades cercanas al movimiento, como Porfirio Alejandro Muñoz Ledo y Lazo de la Vega, Ifigenia Martínez, Laura Itzel Castillo, Jaime Cárdenas Gracia, Bertha Elena Luján Uranga y Octavio Romero Oropeza. Algunos otros compitieron por su propio distrito, como fue el caso de José Gerardo Rodolfo Fernández Noroña, pero no todos conquistaron una curul.

Bajo la inercia de la plataforma electoral que abanderó como candidato, ya como “Presidente Legítimo”, AMLO estableció 20 compromisos. Entre los más importantes se encontraba el proceso de renovación de las instituciones públicas, que se lograría llamando a un debate nacional para promover un plebiscito con miras a elaborar un nuevo marco constitucional. Lejos se encontraba la convocatoria para conformar un Congreso Constituyente, como había aprobado la CND.

Como otros puntos, todo mundo lo olvidó.

De los 20 compromisos, sólo en cuatro se describió que serían llevados a cabo a través de iniciativas de ley, tales como el derecho a la información, el combate a la corrupción, la reorientación del gasto público del presupuesto beneficiando a la salud y a la creación de empleos y la promulgación de la ley de precios competitivos para combatir a los monopolios.

Los otros 16 fueron enunciativos. En otras palabras, carecían de método para llevarse a cabo. Por ejemplo, atender el problema de la migración y oponerse a la construcción del muro fronterizo, vigilar la actuación de los ministerios públicos, rechazar el cobro de IVA en alimentos y medicamentos, crear una comisión de la verdad para investigar el Fobaproa, defender el derecho al salario justo, luchar para que los trabajadores del sector informal tuvieran acceso a la seguridad social, defender el derecho a la autonomía sindical, no permitir la privatización de la industria energética, defender el patrimonio nacional e impulsar el cumplimiento de los acuerdos de San Andrés.

Ninguno de estos pronunciamientos iba acompañado por la descripción del mecanismo mediante el cual se alcanzaría el objetivo planteado. Tampoco fueron establecidos los respectivos responsables. No había, pues,

articulación entre los compromisos adquiridos y las comisiones de los secretarios integrantes del “Gabinete Legítimo”, ni se asignaron los instrumentos materiales y financieros para lograrlo. Sin embargo, el gasto corriente calculado para el funcionamiento del “Gobierno Legítimo” en 2007, ascendía a más de un millón 163 mil pesos mensuales, según refiere Carina García en una investigación publicada en el periódico *El Centro*, en marzo de 2007.

Dichos recursos se distribuían de la siguiente forma: salario del “Presidente Legítimo”, 50 mil pesos; del gabinete, 600 mil pesos; de las secretarías, 200 mil pesos; del personal de apoyo, 7 mil 500 pesos y los encargados de los módulos de afiliación, 3 mil. Un subsecretario recibiría de 20 a 25 mil pesos; para la renta de los dos inmuebles sede del “Gobierno Legítimo”, en Ejército Nacional y la colonia Roma, se destinarían 40 mil pesos; otros 6 mil al pago de teléfono y luz; 15 mil a las giras y 252 mil pesos a un programa de televisión.

A esos gastos habría que sumar los sueldos del equipo operativo cercano a López Obrador, como su vocero, chofer o jefe de logística, el equipo de ayudantía y sus asesores; combustibles, viáticos y la producción de su mensaje semanal que se distribuía en las redes sociales, como Youtube. Es un largo etcétera que le permitiría a AMLO trabajar en sus oficinas de lunes a miércoles, y emprender sus incansables giras por el interior de la República de jueves a domingo.

La investigación de *El Centro* arrojó que la cuenta concentradora de recursos estaba a nombre de Honestidad Valiente A.C., abierta en el banco HSBC con el número 04038497855. Se ha calculado que los ingresos registrados en esta cuenta ascendían a 2 millones de pesos mensuales, aproximadamente.

En enero de 2007, durante su reunión plenaria celebrada en Yucatán, los integrantes del grupo parlamentario del PRD en el Senado acordaron donar 10 mil pesos de su dieta mensual al movimiento. Con 26 senadores en total, la cifra ascendía a 260 mil pesos mensuales. Por su parte, los 127 diputados federales aportarían un aproximado de 7 mil pesos cada uno, lo que sumaba la cantidad de 890 mil pesos. De forma similar, los 34 asambleístas donarían 5 mil 500 pesos, alcanzando los 187 mil mensuales.

Los legisladores que no pertenecían al PRD, pero sí al Frente Amplio Progresista, aportaban 30 mil pesos y, finalmente, los funcionarios del Gobierno del Distrito Federal contribuirían con cinco por ciento de su salario. Otros ingresos correspondían a la aportación que el PRD del D.F. hacía a Honestidad Valiente a través del FAP, como resultado del acuerdo del Con-

sejo Estatal aprobado en febrero de 2007, registrado en los gastos del partido como “actividades políticas”. Por otro lado, las aportaciones ciudadanas voluntarias ascendían unos 800 mil pesos mensuales.

Se estima que en las grandes concentraciones celebradas el 16 de septiembre y el 20 de noviembre de 2006 en el Zócalo capitalino, en la Convención Nacional y la toma de protesta se gastaron 3.4 millones de pesos y 3.3 millones de pesos respectivamente, los cuales fueron cubiertos con aportaciones de 27 mil pesos por cada legislador.

Los métodos que el actual jefe del Ejecutivo, Felipe Calderón, o sus aliados, han utilizado para atacar al “Gobierno Legítimo” han sido de lo más variado. En junio de 2008, el Consejo General del IFE aprobó, por mayoría de cinco votos contra cuatro, sancionar al PRD y al PT por un monto de 894 mil pesos por violar el Cofipe, al utilizar la frase “Presidente Legítimo”, para referirse a Andrés Manuel López Obrador; además, les prohibió a ambos partidos el uso de dicha frase en sus promocionales en los tiempos oficiales de radio y televisión. Algunas decisiones del IFE son tan claras como monstruosas. El desenlace final es claro: un organismo desacreditado y escasísima credibilidad.

Del mismo modo se logró que el 5 junio del 2007 HSBC cancelara las cuentas de la organización Honestidad Valiente A.C. El argumento central del comunicado que emitió el banco fue: “Por así convenir a los intereses de esta institución, damos por terminado el contrato de depósito bancario de dinero del que es titular”. El oficio fue firmado por el contador público Ramón Bernardo Martínez Juárez.

Al momento de la cancelación de la cuenta, la organización había recibido 15 millones 871 mil 560 pesos de noviembre del 2006 a junio de 2007. Los depósitos fueron realizados por aproximadamente 12 mil donantes, lo que significa, en promedio, mil 300 pesos por ciudadano. César Yáñez reconoció que existía la posibilidad de que entrara dinero sucio, aunque nadie podía aportar más de 30 mil pesos de manera anónima.

Mario di Constanzo, secretario de hacienda *legítima*, responsabilizó a Calderón por el cierre de la cuenta, y apuntó que HSBC fue uno de los tres bancos beneficiados por el Fobaproa. En mayo de 2005 le tocó al movimiento zapatista sufrir la cancelación de sus cuentas en BBVA-Bancomer, bajo el argumento de que “el banco debería de protegerse de lavado de dinero”.

Los ingresos del “Gobierno Legítimo” no fueron constantes. En noviembre de 2008 tuvieron que desocupar el inmueble ubicado en Ejército Nacional 359, en la colonia Granada, por no tener liquidez para cubrir la

renta. Ese año, Ortiz Pinchetti aseguró que ningún secretario había recibido sueldo desde enero, por lo que su trabajo había sido voluntario. Agregó que los integrantes del gabinete habían acordado no exigir salario para no ahogar el escaso presupuesto legítimo, pues ya había dificultades para financiar las giras, organizar movilizaciones y desarrollar actos públicos.

A pesar de haber pactado el apoyo permanente para el movimiento, senadores como Minerva Hernández y René Arce dejaron de aportar por las constantes descalificaciones de López Obrador al Poder Legislativo y por las reiteradas decisiones autoritarias del “Presidente Legítimo”. Ambos personajes abandonarían las filas del PRD para sumarse al PAN y al PRI, respectivamente.

Lo más trascendente del quehacer político del “Gobierno Legítimo” no fue ser la sombra del gabinete de Calderón, sino construir la red de representantes más grande y con mayor cobertura territorial a nivel nacional. La prueba está en que, para marzo de 2009 había concluido su primer recorrido por los 2 mil 38 municipios con régimen de partido, faltándole sólo los 418 municipios indígenas de Oaxaca regidos por usos y costumbres.

En 430 días el “Presidente Legítimo” recorrió 148 mil 173 kilómetros, visitando todas las plazas municipales y realizando asambleas informativas desde las diez de la mañana hasta el anochecer, de jueves a domingo. A partir de este trabajo asignó a cada secretario de su gabinete un área del territorio nacional para dar seguimiento a la conformación de los comités de representantes del “Gobierno Legítimo”, llegando así a constituir una red de 2 millones 200 mil representantes. El objetivo marcado en esos momentos fue que, tres años más tarde, alcanzarían 15 millones de representantes, mismos que tendrían como tareas fundamentales organizar al pueblo, hacer valer la democracia, defender la economía popular y formar parte de la red de información y difusión.

Conocedor de la historia, López Obrador concluyó su primer recorrido en Tamazula, Nueva Vizcaya, hoy Durango, municipio en el que nació el primer presidente de México José Miguel Ramón Adaucto Fernández Félix, llamado Guadalupe Victoria.

Por eso, porque es conocedor de la historia, es posible que para el líder del movimiento no fuera novedosa la figura de “Presidente Legítimo”, ya que en tres ocasiones, en el marco de conflictos armados, México ha tenido dos gobiernos simultáneos: el primero fue en 1858, cuando Ignacio Comonfort se adhirió al Plan de Tacubaya rechazando la Constitución de 1857, es decir, negando todo orden constitucional vigente.

En consecuencia, en enero de 1858 una junta integrada por 27 representantes de departamentos gubernamentales eligió al conservador Félix Zuloaga como presidente; sin embargo, su inestabilidad hace que lo sucedan hasta siete presidentes más, que duraban apenas unos días o semanas en el cargo.

En tanto, por el bando liberal, Benito Juárez asumió la Presidencia de México en mayo de 1858. La disputa por el poder se dirimió en los siguientes tres años en la Guerra de Reforma. Con la derrota de Miguel Miramón en la batalla de Calpulalpan, Juárez hizo su entrada triunfal a la Ciudad de México en enero de 1861, imponiéndose como presidente de los mexicanos.

Su gobierno fue interrumpido, en 1863, cuando tuvo que iniciar su peregrinar por territorio nacional debido a la llegada de Fernando Maximiliano José María de Habsburgo-Loren y el ejército francés. Ambos gobiernos coexistieron hasta mayo de 1867, concluyendo el episodio con el fusilamiento del emperador en el Cerro de las Campanas, en Querétaro. En julio de ese año, Juárez hizo su segunda entrada triunfal a la Ciudad de México.

El último suceso histórico de gobiernos paralelos se registró en 1914, cuando se instaló en la capital mexicana una junta que después se transformaría en Convención Soberana, en el estado de Aguascalientes. En esta convención se nombró como presidente provisional a Eulalio Gutiérrez, rompiendo así con Venustiano Carranza, quien se instaló en Veracruz mientras los villistas-zapatistas se apoderaban de la Ciudad de México.

Los convencionistas nombraron a tres presidentes provisionales: Eulalio Gutiérrez, Roque González Garza y Francisco Lagos Cházaro, pero al triunfo del Ejército Constitucionalista, Carranza convocó a un Congreso Constituyente y en 1917 asumió el cargo de Presidente de la República.

Esos gobiernos paralelos habían tenido, pues, origen en un conflicto armado. En el caso de 2006 fue totalmente distinto: nació de la incapacidad institucional para clarificar un proceso electoral, a pesar de que el mismo candidato que puso en duda los resultados planteó una salida atendiendo los propios cauces institucionales, bajo la exigencia del voto por voto, y sin aumentar la confrontación que históricamente ha implicado un retroceso en la vida democrática nacional.

La confrontación latente no es asunto menor. En mayo de 2011, en una reunión con el Consejo Editorial del *Diario del Istmo*, y ante la pregunta explícita de si había una opción distinta al cierre de Paseo de la Reforma después del fraude electoral, AMLO contestó que algunas encuestas levantadas por esos días revelaron que 11 por ciento de la población —unos 8 millones de

ciudadanos—, estaba dispuesta a tomar las armas para hacer respetar la voluntad ciudadana, lo cual implicaría un derramamiento de sangre.

El 19 de diciembre de 2011, Andrés Manuel, candidato presidencial de las izquierdas, aseguró que no es un hombre de odio ni de violencia, y justificó su decisión de realizar un plantón en el corredor Reforma-Centro Histórico durante la crisis postelectoral de 2006. “Hay que decirle a la gente que duda, a quienes han sido engañados, desafortunadamente manipulados desde 2006, con eso de que yo era un peligro para México, de que era yo [Hugo] Chávez o que yo iba a expropiar bienes. Yo no quiero la violencia”.

Por primera vez admitió que la decisión del plantón fue difícil, pero que, de no haberla tomado, hubiera “habido muertos”. Cerrar esas calles permitió contener el coraje de la gente y evitar la violencia. A sus detractores les dijo que es un hombre sincero, y que cuando habla de la “república amorosa” lo hace en serio y no con base en la agenda electoral.

“Como posdata; yo no odio, yo lo que quiero es la transformación con la participación de todos, queremos la reconciliación de los mexicanos para salvar al país, todo lo que estoy planteando de la República amorosa es sincero, no es de coyuntura electoral; yo no odio a nadie”, insistió en su tradicional mensaje por YouTube.

EN DEFENSA DEL PETRÓLEO

Durante los primeros meses de 2007, el “Gobierno Legítimo” lanzó una serie de temas para posicionarse en la agenda nacional, entre los que destacaban la exigencia de un aumento salarial de emergencia, la defensa de la economía popular, el rescate del campo, la defensa de los energéticos, el combate a la corrupción y el derecho a la información. Sin embargo, aquellos días en los que AMLO definía la agenda pública ya habían quedado atrás.

Fue hasta finales de marzo de aquel año cuando, en una asamblea en el Zócalo capitalino, se advirtió que si el jefe del Ejecutivo presentaba una iniciativa al Congreso de la Unión para reformar Petróleos Mexicanos, se convocaría a los simpatizantes del movimiento a una reunión de emergencia para tomar las medidas necesarias y defender la soberanía nacional.

Durante los meses siguientes, el “Presidente Legítimo” continuó con giras para conformar la red nacional del “Gobierno Legítimo”, base para la organización ciudadana y la transformación del país. En ese momento se presumió que, en cuatro meses, se afiliaron un millón de representantes, y

que para finales de 2007 serían 5 millones. La idea era que cada uno acreditaría a cinco simpatizantes y cada uno de éstos movilizaría a otros más.

Haber observado con tanto tiempo de anticipación a los grupos empresariales nacionales y extranjeros con intenciones de privatizar Pemex, le permitió a López Obrador construir un discurso de defensa de la soberanía y tomar una bandera que le facilitaría una vez más formar parte de la agenda nacional. Ese pretexto se lo regaló Calderón.

Durante la asamblea celebrada en diciembre de 2007, López Obrador expuso con tono didáctico la importancia de la paraestatal. Valiéndose de episodios históricos, explicó la conformación del presupuesto nacional y lo importante que es la venta del crudo para obtener 40 centavos de cada peso que lo conforman; habló también sobre la historia reciente y el maltrato de los gobiernos neoliberales para con Pemex, con la finalidad de venderla por ineficiente. Contrastó, incluso, los beneficios económicos que tendría el país si se administrara honestamente, y se reinvirtiera en su modernización y en su ampliación. Y hasta le alcanzó el tiempo para construir un plan de acción inmediato para su fortalecimiento.

Constituyó un comité que coordinaría la defensa del petróleo ante la posibilidad de que se presentara la iniciativa para reformar Pemex. Fue integrado por Ifigenia Martínez —cuyo nombre no se volvería a mencionar hasta concluir este episodio—, Claudia Sheinbaum, Jesusa Rodríguez, Layda Sansores, Rosalinda López, Bertha Maldonado y Alfredo Jalife.

El 18 de enero publicó en el diario *Reforma* un escrito titulado ¿País o colonia? en el cual siguió puliendo sus argumentos sobre la defensa del petróleo. Hasta ese momento el gobierno federal no había respondido; López Obrador parecía estar provocándolo para que se animara a entrar en un juego, planteado por él y sus huestes, con tal de llevar a cabo otra batalla, una reedición de la de 2006 que ganó Calderón. El ambiente era de revancha, de medir fuerzas.

Dos meses después, en el aniversario de la expropiación petrolera, se expuso públicamente el plan de resistencia para defender el petróleo. Consistía en constituir 32 comités estatales y formar brigadas patrióticas a lo largo y ancho del país. En caso de que presentaran la iniciativa se harían cercos ciudadanos en la Cámara de Diputados y en los palacios legislativos locales o de gobierno de cada entidad. El siguiente nivel era la huelga legislativa por parte de diputados y senadores del FAP.

En caso de avanzar la iniciativa se tomarían los aeropuertos de los diferentes estados, así como instalaciones estratégicas de Pemex e instituciones

financieras; se bloquearían las principales carreteras y autopistas del país y se convocaría a un paro patriótico nacional.

Tanto los cercos ciudadanos como las tomas de infraestructura de comunicaciones se realizarían con el despliegue de las llamadas Brigadas por la Defensa del Petróleo, encabezadas en su mayoría por mujeres. Puesto que las acciones de resistencia comenzarían en el Distrito Federal se nombró a Alejandra Barrales, Patricia Ruiz Anchando, Laura Itzel Castillo, Jesusa Rodríguez y Martha Pérez Bejarano como coordinadoras del primer frente.

Es así como el domingo 6 de abril, en el Monumento a la Revolución, fueron presentadas 10 mil mujeres, quienes en adelante serían conocidas como *Adelitas*. La mayoría compartía el siguiente perfil: reconocían una línea de mando definida con procesos de comunicación expeditos y eficaces, que permitían operación y movilización inmediata; eran disciplinadas para cumplir el plan de acción; contaban con liderazgo y convicción de que las brigadas eran prioridad y con una conducta ecuaníme ante posibles provocaciones. El movimiento sería totalmente pacifista, pero valiente.

La organización se formó con 20 mujeres coordinadoras generales, cada una de las cuales comandaba una brigada constituida por 500 compañeras organizadas en cinco columnas de 100 integrantes.

Esta disposición recordaba a un "ejército" bien organizado. Las brigadas no carecían de personalidad propia, pues a cada una le fue asignado el nombre de algún personaje histórico: "Josefa Ortiz de Domínguez", "Leona Vicario" o "Flores Magón", por ejemplo. En tanto, los varones simpatizantes del movimiento formaron sus propias brigadas, con la misma estructura que las de las mujeres, pero en mayor número. Según López Obrador, en el emblemático Monumento a la Revolución estaban presentes también 36 coordinadores con 18 mil brigadistas.

No dejó de llamar la atención que, después de haber visitado más de 530 municipios y haber conformado los comités del "Gobierno Legítimo", no fueran éstos la vanguardia del movimiento por la defensa del petróleo. Se optó por una estrategia totalmente distinta a la que se habría venido construyendo con meses de anticipación.

Adicionalmente, se convocó a un comité de intelectuales entre los que estaban Sergio Pitol, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Fernando del Paso, Margo Glantz, Enrique González Pedrero, José María Pérez Gay, Lorenzo Meyer y Arnaldo Córdova, la mayoría de ellos escritores, literatos e historiadores, pero a ninguno experto en hidrocarburos. Parecía como si, al ser generadores de opinión pública y contar con vastas

trayectorias, su pertenencia al movimiento le daría a éste un aspecto que superara necesariamente lo rijoso.

Durante el plantón de Reforma, personalidades como Carlos Monsiváis criticaron duramente la decisión; sin embargo, en este capítulo petrolero cerraron filas con López Obrador. Se creó así una organización que superaba a la masa amorfa y se constituía en estructuras disciplinadas bajo un mando único con el respaldo de ese grupo de intelectuales.

En el mundo de la especulación, habría sido interesante conocer la opinión de estos personajes en caso de que el plan de defensa del petróleo alcanzara el nivel de bloqueo a los aeropuertos y principales carreteras del país. Es probable que este comité haya funcionado como un escudo ante el alud de críticas emanadas de los medios de comunicación, aseveración que tiene sustento porque, salvo Arnaldo Córdova, ninguno de los miembros del comité de intelectuales participó en los debates que organizados por el Senado para abordar la reforma energética.

Uno de los máximos logros del movimiento fue abrir una puerta para debatir la iniciativa de la reforma energética en el Senado.

Del 8 de mayo al 22 de julio se desarrollaron 21 foros para debatir la iniciativa del Ejecutivo. Hubo temas tan diversos como: importancia del sector energético, régimen fiscal, destino de la renta petrolera, organización de Pemex, relación con las compañías extranjeras, tecnología e investigación, entre otros. Lamentablemente, los resultados fueron ignorados durante la discusión final de la iniciativa alterna que presentó el PRI, la cual retomaba según López Obrador, 28 de las 49 modificaciones a la ley que pretendía hacer Calderón.

Hacia finales de abril se habrían registrado más de 100 mil brigadistas y se planteó el reto de convencer y reclutar a 200 mil más para el mes de junio. El objetivo era que cada uno de ellos visitara 50 domicilios por semana, lo que equivaldría a informar a 5 millones de hogares. Para los meses de julio y agosto habrían sido visitadas 10 millones de familias.

Por primera vez, Andrés Manuel hizo un llamado para que los brigadistas actuaran con responsabilidad, evitando el autoengaño, la pérdida de tiempo y el desperdicio de los materiales impresos que servirían para difundir los objetivos del movimiento.

Las grandes cuentas se conocieron en una asamblea informativa en la Ciudad de México, donde se anunció que se contaba, para la segunda etapa del plan de resistencia pacífica, con 200 mil brigadistas que habían distribuido 368 mil videos, 3 millones de volantes, 18 millones 500 mil folletos informativos de análisis y 19 millones 560 mil historietas.

Dejando de lado la eficacia de los brigadistas y el material distribuido, valdría la pena cuestionarse por qué en las consultas por la defensa del petróleo, realizadas el 27 de julio, el 10 y el 24 de agosto, participaron 2.8 millones de ciudadanos, 90 por ciento de los cuales —2 millones 520 mil— se pronunciaron por no aceptar la privatización de Pemex.

Indiscutiblemente, López Orador ganó el episodio petrolero. Tuvo de su parte dos instrumentos fundamentales: un brazo legislativo que, desde el Congreso, presionó para evitar el albazo y evidenciar el cinismo de la propuesta calderonista a través de los foros y, por otro, el brazo de la movilización encabezada por las *Adelitas*.

Andrés Manuel, empero, desaprovechó su triunfo al no transmitirlo claramente a sus seguidores, llevándose así una segunda derrota continua, después de dos años, en su lucha contra el aparato gubernamental mexicano, porque el texto de la ley aprobada establece la pretensión de ceder áreas del territorio a compañías petroleras extranjeras para que éstas lleven a cabo, en exclusiva, la exploración y explotación del hidrocarburo.

Concluida la batalla por el “oro negro”, el movimiento necesitaba una causa que le permitiera mantenerse vigente. Es así como se dio forma al plan para la defensa del pueblo, el petróleo y la soberanía nacional, el cual preveía desarrollar un conjunto de acciones como un mitin relámpago frente al Palacio Nacional cuando se promulgaran las reformas en materia de petróleo.

Otras actividades fueron repartir el programa en defensa de la economía popular entre los diputados del FAP, entregar una carta a Televisa para solicitar un espacio al aire a fin de dar a conocer la postura del movimiento respecto a la reforma energética, y, finalmente, realizar una asamblea nacional informativa de evaluación sobre el programa que se estaba presentando en ese momento.

Los primeros siete comisionados para desarrollar el plan de defensa del petróleo, bajo la nueva estrategia, pasaron a denominarse Coordinación Nacional para la Defensa del Pueblo y de la Soberanía Nacional. A ellos se sumaron Alejandro Encinas, Armando Bartra, Luis Javier Garrido, Rosario Ibarra, Yeidkcol Polevnsky, Jorge Arvizu, Ricardo Cantú, Pedro Jiménez León, Antonio Almazán y Manuel Otero.

Para inyectarle bríos a la nueva etapa del movimiento se formaron comisiones que, en la práctica, tampoco funcionaron, pese a contar con una interminable lista de nombres. Así se definieron la Comisión de la Constitución y Legalidad, Defensa de la Economía Popular, Ayuda Mutua para

Apoyo a la Economía Popular, Vigilancia del Consejo de Administración de Pemex, Combate a la Corrupción en Pemex, Asuntos Internacionales, Estudio y Actualización del Proyecto Alternativo de Nación, Difusión, Seguimiento y Acciones Inmediatas, y Coordinación General de Brigadas. Cada una de estas nuevas comisiones tiene de cinco a nueve integrantes. Con estos nombramientos quedó claro que el “Gabinete Legítimo” había sido superado.

En voz de Alejandro Encinas se dio a conocer que, en esta etapa recién inaugurada, se instalarían casas del movimiento en las 31 capitales de los estados y en las 16 delegaciones del Distrito Federal. El anuncio permitió suponer que no se había consolidado lo que supuestamente se avanzó con la constitución de comités del “Gobierno Legítimo”.

En febrero de 2009 se realizarían una serie de manifestaciones: frente al inmueble de la Secretaría de Hacienda, para exigir un cambio en la política económica; frente a las oficinas de Luz y Fuerza del Centro (LyFC) y de la Comisión Federal de Electricidad para protestar por los altos cobros; y frente a la Asociación Mexicana de Bancos (AMB) para protestar por las elevadas tasas de interés en las tarjetas de crédito.

A diferencia de la intensidad política que se vivió en 2008, en 2009 no se logró consolidar una causa social que mantuviera al movimiento vigente en la agenda nacional. Los trabajos de las comisiones quedaron en meras acciones enunciativas. La propuesta más radical, hecha por el senador Ricardo Monreal Ávila, fue una huelga general de pago a los bancos, que tampoco prosperó.

MORENA Y LA SIMULACIÓN

En un país tan desigual, donde la justicia está ausente y la pobreza muestra el peor de sus rostros, la izquierda tiene un espacio que difícilmente podría llenar otra expresión política, ya sea de derecha o de centro. Sin embargo, la izquierda electoral encabezada por el PRD está orgánicamente descompuesta, se burocratizó y su dirigencia fue secuestrada por la derecha gubernamental. Perdió la esencia de lo sustancial; se perdió la solidaridad y la fraternidad entre sus militantes, y las rencillas internas acabaron por convertirlo en un botín económico, producto de muchas discordias y confrontaciones.

En medio de esta crisis partidista, mientras la pobreza crece y las grandes masas de desempleados son presa fácil del crimen organizado, un men-

saje de cambio, de lucha organizada y esperanza llega como aire fresco a los pulmones de un sistema político avejentado y caduco.

Morena, en palabras de la escritora Laura Esquivel, es la culminación de un movimiento en resistencia que surge en el corazón y se alimenta de la memoria; que trabaja por mantener principios y esperanzas. Pasó del desafuero a la campaña por la Presidencia de la República en 2006, de la defensa del voto en el llamado Movimiento Nacional por la Esperanza a la custodia del patrimonio con las brigadas patrióticas en para salvaguardar el petróleo.

El Movimiento Regeneración Nacional sintetiza años de experiencia en la búsqueda del poder político, abreva de lo realizado desde la década de los 80 en Tabasco, en la conformación de comités de base para transparentar el ejercicio presupuestal en las alcaldías del PRI; supera a las Brigadas del Sol desde la dirigencia nacional del PRD, practica la organización territorial implementada desde el gobierno del Distrito Federal y revisa las deficiencias de las Redes Ciudadanas que acompañaron el proceso electoral de 2006.

También articula esfuerzos para instaurar comités de representantes del "Gobierno Legítimo" en todos los municipios del país, rescata la capacidad de movilización de las Brigadas por la Defensa del Petróleo y constituye un esquema organizativo muy superior a nivel territorial que cuenta con protagonistas del cambio verdadero en cada una de las secciones electorales.

La estrategia que se ha construido en el camino tiene varios frentes. La organización territorial es fundamental para movilizar a los votantes y tener una estructura propia suficientemente sólida, utilizando el registro del Partido del Trabajo, para recopilar el total de actas de la jornada electoral de julio de 2012. El mismo López Obrador reconoció como un error cometido en 2006, al asegurar que le robaron la Presidencia de la República porque se valieron de la falta de organización.

Para subsanar esas deficiencias, Morena prevé contar con una estructura conformada de la siguiente forma: 31 responsables estatales de la organización y promoción, 300 coordinadores distritales de organización, 2 mil 456 comités municipales, 2 mil 500 brigadistas especiales, 65 mil coordinadores de protagonistas en cada comités seccional y 4 millones de protagonistas por el cambio verdadero.

Un protagonista es un simpatizante de Morena que tiene como objetivo convencer a cinco ciudadanos más, entre familiares, amigos, vecinos y compañeros de trabajo, de votar por López Obrador. De esta forma, potencialmente se contará con el apoyo de al menos 20 millones de sufragios el 1 de julio de 2012, cantidad suficiente para alcanzar la Presidencia de la Re-

pública, según cálculos del equipo cercano al candidato. Esta estructura piramidal reconoce el trabajo previo de conformación de comités de representantes del “Gobierno Legítimo”. Técnicamente, el nivel de organización para la movilización cuenta con un esquema muy elaborado, aprovecha las bases de datos de los representantes del “Gobierno Legítimo” y las enriquece con nuevas adhesiones.

Por su parte, la estructura para la defensa del voto espera contar con representación en las 140 mil casillas distribuidas en los 300 distritos electorales del país. Para lograrlo se ha definido un consejo asesor y cinco coordinadores operativos por circunscripción, que analizarán, propondrán y coordinarán el registro de la estructura de defensa del voto.

Treinta y dos responsables estatales de Morena se encargan de proponer a los representantes distritales y coadyuvan en la consolidación de la estructura de defensa: 300 representantes ante los consejos distritales del IFE. Serán quienes registren a los representantes generales (RG) y de casilla (RC) ante el IFE, 300 coordinadores operativos de defensa del voto construyen la estructura electoral; 300 capacitadores son voluntarios responsables de realizar jornadas de preparación para los RG y los RC, 3 mil coordinadores de RG tendrán a su cargo un promedio de diez RG por distrito, para lo cual establecerán rutas de continuidad geográfica que les permitan ordenar el recorrido por cada casilla; 35 mil 553 representantes generales y 418 mil 38 representantes de casilla —las cuales podrán contar con dos representantes propietarios y un suplente— se encargarán de defender la votación y documentar los resultados electorales.

Los números impresionan.

Con la primera estructura se pretende movilizar, el día de la jornada electoral, a 4 millones 70 mil 287 ciudadanos y la segunda contará con 425 mil 560 defensores del voto. Valga recordar que, durante 2006, a López Obrador se le reconocieron oficialmente 14 millones 756 mil 350 votos, contra 15 millones 284 votos de Calderón.

En esa misma elección, el Programa de Resultados Electorales Preliminares (PREP) procesó 128 mil 771 casillas, en 11 mil 184 de las cuales se registraron inconsistencias. Las actas correspondientes representaron 2 millones 581 mil 226 votos, de los cuales, 888 mil 971 eran votos a favor de PBT, y 743 mil 795 para el PAN y el resto se distribuía entre los otros partidos políticos, candidatos no registrados y votos nulos. Con estos datos se muestra la importancia de la estructura electoral, que alcanzó un nivel de cobertura de 79.4 por ciento.

RIESGO DE SIMULACIÓN

Todo en el papel luce a la perfección. Empero, la realidad ha obligado a ver con otros ojos al movimiento y lo que representa porque ya tuvo oportunidad de demostrar su primero y verdadero alcance, con pésimos resultados. Puede afirmarse que los partidos de izquierda —PT, PRD y Movimiento Ciudadano, ex Convergencia— todavía buscan a la aplanadora priista que les pasó por encima, mientras los líderes morenistas jamás se enteraron que, en julio de 2011, había elecciones para gobernador en el Estado de México.

La situación es la siguiente: en territorio mexiquense la estructura electoral de Morena comenzó a operar meses antes de la elección de 2011; su candidato, de todas las izquierdas unidas —incluidos Cárdenas y Muñoz Ledo—, fue Alejandro Encinas Rodríguez. Morena, que en papel se declaró listo, prometió, nada más, 3 millones de votos. Si se sumaba el voto duro perredista y el que atrajera el candidato, la suma impresionaba. El Estado de México, pues, ya era de izquierda. Y Peña Nieto, historia.

Los resultados fueron catastróficos: el PRI de Montiel, Peña y Eruviel Ávila ganó la elección con 62.54 por ciento o 2.8 millones de votos, seguido de la coalición Unidos Podemos Más, conformada por el PRD, PT y Convergencia, con un lejanísimo 21.12 por ciento o 966 mil 672 sufragios.

El 30 de agosto de 2011, dos meses después de los comicios, Encinas declaró y aclaró: “Del millón de votos que obtuve, yo aporté 61 por ciento, mientras tanto, de Morena sólo vino 13 por ciento y el resto, de los partidos que integraron la coalición PRD, PT y Convergencia”. Más claro, ni el agua.

Con estas punzantes declaraciones salvó su participación como candidato y evidenció que los partidos políticos que lo acompañaron en la contienda, incluido Morena, destacaron por su inoperancia, simulación e incapacidad. La situación era un poco peor, la campaña se basó en el trabajo de Morena y en la distribución de la *cumplidora*, una tarjeta que ofrecía la aplicación de los programas sociales del D.F. en territorio mexiquense.

La contraparte fue una sólida maquinaria priista basada en gabinetes regionales con promotores por colonia o sección electoral, que se encargaron de difundir los programas sociales del gobierno estatal, al tiempo que entregaban sus beneficios y promovían al PRI.

En las oficinas centrales de Morena, ubicadas en la Ciudad de México, se estableció el objetivo, como se explicó líneas arriba, de 3 millones de votos para conquistar la gubernatura de la entidad mexiquense. Si los cálculos de Encinas son correctos, como parece, la ambiciosa meta fue una ilusión

porque, al cuadrar los números, se demuestra que la maquinaria morenista apenas pudo llevar a las urnas a 132 mil electores, lo que equivaldría al 4.3 por ciento de la promesa total.

Si bien es cierto que la izquierda registró un importante crecimiento en zonas históricamente panistas como Toluca, Tlalnepantla y Naucalpan, también lo es que su candidato terminó en un lejano segundo lugar. Alguien, como se ve en la vida real, engañó a López Obrador en una entidad fundamental para cualquier candidato presidencial. El Estado de México tiene el mayor número de votantes en todo el país. Sin temor a equivocaciones puede afirmarse que el partido derrotado en unas elecciones locales, teniendo tan cerca una presidencial, pierde efectividad. Es un tema de percepción.

Con los malos resultados a cuestas, el responsable de la estructura de Organización de Morena a nivel nacional, Octavio Romero Oropeza —uno de los hombres más cercanos a Andrés Manuel—, encargó un muestreo del trabajo que las brigadas habían realizado durante la campaña mexiquense. Los resultados fueron vergonzosos: de cada diez protagonistas del cambio verdadero, sólo dos conocían la labor que les correspondía hacer para convencer a cinco ciudadanos de votar por Encinas el día de la jornada electoral.

El resto no tenía la más remota idea de lo que les hablaban. Algunos habían recibido el periódico *Regeneración*, medio oficial de comunicación del movimiento; otros comentaron que les pidieron sus datos, pero jamás se enteraron con qué objetivo y muchos más no existían. La simulación de Morena quedó evidenciada y la urgente necesidad de cambiar de estrategia también.

Los resultados del Estado de México mostraron también que Morena tiene un problema conceptual: muchos de sus afiliados no pueden aspirar a cargos de elección popular porque fueron reclutados exclusivamente para insertarse a una estructura burocrática. No tienen el incentivo de formarse como políticos profesionales. O, lo que es lo mismo, esa situación impide potenciar los liderazgos.

Otro frente es el brazo legislativo, en la LX Legislatura federal que inició trabajos en 2006, el movimiento contaba con 156 diputados del Frente Amplio Progresista: 127 perredistas, 17 de Convergencia y 12 del PT. Sin embargo, con el paso del tiempo y por las constantes confrontaciones en el interior del PRD, sus fuerzas menguaron y se quedaron únicamente con 80 legisladores, y la Nueva izquierda de *Los Chuchos* tomó distancia del “Presidente Legítimo”.

Su bancada en la legislatura LXI, que tomó protesta en 2009, contaba

apenas con 39 diputados afines: 20 del PRD, 13 del PT y seis de Convergencia. Ante el evidente debilitamiento de su presencia en el Congreso de la Unión, fue necesario cambiar de estrategia, pues el número de votos no le era suficiente al movimiento para detener una eventual embestida, así que su atención se centró en los trabajos de las comisiones legislativas. Las medidas extremas de toma de tribuna nada más sirven para evidenciar las intenciones de la mayoría parlamentaria.

Como sucedió en abril de 2010, al tomar la tribuna y manifestarse para evitar el dictamen sobre la reforma energética, la historia se repetiría en octubre de 2010 con la llamada “ley simi”, que proponía otorgar vales de medicinas a los derechohabientes del Seguro Social. Pese a los múltiples escollos, esta menguada fuerza legislativa ha conseguido tres éxitos: detener el albaño de la reforma laboral, impedir los cambios al artículo 27 constitucional y frenar la ley de seguridad nacional.

Al constituirse como asociación civil el 2 de octubre de 2011 en el Auditorio Nacional, López Obrador dijo que Morena cuenta con 2 mil 217 comités municipales, 37 mil 453 comités seccionales integrados por 179 mil dirigentes y 4 millones 121 protagonistas del cambio verdadero.

La conformación de los equipos de asesores, coordinadores, artistas e intelectuales ha sido una constante en el quehacer político de López Obrador. En Morena no es la excepción y al menos se han formado cuatro equipos de trabajo que van desde los integrantes del “Gabinete Legítimo”, con sus respectivos ajustes, hasta un consejo consultivo integrado por 84 personalidades de los ámbitos intelectual, científico, artístico, empresarial y académico, así como líderes sociales, politólogos y economistas.

El Comité Ejecutivo está integrado por 17 especialistas temáticos en distintas áreas. En este equipo participan personajes que han acompañado a López Obrador desde hace varios años.

Destacan figuras como René Drucker, Fernando Turner, Genaro Góngora Pimentel, Rogelio Ramírez de la O, Raquel Sosa, Elena Poniatowska, César Yañez, Octavio Romero y Claudia Sheinbaum. En el consejo sobresalen Federico Arreola, Armando Bartra, Rolando Cordera, Paco Ignacio Taibo II, Rosario Ibarra, Luis Mandoki y Julio Scherer Ibarra.

Finalmente, el 11 de octubre AMLO estructuró un cuarto grupo del Consejo de Asesores que lo acompañará durante su campaña electoral: el ex ministro de la corte Juventino Castro y Castro, Enrique González Pedrero, Luis Villoro, José María Pérez Gay, Rogelio Ramírez de la O, Elena Poniatowska, y Javier Quijano.

El reto en la conformación de equipos de trabajo es la inclusión de todos los actores políticos, aliados coyunturales e incluso rivales internos. Por eso, cuando presentó su equipo de campaña para 2012 la exclusión de *Los Chuchos* no fue asunto menor. Y aunque incorporó a gente cercana a Marcelo Ebrard, del Partido del Trabajo y Convergencia, siguen sin sumarse Cuauhtémoc Cárdenas ni sus allegados.

Si Andrés Manuel está o no repitiendo los mismos errores que cometió en la contienda electoral de 2006, sólo el tiempo lo dirá. Al margen de la ruptura con el caudillo Cárdenas, de la descomposición moral e ideológica del partido, del canibalismo de las tribus y de los escándalos relacionados con su primer círculo de colaboradores y con su familia, López Obrador tiene, de nueva cuenta, su propio futuro en las manos.

Con Morena se está jugando el todo por el todo. Y está consciente de eso. Tanto que, en el papel, Octavio Romero Oropeza aparece como responsable de la organización de comités del movimiento. Y en el de la estructura real, aunque no tenga experiencia ni el nombramiento oficial de Jaime Cárdenas Gracia, el hombre fuerte es Andrés Manuel López Beltrán. Su papel no es menor, con toda su inexperiencia Andrés Manuel hijo es el responsable de construir la estructura de representación y defensa del voto. Por su lado, José Ramón, el primogénito tiene la tarea de aprender, de prepararse para la toma futura del liderazgo. El tiempo se encargará de mostrar si alguno lo logrará y si el apellido los hará los nuevos líderes carismáticos de la izquierda mexicana.

La recién constituida asociación civil tendrá que ser fortalecida desde las bases para poder dar, al menos, una digna batalla al Grupo Atlacomulco y a los dueños del dinero, que ven en Enrique Peña Nieto al próximo presidente de México. Morena, también, debe ser capaz de darle la vuelta a los sucios mecanismos que ya domina, al dedillo, el panismo en el poder y que se ha encomendado a Josefina Vázquez Mota.

Se simpatiza o se detesta a Andrés Manuel. No hay más. Son las dos caras de una moneda que ya ha sido lanzada al aire y que caerá, con su ineludible cúmulo de consecuencias.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS
POR GRUPO PLANETA

El bestiario político del AlmoHADAZO

Fernanda Tapia

La fábrica del crimen

Sandra Rodríguez Nieto

El otro México

Ricardo Raphael

El México indignado

Ricardo Raphael, coordinador

¿De qué se ríe la Barbie?

Miguel Aquino

Las manos sucias del PAN

José Reveles

Los rostros del narco

Rafael Rodríguez Castañeda,
coordinador

Cuando llegaron los bárbaros

Magali Tercero

El México que nos duele

Alejandro Rosas
y Ricardo Cayuela Gally



Al margen de la descomposición moral e ideológica del PRD, del canibalismo de las tribus perredistas y de los escándalos relacionados con su primer círculo de colaboradores y con su familia, Andrés Manuel López Obrador tiene, de nueva cuenta, su propio futuro en las manos. Durante casi 15 años ha mantenido ocupados, al punto de desquiciarlos, a los hacedores de opinión; ha irritado a los intelectuales de derecha, ha inquietado profundamente a los dueños del dinero, pero también ha cautivado a un gran número de electores. Se simpatiza con AMLO o se le detesta. No hay más. Son las dos caras de una moneda que ya ha sido lanzada al aire y con Morena se está jugando el todo por el todo.

Morena reprobó su primer gran examen en los comicios del Edomex en 2011: prometió 3 millones de votos y sólo aportó 130 mil; ocho de cada diez *morenistas* eran inventados.

Mafias policiacas se consolidaron, se ampliaron y garantizaron su relevo generacional a la llegada de AMLO al Gobierno del D.F.

¿Morena pretende cavar la tumba del perredismo y convertirse en el nuevo partido de la izquierda?

Los detalles oscuros del rompimiento con Cuauhtémoc Cárdenas.

Los escándalos del reloj Tiffany, los tenis Louis Vuitton, la corrupción por omisión ante el abuso de personajes como Gustavo Ponce Meléndez o René Bejarano, y otras historias que disimulan errores personales, torpezas o deslices de familia y colaboradores, imposibles de ocultar...

ISBN: 978-607-07-1055-1



9 786070 710551